

LA
ABOGADA
ALFREDO
ABARCA

Lectulandia

Destacada abogada, única socia mujer de uno de los estudios jurídicos más reputados del país, Mercedes Lascano se siente sola y vulnerable por primera vez en su vida. Sus atributos físicos, que solían asegurarle el éxito con el sexo opuesto, comienzan a sufrir las marcas del tiempo. Pronto se da cuenta de que también en su intimidad se está transformando. El caso de una maestra acusada de estupro, un litigio entre empresas por una licitación para la distribución de gas —que se monta sobre una red de intereses y aprietes que compromete a los tres poderes del Estado— y la traición dentro de su propio equipo de trabajo la sorprenden respondiendo de maneras nuevas, menos rígidas, al borde de las normas de la ética profesional. En ese clima de desconcierto irrumpe Javier Costa, un cliente de antecedentes dudosos que, aunque ella no lo sospeche, cambiará la vida de Mercedes.

Lectulandia

Alfredo Abarca

La abogada

ePub r1.1
lenny 12.11.14

Alfredo Abarca, 2012
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Advertencia

Esta novela es fruto de la imaginación del autor. Los personajes y los hechos narrados no son reales y, si a veces lo parecen, es mera casualidad.

Capítulo 1

La Sinfonía número 25 de Mozart se interrumpió y la despertó. Todo era silencio en la cabina de clase ejecutiva, casi a oscuras.

La mujer se levantó la máscara de ojos y se despojó de los auriculares mientras trataba de arreglarse el cabello con los dedos abiertos. Miró hacia sus costados; el resto de los pasajeros no pareció darse por enterado hasta que los altoparlantes crujieron anticipando un mensaje. Una voz gruesa se impuso:

Señores pasajeros:

Les habla el comandante. En media hora, aproximadamente, aterrizaremos en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, donde la temperatura es de dos grados centígrados y la hora local, las 2:20 de la mañana. Lamento nuestro aterrizaje técnico en Brasil y la demora que esto significó. Afortunadamente, pudimos resolver el problema y continuar nuestro viaje. Sabemos los inconvenientes que la demora les ha provocado, pero la seguridad es una prioridad absoluta para nuestra compañía y para quien les habla.

Les deseo una feliz estadía en Buenos Aires y, nuevamente, nuestras disculpas.

Mientras repetía el mensaje en inglés, se encendieron las luces de la cabina, lo que puso en movimiento a los asistentes, que se dispusieron a atender a los pasajeros privilegiados de un vuelo complicado. La mujer se desprendió el cinturón de seguridad, tomó un bolso de cuero negro y se levantó de su asiento.

Una vez que cerró la puerta plegadiza del baño, miró en vano la hora que marcaba su reloj y se dedicó a mejorar su aspecto desmarañado. No se preocupó demasiado, porque sólo la esperaba el chofer. De todas formas, le gustaba estar arreglada. Se miró nuevamente en el espejo, abrochándose un botón que fruncía la blusa, y se acomodó el cabello.

Volvió a su asiento, dejó el *nécessaire* dentro del bolso de mano y recostó la cabeza en el respaldar. Una voz la forzó a abrir los ojos.

—¿Quisiera tomar algo, señora?

—Un café me vendría bien. Gracias.

—Cómo no —dijo la muchacha, y fue en busca del pedido.

Mercedes vio en la pantalla el dibujo animado del avión llegando al punto que marcaba Buenos Aires y calculó que hacía como veinte horas se había embarcado en Milán. Habían perdido dos horas al abortar el primer despegue, y después la demora por el aterrizaje no programado en Río de Janeiro: demasiado para un solo vuelo. Aunque todo se había resuelto sin mayores problemas, en el futuro trataría de evitar volar con esta empresa.

El paso por los controles de Migraciones y Aduana fue ágil y, no más trasponer la valla, Mercedes se encontró con la figura sonriente de Raúl, su chofer. Fue a su

encuentro, sin poder esquivar la nube de taxistas que pretendían cazar pasajeros en la madrugada.

—Doctora —dijo, tomando el carrito con las valijas—, ¿cómo fue su vuelo?

—Pésimo. ¿Desde qué hora está esperando, Raúl?

—Desde las nueve. En el contestador del aeropuerto anunciaron la llegada para esa hora.

—Pobre... ¿Ése es mi tapado? —le preguntó, viendo que lo llevaba colgado de su brazo sin ofrecérselo, y el frío se percibía aun dentro del hall calefaccionado.

—Sí, perdone —se disculpó, deteniendo el carro y ayudándola a colocárselo—. Si usted me espera aquí, voy a buscar el auto.

—De acuerdo.

Mercedes Lascano se quedó en el medio del hall mirando a la gente que pasaba a su lado. La mayoría iban acompañados de sus parientes o amigos, a los que abrazaban o con quienes caminaban tomados de la mano.

Nadie la esperaba a ella en los aeropuertos, salvo por protocolo. Sintió un ramalazo de tristeza por su soledad, pero de inmediato se repuso imaginando lo insoportable que hubiera sido encontrarse con alguien esa noche: se habría visto obligada a prestarle atención y conversar. Y lo cierto es que ella no tenía ganas de hablar con nadie, y menos contar las peripecias del vuelo, como hacían los otros pasajeros. Estaba agotada, con la boca pastosa y el estómago revuelto por las comidas de a bordo. Suspiró aliviada pensando que en un rato estaría en su casa.

Un hombre pasó a su lado y le dijo algo galante. Dejó vagar la mirada y, a través de los cristales, pudo ver que Raúl bajaba del auto. Se puso en movimiento empujando el carro valijero a través de las puertas, que se abrieron automáticamente. El frío la obligó a cerrarse el cuello del abrigo. Dejó que el chofer se encargara de cargar el equipaje para cobijarse en la calefacción del automóvil.

En cuanto cerró la puerta, le molestó la voz de un excitado locutor deportivo. Hablaba del pase de un jugador a otro equipo pese a una lesión en una rodilla, como si estuviera relatando un suceso vital para la humanidad. Un minuto después, Raúl se sentaba frente al volante y volvía su cabeza con una sonrisa.

—Por favor, Raúl, ¿puede poner música?

—Claro, doctora.

Mientras trataba de sintonizar alguna estación, le preguntó innecesariamente:

—¿Vamos a su casa?

—Sí —le contestó, mientras buscaba su teléfono celular. Estaba apagado por indicación del comisario desde el despegue de Río y se había olvidado de encenderlo. Tres mensajes de voz pendientes. Dos no tenían importancia, pero uno la preocupó.

Mercedes, soy Laura Mateu. Sé que estás viajando y que tu vuelo tuvo problemas, pero necesito hablar con vos urgente. Cualquiera sea la hora que llegues, por favor, llámame a casa o al celular. Te repito: no importa la hora y, por si no lo tenés a

mano, el teléfono de casa es 4791-7391. Por favor, no dejes de llamarme. Voy a estar esperándote porque esta vez te necesito en serio.

Mercedes se quedó mirando por la ventanilla. Sabía que si Laura se comunicaba a esa hora y en ese tono era porque tenía un problema importante. Hablar con alguien era, precisamente, lo que no quería hacer en ese momento. Sólo pretendía darse un baño caliente y dormir lo poco que quedaba de la noche. Aunque se resistía, debía llamar: se trataba de una querida amiga.

Se decidió y se inclinó hacia delante:

—Raúl, por favor, baje un poco la radio.

Buscó la llamada y se ubicó en «responder». Pulsó el botón y se acomodó en el asiento.

—¿María Laura? Soy Mercedes.

—¿Mercedes? ¡Gracias a Dios!

—Perdoname la hora, pero...

—No. Hiciste muy bien. No podía dormir y estaba esperando que me llamaras. Tengo un problemón.

La voz de la mujer se perdía por instantes y agregaba un elemento irritante a la conversación.

—Laura, por favor. No camines cuando hablás. No te oigo bien.

—De acuerdo.

Mercedes la imaginó sentándose en alguna silla de su suntuoso comedor, tratando de dominar su impaciencia. Habían sido compañeras de escuela durante años y crecieron compartiendo todas aquellas cosas que vuelven las relaciones invalorable para el resto de la vida. Ella estudió abogacía y Laura, educación. Ella se mantuvo soltera; su amiga se casó y tuvo varios hijos. Aunque sus vidas habían tomado caminos distintos, el afecto de los años jóvenes permanecía incólume, y se hablaban y veían todas las veces que podían.

Su amiga fundó un jardín de infantes que luego incorporó escuela primaria y secundaria, y llegó a ser uno de los más prestigiosos de la ciudad. Ahora la necesitaba, y allí estaba Mercedes, a las tres y pico de la mañana, molida después de viajar un día completo, dispuesta a escuchar los problemas de su compañera de la niñez.

—Te cuento. Antes de ayer me llega un rumor de que una de las maestras había tenido un romance con un alumno.

Mercedes sonrió imaginando lo devastador de un hecho de esas características en un colegio sacralizado como el de ella.

—Bueno... —dijo, como admitiendo una situación no tan terrible.

—Traté de averiguar si era un chisme o algo cierto antes de tomar ninguna medida.

—Y, por supuesto, era cierto —agregó Mercedes, lógica, pues de otra manera no

estarían hablando por teléfono.

—Claro que era cierto. Tan cierto que, antes de que llegara a enterarme bien de qué se trataba, se me apareció furiosa la madre del chico, acusándome de todo. Me amenazó con hacer una denuncia penal por violación de su hijo y me anunció que iba a demandar al colegio y a mí por daños morales y psicológicos.

—Pero, concretamente...

—Concretamente el rumor se difundió y llegó a todos.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó la abogada.

—Por lo pronto, voy a echar a la maestra para retomar la iniciativa y cortar por lo sano.

—Esperá un poco. Si es cierto, me parece razonable porque no es una buena propaganda para el colegio que tus docentes se acuesten con los alumnos —agregó, irónica.

—No, claro, pero la maestra negó todo y esa mujer está enajenada. Me culpa y amenaza con tantas cosas que no me deja pensar y no sé cómo actuar. Sólo amenazas, llantos y locura —agregó con tono histérico.

—Calmate, Laura. Vamos a analizar los hechos. ¿Estás segura de que la relación entre la maestra y el chico existió?

—En realidad, no lo sé exactamente, pero parece que sí, aunque ella lo niega.

—Bueno, hay que asegurarse. Es una acusación muy grave y ofensiva. ¿Cuántos años tiene el alumno?

—Catorce. Está por cumplir quince.

—¿Y la maestra?

—Veinticuatro.

Mercedes sonrió en la oscuridad del automóvil. ¡Qué cosa loca! ¿Cómo podían darse esas relaciones? ¿Cómo alguien se permitía semejante vínculo? ¿Sería una aprovechadora o una maníaca? ¡Catorce años!

—Laura, decime: ¿qué quiere la madre?

—Creo que ni ella misma lo sabe. Está rabiosa porque han iniciado a su bebé en el sexo y quiere golpear, vengarse de alguna forma. Amenazó con una denuncia por violación y quiere llevar al muchacho al médico para ver si se contagió alguna enfermedad. Esta noche me llamó para decirme que va a cerrarme el colegio y a demandarme por daño moral y psicológico.

—Bueno, parece un poco mucho.

—Pero me temo que esta gente no conoce límites.

—Todo es posible, Laura, pero en estos casos hay que tomar las cosas con calma. ¿Hablaste con los amantes?

—No, el chico no vino ayer ni hoy y ella, después de negarme la relación, se tomó una licencia porque falleció el abuelo en Córdoba y viajó. Mañana tiene que presentarse.

—Será el momento en que puedas comenzar a averiguar qué pasó en realidad.

—Mercedes, me parece que todo es verdad.

—¿Qué pruebas tenés? —preguntó, precisa, la abogada—. ¿Dónde fue?

—En un campamento que tercer año hizo en Tandil. Te imaginás cómo corren esas versiones. Parece que la única que no lo sabía era yo.

—Está bien, Laura. Tratá de averiguar todo lo que puedas sin hacer demasiado escándalo. Mañana presioná a la maestra para que te cuente cómo pasó y hasta dónde llega la relación. Si fue una vez o varias, si siguen o han terminado. Todo, todo lo que puedas saber sin hacer demasiada ola.

—De acuerdo.

—¿Te llamó algún abogado de parte del chico?

—No.

—Una lástima, porque entre profesionales podemos tratar el problema con independencia y manejarlo con distancia, alejados del chisme.

—En realidad, te están esperando a vos.

—No te entiendo. ¿Quién me está esperando? —preguntó, sorprendida, Mercedes.

—Los padres del alumno.

—¿Por qué?

—Porque son clientes tuyos.

—¿Quiénes son?

—Los Sáenz.

—¡Ah! —dijo Mercedes, y se le vino a la mente la imagen del ingeniero Sáenz: un hombre todavía joven, de unos cuarenta y cinco años, deportista, con mucho dinero y negocios en diversos rubros, aunque el principal era el textil. Era inteligente, emprendedor, una buena persona, confiable.

Era un cliente importante del Estudio y, ella, la socia que manejaba su cuenta. Se llevaban tan bien que alguna vez hasta tuvo que parar sus avances.

—¿Lo conocés?

—Claro. Es mi cliente.

—Bueno, la mujer me dijo que estaban esperando que llegaras para hacer la denuncia. Parece que los abogados de tu Estudio ya están preparando la documentación y te esperan para que des la última palabra.

—No lo creo porque me habrían avisado. ¿Vos le dijiste que somos amigas?

—No. Estuve a punto de contarle pero la vi tan loca que no me animé.

—Perfecto. Tratá de averiguar cuánto hay de verdad en todo esto y dejame a mí el resto. Es importante que no sepan de nuestra relación hasta el momento oportuno.

—Está bien, Mercedes, pero ¿te parece que...?

—Ahora estoy muy cansada y no puedo pensar con claridad, pero en estas cosas de amores clandestinos, la solución a veces está más cerca de lo que parece y otras, inmensamente lejos.

—No me tranquilizás para nada... No sé qué decirte.

—No necesitás decirme nada. Tratemos de averiguar cada una por su lado lo que podamos y mañana nos hablamos de nuevo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo y muchas gracias, Mercedes. Sabía que podía contar con vos.

—Andá a dormir y que nadie, absolutamente nadie, se entere por ahora, que somos amigas.

—Está bien, y gracias de nuevo.

La abogada apagó el teléfono y recostó su cabeza en el asiento. Vio cómo Raúl la observaba por el espejo retrovisor y cerró los ojos. Seguramente había escuchado la conversación, pero era un hombre discreto. Volvió a sonreír ante un caso que se le presentaba a las tres de la mañana, cuando en realidad debería estar durmiendo en una cama tibia. Esto era lo bueno y lo malo de su profesión.

El tema era complicado por donde se lo mirara, pero lo realmente peligroso era que la noticia llegara a la prensa. Si no lo paraban a tiempo, su difusión pública sería inevitable. Los noticieros y los programas de la tarde llenarían bloques con el chisme y se pasarían días hablando de lo mismo, ensuciando a todos.

Una historia de amor prohibido con facetas de perversidad y escándalo. Un colegio aristocrático, un chico iniciado por una mujer más grande, su maestra, en un ambiente de riqueza y poder. ¿Qué más? Y la doctora Mercedes Lascano en el medio. Abogada de las dos partes, un caso típico de contradicción de intereses.

Y, ella, en su primera aproximación al asunto, le había indicado a una de las partes que silenciara la relación. ¿Por qué había procedido así? ¿Acaso no era más sencillo abrirse y olvidarse del tema quedando neutral ante los involucrados en el conflicto y cumpliendo exactamente con las normas de ética del Colegio de Abogados?

No. Sin conocer muchos detalles, el asunto la cautivaba. Un caso de amor entre dos jóvenes con edades cambiadas y posiciones encontradas. Un escándalo en ciernes que ella podría evitar si se movía con inteligencia; un caso para llevar al ruedo su habilidad para satisfacer a todos. Aunque no podría evitar que alguien saliera herido.

Cuando abrió los ojos, el automóvil estaba a menos de diez minutos de su departamento. Ahora debía tratar de descansar las pocas horas que le quedaban antes de entrar nuevamente en actividad. A la mañana siguiente, entre los asuntos que la esperaban, seguramente estaría la denuncia de la familia Sáenz contra el colegio de su amiga, la maestra y el principio de un escándalo que no beneficiaría a nadie y que ella debía desactivar.

—Doctora, llegamos —anunció el chofer, frenando el vehículo.

—Gracias, Raúl.

No esperó a que le abriera la puerta y se bajó del automóvil. El hombre se dedicó a sacar el equipaje del baúl y llevarlo hasta la entrada del edificio. Estaba estacionado en doble mano con las balizas encendidas porque no quedaba ningún espacio vacío en el cordón.

Mercedes tuvo que golpear con las llaves el vidrio de entrada para que el sereno

se despertara. Sobresaltado, abrió la puerta y se hizo cargo de las valijas, que llevó hasta el ascensor en el que subieron al noveno piso. Las dejó donde le indicó la abogada, aprovechando el momento para mirarla. Era hermosa, una mujer que alimentaba sus fantasías en las largas horas de la guardia nocturna.

Muy ajena a las aventuras imaginarias del portero, Mercedes cerró la puerta del departamento con la traba. Se sentó en el borde de la cama para tomarse un respiro y se descalzó con un doble movimiento los zapatos. Luego se recostó y se estiró todo lo que pudo. Se quedó un instante en esa posición, aun sabiendo que, si se demoraba, se dormiría sin remedio.

De un salto, se incorporó y sintió frío. Cerró la ventana que siempre dejaba un poco abierta para airear cuando viajaba. Las bajas temperaturas se sentían, pero en algunos minutos la calefacción se encargaría de regular su bienestar. Cada vez que volvía, sentía un indefinido placer de encontrarse en su lugar, en su nido, con las cosas que eran parte de su existencia. La ausencia había despojado al lugar de su olor habitual, de su calidez, pero, con un poco de tiempo, todo volvería a ser como antes.

Se desprendió el corpiño, se lo sacó por debajo de la blusa y lo arrojó a la esquina de la habitación, donde dejaba la ropa sucia. Se bajó el pantalón y lo dobló sobre una silla. Dudaba si bañarse o desarmar el equipaje, para acomodar la ropa que había llevado en su viaje de diez días.

Asumía que era obsesiva y ése no era el momento de cuestionarse conductas. Así que ajustó la clave de las cerraduras de las valijas y las abrió, comenzando la tediosa tarea de separar los montones de ropa: la que iba a la lavandería, a la tintorería, la que volvía a sus cajones habituales, los zapatos en bolsas al zapatero, los papeles sueltos al portafolios y los elementos de higiene, al baño.

Finalmente, colocó una valija dentro de la otra y la cerró. Las corrió hasta el pasillo para que la mucama, al día siguiente, las ubicara en el vestidor. El movimiento la hizo entrar en calor: circulaba descalza, apenas vestida con una minúscula tanga y la blusa que marcaba sus pezones.

Fue hasta el baño y abrió la canilla, sabiendo que llevaría un par de minutos que el agua caliente llegara hasta el noveno piso. Pulsó unas teclas en el contestador y, mientras ubicaba sus cosas en el botiquín, escuchó los mensajes.

Se sucedieron los de publicidad, amigas que pedían noticias, un empresario que había conocido poco antes del viaje —y que la llamó tres veces en esos diez días— y uno de su tía Rosaura. El último era de su secretaria:

¿Doctora? Me enteré de que tiene problemas con su vuelo y por eso la llamo para recordarle que mañana a las diez es la reunión de socios del Estudio. Dos cosas más: el almuerzo en el edificio del Grupo Platinum y, a las siete, el cóctel en el hotel Alvear. Las otras reuniones las pasé para el jueves y el viernes, pero podemos acomodarlas. Espero que llegue bien. Hasta mañana, doctora.

Repasó mentalmente qué se pondría. Para la mañana y el almuerzo podía llevar la ropa sobria que acostumbraba usar para trabajar, pero para el cóctel debía ponerse algo más elegante y atrevido. Los hombres tenían suerte: todo se resumía a usar un traje gris, azul o negro y con eso estaban bien para cualquier evento de la mañana a la noche.

Mientras oía el agua derramarse en la bañera, fue hasta el vestidor a elegir la ropa. No le costó encontrar el conjunto para el día pero sí lo que se pondría para el cóctel. Después de vacilar, sacó un traje sastre color champagne que podía combinar con una blusa negra y un collar de perlas. Unas pulseras de oro repujado sin exagerar y zapatos de terciopelo con incrustaciones completarían una vestimenta elegante y formal. La abogada Lascano le daría el tono con un escote que nadie podría criticar, pero ningún hombre dejaría de mirar.

Como no estaba del todo convencida, se paró frente al espejo para probarse el traje. Al desprender la blusa, quedó apenas con la bombacha azul. Con un movimiento de los pies, alzó la pollera, pero no pudo abrochársela.

Aspiró para hundir el abdomen y apenas pudo lograr que los broches coincidieran. ¡No podía ni respirar! ¡Había engordado! Esas malditas comidas formales de los viajes le habían aumentado la circunferencia.

Se alarmó, entró en pánico y lo intentó de nuevo, pero con igual resultado. Angustiada, se desvistió y se miró en el espejo. Giró su cuerpo para observarse de costado. Con las manos se recorrió el abdomen y las caderas, levantó sus senos y estiró su piel.

¿Dónde mierda estaban los kilos de más? Se bajó el bikini y, totalmente desnuda, volvió a mirarse. Se repitió que estaba magnífica, que su figura no había cambiado y que la piel de los glúteos y del abdomen conservaban su firmeza, aunque las marcas leves de celulitis no habían cedido pese a las cremas que prolijamente usaba todas las noches al acostarse y en las mañanas después del baño.

El vello púbico estaba algo crecido: necesitaba una depilación para volverlo a su prolijo encuadramiento. Dio varias vueltas para observar su cuerpo desde distintos ángulos y se dijo que estaba bien, apetecible para cualquier hombre. Los senos aún conservaban su turgencia, con el pezón redondo y prominente que le costaba disimular cuando se vestía.

Durante la ducha, bajo el fuerte chorro de agua, se prometió mentalmente volver al gimnasio, a su rutina de aerobismo y a las dietas estrictas.

¡La semana siguiente cumpliría cuarenta y tres años! Ya no tenía frío, pero sentía que todo su espíritu tiritaba por la dura realidad que marcaba el tiempo.

El despertador sonó su chicharra, impiadosa, a las 8:30. Había conseguido dormir unas cuatro horas pero se sentía renovada. De un salto se puso de pie.

Iba a postergar por ese día su promesa de volver a la rutina de ejercicios. Quería estar en la oficina por lo menos una hora antes de la reunión de socios para poder interiorizarse de las novedades más importantes y terminar de inventariar sus gestiones en Europa.

En cuanto estuvo lista, bajó, caminó hasta la esquina de la avenida Pueyrredón, tomó un taxi y le indicó el trayecto a la oficina que, creía, era el más rápido. El tráfico cargado a esa hora era el habitual de los días hábiles; trató de aprovechar el tiempo hasta Puerto Madero para releer las notas del viaje y las negociaciones concluidas sobre las que debía informar y tomar medidas.

Al fin llegó y subió impetuosa las escaleras de entrada. El enorme edificio vidriado tenía, inevitablemente, el hall iluminado a pleno. Saludó al guardia y utilizó su tarjeta de identificación para sortear el molinete hasta los ascensores que la llevaron, en un instante, hasta el piso veintidós.

Saludó a las recepcionistas y encaró por el pasillo hasta su despacho. Todo el lugar era un conjunto de rica sobriedad: la alfombra, las paredes revestidas, los cuadros, los sillones y las luces tenues lograban la sensación de ostentosa seguridad que había buscado el decorador.

El Estudio jurídico Beltramino, Evans, Coter & Asociados contaba con ciento cuarenta y ocho abogados y alrededor de doscientos empleados, además de una red de los mejores especialistas en medicina, ingeniería, minería, petróleo, cibernética o cualquier otra disciplina, a quienes recurrían cuando lo necesitaban para casos especiales.

Ocupaban dos pisos en una torre de Puerto Madero, con los más adelantados elementos de computación y comunicaciones y hasta un sector para almorzar sin tener que salir del edificio.

Se contaba entre los cinco mejores y más grandes Estudios de la Argentina —con oficinas o abogados asociados en casi todo el mundo—, dedicado a las variadas ramas del derecho. Era conducido por un directorio de siete abogados socios, entre quienes estaba Mercedes Lascano, que ostentaba la rara condición de ser mujer en un mundo predominantemente machista.

Mercedes había sido admitida como socia después de quince años de trabajo, empezando en el primer escalón y obteniendo en el camino varios éxitos. El hecho de que fuera soltera y sin hijos le daba una enorme libertad para trabajar hasta cualquier hora —inclusive en días feriados— y viajar. Tampoco podía negarse que su belleza la había ayudado mucho en su ascenso, una vez superados los prejuicios de que sus atributos eran incompatibles con la inteligencia, los conocimientos y la habilidad para actuar en el difícil mundo de las negociaciones y los pleitos.

Durante esos años se había ganado el respeto de sus compañeros abogados y de sus contrarios. Nunca hizo valer su actual superioridad, aunque imponía una distancia sutil que pocos se animaban a traspasar.

Su eficiente asistente había seguido sus instrucciones y, como siempre cuando faltaba unos días, había armado tres grupos de temas para que los atendiera por orden cuando llegara. Esa práctica era importante porque le evitaba tener que clasificar lo que encontraba. Una pila para los asuntos muy urgentes, otra para las cuestiones que había que analizar sin premura y, en una tercera, las publicaciones que leería cuando tuviera tiempo libre, pero que se podían postergar sin problema.

Se dedicó a analizar el primer grupo y fue tomando notas en un block. Cuando terminaba de revisar cada tema, los numeraba en orden de prioridad tratando de sacarse de encima los más rápidos y sencillos para dejar lugar a los que exigían más dedicación.

«Sáenz, Federico s/denuncia», decía una carpeta flamante en su carátula. Y, en el ángulo inferior derecho, como siempre, estaban anotados los números de teléfono del cliente: los de la oficina, el particular y su celular.

Repasó los otros asuntos rápidamente y dejó la tercera pila sin tocar. Pidió café y se puso a estudiar los antecedentes en la carpeta Sáenz. Uno de los abogados del Estudio había atendido al ingeniero y a su mujer y había anotado lo conversado en un memorando.

Todo coincidía con el relato de Laura. Había referencias de la maestra: era oriunda de una pequeña ciudad del norte de Córdoba, vivía sola en Buenos Aires, era soltera, sin pareja conocida y cursaba la carrera de psicopedagogía, además de trabajar en el colegio. No parecía tener fortuna ni historial bancario y sus referencias de trabajos anteriores eran excelentes. Era un informe de rutina que hacía una agencia de investigaciones y que resultaba indispensable en casos como éste.

El abogado que atendió al cliente aconsejaba intentar una etapa conciliatoria, aunque prevenía sobre la decisión irrevocable de la familia de accionar contra el colegio, la maestra y la propietaria, en forma personal. Se consideraban ultrajados por la iniciación sexual prematura de su hijo con una mujer que debía educarlo y no gozarlo. Los principios religiosos del matrimonio eran el sustento de su vida y necesitaban vengar la inocencia perdida restableciendo el orden que el incidente había vulnerado. Por eso el abogado requería la intervención personal de la doctora Lascano, para que hiciera valer su influencia sobre el cliente, ratificando las dificultades que enfrentarían en los juicios que pedían iniciar.

Se quedó unos instantes ponderando la estrategia conveniente. Volvió a advertir que estaba en un lugar peligroso: si los Sáenz descubrían su relación con Laura Mateu, perdería su confianza y, probablemente, el Estudio se quedaría sin un cliente importante.

Pero no imaginaba otra forma de actuar frente a un problema que necesariamente perjudicaría al colegio, a la familia de los denunciantes y a la maestra. Su tarea consistiría en que esos daños fueran acotados, conocidos y aceptados por todos antes de largar la guerra judicial.

La incompatibilidad moral de asesorar a ambas partes era insoslayable. Si las

cosas se complicaban e intervenían otros abogados, ella debería retirarse del caso. El ingeniero Sáenz era un cliente corporativo y Laura, una antigua y querida amiga. Toda una cuestión. Concluyó que el asunto, aunque simpático y todo un desafío, no podía dejarle ningún rédito profesional.

Pensó que la única forma de resolverlo era tratar de convencer a los Sáenz de que aceptaran las disculpas que les daría el colegio y su directora personalmente. Con el tiempo, el incidente se convertiría en una anécdota.

Intentaría manejarlo así aunque, si fracasaba, se vería obligada a derivar a los Sáenz a otra área del Estudio y aconsejar a Laura que se buscara otro abogado y que ocultara la relación entre ellas. Sí, quedaría mal con ambos, pero al menos no incineraba su prestigio.

Tomó el celular y repitió el número de la madrugada en el automóvil que la traía de Ezeiza.

—¿Laura?

—Sí, Mercedes. ¿Tenés alguna novedad?

—Tengo delante de mí una carpeta donde el abogado que atendió al matrimonio Sáenz informa que quieren una ofensiva total contra el colegio, contra vos personalmente y contra la maestra. Me piden que intervenga en forma directa.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer, Mercedes?

—Mirá. Estuve pensando que la única forma de pararlos es convencerlos de que se van a meter en un lío fantástico que, en definitiva, los va a perjudicar a ellos y al chico.

—La cuestión es que acepten —dijo la directora.

—Eso espero, pero es posible que tengas que despedir a la maestra y pedir disculpas a esta gente.

—¡Por supuesto! En cuanto vuelva, voy a sacar a patadas a esa cretina. Mirá en el lío que me metió.

—Esperá... Esperá. Ella tiene que ser el trofeo de la paz en caso de que consiga desarmar la furia de los Sáenz. No hagas nada. En todo caso, una licencia, pero no la echés.

—Está bien —admitió la directora.

—Otra cosa más. Te repito que, por ninguna razón, nadie debe saber de nuestra amistad.

—No te preocupes.

—Y si fallo, tengo que salir del medio. Derivaré el asunto a otro sector del Estudio y vos vas a tener que buscarte otro abogado. Yo no debo quedar pegada porque puedo hacer que el Estudio pierda el cliente y esas cosas no se admiten en esta firma. Tampoco quiero, por nuestra amistad, perjudicarte.

—De acuerdo. Espero que no sea necesario.

Las juntas de socios se realizaban, inexorablemente, dos veces por mes a las diez de la mañana. La asistencia y la puntualidad eran un requisito esencial. Mientras

caminaba sobre la mullida alfombra hacia el hall, Mercedes repasaba mentalmente los temas que tratarían en la reunión, donde se definían cuestiones importantes y se establecían los lineamientos respecto de clientes, casos y finanzas.

Su informe, el primero del día, era importante porque estructuraba la acción de apertura hacia la Unión Europea que, en medio de su crisis, necesitaba ampliar sus negocios a los países emergentes.

En el ascensor, no pudo dejar de mirarse en el espejo; se arregló la solapa del saco y una onda en su cabellera. Le pareció que su pelo estaba sin brillo, opaco. Debía encontrar el tiempo para atenderse; el ritmo de trabajo en Buenos Aires y en los viajes era intenso, y le costaba encontrar el momento para la peluquería, la manicura, el gimnasio y esas otras tantas necesidades femeninas.

En torno a la mesa redonda del piso veintitrés estaban los siete silloncitos donde se ubicaban los socios. Faltaba el socio norteamericano, Lawrence Evans, que había viajado a Texas. Un mozo uniformado sirvió café; dos lo rechazaron. Frente a cada uno había una copa y una botella de agua mineral, además de un block para notas.

Intercambiaron comentarios de rutina: el tiempo en Europa, la crisis petrolera y las discusiones de un proyecto en el Congreso. Cuando estuvieron los seis solos y a puertas cerradas, le tocó empezar a Mercedes. Comenzó con el relato de sus entrevistas y el resultado de sus visitas a los clientes. El problema principal, la financiación de una represa en el sur del país, había podido ser solucionado mediante un consorcio de bancos, lo que motivó los elogios de los hombres.

Habló de los contactos con oficinas de abogados en París, Munich, Roma, Estocolmo y Madrid. De cómo se resolvieron algunas cuestiones de honorarios pendientes con clientes españoles y franceses, y las inquietudes que éstos le presentaron sobre las inversiones previstas para la Argentina, preocupados por la situación política y financiera del país. Con algo de culpa, evitó referirse al ingeniero Viguiet, de la empresa Gaz de France —un cliente de importancia—, con quien mantenía una amistad amorosa sazónada con un sexo exquisito, que la había retenido un día y medio en un castillo del Loire. Porque no todo era trabajo.

La inevitable referencia a los tiempos facturados por los distintos sectores del Estudio, la eficiencia de cada equipo y la restricción de gastos prevista e incumplida se llevó los últimos cuarenta minutos de la reunión. Los temas jurídicos no tenían prioridad en ese nivel y, aunque a veces se comentaban, nunca desplazaban a los económicos y los financieros.

Cuando la reunión llegó a su fin, los socios se apresuraron a salir.

—Doctora Lascano, ¿podemos hablar un minuto? —le dijo el socio principal.

—¡Cómo no! —aceptó ella, volviendo sobre sus pasos.

Ambos se sentaron en dos silloncitos contiguos y esperaron a que la secretaria cerrara la puerta.

—Tengo un tema delicado que tratar con usted. —Mercedes abrió un poco más sus ojos, inquieta por la introducción—. En su ausencia descubrimos que usted tiene

un topo en su equipo.

—¿Un qué?

—Perdón. De tanto hablar con el policía se me pegan sus expresiones —aclaró Beltramino, sonriente—. Una especie de espía.

—¿Un espía en mi equipo? No puede ser —retrucó, firme.

—Lo lamento, pero así es. Lo hemos comprobado.

—¿Y quién es?

—El doctor Marzani.

—¿Y para quién espía? —volvió a preguntar ella, desafiante.

—¿Nosotros asesoramos a una firma Villagra S.A. en la resolución de un contrato de construcción de un canal aliviador del río Colorado?

—Sí. Es un tema complicado, porque la otra parte no negocia con buena fe. Propone algo y luego se arrepiente. Hasta han rechazado ofrecimientos muy convenientes para ellos.

—¿Se preguntó por qué?

—Por supuesto, doctor. Antes de viajar, le aconsejé a nuestro cliente dar por terminadas las negociaciones y demandar, pero se niegan alegando razones comerciales. Me voy a interiorizar de lo que sucedió en mi ausencia.

—De acuerdo, pero antes tiene que escuchar esto.

Beltramino puso un pequeño grabador sobre la mesa y apretó un botón. Una voz, que le pareció familiar, decía:

—Mi amor, yo no puedo hacer eso. La jefa está de viaje y no puedo proponer a los clientes un convenio como ése.

—Vida, vos me dijiste que era la hipótesis de mínima que Villagra aceptaría y con esto cerrábamos el tema. El treinta por ciento del pacto de cuota litis es para mí y nos alcanza perfecto para la fiesta y el viaje a Playa del Carmen —concluyó, seductora, una voz de mujer.

—Voy a ver, no me animo.

—Dale, a vos te dijeron que llegarían a ese límite. ¿Cuál es el problema?

—Que estamos negociando en un nivel mucho más alto y aceptar la propuesta de ustedes es como renunciar a todo, o a casi todo —dijo la voz de Marzani.

—No, amor. Tanto tu cliente como el nuestro son unos tramposos que apañaron la licitación con sobrepregios y retomos. Los dos se llevan un montón de plata y se están peleando por lo que deja el negocio, aunque la obra no esté terminada. Total, la provincia paga y ahora necesitan definir quién se queda con más o con menos.

—Es que no voy a poder justificar por qué deben aceptar. Mercedes no está y yo estoy a cargo del asunto.

—Cuando vuelva, presentaselo como un éxito tuyo, porque es la posición de tu cliente que torció el brazo de la contraparte.

—Mónica, tenés que entender que ella no es ninguna boluda. Lo que se firmaría

es la posición de mínima de nuestro cliente, pero las pretensiones que se discuten son mucho más altas.

—Bueno, amor, pensalo. Es nuestra oportunidad. Con esto podemos resolver nuestros problemas. Cuando volvamos vemos qué hacemos y quizás hasta podemos abrir nuestro propio Estudio.

—Está bien. Hagamos una cosa: en la reunión de mañana ustedes propongan esos puntos para negociar. Yo voy a dejar constancia que no estoy de acuerdo, pero al final cederé.

—¡Bien, amor! Te espero a la noche y me contás.

Un ruido a estática marcó el fin de la conversación y el doctor Beltramino apagó el reproductor interrogando con la mirada.

—¿Qué piensa, Mercedes?

—No lo puedo creer.

—Bueno, hay varias conversaciones más.

—¡Qué porquería! Le tenía tanta confianza a este abogado como al resto de mi equipo. No puedo concebir que pase entre mi gente.

—Es difícil de admitir, pero es lo que es.

—Lo voy a echar ahora mismo —afirmó la abogada, levantándose.

—Tranquilícese, Mercedes. Por supuesto que se lo merece, pero no es conveniente echarlo ahora. Hasta nos puede demandar por despido. Déjelo para mañana y piense qué es lo más conveniente para el Estudio. Confío en usted.

Un silencio largo dominó el ambiente. Beltramino observaba los cambios en el rostro hermoso de la doctora que expresaban, sin disimulo, las contradicciones que la agobiaban.

—Está bien. Gracias, doctor. Voy a enterarme qué pasó con el caso de Villagra y después decidiré qué hacer.

—Perfecto. Y no se preocupe, nadie más sabe esto. Sólo el jefe de seguridad y nosotros dos.

En el trayecto hasta su oficina dos sensaciones la dominaban: la furia por la traición de su hombre y el agradecimiento a Beltramino, quien una vez más la estaba protegiendo de caer en el desprestigio interno si el tema llegaba a hacerse público.

La serenidad con la que pensaba y encaraba los problemas justificaba el liderazgo de Beltramino en el grupo. Ella lo sentía su protector.

Cuando volvió a su despacho, trató de tomar distancia del tema Villagra y le pidió a Eleonora una comunicación al celular del ingeniero Sáenz.

—¿Cómo está? —lo saludó con un tono alegre y casual en cuanto le pasaron la llamada.

—Muy bien, doctora. Me dijeron que estaba en Europa. ¿De vacaciones?

—¡Ojalá! Trabajo y más trabajo.

—Debería dedicarse un poco más a disfrutar de la vida, doctora.

—Trataré —dijo ella, dando por terminada la introducción—. Tengo un informe del abogado que los atendió a usted y a su señora en el problema que tuvo su hijo Ramiro en el colegio.

—Sí. Es un tema delicado y queremos que el Estudio se encargue de todo porque a nosotros nos hace mucho daño. Es cierto, como dice el doctor al que vimos, que no podemos volver atrás, pero creemos que se debe hacer algo para que estas cosas no sucedan nunca más. Es una irresponsabilidad absoluta. Parece mentira que uno se preocupe por mandar a su hijo al mejor colegio y que termine haciendo el amor con una maestra —concluyó, alterando el tono de su voz, el reflejo reprimido de su indignación.

—Está bien, ingeniero, me gustaría que nos encontremos a conversar sobre las alternativas del caso. Como usted dice, es un asunto muy delicado.

—Sí, me doy cuenta, pero creo que deberíamos actuar cuanto antes para que no se diluya la cuestión. Quizás hacer una denuncia policial para que no se perjudique nuestra posición, aunque el doctor Gallardo consideró que no era un buen objetivo y que caeríamos en un nivel impropio.

—No hay tanta urgencia. Si se tratara de una mujer se necesitarían pericias inmediatas pero, siendo un hombre, no hay pericias técnicas para él —alegó, tratando que no se le notara el sarcasmo. No había ánimo para chistes.

—Es cierto. Yo en este momento estoy en Salta y vuelvo mañana a primera hora. Si quiere podemos poner una cita para la tarde, aunque creo que es mejor que usted hable con mi mujer, que es la más afectada por este tema, ¿le parece bien?

—Sí, claro. ¿La puedo molestar en su casa?

—Sí, por supuesto, y cualquier cosa me llama al celular, doctora. Lo tendré encendido.

—Bien. Lo voy a mantener informado.

—Muchas gracias.

—Eleonora, por favor, llame a la señora del ingeniero Sáenz, dígale al doctor Gallardo que venga y que me suban la carpeta de Villagra S.A.

—Bien, doctora.

—¿Cómo se llama la señora?

—Sofía.

—Gracias.

Mientras esperaba la comunicación, se quedó pensando en la reunión que acababa de terminar. Había logrado convencer a los socios del éxito de su viaje; el cierre de la financiación de la represa significaba centenares o miles de horas legales durante los años que durara la obra.

También había tenido que escuchar al socio administrador informar que varios sectores no estaban facturando a los niveles fijados para ese año. Creía que uno era el suyo y, si lo confirmaba, iba a tener que ajustar el ritmo de trabajo de su gente.

La revelación de que Marzani era un traidor que le pasaba información a la contraparte la superaba y se negaba a pensar cómo resolverlo. Mientras sus pensamientos navegaban erráticos, miró las carpetas que se amontonaban sobre su escritorio: se prometió que el fin de semana pondría las cosas al día.

Sonó el teléfono y Eleonora le avisó que la señora Sofía de Sáenz estaba en línea.

—Mucho gusto, Sofía —saludó, tratando de que su voz sonara animada—. Soy Mercedes Lascano y su esposo me sugirió que hablara con usted para ir adelantando hasta que él vuelva de Salta.

—Sí, doctora, gracias por llamarme. —Fueron las primeras palabras de los veinte minutos que habló sin pausa, sin permitir que Mercedes interviniera salvo para confirmar que la estaba escuchando.

Unos golpecitos en la puerta anticiparon el rostro sonriente de Diego Gallardo, el abogado que los había atendido. Le hizo una seña para que se sentara en el silloncito frente a su escritorio. El abogado, su segundo en la sección Convenios del Estudio, se puso a hojear la carpeta del asunto Sáenz y se quedó concentrado en la lectura de un informe.

Mercedes que, estoica, soportaba el discurso de Sofía Sáenz, se dedicó a observarlo. Siempre con sus camisas impolutas y planchadas. Las corbatas, de las que debía tener una buena colección, eran elegantes y, a veces, exóticas. Como hombre era hermoso, tenía ese porte masculino que ella admiraba. Pero era casado, y de eso ya había tenido suficiente con su antecesor, el adorado Rodolfo Marrugat.

Más allá de su aspecto y su porte masculino, ella sabía que tenía las espaldas cubiertas por ese abogado leal e inteligente. Aunque lo mismo había creído de Marzani. Se obligó a detenerse en esa asociación de ideas. No podía empezar a desconfiar de todos.

—De acuerdo, Sofía. Ahora tengo más en claro lo que está pasando, pero ¿qué le parece si esta tarde nos encontramos para seguir hablando del tema? Ahora tengo una reunión y después un almuerzo —dijo la abogada, tratando de cortar la verborragia de su clienta.

Y era cierto: le quedaba apenas media hora para hablar con Gallardo de varios temas antes de salir para el edificio Platinum para almorzar con el presidente y dos miembros del directorio. Eran los compromisos a los que no podía faltar. Se comía bien, se hablaba de negocios y de cosas interesantes. Y, además, se facturaba.

Fijaron la reunión para las cinco y media de la tarde. Probablemente la señora Sáenz ignoraba que cada hora que Mercedes pasara con ella le costaba a su marido doscientos treinta dólares.

—¿Cómo estás, Diego? —lo saludó sonriente en cuanto cortó la comunicación.

—Muy bien. ¿Y vos? ¿Cómo te fue?

—Excelente. Conseguí la financiación para las obras del sur.

—¡Bravo! —la alentó—. ¿Cuándo llegaste?

—Esta madrugada. El viaje fue un horror. Se demoró cerca de dos horas para salir y después una falla técnica nos dejó clavados en Río. Pero bueno, esto pasa.

—Un garrón —confirmó Diego, sin evitar pensar que, cuando le tocaba viajar, a él lo mandaban en clase turística. Era una diferencia importante para la comodidad de su metro noventa, sobre todo cuando había demoras.

—¿Cómo anduvieron las cosas por aquí?

—Sin mayores problemas, como ya sabés por los informes que te mandamos. La sentencia de la Cámara en el asunto Magnus nos dio una gran alegría. Beltramino me invitó a almorzar para que le contara y prometió otra comida para los tres cuando volvieras.

—Sí, ya me dijo. Ése es un cliente de él y se anotó un poroto. ¿Teníamos un pacto por el resultado?

—Sí, es como un millón y medio.

Mercedes largó un silbido, agrandando aún más sus ojos color miel.

—¡Qué cretinos que son! No comentaron nada en la reunión de recién, aunque sí nos hicieron saber que había sectores que no estaban cumpliendo las metas de facturación fijadas para el trimestre. Me parece que uno es el nuestro.

—Es que esos pactos de cuota litis no se computan. Lo consideran un extra. Si tenemos suerte, nos dan una rodajita en forma de bono.

—¿Hay algún problema con nuestra gente? Parece que no se pueden cumplir las metas —preguntó Mercedes, tratando de cortar la queja pero sabiendo que era cierta y justa. Ella era parte del grupo que daba «la rodajita».

—Tenemos dos embarazadas —alegó Gallardo—. Las ecografías, que se sienten mal, que tienen que ir al médico y que están sensibles y no se las puede apurar ni retar porque se ponen a llorar. Ellas nos rompen el promedio y los muchachos se están matando.

—Diego, vos sabés que esto no me gusta, pero es necesario que corrijas un poco los tiempos antes de pasarlos a facturación. Por favor, que no se note, pero lleguemos a la pauta.

—Está bien —aceptó el abogado, sabiendo que iba a engañar a los clientes adicionando un poco de tiempo en cada factura—. Pero tenés que atajar el tema para cuando se tomen la licencia por maternidad.

—Sí, claro... Y después van a venir los problemas con los chiquitos, pobres, ¡qué difícil es ser mujer!

—Y bueno, es la liberación y la igualdad —dijo, con sorna, el abogado—. ¡A aguantarse!

—¡No seas cretino! —reaccionó Mercedes con severidad, lo que hizo arrepentir al hombre de su comentario—. Está bien. Encargate de llegar a la pauta del trimestre, que yo voy a ver cómo negocio el bono por el asunto Magnus y el reemplazo que

necesitamos para cuando se acerquen los partos. Dudo que quieran volver a tomar abogadas.

—Escuché que hablabas con la mujer de Sáenz —dijo Gallardo, señalando la carpeta abierta—. No te quise avisar porque te iba a preocupar y no podías hacer nada desde allá. Nos encargamos nosotros.

—Sí. Es un tema delicado.

—Y esa mujer parece talibán. Le sale espuma por la boca y quiere destruir a la maestra, a la directora y al colegio. ¡Es un buen colegio!

—Es cierto, pero el chico es un alumno.

—No vimos al chico, pero estoy seguro que debe de estar encantado. Cuando yo tenía quince años, se me caía la baba por las mujeres más grandes y ellas no me daban bola.

—¡Ya salió el machista de nuevo!

—No es ser machista. Es una realidad. A todos nos gustaban las viejitas de treinta cuando éramos adolescentes. No puedo creer que lo haya violado, como dice la madre; el chico debe tener lo suyo y seguro estará sacando pechito con sus amigos.

—La verdad, no lo sé. Ella viene esta tarde porque el marido está en Salta. Voy a ver qué pasa.

—Te deseo suerte si podés decir algo. Hablando, es una ametralladora.

Mercedes sonrió y miró el reloj.

—¡Me tengo que ir! Tengo un almuerzo en Platinum y después vuelvo. ¡Ah! Una cosa más... ¿Qué pasó con el asunto Villagra?

—No sé. Marzani me dijo que seguían negociando y que estaban cerca de un arreglo. No supe nada más salvo que se reunieron un par de veces.

—Bien, después seguimos hablando.

—De acuerdo. También hay varios chismes que circulan —cerró el abogado.

—Me los contás en otro momento.

Aunque todo se presentaba exquisito, cumplió estrictamente con su propósito de almorzar liviano y no tomar alcohol. Fue una comida agradable y distendida donde surgieron ideas y consultas sobre nuevos negocios que dejarían ganancias a la empresa y al Estudio.

Al volver, se encerró con Eleonora para repasar sus encargos de la mañana y para darle nuevas instrucciones. Dejaron que el teléfono sonara y que el contestador automático se encargara de tomar las llamadas.

—¿Qué tengo previsto para mañana? —preguntó, una vez terminado el repaso.

Había dos reuniones a la mañana y una a la tarde. Las de la mañana las derivó a los abogados que llevaban el caso, aunque debería llegar sobre el final de una para hacer acto de presencia.

—Necesito un favor, Eleonora.

—Diga, doctora.

—Llame al Beauty Center y resérveme un turno con Vernon para lavado, tintura y corte. También quiero manicura y depiladora. No me importa mucho el horario pero que sea el sábado, sin falta. ¡Ah! También necesito un masaje descontracturante de una hora.

—Bien, doctora —aceptó, mientras anotaba con envidia pensando en su propio sábado de deberes domésticos y limpieza a fondo de la casa.

Ominosas, las gruesas carpetas caratuladas Villagra S.A. se exhibían frente a ella. Trató de concentrarse en qué buscar entre los papeles engrampados: trataría de desvirtuar la acusación o de justificar la actitud de ese muchacho en el que había confiado. Estaba en juego su liderazgo y su amor propio.

Apelando a la necesidad de ser objetiva, suspiró profundo y encaró la búsqueda de la verdad con pruebas que la sustentaran. Fue pasando rápido las hojas del contrato, las intimaciones y las cartas documento que ya conocía para detenerse en los memorandos internos y en correos impresos entre el Estudio y la empresa.

No encontraba nada extraño. Tanto en las negociaciones como en las comunicaciones habían intervenido varios abogados, entre ellos, Marzani. Siempre se agregaba a la carpeta un resumen de las reuniones con gente de la empresa, con o sin la presencia de la contraparte.

De los informes y los memorandos surgía que, en las negociaciones, las posiciones de las partes parecían acercarse aunque persistían algunos puntos conflictivos. En el memo de la última reunión con los directivos de Villagra se había definido una posición conciliadora que derivó en un proyecto de acuerdo redactado por Marzani. Tres días atrás lo había remitido al cliente —que lo aprobó— y después al Estudio de la contraparte para su análisis. Aún no había respuesta.

Objetivamente, no parecía haber nada que cuestionar a sus abogados. Las reuniones mantenidas durante casi cuatro meses habían desembocado en la renuncia mutua de pretensiones y en un proyecto de solución entre ellos, independiente de las obligaciones adquiridas en la licitación con la provincia. Eran dos empresas en pugna, no la obra.

Después de leer el proyecto de acuerdo perfectamente redactado, Mercedes dejó los anteojos sobre la carátula y se restregó los ojos para ayudar a su vista cansada. Tenía que tratar de resolver qué haría con una situación en la que controvertían el desempeño sin objeción de sus abogados con la conversación que escuchó de uno de ellos con su novia.

¿Eso era mal desempeño? ¿Estaba violando la lealtad debida a su cliente? ¿Justificaba que lo despidiera? Evidentemente no, pero ese acuerdo era el objetivo de la contraparte y por ello ese abogado, junto con su novia, cobrarían un dinero.

Después de intentar encontrar una solución adecuada y no conseguirlo,

comprendió que no estaba en condiciones de pensar con claridad. Aunque se había cuidado, se sentía pesada pese al almuerzo liviano, y presionada por los muchos asuntos que se acumulaban y por la próxima entrevista con la esposa de Sáenz que, asumía, no sería fácil.

Ahora necesitaba despejarse. Total no había apuro: el tema Villagra se había desarrollado de forma correcta y la decisión estaba en el terreno contrario, que debía aprobar o rechazar el convenio redactado por Marzani y aceptado ya por el cliente.

El problema era esa conversación ¿Cómo la habría conseguido Beltramino? ¿Y por qué?

Capítulo 2

Sofía de Sáenz era una mujer de unos cuarenta y tantos años. Vestía con sobriedad y elegancia, sin demasiados adornos. Su aspecto era distinguido y su actitud, algo soberbia. Parecía bastante mayor y carecía de atractivo porque no se esmeraba ni con la ropa ni con el maquillaje. Después de los saludos y de un corto comentario sobre el tráfico, repitió todo lo que le había dicho a la mañana por teléfono.

Hablaba sin parar y no permitía que la interrumpieran, ni siquiera para una pregunta aclaratoria. Su discurso era agresivo y volvía reiteradamente sobre el hecho de que un chico de catorce años no podía tener sexo con una maestra diez años mayor en un campamento promovido y asistido por el colegio; era un agravio irreparable que debía ser sancionado de alguna forma. Dejó bien claro que ella no admitía las relaciones sexuales ni antes ni fuera del matrimonio y mucho menos si eran prematuras. Su educación religiosa no permitía ningún tipo de desviación en estas cuestiones, especialmente cuando se referían o afectaban a su familia.

Mercedes optó por dejarla descargarse. Ella no podía admitir una relación sexual fuera del matrimonio, aunque estaba segura de que, a juzgar por sus permanentes avances, el ingeniero Sáenz no pensaba igual.

—Son unos irresponsables —repitió por décima vez la mujer—. Una se imagina que un colegio con semejante nombre y prestigio cuida de todos los detalles que van de la educación a la forma de vida y los previene de los peligros a que están sometidos los chicos de hoy, como la droga y el sexo. En las reuniones de padres hablábamos de estas cosas y de la seguridad, pero jamás imaginamos que un alumno podía tener amoríos con una maestra dentro de la misma escuela. ¡Es impensable!

—La entiendo, Sofía, pero necesito un poco más de información para poder actuar. Hábleme de su hijo, por favor.

—¡Ah! Es divino. Ramiro es un chico sano, deportista, cariñoso. Nunca nos dio un disgusto serio... hasta ahora. Estoy convencida de que él no tuvo la culpa sino que fue esa atorranta que lo tentó. Es un niño, Mercedes, apenas comienza a desarrollarse. El mes que viene recién cumple los quince.

—Es cierto. Tiene todo por delante —sentenció Mercedes para seguir su razonamiento y no alterarla todavía más.

—El padre estuvo hablando con él un par de veces sobre el tema sexual y el matrimonio. Parece que no sirvió de nada. En cuanto se le cruzó una, salió detrás de ella como si fuera un animal. Ahora lo vamos a tener que sacar del colegio donde tiene sus amigos y es difícil conseguir vacantes a esta altura del año.

—Es lamentable pero ocurrió y necesitamos hablar sobre el tema judicial que ustedes quieren iniciar.

—Queremos la máxima dureza, doctora. Federico piensa lo mismo —afirmó, rotunda.

—De acuerdo. Voy a pedir al sector penal que estudie en qué figura se tipifica

este hecho y cómo vamos a probarlo.

La mujer la miraba y no parecía dispuesta a intervenir. La abogada se sintió obligada a continuar:

—En principio, estaríamos en presencia de un estupro.

—Una violación —corrigió la mujer.

—Pero tiene más de trece años —alegó la abogada, tratando de contradecirla con suavidad para no provocar otro torrente de palabras.

—Sí, pero...

—Es una diferencia técnica aunque, por ahora, esto no tiene mayor importancia. Lo que más me preocupa es cómo vamos a probar la relación si la maestra la niega. ¿Qué pruebas podemos usar? ¿Alguien los ha visto en situaciones comprometedoras o saliendo de un hotel o de un departamento?

—Bueno —dijo al rato—. No creo que nadie los haya visto haciéndolo, pero en el colegio todos lo saben y la directora tampoco lo ha negado.

—En realidad, para los tribunales, el hecho que todos crean algo no alcanza. Tiene que haber una prueba contundente del acceso carnal. Si la mujer lo niega, no habría forma de probar que el varón fue sometido.

—¡Pero es un chico de catorce años, doctora! Una mujer lo corrompe y usted me dice que...

—Le reitero que judicialmente cualquier cosa que se alegue hay que probarla. No digo que haya que probar la voluntad o la negativa de su hijo, pero si ella niega haber tenido sexo con él es una versión contra la otra. Entonces necesitaremos pruebas concretas de que existió la relación sexual. En la mujer, la constatación inmediata después del acto es importante para obtener las muestras de semen del que se saca el ADN; en el hombre, aun cuando el examen fuere inmediato al acto, no sirve para nada. Es indispensable otra prueba de que el acto carnal existió.

Sofía de Sáenz no salía de su estupor y estaba algo incómoda por los detalles que daba la abogada. Comenzaba a pensar que lo que había creído sencillo requería de pruebas que ella daba por sentadas y evidentes en palabras de su hijo ultrajado y en las versiones de sus amigos.

—¿Está usted segura? —preguntó, alentando la esperanza de un equívoco.

—Sofía, yo no soy penalista pero esto es elemental para nosotros. Sería bueno que usted hablara con su hijo y tratara de averiguar si alguien los vio haciéndolo, aunque sea acariciándose o en arrumacos, juntos por la calle, en el colegio o en cualquier otro lugar. Si hay fotos o una grabación de conversaciones entre ellos. Hoy los chicos fotografían todo con sus teléfonos...

—Yo no puedo preguntarle eso, porque no me va a contestar. Quizás el padre podría hablar con él.

—Si usted quiere yo puedo entrevistarme con Ramiro. Soy alguien extraño, como un médico, con el que puede hablar tranquilo.

—Podría ser.

—Bueno, hable con él o con el ingeniero y que me llame para vernos —dijo, levantándose. La mujer no se movió de su asiento.

—Hay otra cosa que me preocupa, doctora.

—Dígame, Sofía —dijo, volviendo a sentarse.

—Esta chica, eh..., esta mujer, ¿no podría estar embarazada?

La abogada había pensado en esa posibilidad desde el primer momento, pero la había callado para no alterarla.

—La posibilidad siempre existe, Sofía —contestó, bajando el tono de su voz.

—Sería terrible, doctora. En ese caso, mi hijo de catorce años podría ser padre a los quince, ¡con todo lo que eso implica! Nosotros seríamos abuelos y tendríamos que hacernos cargo de cuidar del chico, que pasaría a ser nuestro heredero.

La mujer se tomó la cara con las dos manos y se largó a llorar. Mercedes la miró durante unos instantes y luego le acercó un pañuelo de papel resignándose a esperar que se calmara pese a que ya estaba atrasada para su cóctel.

—Sofía, creo que voy a tener que hablar con esa maestra sobre varios temas, si usted no tiene inconveniente.

—Hágalo —dijo, algo dudosa—. Lo más importante ahora es saber si está embarazada, porque podría obligar a Ramiro a...

Mercedes no supo cómo interpretar esta frase, pero no era el momento de aclararlo. Primero necesitaba averiguar lo del embarazo para decidir el camino a seguir. Lo cierto era que, en un rato, la señora de Sáenz había dejado de lado sus ansias de venganza y le estaba dando libertad de acción. Ahora, por primera vez, era una madre preocupada por el disparate de su hijo.

Cuando pudo despedirla, recibió las novedades de Eleonora, le dio algunas instrucciones rápidas y salió disparada a buscar un taxi. Tenía que ir hasta su casa, cambiarse, maquillarse y llegar al cóctel a una hora razonable para encontrar a la gente que le interesaba. Afortunadamente, estas reuniones nunca empezaban a la hora indicada y se prolongaban hasta que los asistentes se cansaban de estar parados.

En el viaje marcó el número del ingeniero Sáenz y lo encontró descansando en su habitación del hotel de Salta. ¿Estaría solo? Parecía nervioso y apurado. Ella, con cierta maldad, se tomó su tiempo.

Le contó la conversación con su mujer y la necesidad de hablar con los involucrados en el lío: su hijo y la maestra. El hombre le dio su conformidad sin preguntar demasiado.

Llegó y, sin ducharse, se calzó otro vestido que también le apretaba aunque no tanto. Se maquilló, perfumó y volvió a salir para continuar cumpliendo con su trabajo, esta vez en el Alvear, entre copas de champagne y deliciosos entremeses.

El sábado amaneció luminoso y ella se despertó sobresaltada sin motivo. La noche anterior había tomado una pastilla para recuperar el sueño y superar el *jet lag*

que aún la afectaba.

Se había acostado temprano sin poner el despertador: el turno de las once y media de la mañana en el centro de belleza parecía muy lejano. Cuando vio el sol filtrándose por las rendijas de la persiana, pensó que se había quedado dormida. En la penumbra de la habitación, trató de enfocar la vista en el reloj. Recién eran las diez. Se estiró para desentumecer sus músculos, agarrotados por tantas horas de sueño.

La urgencia de su vejiga la obligó a levantarse, aunque se habría quedado para siempre en esa nada que tanto le gustaba. Fue hasta el baño y se descargó con placer, se lavó los dientes y la cara y se arregló un poco el cabello despeinado. La cara libre de todo maquillaje la golpeó en el espejo. Las arrugas en la comisura de los labios y sus incipientes patas de gallo eran una agresión gratuita en esa mañana que parecía perfecta.

Le sacó la lengua a la imagen del espejo y salió del baño apagando las luces. Puso música fuerte, levantó las persianas del living y el sol invadió el ambiente hasta la mitad del salón. Se preparó un desayuno para compensar las largas horas pasadas desde su última comida: jugo de dos naranjas, café bien cargado y dos tostadas con queso magro untable.

Llevó todo en una bandeja hasta la mesa baja frente a los sillones y sintió la tibieza del sol. Gozó del jugo, del café y, golosa, se preparó la primera tostada. Se recostó en el sillón mientras masticaba; los recuerdos inconexos de cosas diversas, de mayor y menor importancia, la invadieron pese a resistirse. Una de las difíciles reuniones en Madrid, la queja de sus socios por la falta de facturación de su sector, el alumno violado en el colegio de Laura y su abogado traidor.

Todo se mezclaba con el impacto que le había causado ver su rostro recién despierto reflejado en el espejo. Esforzándose en liberar su mente, se propuso fijar sus pensamientos en los acordes de la Orquesta Sinfónica de Ljubljana hasta que logró ocuparse de disgregar los instrumentos y apreciar el conjunto. Sonrió y levantó la bandeja para llevarla a la cocina. Faltaba media hora para su turno.

Abrió la ventana y una oleada de aire frío la hizo retroceder. En el dormitorio se vistió con ropa de franela para gimnasia, medias gruesas y unas cómodas zapatillas. Se ató el cabello con un lazo y buscó un tapado no demasiado nuevo. Unos pocos pesos en efectivo y la billetera con las tarjetas de crédito eran suficiente respaldo para cualquier eventualidad.

El ingeniero Sáenz expandía con prolijidad la crema de afeitar por su cara; el aroma a mentol se esfumaba en la neblina del agua caliente de la ducha.

Todavía sentía el rencor de la pelea con su mujer esa mañana, a propósito del tema Ramiro y de su iniciación sexual con la maestra. Era una exagerada. Tampoco él podía consentir lo sucedido pero, en definitiva, tampoco era un absurdo. Una chica y un muchacho que se relacionan y que terminan haciéndolo en un campamento. ¡Ojalá él hubiera vivido lo mismo a sus catorce años! ¡Ojalá no hubiera tenido que iniciarse con una prostituta grosera, cuyos inmensos senos caídos aún recordaba!

Le costaba representarse a la maestra en cuestión, a quien seguramente había visto en uno de los innumerables y calcados actos de fechas patrias, patrono, navidad o reuniones de padres. Sofía se la había descrito varias veces, pero su relato no era del todo fiable. Una más de las tantas docentes a las que saludaba, aunque probablemente ninguna de las que le despertaban pensamientos lujuriosos mientras caminaba del brazo de su mujer.

La máquina de afeitar terminaba de arrastrar el jabón junto con la barba crecida. Se miró en el espejo torciendo la cabeza y sonrió. Le gustaba lo que veía; se consideraba atractivo en la madurez. La incipiente calvicie y las canas aisladas le daban un aire interesante. Imaginó el escándalo que se hubiese armado si, en vez de Ramiro, hubiera sido él mismo el de la aventura con la maestra «insípida y con cara de mosquita muerta», como la calificaba Sofía.

Entre todo lo que decía su mujer, admitía un peligro: que hubiera quedado embarazada. Creía que a esa edad y a ese nivel, podía descartarse que estuviera infectada de sida, como también temía Sofía, siempre tan escandalosa. Pero el embarazo sí podía ser la consecuencia natural de una relación entre dos jóvenes. Y, si llegaran a tener un hijo, ¿quién se haría cargo? ¿Se casarían? ¡Qué absurdo!

Decidió no ir a jugar al golf, como hacía todos los sábados, y acompañar a Ramiro al club para verlo jugar con su equipo. Tenía que hablar con él, enterarse un poco más de todo el embrollo. Además era bueno estar a solas, hablar de cosas de hombres, de sexo, de mujeres. Como padre, debía haberlo encarado mucho antes. Esperaba no estar llegando demasiado tarde.

Mercedes sentía cómo las manos expertas del masajista se detenían en cada músculo y lo trabajaban hasta dejarlo laxo. Gozaba de esa rara sensación de unas manos masculinas recorriendo su cuerpo para cumplir con un trabajo. Ya conocía a Rene y sabía de su profesionalismo, aunque también de su fama con las mujeres. Corrían muchos rumores entre las manicuras y ayudantes.

Cuando pidió por primera vez un turno, varias de las muchachas habían cruzado miradas cómplices. Efectivamente, era apuesto, y vestía de blanco con pantalones largos y una musculosa que dejaba en evidencia su físico trabajado. Aquella vez, los masajes habían comenzado hábiles y fuertes, arrancándoles gemidos, mezcla de placer y dolor.

En su primera vez se había sorprendido cuando las manos del hombre se deslizaron por las piernas y rozaron la tela de su bikini. Consideró que se trataba de la rutina habitual, pero al reiterarla con más audacia, recordó su mala fama.

—No necesito más que un masaje —se oyó aclararle por sobre la suave música grabada.

El hombre no había dicho nada, y sus manos se dedicaron al masaje efectivo y relajante. Las cosas habían quedado claras. Ahora Mercedes sentía, sin inquietarse, cómo trabajaba sobre su cuerpo liberando tensiones acumuladas. Se dejó hacer. Cuando hubo terminado, se envolvió en la bata y se recostó en una reposera en la sala

de descanso en la que se oía una melodía suave y el rumor del agua que caía de una cascada en un rincón. El resplandor que entraba por un tragaluz le daba vida a las plantas, el único adorno del lugar.

Sin proponérselo, Eleonora había elegido la mejor hora para su turno. Al mediodía, la mayoría de las mujeres se ocupaban de maridos e hijos, y ella quedaba libre de conversaciones frívolas. Allí estaba, sola con el agua que corría y la música ayudándola a encauzar su espíritu.

Puso la mente en blanco y acabó por quedarse dormida. Alguien la despertó para decirle que la esperaban para atenderla.

Ramiro iba feliz sentado al lado de su padre en el amplio y suntuoso automóvil importado que parecía flotar por la autopista. La música de un disco compacto con canciones de los años 80 disuadía la conversación.

Sin embargo, estaba nervioso. Que su padre dejara de jugar al golf un sábado a la mañana para llevarlo hasta Villa de Mayo para verlo jugar al rugby era demasiado raro: sólo podía deberse al tema del colegio.

—Ramiro —dijo el hombre a los pocos minutos de andar—. Tu madre me ha contado el lío con esa maestra. Me gustaría que hablemos sobre eso. Somos hombres, padre e hijo, y éstas son las cosas en las que debemos estar juntos, sin vergüenzas ni peleas.

—Sí, papá —contestó sin mirarlo.

—Bueno, me gustaría que empezaras contándome cómo sucedió todo —lo invitó, bajando el volumen de la radio. El silencio ganó la cabina y el ingeniero miró a su hijo, que mantenía la cabeza gacha—. ¡Vamos, Ramiro! —insistió, dándole una palmada cariñosa en la pierna—. Todos hemos empezado con una mujer alguna vez. No es nada malo, al contrario, es lo natural y te debe gustar. Los hombres de verdad siempre se sienten atraídos por las mujeres y Dios nos ha creado de esa forma para disfrutar y continuar la especie humana.

—No sé cómo empezar —dijo el muchacho, con voz desfalleciente.

—Desde el principio. Por ejemplo, cómo la conociste.

—Bueno, es una maestra del colegio, de primer grado. Se llama Lorena.

—¿Y es linda? —lo alentó.

—Sí... A mí me gusta mucho.

—Bueno. Eso es importante. —Nuevo y largo silencio—. ¿Y cómo empezó todo?

—Un día nos encontramos en la calle y comenzamos a hablar. —Hizo un silencio largo y continuó—: Papá, no me pidas que te cuente todas las cosas que pasaron.

—Está bien, está bien... Pero decime cuánto hace de eso.

—Como unos tres meses —dijo, después de unos instantes.

—¿Tanto? Entonces ese viaje a Tandil no fue la primera vez.

—Bueno... Nosotros ya andábamos.

El padre sonrió. ¡Ése era su muchacho! Estiró la mano y le volvió a palmear la pierna. Se miraron y sonrieron. Todo estaba bien. Ramiro comprendió que tenía a su lado a un cómplice y le gustaba: era su padre.

El resto del viaje conversaron de mujeres y de sexo. El ingeniero se inventó algunas aventuras juveniles para que su hijo se aflojara.

Aprovechó para decirle algunas cosas que nunca le había informado. Otra vez pensó que debería haber charlado mucho antes pero siempre se sintió inhibido.

—Ramiro —le dijo cuando estaban en el camino de entrada a las canchas—, quiero que sepas que voy a estar a tu lado en esto y en todo lo que me necesites en cualquier momento de tu vida. De este problema de alguna manera vamos a zafar, pero traté de no alarmar a tu madre.

—Está bien, papá. Gracias. Ahora me siento más tranquilo. El lunes tengo que ir a hablar con esa abogada tuya. ¿Qué tal es? Me da un poco de miedo.

—No te preocupes. Conozco a la doctora Lascano hace muchos años y es de plena confianza. Cualquier cosa, me decís.

Desde la primitiva y pequeña tribuna de tablonos flojos vio a su hijo correr por el campo, eludiendo contrarios y soportando caídas y golpes. Se sintió orgulloso de él, capaz de conquistar a una mujer diez años mayor. No había nada de malo en ello: era sólo un pecadito de muchachos. Aunque no lo había dejado muy tranquilo que su hijo le confesara que no usaba preservativos porque le daba vergüenza ir a comprarlos, ni que la relación con la maestra llevaba ya unos meses.

Le lavaron la cabeza, le cortaron, y le hicieron los reflejos mientras la manicura trabajaba en sus manos y sus pies. Antes había tomado un sauna y se había sumergido en el *jacuzzi* mientras bebía un jugo de frutas con un sándwich tostado. La máscara facial la relajó del todo, pero aún le tiraba un poco la piel. Todo perfecto, suave, perfumado, con toallas limpias y cambiables, amabilidad, música y tranquilidad.

Sin embargo, sus pensamientos tomaban caminos incómodos y erráticos. No podía evitar que la asaltaran los temas del Estudio, perturbando la placidez modelo que se lograba en un centro dedicado a agasajar el cuerpo. Masajes, tratamientos varios y disfrute era lo que pretendían las clientas. Para ella, y muchas otras como ella que no tenían que preocuparse por los costos, la tarjeta de crédito resolvía todo. Lo que los tratamientos no podían resolver —apenas morigerar— era el paso del tiempo.

Estaba por cumplir cuarenta y tres años, y era evidente. Su piel había perdido parte de su tersura natural, leves arrugas enmarcaban los ojos y las comisuras de los labios, los músculos y los senos comenzaban a aflojarse, los glúteos a perder su redondez y la cintura ¡a ensancharse!

—Aquí tiene, doctora —le dijo la recepcionista, acercándole los talones del gasto para que los firmara.

—Muchas gracias —dijo, y firmó sin mirar la cantidad.

Fue hasta su casa sin apuro, se enfundó en ropa de gimnasia y ganó la calle. Corrió por el parque durante más de media hora concentrando sus pensamientos en el esfuerzo físico.

Intentaba frenar la catarata de ideas que se agolpaban en su mente y analizar concretamente lo que estaba sucediendo en ese momento de su vida. Estaba ansiosa: no sabía qué era lo que quería ni necesitaba.

Su primer impulso fue diagnosticarse un estado de agotamiento por el ritmo de trabajo, que no le daba tregua ni le permitía disfrutarlo. Los problemas de los juicios y los contratos, asuntos que se sucedían uno tras otro, que se acumulaban e interferían unos con otros. Nada podía descartarse, todo debía atenderse y el tiempo, facturarse impiadosamente.

Es que la estructura de la organización empresaria-jurídica debía sostenerse a toda costa: el pago del alquiler a razón de sesenta dólares el metro cuadrado, los salarios de casi ciento cincuenta abogados y más de doscientos empleados por los que el Estudio debía responder. Era indispensable mantener los clientes, conseguir nuevos y cobrarles. De otra forma, todo se desmoronaría como un castillo de arena.

Ésta era su vida y no había forma de cambiarla, salvo renunciando a todo y empezando en otra cosa. En realidad no sabía hacer nada más y había invertido muchos años de esfuerzo en llegar a ese lugar. Era absurdo plantearse un cambio en la cima.

Pero ahora iba a disfrutar del día. El domingo volvería al Estudio a organizar los asuntos que la complicaban sin que el estrés la consumiera.

La intensa corrida la cansó. Le faltaba entrenamiento, pero sentía que necesitaba esforzarse más allá de sus fuerzas para recuperar su estado. Debió parar porque los pulmones no alcanzaban a bombear más aire y las piernas parecían de cemento. Estaba a cinco cuadras de su casa pero fantaseó con tomarse un taxi. Enseguida lo descartó: salir a correr y volver en taxi le parecía absurdo, tanto como ponerse a dieta y entrar en un restaurante de tenedor libre.

Comenzó a sentir frío. El débil sol del invierno estaba declinando y las sombras de los altos edificios aumentaban los efectos de la brisa helada proveniente del sur. El sudor que mojaba su ropa comenzó a enfriarse y a provocarle escalofríos. Apresuró el paso, los problemas pasaron a un segundo plano. Todo se convirtió en algo mucho más sencillo, elemental y urgente: llegar a su casa para recuperar el calor.

La calefacción de la losa radiante la reconfortó. Encendió la cafetera y comenzó a desvestirse con cierta desesperación para liberarse de la ropa mojada. Desnuda, abrió la canilla de agua caliente de la bañera, se sirvió una taza grande de café con leche y se metió bajo la ducha para gozar del agua.

Quince minutos después, se sentó en el sillón que enfrentaba los ventanales a ver cómo la tarde iba cediendo, irremisiblemente, a la oscuridad temprana de esa época del año. Suspiró profundo, rendida por el cansancio y cálida en la suavidad de su

albornoz.

No se sentía completa. La soledad volvía a presionarla. Como cuando había abandonado su pueblo natal en La Pampa para estudiar en Buenos Aires. Ya no le quedaba allí ningún pariente y acá sólo tenía a su tía Rosaura, que vivía en las afueras de la ciudad con su regimiento de gatos que impregnaban de olor la casa y el jardín. Decidir visitarla era un verdadero acto de piedad y sacrificio.

Sus relaciones se ceñían a la gente del Estudio y a los clientes. Con excepción de su amiga Marina, que era casi su único vínculo libre y sincero. Solía tener en torno de ella algunos hombres, pero ninguno lograba conmovérsela. Pensó que el único que realmente había dejado en ella huella había sido Rodolfo Marrugat, su compañero de trabajo, un amor imposible. Ahora no tenía a nadie que valiera demasiado la pena. Salvo Horacio, que estaba siempre a disposición para sacarle las ganas. Esa noche no las tenía.

Debía terminar el día como lo había empezado: sola, luchando con sus fantasmas laborales, personales y físicos. Necesitaba enfrentarlos para encuadrarlos y poder pelear contra ellos.

La mañana del domingo también amaneció espléndida. Se sentía bien. Había dormido de un tirón cerca de diez horas y los temores y las angustias que a la noche parecían acosarla ahora eran temas aislados, manejables.

Una vez más comprobó que, para ella, en los momentos de crisis, la mejor terapia era retraerse y dejar que todo fluyera sin condicionamientos ni límites. No oponer resistencia ni a lo bueno ni a lo malo, lo conflictivo o lo placentero, para que todo corriera como el agua en un declive hasta llegar al llano, donde se expandiría mansa luego de haber arrastrado las impurezas.

Tomó unas pesas livianas y probó una rutina de ejercicios que le había indicado su profesor de gimnasia. Se paró frente al espejo para observar su coordinación. En un movimiento, dejó caer su camisolín al piso y lo apartó con el pie.

Su cuerpo desnudo se reflejó alumbrado por el sol que entraba por el ventanal, lo que la volvió a la obsesiva tarea de explorar sus defectos. Además de las leves arrugas en la cara, tenía algunas en el cuello. Eran insignificantes, pero se irían profundizando. Sus senos, de los que siempre se había sentido orgullosa, se veían más pesados, agrandados y más juntos. Lo que más le preocupaba era la cintura, que iba perdiendo su curvatura. En cuanto a los glúteos, todavía conservaban su firmeza porque ella se esmeraba especialmente en las máquinas para fortalecerlos. Unos leves grumos anunciaban la temida celulitis, pero aún no se notaban demasiado.

Se duchó sin apuro y se vistió informal. Armó un bolso con las zapatillas para correr y la ropa de gimnasia, toalla de baño y anteojos oscuros, y bajó. El portero de su edificio se sorprendió de verla tan temprano buscando su automóvil en el garaje un domingo.

Las calles de Buenos Aires lucían desoladas a esa hora. Dejó la ventanilla un poco abierta y el frío de la mañana la terminó de despejar. En la enorme playa subterránea del edificio de Puerto Madero apenas había dos automóviles estacionados, seguramente del personal de vigilancia. Estacionó en la cochera número siete que tenía asignada como socia del Estudio.

Subió por el ascensor directamente al piso veintidós, abrió la puerta del tablero para dar luz y habilitar la calefacción al piso. Le gustaba el silencio que había, la falta de abogados y empleados en las oficinas y los pasillos.

Entró en su despacho, en el sector de Convenios, y automáticamente encendió la computadora. En un pequeño y oculto recodo de servicio, preparó la máquina de café calculando exactamente tres cucharadas en el filtro de papel. La lucecita roja del costado le confirmó que el agua se estaba calentando. Sin esperar que filtrara, volvió a su oficina y encendió la lámpara apantallada que estaba en una esquina de su mesa.

Se paró detrás del escritorio tratando de decidir por dónde empezaría. Alzó el block con las listas de tareas, miró la numeración de prioridad que le había otorgado a cada cosa la tarde del viernes y decidió seguirla a rajatabla: primero lo más sencillo y lo que demandaba mayor estudio, último.

Sin embargo, las carpetas del caso Villagra S.A. dominaban la escena. Éste era el momento para decidir, en silencio y soledad. Rápidamente inventarió lo que sabía: el abogado a cargo había cumplido cabalmente con su tarea y el caso estaba a punto de resolverse con un convenio aprobado por el cliente. Pero ese mismo abogado había pasado información al Estudio contrario, que la había usado para obtener ventajas en la negociación. Si lo hizo de maldito, por dinero o por amor, poco importaba. Había roto la regla fundamental del abogado: lealtad con el cliente y, además, con el Estudio para el que trabajaba.

No veía otra forma de proceder más que quirúrgicamente: despedir a Marzani, avisar a su cliente de la situación y hacer la denuncia al Tribunal de Ética del Colegio de Abogados.

Lo pensó unos segundos y decidió que ésta era la conducta apropiada para una abogada jefa con un colega dependiente y tramposo. Se lo merecía aunque hubiera actuado inducido por su novia. Aprendería a no ser un pollerudo.

El lunes pondría en marcha su decisión, pero antes lo consultaría con el doctor Beltramino. Él fue quien le había proporcionado la información y no se le escapaba que la cuestión afectaba al Estudio.

Liberada de ese tema, decidió seguir con el resto. Pero lo primero era lo primero. Se sirvió una taza de café recién filtrado y se puso a revisar los *mails*. Aunque Eleonora había limpiado el *spam*, tenía doscientos cuarenta y ocho mensajes sin leer. Tomó un sorbo caliente para darse fuerzas.

Al rato, promediando la revisión, se levantó y volvió a llenar su taza. Usaba su jarra habitual, adentro azul y afuera blanca, con el logotipo del colegio de Laura. Debía tener cuidado de guardarla en las entrevistas con los Sáenz.

Se acordó de la presunta violación del chico y sonrió. El amor y el sexo entre dos jovencitos traía un aire de frescura que le agradaba. Podía ser clandestino, repudiado y hasta torpe, pero era algo nuevo, renovador en un mundo de contratos, de enfrentamientos y de dinero. La contracara del caso Marzani.

Con sus cuarenta y tres años, hacía tiempo que ella no sentía el placer del amor, aunque gozaba del sexo, del que no se privaba. En su ordenada vida, apenas necesitaba levantar el tubo del teléfono para conseguir un compañero, pero no se le ocurrió hacerlo. Aún duraban los recuerdos de Jean Claude y sus encuentros franceses.

Su mente volvió al caso Sáenz. Ramiro vendría a verla al día siguiente y allí decidiría cómo seguir con el caso. Sólo tenía que seguir su intuición.

Volvió a su escritorio, sostuvo la jarra de café en una mano y, con la otra, empuñó el mouse decidida a eliminar rápidamente los *mails* que le quedaban revisar: avisos del Colegio de Abogados, chistes de amigos, cuentos políticos, propagandas.

Eleonora no sabía su clave, pero Mercedes la dejaba limpiar el *spam* en su computadora encendida cuando ella estaba cerca. Confiaba en la prudencia de esta mujer que hacía tantos años trabajaba para ella. Además, si abría alguno privado, el icono la denunciaría.

La tarea de eliminación era tediosa. Se levantó y puso música italiana y se quedó apoyada en la biblioteca recorriendo con la vista el lugar. El despacho de la doctora Lascano era fantástico. No era demasiado grande, pero podía alojar una reunión de cuatro o cinco personas. Para reuniones más numerosas, a pocos pasos había una sala común que podían usar los abogados y cuyos turnos se otorgaban de antemano.

Su oficina poseía una antesala pequeña, encuadrada por un mostrador sobre el pasillo común, donde estaba Eleonora. Si era necesario, había sillones para amortiguar la espera.

Se entraba a su despacho por una doble puerta, que daba de frente a una pared vidriada de piso a techo con vista ilimitada de la ciudad y el río. Las demás paredes, pintadas de color claro, combinaban con la alfombra mullida. Colgaban cuadros originales no muy valiosos y, en una esquina, un juego de sillones y la mesa para las reuniones íntimas. Una biblioteca y algunos objetos de decoración que había ido agregando sobre el escritorio le daban el tono personal y acogedor a un lugar dominado por litigios.

Ya estaba terminando cuando sonó el celular. Miró la hora en el display: eran las 11:20. El que llamaba era Horacio, el abogado que conocía desde hacía tiempo, recientemente divorciado, con el que se había acostado con alguna regularidad antes de viajar. El viernes la había llamado y ella lo postergó con la idea de encontrarse hoy para almorzar en el club.

Estaba indecisa. Las dos horas que le llevó revisar los *mails* atrasados y canalizar sus requerimientos la habían irritado. No terminaba de entender por qué era el medio de comunicación preferido por la gente.

La perspectiva de un almuerzo al sol y una tarde de sexo y descanso en el departamento era tentadora, pero dejó sonar el teléfono hasta que los timbres cesaron. Avanzaría un poco más y después decidiría. Horacio debería esperar.

Continuó trabajando hasta que tuvo un panorama real de lo que tenía para hacer todavía ese día: las urgencias, los temas menores y los trabajos de fondo que quería controlar. Era mucho. Llamó a Horacio al celular.

—¿Horacio? —preguntó innecesariamente cuando oyó su voz.

—¿Qué tal, mi amor? Te llamé hace un rato pero no me atendiste.

—Es que lo tenía apagado —mintió.

—¿Y dónde estás?

—En el Estudio.

—¿En el Estudio con este día maravilloso?

—Sí, no me queda otro remedio. Estuve diez días afuera.

—Ya lo sé, yo era el que esperaba. Bueno, ¿te paso a buscar?

—No, mi amor. No puedo.

—¿Cómo que no podés?

—Tengo demasiadas cosas para hacer y debo preparar una conferencia en inglés para unos americanos que vienen mañana.

—Pero yo reservé una mesa en el embarcadero del Club Universitario, en el jardín, al sol.

—No seas malo —dijo con un tono dulzón de mujer—. No me tientes... En realidad no puedo.

—Pero mi amor, no podés vivir así. Tomate un rato, comemos y te volvés al Estudio.

Mercedes pensó un instante. Parecía lógico pero sabía que, si accedía, el viaje y el almuerzo le llevarían más de dos horas, tomarían vino y no podrían evitar subir al departamento. Aunque lo hicieran rápido para sacarse las ganas, sería una tarde perdida.

—No, mi amor. Me encantaría pero no puedo. Si no ordeno esto, no sé qué voy a hacer la semana que viene.

—Insisto, mi querida. Sólo un par de horas y volvés al trabajo.

—Mirá, vamos a hacer lo siguiente. Dejame que me saque de encima esta montaña que me aplasta y nos encontramos mañana a la noche.

—No es lo mismo.

—Pero es lo único que puedo hacer. Si vamos ahora voy a estar nerviosa y apurada y a ninguno de los dos nos gusta así —dijo, refiriéndose a la ineludible acostada después de la comida.

—Es cierto, pero es que tengo muchas ganas... —volvió a insistir.

—Mañana va a estar mucho mejor, te lo aseguro.

—Está bien —admitió Horacio—. ¿Nos encontramos en tu casa a las nueve?

—Nueve y media.

—Y no te agotes, por favor. Te necesito.

—No te preocupes, siempre tengo resto para vos —le contestó, cautivante.

—Chau.

—Chau, y portate bien en el club que hay un montón de locas buscando.

—Vení a cuidarme vos, entonces.

—Me encantaría, pero no puedo.

Cuando cortó, continuó con el trabajo y al rato se estiró para atrás en su asiento, observando las listas que había preparado y agregando alguna anotación. Finalmente se levantó del sillón. La compulsión de terminar de revisar su casilla de *mails* la había tensado y puesto mal.

Tomó el bolso para cambiarse en el baño privado para socios y se dispuso a salir a correr un rato por la Costanera Sur. Se pediría uno de esos exquisitos sándwiches de carne que preparan en los quioscos, cumpliendo su deseo de comer al sol sin perder el tiempo en formalidades y sexo sin ganas.

Al volver, encontró a dos de sus abogados trabajando en sus cubículos. Uno era el recién incorporado —que hacía méritos— y la otra, la embarazada que pretendía compensar el tiempo no trabajado en una visita al médico o en una ecografía. Pensó en Marzani: menos mal que no estaba porque no sabía si podría contenerse en reprocharle su deslealtad.

Charló brevemente con ellos y se encerró en su despacho. Se tiró en la alfombra y trató de hacer unos ejercicios de relajación que había aprendido. En minutos se quedó dormida y, cuando despertó, le costó trabajo recordar dónde estaba. Había dormido apenas quince minutos, pero se sentía fantástico.

Se puso a trabajar esmeradamente en un recurso extraordinario que debía presentarse ante la Corte Suprema. Creyó que lo mejoraba, aunque el trabajo del abogado júnior era muy bueno. El muchacho había organizado bien la estructura del escrito, expuestos los hechos con claridad y descrito el derecho de forma impecable. Fundamentó la posición con doctrina nacional y extranjera y una abundante y sólida jurisprudencia que lo apoyaba. Con esto, debían razonablemente imponerse al débil y elemental fallo de la Cámara, pero nunca se sabía. Era posible que hubiera que reforzar los argumentos con alguna conversación con los ministros o sus relatores.

Era un escrito importante y la concentración de más de dos horas la había agotado. Guardó el escrito corregido en la carpeta del archivo y lo envió por *mail* al abogado que lo había preparado, con una felicitación por el trabajo. Él se encargaría de imprimirlo, llenar algún claro y hacérselo firmar antes de presentarlo en término en la mesa de entradas de la Corte.

Se levantó de su asiento, estirándose. Caminó los pocos pasos que la separaban

del ventanal y se quedó mirando la placidez del río en esa tarde soleada, fría y sin viento. Las velas de las embarcaciones deportivas se inclinaban a lo lejos. Cuando miró hacia abajo, un asentamiento humano miserable sobre la costa la volvió a la realidad de un país que no podía despegar de la pobreza.

Desde el piso veintidós, Buenos Aires era una hermosa ciudad, con sus miserias, sus iglesias, sus autopistas y el ancho río que parecía de aguas azules desde esa altura. Se asombró al ver su edificio reflejado en los vidrios espejados de la mole gemela. Hasta se descubrió esbozada en la ventana, como si estuviera observando a una extraña en otra oficina.

Se dejó estar unos minutos en contemplación y volvió a su escritorio para seguir con el trabajo. Lo hizo concentrada y, para las siete, había terminado con gran parte de lo pendiente. Pensó en llamar a Horacio para reivindicarlo de su rechazo, pero inmediatamente se arrepintió. ¿Estaría disminuyendo su apetito sexual por la edad? ¿O acaso era que ese hombre no la atraía lo suficiente?

Pensó en volverse a su casa, pero la idea no la sedujo, aunque estuviera cansada. Había pasado tres noches sola y necesitaba estar con alguien, pero con quien pudiera distenderse y no actuar u ocultar cosas. El nombre de Marina surgió solo.

Era una amiga de años, vecinas de juventud. Marina se había casado, tuvo dos hijos y se había divorciado en malos términos. Desde entonces vivía en permanente conflicto con su marido y trabajaba por demás para suplir su baja cuota alimentaria. Con Marina podía charlar sin reservas y sabía que sus críticas siempre eran bien intencionadas y sabias, porque también era una buena psicóloga.

—¿Marina? ¿Qué estás haciendo?

Un par de minutos bastaron para arreglar encontrarse en el restaurante del hotel Hilton que estaba a metros de su oficina. Allí la comida era excelente, la cuenta la pagaba el Estudio y su amiga se daba un gusto que con sus recursos no podía permitirse.

Marina, vestida como para una fiesta y bien maquillada, la esperaba en una mesa. Se besaron y pidieron una copa de champagne para empezar y brindar. Contrastaban en sus roles invertidos: Mercedes con una vestimenta informal, deportiva, y la psicóloga, vestida con toda elegancia. De todas maneras, era domingo de noche y había poca gente en el comedor: unas parejas de mayores, un grupo de ejecutivos que hablaban alto en inglés y un solitario leyendo un libro sobre el ventanal con la mejor vista de la ciudad iluminada.

—¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! —abrió Mercedes.

—Lo que sucede es que andás siempre viajando y llena de trabajo, hasta los domingos —contestó, haciendo un gesto indefinido hacia el edificio del Estudio.

—Es cierto —admitió, con pesadumbre, la abogada—. Pero aquí estamos de nuevo —dijo, tratando de cortar toda referencia al trabajo. El mozo trajo las copas

altas de champagne y las dejó sobre la mesa con un plato con canapés que lucían apetitosos.

—¡Salud! —propuso Mercedes.

—¡Salud! Y por tu cumpleaños.

—¡No me hagas acordar! —contestó la abogada, sonriente.

Marina era una linda mujer, de esas a las que la edad sólo mejora. Su rostro transmitía una serenidad permanente y apenas sus ojos, profundamente azules, revelaban la vivacidad de una vida llena de altibajos.

Volvieron a brindar y se sonrieron.

—¿Cómo andan tus cosas? —preguntó la amiga.

—Como siempre, a las corridas y cada vez más difícil. El país, el mundo, los clientes que quieren recortar gastos. Pero es mi vida. Estoy harta, es demasiado —contestó con dificultad porque ya iba por su segundo bocadito. Tenía hambre porque desde el sándwich al sol no había probado nada.

—¿Y de amores?

—También como siempre. Varios, alguno más importante y agradable, casi nunca disponibles, y los otros sólo para el service.

Ambas rieron de buena gana, tanto que atraieron las miradas de un matrimonio que comía a varias mesas de allí.

—Pero me canso, Marina. Nos estamos poniendo grandes, nos aparecen las arrugas, se nos caen las tetas. Fijate que los otros días no me podía cerrar una pollera que usé durante años.

—Es cierto y tenemos que aceptarlo. Es inevitable —dijo con autoridad de psicóloga—, no podemos entrar en la locura de pretender la eterna juventud.

—Sí, todas lo sabemos pero que duele, duele.

—Claro que duele y ¿por qué creés que hay tantos institutos de belleza, gimnasios y cirujanos plásticos que parecen estrellas de cine y están llenos de guita?

—Es un garrón, Mará. Yo también creo que hay que aceptarlo, pero desde la cabeza. En cuanto me adentro en el tema me agarra un ataque de pánico. Estoy pensando en hacer algo para retardarlo.

—Y sí. Si se tiene paciencia, tiempo y plata, se puede.

—Tengo la plata pero no tengo ni tiempo ni paciencia, además tengo miedo de que me hagan un desastre.

—Hay que buscar gente seria.

—¿Los hay en ese ramo? —preguntó Mercedes.

—Algunos. Precisamente, era una novedad que quería contarte. El mes pasado dejé de ejercer la psicología y estoy trabajando en un centro integral de belleza.

—¿Cómo? —preguntó Mercedes, asombradísima. Nunca se le hubiera ocurrido; parecía una mujer incompatible con lo superficial.

—No podía más. Cada vez me costaba más conseguir pacientes y un día me di cuenta de que estaba demorando las terapias para pagar el alquiler o el colegio de los

chicos. No es ético.

—No sabía que las cosas andaban tan mal.

—Es que hay demasiados psicólogos, Mercedes. El país se ha llenado de universidades convertidas en negocios pseudoacadémicos que largan profesionales sin capacitación que necesitan trabajar a cualquier precio y de cualquier forma. Hay tantos psicólogos y abogados que, si los juntamos, podríamos formar un partido político y ganar las elecciones.

—Es cierto —admitió Mercedes pensando en los candidatos que se presentaban en el Estudio para trabajar, recibidos de universidades ignotas.

—¿Entonces...?

—Una amiga, que me tiene mucha confianza y que decidió viajar por el mundo con su nuevo marido lleno de plata, me ofreció una especie de gerencia o supervisión de un instituto de belleza integral de alto nivel. Es un buen lugar donde se hace todo lo que la clienta requiera: desde peluquería hasta cirugía, pasando por psicología individual y grupal. Es un concepto bastante revolucionario.

—¿Pero funciona? —preguntó recordando al que había ido el sábado.

—Claro, y no sabés en qué forma. Son muchas las mujeres que quieren parar el reloj, y mi amiga dice que hay que satisfacerlas, aun con aquellos tratamientos que no sirven para nada o que pierden efecto con el tiempo.

—Ése es el problema —dijo Mercedes, pensando en ella.

—No si existe alguien que te diga —se señaló con el dedo— qué es lo que funciona y lo que no. Lo importante es no volverse loca con los tratamientos porque la idea de fondo es crear adicción y lograr una clientela cautiva.

Siguieron hablando y recayeron en aquellos tiempos del barrio donde todo parecía feliz y sin complicaciones. De allí saltaron a las vidas de sus conocidas: había de todo.

Aunque estuvo tentada, Mercedes no le contó nada sobre el problema que estaba pasando Laura con la maestra de su colegio. Ella también la conocía y, si bien era un cuento sabroso, la ética profesional y la vigencia del problema le impedían decir una palabra. Se mordía los labios para no decir nada.

Comieron los mejores platos, tomaron buen vino y charlaron hasta cansarse. Era reconfortante encontrarse de vez en cuando, tranquilas y libres sólo para conversar.

El auto de Mercedes estaba solitario en el garaje. Llevó a Marina hasta Villa Urquiza y, después de circular perdida por la ciudad, llegó a su casa donde entró al subsuelo a dejar el vehículo estacionado por el resto de la semana.

Capítulo 3

—Está adentro —dijo Eleonora, señalando la puerta de su despacho.

Mercedes mantuvo su marcha y vio sobre el escritorio de Eleonora la lista de tareas que le había preparado el día anterior, con tachaduras y agregados.

En cuanto entró, su primera sensación fue de rechazo. El muchacho estaba sentado en uno de los sillones de la sala, recostado con las piernas abiertas, como exhibiéndose. La miró cuando oyó la puerta pero ni siquiera amagó levantarse de su asiento.

—Hola, Ramiro —lo saludó, ubicándose detrás de su escritorio.

—Hola —contestó él, sin cambiar el gesto de fastidio ni su postura.

—Por favor, sentate aquí —le ordenó, señalando la silla con apoyabrazos que estaba frente a la de ella.

El muchacho se levantó con displicencia y se sentó donde le indicaban. Estaba obligado a quedar erguido, pero cruzó las piernas en una actitud soberbia.

Mercedes lo observó: era alto y fornido, con una mata de pelo abundante, corto y rojizo. Su rostro, excesivamente pálido, y el acné revelaban a las claras su edad. Estaba nervioso y su actitud despreocupada no era otra cosa que una forma de tratar de ocultar su temor.

La abogada, con toda intención, se demoró un instante revolviendo unos papeles para dejar que el silencio hiciera mella en él. Era la supuesta víctima de un estupro, el hijo de su cliente. Y ella, sin embargo, sentía algo de desagrado.

—Bueno, Ramiro —dijo al fin, levantando la vista y clavándola en sus ojos—. Le pedí a tus padres que me autorizaran para vernos y hablar de este lío en el que estás metido.

—Ok —fue todo lo que él dijo, reacomodándose y preparándose para algo difícil.

—Quiero aclararte que nada de lo que me digas saldrá de aquí. Te lo aseguro, porque es mi obligación como abogada. —El muchacho asintió con la cabeza—. Me gustaría que me contaras cómo sucedió todo.

Un pesado silencio llenó el ambiente pero Mercedes no se incomodó y utilizó ese tiempo para estudiar hasta el más mínimo detalle del jovencuelo.

—Bueno... —dijo al fin—. Fue en el campamento de Tandil.

—¿Y qué pasó con Lorena? ¿Cómo empezó todo?

Volvió a tomarse unos instantes para responder.

—Cuando salíamos del comedor, la señorita se puso al lado mío y me dijo que quería hablar de algo y que me esperaba en su pieza cuando los demás se durmieran.

—¿Y vos qué hiciste?

—Me acosté con los chicos y esperé un rato. Cuando en la carpa todos dormían, me puse la campera y fui hasta la casa. Dejé ropa adentro de la bolsa por si alguno se despertaba o pasaban los celadores.

Cuando hablaba no la miraba a los ojos.

—¿Y? —volvió a presionar Mercedes.

—Llamé a la puerta, ella me abrió y me hizo pasar. Me senté en la cama y se sentó a mi lado. Estuvimos hablando de cosas del campamento y del colegio y me preguntó si estaba de novio.

—¿Cómo estaba vestida? —le preguntó, para molestarlo.

—¿Ella?

—Sí.

—Con la misma ropa del comedor pero se había sacado el pulóver. Tenía una camisa y un *jean*. ¡Ah! Estaba descalza —agregó, sin dudarle.

—¿Y vos?

—Con un pijama que me compró mi mamá para el campamento y la campera.

—Seguí contando.

—Me da vergüenza.

—Tenés que contarme, Ramiro. Soy tu abogada y necesito saber toda la verdad. Te repito que lo que me digas queda entre nosotros. Tengo la obligación del secreto y nadie, ni tus padres, se van a enterar de lo que hablemos.

—Está bien. Le dije que no tenía novia y le pregunté si podía sacarme la campera porque hacía mucho calor allí adentro. Estaba nervioso y se me trabó una manga y ella me ayudó. La parte de arriba del pijama se levantó y sentí su mano en la espalda...

—Seguí —le ordenó al ver que se detenía. Temía que se cortara.

—Ella se acercó y me acarició el pelo, apoyándose en mí. Nos besamos y no pude reaccionar. La dejé hacer y siguió hasta que tomó mi mano y la llevó hasta su pecho y después metió la suya en mi pantalón.

Mercedes percibió que se estaba excitando con el relato, pero no lo interrumpió.

—Me desnudó y ella también lo hizo. Estuvimos sobre la cama tocándonos y entonces ella... No, no puedo contarle eso.

—No te preocupes. En esta profesión se escuchan muchas cosas y nada me asombra. Soy una mujer grande. Seguí —le ordenó.

Ramiro se detuvo unos instantes y después levantó la vista, continuando:

—La verdad que estaba paralizado pero cada cosa que ella hacía me gustaba y la dejaba hacer esperando lo que seguía. Me besaba en la boca, en el cuello y después comenzó bajando por el cuerpo. Estuvo un rato jugando en mi ombligo y después se la metió en su boca... Y me descargué.

La abogada se acomodó en el asiento. El relato, verdadero o no, la había llevado a imaginar la escena de esos cuerpos adolescentes, lampiños, haciéndolo en una cama como si fuera un juego. Un juego en el que comprometían sus cuerpos y la inexperiencia del muchacho. Pensó en ese chico desnudo y en la mujer disfrutando de las reacciones de un adolescente que lo hacía por primera vez. A Mercedes nunca le había sucedido, siempre había estado con hombres experimentados.

No podía evitar sentirse excitada, pero lo disimuló poniendo cara de seria y

levantando una ceja.

—¿Qué pasó después?

—Me sentí muy flojo pero bien. Nos acostamos y nos tapamos. Al rato, mi... volvió a levantarse y lo hicimos por donde corresponde. Y más tarde, lo hicimos otra vez —concluyó, con inocultable orgullo.

—¿Usaste preservativo?

La pregunta lo sorprendió.

—No... No se me ocurrió porque no pensaba que se iba a dar. No tenía en ese momento y ella tampoco... creo.

—Es decir que las dos veces que lo hicieron «normalmente» acabaste dentro de ella.

—Sí.

—¿Después de esa vez, se vieron de nuevo?

—No, porque todo el mundo se enteró. Cuando volví a la carpa, como a las tres de la mañana, los muchachos me estaban esperando y me obligaron a que les contara. Me prometieron que no se lo dirían a nadie pero cuando volvimos, todo el colegio lo supo y la madre de uno de mis amigos la llamó a mamá.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Mercedes por decir algo.

—Yo le había prometido a la señorita que...

—¿Y fue tu primera vez?

—Sí... Con alguien sí. A veces lo hacía solo —aclaró, tartamudeando.

—¿Y te pareció bien lo que hicieron?

—No, creo que no estuvo bien pero cuando ella me besó no pude parar.

—¿Y después de la primera vez?

—Bueno...

—Te gustaba.

—Sí.

—¿Y qué pensás de ella?

—¿Cómo que pienso?

—¿Te gusta?

—Muchísimo —dijo, con una expresión que le reveló al niño que aún estaba presente en su interior aunque hubiera comenzado su vida sexual.

—¿Estás enamorado?

—¿La verdad? Sí.

Por fin había terminado el día. Un lunes complicado, lleno de problemas e imprevistos que se le cruzaron sin tregua. Era la consecuencia natural de preparar trabajo para los demás, como había hecho el domingo. Sus instrucciones se cumplían volviendo al que las ordenó y requerían de nuevo su atención.

Para colmo, la gente del Estudio se había enterado de que era su cumpleaños y

todos se veían forzados a felicitarla, a decirle lo bien que estaba, a mandarle ramos de flores, bombones y algún regalo. A nadie le decía que, más que una alegría, los sentía como un agravio, que a los cuarenta y tres años de vida había logrado mucho, muchísimo, pero también había sacrificado muchas cosas.

Estaba parada en un momento crucial y no tenía muy en claro dónde iba. No necesitaba más dinero ni poder. No le interesaban los viajes ni los autos ni las ropas, ni siquiera la comida. Lo único que le atraía era una vida plácida, sin angustias ni apuros, sin estrés, aunque sabía que no duraría ni un mes viviendo de esa forma. ¿Un hombre a quien amar, tal vez?

Volvió directo a su casa cuando terminó el día. Eran las nueve menos cinco y, en media hora, llegaría Horacio para cenar con ella. Pensó si su mucama habría cumplido con las instrucciones que le había dejado anotadas en un papel en la heladera, entre las propagandas imantadas: la lista de compras y el encargo de preparar esa cazuela de pollo con vino blanco que tan bien le salía.

Quería bañarse y arreglarse un poco antes de que llegara. Un día de trabajo intenso deja huellas en el cuerpo, que no se arreglan con un toque de perfume. Necesitaba piel fresca y humectada, más aún si se tenían cuarenta y tres años.

En donde había dejado sus instrucciones otro papel decía «Feliz Cumpleaños, señora». Esa buena mujer también se lo recordaba entusiasmada.

Todo estaba perfecto en el comedor. La mesa puesta para dos con cada plato, copa y cubierto en su lugar. Velas para encender y una fuente lista para calentar en el horno. Preparó la entrada: una mousse de salmón con fetas arrolladas de jamón crudo y espárragos de lata. Encendió el horno para que fuera tomando temperatura, pero no puso todavía la fuente. Calculó que necesitaría unos veinte minutos de cocción, y era eso lo que le llevaría la charla y el plato frío. Dejó el vino sin abrir pese a que necesitaba airearse: pensaba que sacar corchos era un privilegio y un placer masculino del que no quería privar a Horacio.

Mientras se desvestía, volvió a su físico. Quería disimular el contorno crecido de su cintura y, sobre todo, la celulitis de su cola. En realidad todo estaba bastante igual que unos meses o un año atrás y, con un poco de gimnasio y dieta, perdería los tres kilos de más que la balanza declaraba.

Era delgada y alta: eso ayudaba mucho. Sus pechos eran redondos y de tamaño razonable, no tenían rastros de lactancias y se mantenían bastante firmes gracias a las renovadas series en las máquinas de pectorales. De todas formas, debía trabajar sobre los glúteos. La incipiente celulitis la desmoralizaba.

¡Cuarenta y tres años! ¡La puta madre!

Se metió en la bañera para regular la temperatura. Se quedó ahí un rato, disfrutando del agua. Cuando se estaba secando, sonó el timbre de la portería. Mojando la alfombra, fue hasta el dormitorio a atender.

—¿Mercedes? Soy Horacio.

—Pasá. Te dejo la puerta abierta —lo instruyó, y recogió la ropa que se pondría. Nada especial: la interior, sugestiva y de colores combinados. Una pollera negra amplia y una blusa fucsia eran un buen conjunto. Los zapatos, también negros de taco alto.

Abrió la puerta de entrada justo en el momento que se oía que el ascensor se detenía en el piso y se encerró en el baño. Antes, por un resquicio de la puerta, le dijo:

—Servite algo y poné música. Yo estoy en dos minutos.

Mientras se arqueaba las pestañas con rímel, oyó la música celta que Horacio había elegido y sonrió. No podía ocultar su ascendencia. Mercedes cumplió con los rituales de un maquillaje suave que resistiera a la frotación de la cara y los besos que sabía que vendrían. Nada peor que una mujer a la que se le corre la pintura en esos momentos.

Finalmente hizo su entrada triunfal en el living donde Horacio tomaba una copa. Él se levantó y lanzó un silbido de admiración.

—¡Qué bien estás, mi amor! —Ella sonrió, aceptando el cumplido—. Parece que los viajes te renuevan. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias, a vos tampoco se te ve mal —le dijo, antes de besarlo en la boca. No pudo evitar oler el perfume Polo Sport que tanto odiaba. Ahí recordó que, de puro aburrida en el aeropuerto de Río, había elegido un perfume de marca desconocida que iría mejor con él.

Cuando se separaron, él le alcanzó un ramo de rosas que había dejado sobre el asiento y un paquete pequeño con un moño exagerado. Era un anillo con una importante piedra, parecida a una esmeralda. No pudo dejar de ver el nombre de la joyería, y estimó que valdría una fortuna.

—¡Muchas gracias, mi amor! Es hermoso —dijo, colocándoselo en el anular y estirando el brazo para verlo de lejos. Rompió el sello de papel de la florería para poner las flores en agua y dijo—: Voy a buscar un regalito que te traje.

Completó los cinco metros acentuando el movimiento de sus caderas, segura de que el hombre no dejaría de mirarla desde atrás. Se sonrió. Era una experta en las pequeñas artes de la provocación.

Al volver, le entregó el paquete con el perfume. Él lo abrió y evaporó una muestra en la palma de ella.

—¿Te gusta? —preguntó, estirando la mano.

—Fantástico —aprobó él, y le aplicó un poco en el cuello y la ropa. Se besaron largamente. Pero no lo dejó seguir: la comida estaba lista y los tiempos había que respetarlos. La fuente con el pollo estaba en el horno y no era cuestión de comerlo pasado.

El abogado abrió la botella de vino haciendo que el corcho sonara, encendieron las velas y comenzaron con la entrada. Pese a que se lo había hecho notar varias

veces, Horacio tenía la mala costumbre de hablar de trabajo y de política cuando comía. Esa noche no fue la excepción. Estaba harta de escucharlo, así que trató de aislarse sin que se notara. De vez en cuando, asentía con la cabeza o sonreía cuando él hacía una pausa.

Mientras se levantaba para traer las cazuelas, Mercedes estuvo a punto de contarle el caso de Ramiro y la maestra, pero se contuvo. El asunto la entusiasmaba, era una aventura que —por qué no reconocerlo— le habría gustado vivir a ella misma.

Al fin terminaron de cenar y se levantaron para volver al living. Él llevó su copa con la botella aún por terminar y ella fantaseó con la vieja excusa del dolor de cabeza, pero se dijo que no podía esquivarlo tantas veces.

En cuanto se sentaron en el sillón, él la abrazó. El aroma había mejorado en la rara mezcla de perfumes y Mercedes decidió disfrutar de lo que venía pese al sabor a vino de su boca. La música era lo único que se oía en el ambiente. En el transcurso del segundo beso, la mano cálida de Horacio comenzó a acariciarle el cuello y a bajar por el escote de la blusa. Pronto sintió cómo aprisionaba su seno y jugaba con su pezón, que inmediatamente reaccionó, endureciéndose.

Pocos minutos después estaban en el dormitorio, desvistiéndose para cumplir con la tarea de la noche. Mercedes se dejó puesta la ropa interior y se levantó para buscar agua, como una forma de pausar ese juego de caricias rutinarias que cada vez la fastidiaba más. Se levantó de un salto y dejó que la bombacha quedara arrugada entre los glúteos, dejando uno totalmente expuesto.

Cuando volvió, encontró a Horacio acostado en el espacio más lejos de la puerta. Su mesa de luz estaba libre de los frascos y de la *bijouterie* que colmaba la de Mercedes. Apoyó allí la botella y los vasos.

Sus calzoncillos coronaban el montículo de ropa sobre la silla, lo que delataba disposición inmediata. Ella se demoró repartiendo los vasos y acomodó algo sobre la cómoda, de espaldas a él, para hacer alarde de su histeria.

Finalmente se acostó y, de inmediato, él la abrazó. Sintió su erección apretando su pierna.

—Espacio, por favor —le pidió, con voz seductora.

El hombre se apartó levemente y comenzó a jugar con la punta de los dedos en el borde de la bombacha con encaje negros. Mercedes apagó la luz. Sentía las caricias por su cuerpo. Cuando lo abrazó, se le vino la imagen de Ramiro a la mente y se dejó llevar, encarnando a Lorena, la maestra abusadora.

Le costaba trabajo imaginar el cuerpo lampiño de Ramiro con el pecho velludo de Horacio contra el suyo, pero su espalda era tan lisa como la de un niño. Su excitación fue en aumento y abrió su cabeza a toda perversión posible con un púber inexperto. Horacio estaba desconcertado; Mercedes nunca había estado tan audaz: lo hacía gozar hasta lo indescriptible con las manos, los labios, las piernas, en cualquier posición y cruzando cualquier límite. Sus gemidos eran primitivos, casi animales.

Él terminó primero, y la dejó seguir hasta que un grito entrecortado le avisó que

podía relajarse. Tardaron un par de minutos en recuperar el ritmo normal de la respiración, mientras las manos se deslizaban por los cuerpos, ya sin apremios.

—Estuvo maravilloso —dijo el hombre sin mirarla. Ella contestó con un sonido gutural, que él interpretó como un sí.

Sentía que sus músculos se iban aflojando. Sólo necesitaba que Horacio no hablara para ir quedándose dormida, dejando atrás las tensiones, que se dispersaban lejos.

Él, extático, notó por el ritmo acompasado de su respiración que Mercedes dormía.

Con todo cuidado, se levantó. Estuvo un rato duchándose y lavándose los dientes. Era un tanto obsesivo con la higiene y, aunque disfrutaba del contacto de los cuerpos, no podía evitar enjabonarse varias veces y limpiarse con esmero todas las partes de su cuerpo, en especial los genitales.

Finalmente, salió con una toalla arrollada en la cintura, apagó el aparato de música y la luz del living y volvió a la cama cuidando de no llevarse nada por delante. Encendió el velador para buscar el somnífero que tomaba todas las noches, tratando de que su cuerpo tapara la luz para no despertarla.

Mercedes no parecía haberse movido. Él tomó su pastilla y se volvió para acostarse. No pudo dejar de admirarla. Estaba boca abajo con el cabello tapándole parte de la cara. La boca, apenas abierta, posaba los labios flojos y algo torcidos sobre la almohada. Un pequeño círculo húmedo de saliva la volvía más frágil.

Cuando despertó a las ocho y media de la mañana, Mercedes ya no estaba a su lado. Una nota en la almohada había tomado su lugar.

Estuviste maravilloso. Me olvidé decirte que tengo una reunión a las nueve por un asunto urgente. Estabas tan dormido que me dio pena despertarte. En la cocina hay café y pan para tostadas, también jugo de naranja. Nos hablamos.

Besos.

Se levantó y, cuando vio su ramo de rosas en el florero, pensó que la década de los cuarenta era la ideal en la mujer.

Los días seguían fríos por la mañana y aún no había salido el sol. Se enfundó en su coqueto equipo de gimnasia, buscó un grueso y viejo abrigo que usaba sólo para esas ocasiones y salió del departamento calzándose un gorro de lana frente al espejo del ascensor.

El gimnasio estaba a dos cuadras y abría a las seis para la gente que empezaba a trabajar a las ocho o a las nueve. El abono le permitía acceder a cualquier hora, los siete días de la semana. Ella lo usaba a primera hora o a la última de la tarde,

conforme a sus compromisos y necesidades.

Prefería la mañana porque había menos gente y los aparatos estaban libres, lo mismo que el instructor que personalizaba sus rutinas. Se había propuesto retomar el gimnasio y no interrumpir por más compromisos que surgieran.

El lugar tenía la ventaja de ser cómodo, higiénico y estaba a la vuelta de su casa. La propuesta de Marina, la psicóloga devenida gerente de un instituto de belleza integral, le rondaba en la cabeza, pero no se decidía. Temía meterse en algo que le consumiera mucho tiempo y quedar atrapada en el ritual adictivo de adoración del cuerpo. Sin embargo, la animaba tener ahí a su amiga. Probaría. Total, si no se sentía cómoda no tenía obligación de seguir.

Esa mañana comenzó estirando los músculos y corrió tres vueltas al salón principal. Sentía cómo el cuerpo respondía a los primeros estímulos. Cuarenta minutos de bicicleta fija con crecientes niveles de exigencia y, para el final, las máquinas para tonificar la musculatura.

Era evidente que estaba fuera de estado. Se cansaba rápido y quedaba bañada en sudor. Cuando terminaba, aprovechaba para desayunar en el bar un licuado de frutas: una tostada de pan integral y una taza de té mientras hojeaba el diario de la mañana. Cuando recuperaba una temperatura normal, se enfundaba en el viejo abrigo y regresaba con paso rápido al departamento para ducharse y vestirse.

Ya en el baño, el relato del muchacho Sáenz le ocupaba la cabeza. Lo analizaba desde todos los ángulos posibles para descubrir qué grado de veracidad tenía su confesión. La visión de la relación entre él y la maestra tenía una alta cuota de erotismo que la perturbaba. Y la noche con Horacio lo comprobaba. Se sentía perversa pensando de esa forma, pero no podía evitarlo.

Mientras se secaba el pelo, buscó su celular y marcó un número.

—Buen día, Mercedes —le dijo Laura, que la reconoció por el número grabado en la memoria.

—¿Cómo estás? Se nota en tu voz que te has sacado un peso de encima.

—Por supuesto, ahora vos te ocupás del problema. Que los Sáenz se hayan tranquilizado es un gran avance y quizá pronto hasta se olviden de mí. Es fantástico.

—No es tan así, Laura. En cualquier momento pueden darse vuelta y volcar su furia en el colegio. Hasta ahora no hay más que unas conversaciones. ¿Apareció tu maestra?

—No, sigue sin venir. El contador me dice que puedo intimarla a reintegrarse bajo apercibimiento de despido, ¿qué hago?

—Tranquila. Lo peor sería provocar otro conflicto en este momento. Sin duda, los Sáenz no se quedarán tranquilos hasta que la despidas pero ahora no es el momento. Debo hablar con ella, ¿cómo la encontramos?

—Ayer estuve con una amiga que trabaja en el colegio. No puede contactarla porque no contesta el celular y no tiene el número de los padres. Parece que viven en el campo y no figuran en la guía.

—Pero necesito hablar urgente con ella —repitió—. Me temo que todo se desmorone, Laura. Hace una semana que estalló el escándalo, ella sigue desaparecida y el chico sin volver a clase. ¡Hay que hacer algo!

—Realmente, no sé. Voy a proponerle a la amiga que se vaya en un remise hasta Córdoba y trate de ubicarla. Me parece que ese cuento de que falleció el abuelo no es cierto. Es una excusa para no aguantar el escarnio en la escuela.

—Hagamos una cosa —propuso la abogada—. Cuando hables con la amiga proponele el viaje y dale mi teléfono para que me llame antes de salir. Quizá yo pueda ayudar a convencerla de que hay que enfrentar el problema.

—Está bien, Mercedes. La veo en el próximo recreo.

La abogada se quedó mirando el agua de lluvia que se deslizaba por los vidrios del ventanal del living y desdibujaba el río semioculto por la niebla. Mientras terminaba de secarse, pensaba cómo podría encontrar a esa mujer. Era indispensable tener una conversación con ella, saber su versión y si usaba algún método anticonceptivo. Cualquiera fuera la respuesta, sabía que debía negociar su salida del colegio y ver de qué forma podía desactivar el conflicto. ¡Pero debía encontrarla!

En el taxi repasó en su cabeza los otros temas del día. Lo más urgente era un asunto aduanero recomendado por el doctor Haas.

El doctor Haas era el corresponsal del Estudio en Alemania aunque, en realidad, eran ellos la derivación de Europa en los negocios para el cono sur de América. Era una relación importante y por eso se le daba prioridad.

Haas era una persona encantadora y el abogado titular de un Estudio de más de trescientos abogados con sede central en Munich y agencias en todos los países de la Unión Europea. Se manejaban en veintitrés idiomas diferentes, con leyes locales que pretendían encastrarse en códigos comunitarios y con reglas para todos. Más allá de los negocios, Mercedes tenía una relación estrecha con ese hombre sabio y adorable.

Para derivarle el caso, no había procedido de la forma habitual y ella sentía que había cometido un error al no pasarlo directamente al sector especialista. Desde que hablara con Haas del asunto en Munich habían pasado varios días y Mercedes temía que algún plazo estuviera por vencer. Un desliz que ningún abogado se podía permitir sin incurrir en mala praxis.

Era inútil especular. Debía entrevistarse con el tal Javier Costa y conocer su problema y, si todavía había tiempo, derivarlo al sector del Estudio que se encargaba de los casos tributarios y aduaneros.

En cuanto llegó al Estudio, le indicó a Eleonora que volviera a llamarlo con urgencia porque desde que regresó no había podido verlo. La secretaria le informó que el señor Costa estaba fuera de la ciudad y que habían acordado una cita para el día siguiente. Mercedes le informó al doctor Haas de la demora y los peligros que podía acarrear en lo procesal. Haas concordó que nada podía hacerse salvo esperar

que volviera.

Por la otra línea, la secretaria de Beltramino la convocaba a una reunión. Cuando llegó a su despacho, el abogado estaba sentado en uno de los sillones junto al ventanal, tomando té mientras el sol pegaba en su traje oscuro.

—Perdóneme que no me levante, Mercedes. El ciático me tiene mal.

—No se preocupe, doctor.

—En cambio usted siempre perfecta, a cualquier hora del día. ¡Cómo extraño la juventud! Siéntese, por favor.

La doctora Lascano se ubicó en otro de los sillones y lo miró con una sonrisa afectuosa. Aunque el ciático lo tuviera rígido, su físico denotaba fortaleza. Sus setenta años se hacían patentes en las arrugas y en el blanco de su cabello, pero su buen criterio no tenía parangón entre todos los sagaces abogados que ella conocía.

—Todos los socios están encantados con la financiación de la represa que consiguió en el viaje, doctora. ¡Un éxito!

—Los europeos están un poco angustiados con su crisis. Les parece prudente sacar algo del país por las dudas.

—Sea como sea, nadie tenía muchas esperanzas, y ahora más de uno le reconoce su habilidad. No debe ser fácil ser mujer en este mundo de la abogacía.

—Es un poco más desafiante. Lo que me cayó muy mal fue su informe sobre Marzani. Lo creía un buen abogado y una buena persona. ¿Será la primera vez que lo hace? —preguntó Mercedes.

—Me parece que sí. Se supo que hace como dos años está de novio con la doctora Mónica Rosso, la abogada del Estudio Morelli & Segal. Tengo entendido que es nuestro primer caso con ellos.

—Jamás se nos había presentado un tema así. Muchos de nosotros tenemos amigos o conocidos en otros Estudios, pero no tan íntimos.

—¿Sigue considerando echarlo? —preguntó Beltramino, pretendiendo alisar con un gesto su pelo crespo.

—Es lo que corresponde, doctor. Tengo que hacerlo, y visiblemente, para que sirva de escarmiento público. Por otro lado, voy a retomar personalmente el caso de Villagra S.A. y hablaré con su gerente para explicarle.

—¿Usted revisó las carpetas?

—Con todo detenimiento, doctor.

—¿Y encontró ahí las pruebas de que Marzani se pasó de bando?

—Nada, absolutamente nada, y mire que revisé cada uno de los movimientos. Fue una negociación dura pero normal, donde cada uno fue cediendo algo. Cuando yo no estaba, llegaron al acuerdo. Marzani lo redactó y lo mandó a la gente de Villagra, nuestro cliente, que lo aprobó en todos sus términos. Ahora está en el Estudio Morelli y Segal que, se supone, también lo aprobará. Sólo resta firmarlo.

—¿Es decir que cualquiera que estudie los antecedentes del caso no encontraría nada para objetar?

—Formalmente, no. Pero tenemos la prueba de que, durante la negociación, hubo información que se filtraba de nuestro Estudio y que la contraparte trabajaba conociendo de antemano la posición de nuestro cliente.

—Si usted lo echa, Marzani se lo va a negar —aseguró Beltramino.

—Con hacerle escuchar la grabación alcanza —retrucó Mercedes.

—Lo que pasa es que no podemos usar la grabación. Es extraoficial.

—No lo entiendo, doctor —dijo la abogada, sin poder disimular su incomodidad.

—Muy confidencialmente me llegó el dato de que Marzani estaba informando a la contraparte. Usted no estaba y éste es un tema que no le puedo consultar por *mail*. Entonces le pedí a nuestra gente de seguridad que hiciera un informe. Marzani vive con la doctora Mónica Rosso, abogada del estudio Morelli & Segal, lo que no constituye un pecado de hecho, aunque lo normal hubiera sido que se excusara de intervenir en el caso.

—Es lo que debería haber hecho. Si lo hubiera planteado, yo lo habría reemplazado.

—Pero no lo hizo. Nos quedaba por confirmar si era cierto que pasaba información; las grabaciones no dejan duda. ¿Entiende por qué no podemos usarlas como prueba? Él negará la acusación y no tenemos cómo justificar su despido.

Mercedes acordó con Beltramino que no había forma de echarlo sin evitar un juicio por despido sin causa. Y perderlo.

—¿Entonces qué hacemos? —le preguntó.

—Dígame una cosa, Mercedes, ¿el cliente está conforme con el arreglo? —repreguntó Beltramino con una sonrisa, tratando de alegrar el rostro adusto de Mercedes.

—Aparentemente sí, por los memorandos y los *mails*. No quise hablar con ellos antes de saber qué hacíamos con Marzani.

—Mire, doctora, yo también estuve pensando mucho sobre este asunto. Es el primer caso que tengo en más de cuarenta años de profesión... Aunque he visto de todo, nunca vi a un abogado informando al equipo contrario.

—¿Pero está seguro de que esa voz es la de nuestro abogado y que la novia trabaja en el Estudio Morelli?

—Absolutamente, doctora, y si pudiera pararme le enseñaría la caja con discos con el resto de las conversaciones entre ambos y algunas fotos.

—Entonces, no sé, tenemos que cerrar el asunto y buscar otra forma de que Marzani se vaya. No sabe cuánto me cuesta.

—Según su carpeta, el muchacho ha procedido sin errores y el cliente ha aprobado su gestión, ¿no es cierto?

—Sí, doctor —admitió Mercedes.

—Entonces no habría perjuicio para Villagra S.A., porque ellos mismos

aprobaron el convenio. Lo único que resta por hacer es observar de cerca a Marzani. Cuando él se sienta controlado, no tardará en apresurar su propia salida. Mónica, su novia, está trabajando en armar un nuevo Estudio para cuando vuelvan de su viaje de bodas. Piensan llevarse clientes nuestros y de Morelli & Segal.

Mercedes dio un respingo en su asiento, pero Beltramino levantó la mano para calmarla.

—Ahora mismo le voy a dar las tres horas de grabaciones por teléfono para que escuche. A lo mejor puede hacer algo para complicarles alguno de sus planes.

Mercedes aprobó con la cabeza.

—Me queda una intriga, doctor. ¿Por qué sospechó usted de Marzani?

—No puedo decírselo.

Mercedes pensó inmediatamente en un compañero envidioso o desplazado, pero nunca se lo diría.

—¿Y las grabaciones ilegales?

—Bueno, usted no estaba y yo no podía quedarme con la duda. Sé que no es la forma habitual de proceder, pero a veces no queda otro remedio que hacer un gambito a nuestra forma de actuar en aras de un bien mayor.

Cuando Mercedes volvió a su escritorio abrió la caja y se encontró con varios discos compactos fechados y varias fotos de Marzani y su novia. Ya tendría tiempo de revisar todo el material; ahora debía ocuparse del caso Sáenz, que también demandaba saltarse algunas reglas éticas de la profesión.

La mañana siguiente a las diez, Costa se presentó puntualmente en la oficina. Tendría algo más de cincuenta años, un metro ochenta o más de altura, era delgado y de buena estampa. Estaba vestido con ropa de confección y una corbata discreta que desentonaba con el resto. No había nada en su aspecto que llamara la atención.

—El doctor Haas me recomendó especialmente que lo vea. Lo tiene en muy alta estima —le dijo, a manera de introducción.

—Muchas gracias, doctora. Günther es un buen amigo —contestó él, con voz gruesa y firme.

—Estamos tratando de ubicarlo hace días, pero sin suerte.

—Estuve fuera de la ciudad, doctora —se justificó.

—Bien, dígame en qué puedo servirle.

—Hace unos días le llegó esto a un colaborador mío —dijo, sacando un papel doblado del bolsillo interior de su saco y entregándoselo a la abogada.

Ella leyó con prisa: era una intimación por una infracción al Código Aduanero que le daba diez días para defenderse o pagar el mínimo de la multa para dejar sin efecto el sumario. La suma era abultada: trescientos ochenta mil dólares. No tenía idea de qué se trataba, pero su instinto le advirtió que era un tema complicado y que había un plazo perentorio.

—¿Qué día le llegó esto?

—No sé muy bien, pero hace unos cuantos.

—Pero ¿más de diez? —repreguntó la abogada.

—Es posible —contestó el hombre sin inmutarse.

—¿Usted se da cuenta de que, si el plazo se venció, el problema se agrava?

El hombre no contestó; su mirada, sin ser agresiva, se mantuvo impasible. La doctora Lascano lo miró otra vez. Parecía estar incómodo con su cuerpo en el sillón estrecho, pero no daba señales de inquietud. Había algo raro en él. En la cara tenía varias cicatrices leves y en su frente exhibía una hendidura importante que su incipiente calvicie no alcanzaba a ocultar. Como si lo hubieran operado del cerebro.

—Señor Costa, lamento que mi viaje, y el suyo, hayan postergado este encuentro, porque me temo que estamos ante un problema que se puede haber complicado. Ni siquiera sabemos cuándo fue entregada esta cédula ni si el plazo está vencido o no.

—Entiendo.

—Voy a mandar un abogado a la Aduana para que averigüe cuándo fue notificado y estudiaremos qué defensa podemos articular. ¿Por qué no me cuenta de qué se trata?

El hombre esperó unos instantes y Mercedes cruzó sus manos sobre el escritorio esperando el relato. Se sentía algo extraña. Estaba incómoda, como desubicada frente al cliente. Una sensación que no la dejaba pensar ni actuar con naturalidad y que no le ocurría casi nunca. Una especie de alerta natural.

—Mi amigo, Carlos Rafat, es un importador y a veces hacemos algunos negocios juntos. Operamos hace años. La Aduana hizo un allanamiento en su depósito de Quilmes y encontró una partida de discos compactos vírgenes y algunos DVD grabados con películas. La documentación de la importación estaba en casa de sus padres en Mar del Plata y el empleado que fue a buscarla tuvo un accidente cuando volvía y se extraviaron los papeles.

—Bueno, habrá duplicados —aventuró Mercedes.

—No, no los hay y por eso este sumario. Mi amigo está preocupado porque le secuestraron todo el material y teme que la Aduana lo tenga en la mira.

—Es posible.

—Es su principal problema y necesita saber qué consecuencias le va a traer en sus futuras operaciones.

—La verdad es que no lo sé —contestó la abogada—. Es necesario ver el expediente y recién ahí estaremos en condiciones de hablar sobre las posibles implicancias.

—De acuerdo. Muchas gracias, doctora —dijo, parándose para irse.

—Espere, lo importante ahora es que este expediente está en trámite y la multa es importante. Hay plazos que cumplir —observó Mercedes.

—La entiendo, pero lo más importante es saber si la Aduana se limitó a este expediente o si sigue investigando a mi amigo en otras operaciones, algunas de las

cuales hizo conmigo. Es importante que mi nombre no se vincule con Carlos Rafat. No quiero caer en las redes aduaneras. Él ya está marcado; yo prefiero quedar fuera.

La entrevista no había durado ni quince minutos. No había habido ningún comentario fuera del problema, ni una sonrisa ni nada.

Mercedes se paró y le extendió la mano. Comprobó que el hombre la superaba en altura pese a que ella llevaba tacos. Tampoco esto era común: por su estatura estaba acostumbrada a mirar a la gente desde arriba.

—Señor Costa...

—Sí, doctora.

—Por favor, déjele a mi secretaria los teléfonos donde podemos ubicarlo. Los plazos son importantes.

—Claro, por supuesto —contestó él, saliendo del despacho.

La abogada volvió a sentarse en su sillón y se quedó pensando. Era una situación rara. La entrevista demorada, que viniera otra persona en vez del imputado, que no se le moviera un pelo cuando la Aduana exigía trescientos ochenta mil dólares y que se limitara a querer saber si iba a tener problemas en el futuro... No, nada era razonable.

Además, ella misma se había sentido algo extraña durante la entrevista, y sin razón aparente. Ni la forma de actuar y hablar de Javier Costa diferían demasiado de las de cualquier otro hombre, pero existía algo muy sutil que no podía definir, una característica misteriosa que, en definitiva, le agregaba algo al caso.

Con una sonrisa, descartó sus pensamientos y apretó un botón.

—Eleonora, llame a Asuntos Administrativos y que suba el doctor Lema —le pidió.

—Ahora llamo, doctora. Estoy comunicada con la maestra con quien usted necesitaba hablar. ¿Qué le digo? —le contestó la secretaria.

—Pásela —esperó unos momentos hasta que oyó la conexión—. Hola, soy Mercedes Lascano.

—Soy la amiga de Lorena. La señora Laura Mateu me dijo que la llamara. Recién salgo del colegio.

—Está bien...

—Natalia.

—Está bien, Natalia. Necesito hablar con Lorena urgente pero me dicen que está en Córdoba.

—La señora me lo anticipó y me dijo que usted está a cargo del lío en el que se metió esta tonta.

—Sí, y estoy tratando de hacer lo imposible para que no se convierta en un desastre. Por eso necesito hablar con ella cuanto antes. ¿No hay alguna forma de ubicarla para que venga?

Hubo un silencio en la línea, pero la comunicación no se había cortado. Finalmente, la amiga habló:

—Nunca viajó a Córdoba, doctora. Cuando salió todo a la luz, se asustó y tuvo

miedo de que la detuvieran. Inventó la muerte de un abuelo y hasta se mudó del lugar que alquila. Está en el departamento de una amiga pero no puede quedarse ahí mucho tiempo más. Está desesperada.

—Más razón para que hablemos. Ella puede confiar en mí, Natalia. No va a hacer nada que no quiera y te aseguro que nadie se va a enterar de la entrevista, tenés mi palabra.

—Hablé con ella antes de llamarla, doctora, y está dispuesta a ir a verla. Se da cuenta de que de nada sirve seguir escondida. ¿Podría acompañarla para que se sienta más tranquila?

—Por supuesto. Si te parece bien, nos encontramos aquí a las tres de la tarde.

—Sí, necesito la dirección y por favor, no le diga nada a la señora Laura de esto.

El doctor Lema era un muchacho agradable. Medio bajo, vestido de estricto oscuro y con un rostro amable que provocaba simpatía. Se sentó en el sillón frente a Mercedes y esperó a que ella terminara de hablar por teléfono.

Estaba algo nervioso. La legendaria doctora Lascano, a la que todos los abogados le tenían ganas, lo había convocado por un tema aduanero. En verdad era preciosa, su cara era la síntesis de lo bello: ojos relampagueantes de color miel que cambiaban levemente según la luz, cabello abundante abierto al medio, un rostro anguloso de pómulos altos y boca grande. La nariz recta y una barbilla redondeada completaban su encanto.

El abogado no alcanzaba a espiar el cuerpo entero, pero los comentarios eran rotundos. El escritorio sólo le permitía ver su cuello largo con algunas arrugas transversales, un saco con escote en V que se cortaba en una remera de cuello redondo y una cruz de oro colgando de una cadena. En el Estudio se tejían todo tipo de anécdotas de ella con los socios y hasta con los clientes, pero lo cierto es que nada estaba comprobado.

La abogada seguía hablando por teléfono con toda tranquilidad y él disfrutaba de escucharla. Tenía todo el tiempo del mundo, porque la orden de su abogado jefe le permitía hacer ese trabajo y facturarlo. La doctora Lascano había conseguido que lo asignaran para un cliente que ella atendía.

—¿Qué tal, doctor? —lo saludó, halagadora, en cuanto colgó.

—Muy bien, gracias —atinó a decir el muchacho, atónito con el trato.

—Hace un rato estuvo un cliente nuevo que nos manda el doctor Haas, nuestro corresponsal en Alemania. Tiene un problema aduanero y lo han intimado con esta cédula —lo instruyó, alargándole un papel.

El abogado leyó rápidamente y levantó la vista.

—¿De qué se trata? —preguntó Mercedes.

—Con esto no se puede saber demasiado, pero es un sumario y el artículo que citan es el que corresponde a una infracción que se comete por la sola tenencia de mercadería extranjera con fines comerciales o industriales cuando no se pueda justificar la legal importación.

—Algo así me dijo. Se trata de CD y DVD vírgenes y grabados con películas.

—Un clásico —agregó— aunque parece que se trata de bastante mercadería por el monto de la multa.

—Doctor, necesito un informe lo más rápido posible porque temo que el plazo que le dan pueda vencerse o esté vencido.

—Esta misma tarde voy a la Aduana.

—Gracias, doctor. Ah, otra cosa. Este hombre me pidió reserva sobre él y que usted intervenga sólo por el imputado Rafat. Está muy interesado en saber si la Aduana lo tiene entre ojos y si seguirá investigándolo en otros casos, como si éste no tuviera demasiada importancia. Un poco raro. Le recomiendo que actúe con precaución.

Cuando Lorena entró en su despacho, guiada por la secretaria, Mercedes se sorprendió. No parecía de veinticuatro años. Era delgada, pequeña y tenía una cara atractiva con unos enormes ojos negros detrás de anteojos de marco redondo. Al entrar dio un par de pasos y se detuvo sin saber qué hacer mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

—Adelante —la invitó la abogada, mientras salía de detrás de su escritorio. Le llevaba casi una cabeza. Se sonrieron y Mercedes la condujo hasta el juego de sillones junto al ventanal.

Volvió a observarla. Era lo contrario a lo que había imaginado. Pensó que se trataría de una mujer fuerte, de pechos grandes y curvas, de esas que les gustan a los muchachos. En cambio, tenía una apariencia inofensiva y se la notaba vulnerable. La ropa parecía quedarle grande y toda su persona indicaba sencillez. Era delgada en exceso para el gusto de la abogada; las piernas carecían de forma, sus senos eran pequeños, muy pequeños, y el pulóver holgado impedía ver el resto de su cuerpo.

—¿No vino Natalia? —le preguntó, para distenderla.

—No. Se ofreció a acompañarme pero creo que tengo que encarar sola este problema de una buena vez.

—Bueno, le agradezco que haya venido. Necesitaba hablar con usted. —Estuvo por tutearla pero le pareció que de esa forma era mejor. Debía conservar la distancia: era su eventual oponente en una controversia delicada.

—Estoy a su disposición, doctora. No sé qué hacer y no puedo seguir escondiéndome en la casa de mis amigas —se entregó.

Sorprendida por la actitud de la muchacha, Mercedes se detuvo unos instantes para decidir cómo iniciar la conversación. Así como esperaba otro tipo de mujer, también esperaba otra actitud, más argumentativa. Sin embargo, estaba allí con las manos cruzadas sobre la pollera y una apariencia humilde, como de entrega. Observó que las manos, sin anillos ni adornos, le temblaban. La muchacha la miraba con ojos atónitos y ansiosos a través de los vidrios traslúcidos de los anteojos. Aunque se

resistía, sintió simpatía por ella.

—Lorena, creo que es innecesario que le diga de lo que la acusan. —Ella asintió con la cabeza—. Es un asunto muy desgraciado donde hay muchas cosas en juego: una familia importante, un colegio prestigioso y hasta su propio trabajo.

—Lo entiendo. Natalia me contó lo que se dice de mí.

—No sé por dónde empezar pero se me ocurre una pregunta que le ruego me conteste con toda sinceridad. Es una pregunta importante. —Hizo una larga pausa y continuó—: ¿Utiliza algún método anticonceptivo?

—No.

—¿De veras?

—Sí, doctora.

—Pero usted es una mujer instruida y no parece razonable que se descuide en estos tiempos. ¿Podría estar embarazada? —preguntó, directa.

—¡Por supuesto que no! —contestó ella con firmeza, irguiéndose en su asiento.

—¿Cómo puede estar tan segura? Me acaba de decir que no usa ninguna protección.

—No uso porque no tengo sexo con nadie desde hace mucho.

—¿Cómo?

—Que no necesito usar ningún método anticonceptivo porque no tengo relaciones con nadie.

—Pero con Ramiro Sáenz, usted...

—Nunca tuve algo con Ramiro, doctora. ¡Lo que se dice es una absoluta mentira! ¡Se lo juro! —afirmó levantando algo la voz.

—Bueno —dijo la abogada suspirando y aflojando su cuerpo, tratando de asimilar el nuevo curso del asunto—. Esto cambia todo. Él estuvo acá y me contó con detalle aquella noche en Tandil donde lo habrían hecho tres veces.

Lorena sonrió sin alegría, aunque su rostro tampoco traducía enojo.

—Es una fantasía de ese chico —afirmó, rotunda.

—Sin embargo, sus compañeros lo vieron entrar en su dormitorio y él les contó que tuvieron relaciones.

—No es cierto. Nunca tuve nada con Ramiro ni siquiera una caricia. Casi no lo conozco.

—Pero aquella noche... —la abogada hizo una pausa y decidió que debían empezar por el principio—. Por favor, cuénteme todo lo que pasó en Tandil. No dé nada por supuesto, necesito los detalles, aunque le moleste.

Lorena dejó pasar un instante, como si buscara la forma de encarar el relato. Se reacomodó en el sillón y miró directa a la abogada.

—Como había terminado con los exámenes de la facultad, estuve de acuerdo en acompañar al contingente a Tandil. Eran como unas vacaciones y me pagaban un viático que me venía muy bien. Eran sólo tres días y viajaba con un contingente donde iban los muchachos de secundaria con dos profesores y yo, a cargo de cinco

chiquitos de primer grado que hacían su primer viaje sin sus padres. Los grandes dormían en carpa; mis alumnos, en un dormitorio grande en bolsas de dormir y yo, en una pieza al lado. Cada grupo tenía actividades separadas, pero comíamos todos juntos. El clima en esos días fue excelente, aunque un poco frío.

»Cada docente tenía sus problemas: los muchachos grandes se golpeaban o asumían riesgos excesivos que incomodaban a los responsables. Los chiquitos extrañaban a los padres o tenían dolor de oído. Aunque lo mío era más tranquilo porque, cuando se dormían, podía quedarme leyendo y escuchando música aunque siempre con la puerta abierta y una luz encendida por si alguno se despertaba durante la noche. Dos de ellos todavía se orinaban en la cama. Una de las noches, les conté un cuento y conseguí que se fueran durmiendo. Me metí en la cama porque estaba muy cansada y hacía frío. En ese momento, alguien golpeó la puerta.

»Era Ramiro, que venía a pedirme un analgésico porque le dolía la cabeza y nadie de su grupo tenía. Le indiqué que les pidiera a sus profesores, pero me dijo que dormían. Como había visto luz en mi ventana, vino a la casa. Yo, que siempre viajo con mi provisión de remedios, los busqué en el botiquín y cuando me volví para dárselos, él ya estaba dentro del cuarto y había cerrado la puerta. Me alarmé un poco pero no pasó nada, me agradeció y me pidió salir por la habitación de los chicos para evitar rodear toda la casa. Y se fue. Eso fue todo.

»Ésa fue una noche especialmente difícil porque uno de los chicos tuvo fiebre y lloraba. Estuve atendiéndolo y recién a la madrugada logré dormir un par de horas. Al día siguiente, noté que los muchachos me miraban con cierto desenfado y, cuando volvíamos en el ómnibus, Ramiro se acercaba a cada rato a preguntarme alguna cosa, la hora de llegada o alguna otra pavada. Me llamó la atención que no se dirigiera a sus profesores, que iban sentados un par de filas más adelante, pero me parecía descortés rechazarlo. Dos días después, la señora Laura me llama para pedirme explicaciones.

La doctora Lascano la miraba tratando de saber cuánto de cierto había en su relato, o en el de Ramiro, con su noche de sexo loco y provocado. Su intuición le indicaba que debía creerle a la muchacha, pero temió estar siendo subjetiva, así que decidió ir a fondo.

—¿Está segura de que no hubo nada más?

—Absolutamente, doctora. Yo no lo conocía a Ramiro hasta que viajamos en la combi. En el colegio las aulas y los patios están separados por el nivel de los alumnos. Hace seis años que ejerzo la docencia y nunca tuve un problema. No sé cómo decírselo o probarlo, pero ésa es la única verdad, doctora. ¡Nunca se me ha ocurrido pensar ni mirar a alguien que no tuviera más o menos mi edad!

—Pero él me contó que usted lo invitó a su habitación.

—¿Le parece que puedo hacer entrar a cualquiera a mi habitación cuando en la pieza de al lado duermen cinco niños y yo mantenía la puerta abierta para cuidarlos?

—Hizo una larga pausa como si pensara en algo—. Además es una locura, doctora.

¿Cómo se me iba ocurrir tener algo con alguien que no conozco, alumno del colegio donde trabajo y diez años más chico que yo?

—Ramiro no dijo nada de esa puerta ni de esos niños —confrontó.

—No sé lo que le dijo pero ésta es la única verdad, doctora. ¡Se lo juro! —afirmó.

—¿Cuánto hace que trabaja en el colegio? —preguntó Mercedes con voz severa.

—Dos años y pico. Antes trabajé en otro pero aquí me pagaban más.

—¿Nunca pasó por una situación similar?

—Doctora, por favor. Soy maestra, amo mi trabajo y jamás se me ocurriría hacer algo con un muchachito de catorce años. No soy una perversa, soy una persona normal, como cualquiera. Trabajo porque me gusta y porque lo necesito.

—Pero hay varios que dicen que vieron a Ramiro entrar en su habitación y quedarse allí.

—Ya le conté que vino a buscar una aspirina, que me pidió salir por la otra puerta para ir al baño y evitar rodear la casa con el frío que hacía.

—Entonces, ¿usted puede jurar que esa noche no pasó nada?

—Por supuesto.

—Que no hubo sexo oral o tradicional —dijo, decidida a ser dura.

—Doctora, por favor... —aclaró, y se largó a llorar sin estridencias. Era obvio que había golpeado y que la tenía desarmada. Decidió seguir.

—¿Usted es lesbiana?

Los enormes ojos de la muchacha, inundados por las lágrimas, la miraron incrédula. No podía asimilar lo que estaba escuchando. Ni siquiera atinaba a contestar.

—Doctora, le repito que no me gustan los chicos menores ni soy homosexual. Me gustan los hombres como a cualquier mujer y me encantaría estar de novia si encontrara a alguien que me gustara y me quisiera. Mi vida se limita a trabajar y estudiar todo el día. Hago algunas tareas extras, como este viaje a Tandil o cuido bebés para conseguir dinero porque mis padres no pueden ayudarme. ¿Cómo puedo hacer para que me crea?

Mercedes se quedó mirándola y ella mantuvo la mirada con firmeza, como si necesitara demostrar su sinceridad. Y lo logró.

—No hay forma, pero le creo, Lorena —dijo, convencida—. Me da la impresión de que este chico, Ramiro, la perjudica mucho con su versión. Pero aquí estamos con dos versiones que se contradicen: él no tiene forma de volver atrás y usted, por su parte, no puede probar su verdad. Lo lamento, pero las cosas son así.

—Me doy cuenta. Lo que no puedo entender es cómo estando lo más tranquila trabajando se desata esta locura sin que yo haga nada.

—Así es, y creo que todavía va a tener que soportar algunas cosas más.

—¿Una denuncia?

—No, todavía no hemos llegado hasta esa instancia, pero dudo que usted pueda volver a ese colegio. La gente siempre se inclina por creer lo peor.

—Bueno... Ése sería un mal menor. No sé si querría volver para soportar las miradas de todos. Es lógico que le crean a Ramiro y no a mí. ¿Quién podría confiarme sus hijos con semejantes antecedentes? No, no creo que pueda volver y ni siquiera que pueda dar como referencia ese trabajo.

—Me temo que no.

—Pero ¿no tendré problemas con una denuncia? No podría soportarlo, doctora.

—Le aseguro que hasta ahora no hay nada de eso —le garantizó, al verla tan angustiada.

—Gracias a Dios —dijo bajando la cabeza. La abogada vio cómo gruesas lágrimas mojaban la remera gris oscuro que disimulaba sus pechos pequeños. Después de un rato, preguntó:

—¿Puedo volver a mi casa?

—Sí, claro. Si hubiera algún problema, me comprometo a avisarle con tiempo.

—Gracias. ¿Y qué debo hacer ahora, doctora?

—Por ahora nada. Déjeme actuar a mí.

—Ese chico me arruinó la vida, mi ordenada vida, con una estúpida mentira.

—Váyase a su casa y confíe en mí, Lorena, por favor.

—Gracias de nuevo, doctora.

Capítulo 4

—Ayer tuvimos poco tiempo para conversar de este asunto. Espero que haya podido averiguar algo. Estoy preocupada —le dijo Mercedes al doctor Lema.

—Y tiene razones para ello, doctora. Es un asunto importante que viene complicado y el término vence hoy. Tenemos las dos primeras horas de mañana para presentarnos y pagar la multa o defendernos.

—Cuénteme.

—En el expediente donde mandaron la cédula sólo hay un acta de secuestro en un depósito de la calle Belgrano 618, Quilmes, provincia de Buenos Aires, de cuatrocientos treinta mil CD vírgenes y de dos mil quinientos treinta DVD grabados con películas —dijo el abogado, hojeando unos papeles—. El procedimiento lo hace la Policía Aduanera apoyada por la Policía de la Provincia. Aparece un tal Carlos Rafat, quien firma el acta de secuestro, se presenta como empleado. Clausuran el depósito, pero Rafat afirma que tiene elementos que acreditan la introducción legal al país de la mercadería. Nunca los presentó, pese a que le dieron dos días de plazo.

—¿Entonces?

—Entonces mandan la cédula al domicilio que declara Rafat, intimándolo. En ese domicilio no hay nadie pero averiguan otro y allí lo notifican.

—¿Así nomás? ¿Encuentran miles de dólares en mercadería extranjera y todo se limita a un expediente por una infracción aduanera? —inquirió la abogada, extrañada.

—A mí también me pareció raro, así que llamé a un amigo que tengo en la Policía Aduanera.

—¿Y?

—Estoy esperando que me devuelva la llamada. Pero había quedado con usted de encontrarnos a esta hora y le quería anticipar que esto vence mañana a las once.

—¿Y hay alguna defensa?

—Por los elementos del expediente, no. Quizá su cliente le entregó documentación que pueda ayudarnos a esbozar una defensa.

—No tengo nada, doctor. En la conversación que tuvo conmigo, lo único que le preocupaba era saber qué consecuencias podía traerle este sumario y si la Aduana seguiría investigando a su amigo. Dígale a Eleonora que le facilite los números de teléfono que dejó y llámelo. Haga todo lo que necesite, doctor. Queda en sus manos.

El abogado trataba de pensar con rapidez mientras esperaba que la secretaria anotara los teléfonos de Javier Costa en un papelito.

¿Javier Costa? ¿Pero no se llamaba Carlos Rafat?

Otra vez la pose desafiante de Ramiro Sáenz la fastidiaba. Pero le convenía que se sintiera en confianza.

—Ayer estuve con Lorena.

—¡Ah! ¿Y qué le dijo?

—Lo mismo que vos y algo más que vos no me dijiste.

—¿Qué cosa? —preguntó. Mercedes adivinó alarma en sus ojos.

—Que ustedes salen hace varios meses.

La cara del muchacho se transformó y se irguió en el sillón, juntando las manos.

—¡Eso no es cierto! —alegó, contradiciendo lo que le había dicho a su propio padre.

—Bueno, eso es lo que dice ella y, además, que está muy enamorada de vos.

La cara del muchacho era una mezcla de desconcierto y sorpresa. La mentira por un lado y el halago por el otro. Mercedes dejó pasar unos segundos para ver si decía algo, pero estaba demasiado impresionado.

—¿No me dijiste que vos también la querías?

—Sí, pero...

—Ella piensa que ustedes deberían hablar. Cree que está embarazada.

—¡No, no puede ser!

—¿Por qué no puede ser? Si vos mismo me dijiste que no te cuidás.

Un silencio pesado se impuso en la oficina, pero Mercedes no estaba dispuesta a dejar escapar la ocasión.

—Es normal que suceda cuando dos jóvenes lo hacen sin protección. ¿Por qué no puede ser?

—Porque no es verdad que salimos. La primera vez fue en Tandil.

—Ella dice otra cosa. Voy a tener que hablar con tus padres para que se enteren de esta situación.

—No, no, no.

—Vas a tener que aceptar el hijo que tiene en la panza —apretó a fondo.

—No puede ser —dijo Ramiro un momento después, tomándose la cara con ambas manos.

—¿Por qué no admitís que deberías haberte cuidado? Lo lamento mucho.

—¡Pero no es mío, doctora!

—¿Cómo que no es tuyo?! —dijo Mercedes, agresiva.

—Es que nunca tuvimos nada —confesó, finalmente.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera en Tandil?

—No, ni en Tandil —dijo y se largó a llorar desconsolado. Mientras el cuerpo del muchacho se agitaba, Mercedes sonreía: había logrado su objetivo. Cuando notó que empezaba a calmarse, atacó de nuevo.

—Ahora decime toda la verdad.

—Bueno... —dijo el joven, tratando de demorar la confesión.

—Quiero toda la verdad ya mismo o llamo a tu madre y a la directora para que se enteren. ¡Y no quiero una sola mentira más!

—En Tandil hice una apuesta con los muchachos y fui hasta la pieza de la señorita a pedirle una aspirina. Salí por la puerta del dormitorio de los chiquitos y me

quedé en el baño hasta las tres. Cuando volví a la carpa, inventé todo lo que le conté a usted y esos idiotas que se lo dijeron a todos. ¡De mí no puede estar embarazada! Debe ser de otro.

—Ella dice que es tuyo y es una palabra contra la otra. Lo mismo que tu cuento de que estuviste con ella esa noche en Tandil.

—Pero eso fue una tontería, doctora. Una apuesta con los chicos que después no pude parar. Ahora no puedo volverme atrás.

—¿No podés qué?

—No puedo decir la verdad. Me van a echar del colegio, mis padres me van a matar y mis amigos se van a reír de mí el resto de sus vidas.

—¿Vos te das cuenta de lo que hiciste?

—No fue nada, sólo una apuesta.

—¡Pendejo de mierda! —estalló Mercedes—. No fue nada para vos, que te hacés el canchero ante tus amigos pero metés a tus padres en un lío fenomenal y a un colegio importante... ¡a tu colegio! —Se silenció un instante para tratar de recuperar la calma, mientras lo miraba furiosa. El muchacho mantenía la cabeza gacha—. Además —continuó—, le arruinás la vida a una buena chica que trabaja y estudia.

El muchacho levantó la vista. Su mirada demostraba su indefensión. Hubiera dado cualquier cosa para huir de ahí.

—¿Te das cuenta del lío que armaste por hacerte el machito? ¡Ridículo!

—Yo no quise... No me imaginé que...

Mercedes dejó pasar unos segundos.

—En realidad, me parece que si dijéramos la verdad, todo esto se complicaría aún más. Tus padres nunca creerían que no pasó nada y, después del escándalo que hicieron, no van a querer desmentirse. Van a querer seguir adelante con la denuncia: policías, peritos, jueces y meses de pleitos hasta llegar a una sentencia que, si comprueba tu mentira, termina con vos en la cárcel. Del colegio, por supuesto, te van a expulsar y tus amigos te van a querer matar por mentirles. Lorena no podrá volver al colegio y va a perder su empleo.

—Yo lo siento, doctora. No sé qué hacer... —Su mirada era de angustia sincera.

Ella salió del despacho y trabó la puerta desde afuera para que no se escapara. Fue al baño del piso y se arregló el maquillaje. Necesitaba dejarlo solo un rato. Cuando volvió a su oficina, el muchacho se levantó enseguida.

—¡Dígame qué podemos hacer doctora, por favor! Quiero llamar a mi papá —le imploró, como el niño que era. Ella se acercó tanto que podía ver hasta la punta de los granos purulentos.

—Sos un hijo de puta, Ramiro. Hiciste mucho daño y espero que esto te sirva de lección: no podés usar a los demás a tu antojo. —Se demoró unos instantes para dar suspenso a la propuesta que iba a hacerle—. ¿Estás dispuesto a hacer todo lo que te diga? Pero tiene que ser todo, absolutamente todo, porque si no la vas a pasar mal. Si no, yo misma me voy a encargar de que se enteren tus padres, el colegio y todo el

mundo, que te echen y hasta podés terminar en cana. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, doctora —admitió, sin opciones.

—Nunca más vas a hablar de Lorena con nadie y el cuento de Tandil lo vas a suprimir de tus charlas. Al que te pregunte sólo vas a decirle que no podés hablar de eso porque te lo indicó tu abogada. Con nadie, absolutamente con nadie, ¿entendiste?

—Sí.

—Segundo: le vas a decir a tus padres que no vas a seguir adelante con todo esto porque te asusta. Que no querés ir a declarar ante la policía ni el juez y que querés volver al colegio. Que estás arrepentido de lo que hiciste con Lorena y que no lo vas a hacer nunca más hasta que te cases y que esperás que Dios te perdone el pecado. Si es necesario, te vas a confesar. —Ramiro asintió con la cabeza.

»Tercero: te vas a presentar ante la directora del Colegio y le vas a pedir disculpas. Le vas a rogar que te deje continuar en el curso. Cuarto: le vas a escribir una carta a Lorena y le vas a confesar toda, completamente toda tu mentira y le vas a pedir perdón por los daños que le ocasionaste al hablar mal de ella. A nadie, salvo a Lorena, le vas a decir la verdad. ¿Entendés? Vos, yo y Lorena somos los únicos que vamos a saber la verdad. Nadie más por ninguna razón. Ni un cura, ni un médico, ni un terapeuta. ¿Entendiste todo?

—Sí, doctora.

—¿Lo vas a cumplir?

—¡Claro!

—Acordate lo que te dije que va a pasar si no lo hacés —hizo una pausa y le ordenó—. Ahora sentate ahí y escribible la carta a Lorena. En la carta le contás toda la verdad, por qué lo hiciste y todo. Si vos cumplís con todo, destruyo la carta. Si no...

—Adelante, doctor Lema —Mercedes lo invitó a pasar.

Lema entró y se quedó esperando que terminara lo que estaba haciendo. Se la veía más vital que el día anterior.

—¿Y? ¿Cómo le fue? —lo encaró, soltando el bolígrafo y apoyándose en el respaldar del sillón.

—Más o menos, doctora —contestó el muchacho.

—¿Por qué?

—Porque el señor Costa no apareció y se nos venció el plazo esta mañana a las once.

—¿Cómo que no apareció?

—Desde ayer debo haber hecho no menos de siete llamadas al número particular y al celular que nos dejó para explicarle el problema y la necesidad de vernos de inmediato. No apareció ni llamó.

—¿Está seguro de que los mensajes le llegaron? —preguntó Mercedes.

—Creo que sí. Los hice personalmente a distintas horas y ratifiqué los números

con Eleonora. En los dos teléfonos hay contestadores estandarizados donde una grabación repite el número y pide dejar el mensaje.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Nada. No podemos hacer nada. Se perdió la oportunidad de pagar la multa y dejar todo cerrado. El sumario va a seguir, aunque podemos presentarnos en cualquier momento pero sin volver las cosas atrás.

—Usted me dijo que no hay muchas posibilidades de defensa.

—Mientras no nos den pruebas... —dijo el abogado, encogiéndose de hombros.

—Pero alguna cosa, alguna nulidad que los penalistas siempre encuentran en los procesos.

—No, doctora. Es un secuestro de mercadería extranjera en cantidades locas y no hay un solo papel que nos permita acreditar que entró al país en forma legal.

—Pero la tenencia no... —trató de alegar Mercedes.

—En la ley aduanera hay que probar que los productos extranjeros fueron importados legítimamente. Aunque se trate de un tema penal, la prueba está invertida.

Mercedes se rascó la nuca. Era un tic que la acompañaba desde chica cuando no sabía qué hacer. Trató de pensar en algo pero no sabía absolutamente nada de Costa, salvo que lo había recomendado el doctor Haas. Tampoco conocía mucho de leyes aduaneras.

—Bueno —dijo finalmente—, tendremos que esperar a que aparezca, si es que alguna vez lo hace.

—No queda otro remedio.

—Cualquier cosa le aviso, doctor —dijo Mercedes a modo de despedida, tomando nuevamente los anteojos para seguir con su trabajo.

El joven abogado no se movió de su asiento y ella lo miró interrogante.

—Hay algo más...

—¿Sí?

—¿Se acuerda que le dije que había llamado a un amigo que tengo en la policía aduanera? Hoy fuimos a almorzar.

—¿Y?

—Mi amigo intervino en el operativo. Hubo una denuncia anónima de algo más pesado y por eso intervino la policía con el grupo de asalto. Rompieron la puerta del depósito y sólo encontraron los discos compactos y los DVD.

—¿Y qué pensaban encontrar?

—Armas o alguna otra cosa peligrosa.

—¿Armas? —preguntó, incrédula.

—Ésa era la información que tenían pero no encontraron más que discos. En el depósito no había nadie y el tal Carlos Rafat apareció en la mitad del operativo alegando que tenía la documentación aduanera en Mar del Plata. Hicieron un acta, secuestraron la mercadería y se fueron frustrados. Ni siquiera lo detuvieron.

—Bueno, no tan frustrados. Encontraron un cargamento.

—Para esta gente, lo que encontraron no tiene demasiada importancia. Con armas habrían salido en los diarios.

—Bueno, doctor. No creo que eso nos incumba.

—Es cierto pero quería advertirle, doctora, sobre las circunstancias. Además mi amigo piensa que detrás de este asunto hay alguna cosa grande que se le escapa.

—¿Cómo que se le escapa?

—Sí. La cantidad de mercadería incautada podía abrir una causa por contrabando, pero recibieron la orden de dejarlo en una simple infracción, que algún día se resolverá en una multa que pagará el tal Carlos Rafat si le pescan algún bien a su nombre.

Cuando el abogado Lema dejó su despacho, Mercedes abrió un correo nuevo.

Asunto: Javier Costa.

Mi estimado doctor Haas:

Cumpliendo con su pedido, cité al señor Costa para interiorizarme de su problema. Se trataba de un asunto con la Aduana y había pocas horas para presentar una defensa. Pese a todos nuestros esfuerzos, no pudimos ubicar al señor Costa para que nos diera las pruebas necesarias aunque, en realidad, el imputado es un tal Carlos Rafat, que él dice ser su amigo.

No quería dejar de ponerlo en autos de este asunto porque nada podemos hacer con su recomendado si no tenemos contacto ni nos proporciona elementos. Nadie contesta en los números que nos dejó.

Quizás usted pueda contactarse con él de otra forma e indicarle que tiene que venir a vemos para dejar sin efecto el estado de rebeldía que tiene hoy y poder ejercer alguna defensa.

No quiero terminar estas breves líneas sin agradecerle todas las atenciones que tuvo en mi reciente visita a Alemania. Le aseguro que estamos a su entera disposición, pero con este cliente me siento frustrada aunque me consta el aprecio que usted le tiene.

Quedo a la espera de sus comentarios y aprovecho la oportunidad para saludarlo con todo mi afecto.

Mercedes Lascano

Releyó la carta y le hizo un par de correcciones. Inmediatamente se puso a traducirla al alemán. La mandaría en los dos idiomas para evitar las malas interpretaciones del castellano.

Las cosas con Marzani seguían el curso de lo previsto. Mientras él festejaba en un *pub* la conclusión del caso Villalba, Mercedes se hacía el tiempo para escuchar las grabaciones y mantener a raya su desempeño. Pedía una vez tras otra las carpetas con los asuntos que él llevaba con el único objetivo de forzar poco a poco su salida del Estudio, lo que era inminente según las grabaciones.

Los CD reproducían horas y horas de conversaciones de la pareja. Llamadas cruzadas, situaciones diversas —hasta íntimas— que Mercedes no tenía paciencia para escuchar en detalle. Se sentía una espía. Sin quererlo, tenía que enterarse de amoríos, infidelidades, miserias y grandezas de gente a la que casi no conocía, y hasta de sus propios socios también.

Hasta que llegó el telegrama de renuncia de Marzani, mezclado entre otra cantidad de documentos que seguían el tránsito interno de la sección. En él se ceñía a los términos formales de una renuncia sin ninguna reserva o salvedad, y venía acompañado del habitual formulario que entregaba la oficina de Recursos Humanos a quienes dejaban el Estudio.

Buscó en el directorio interno y llamó directo al jefe de RR.HH.

—¿Cómo está, González?

—Bien, doctora. ¿En qué puedo serle útil?

—Me llegó el telegrama de renuncia del doctor Marzani, que trabaja en esta Sección. Si bien me anticiparon que se iría, no conozco los términos de la desvinculación.

—El doctor negoció su salida pidiendo una cifra alta que, luego de varias idas y venidas, fue convenida en veinte mil dólares.

—¿Y quién lo autorizó?

—El doctor Beltramino —le contestó.

—Gracias —dijo mientras colgaba, despacio, pensando por qué nadie la había consultado.

Esa misma tarde, cerca de las siete, cuando ya Eleonora se había retirado, el propio Marzani golpeó a la puerta de su despacho.

—Perdón, doctora, que la moleste, pero quiero despedirme y entregarle la invitación para mi casamiento.

Mercedes trató de fingir simpatía y abrió el sobre.

—Ay, lo lamento, pero tengo programado un viaje para esa fecha.

—¡Qué lástima! Nos hubiera gustado tanto que nos acompañara.

—No va a ser posible, Marzani —le contestó, tratando de terminar con la conversación, porque temía no poder fingir mucho tiempo más.

—Bueno, igual espero que sigamos viéndonos. Y profesionalmente, porque con Mónica, mi mujer, vamos a fundar un Estudio cuando volvamos de la luna de miel.

—¡Ah! Qué bien. Entonces seguro que nos cruzaremos en algún momento.

El hombre salió del despacho satisfecho por haber cumplido con la formalidad del caso. Mercedes, en cambio, sintió el esfuerzo de haberse contenido para no imputarle en la cara que se estuviera llevando a tres clientes del Estudio con él, entre ellos, a Villagra S.A.

Al día siguiente de la entrevista con Ramiro, citó al ingeniero Sáenz. Sus oficinas quedaban cerca y, a propósito, no dejó tiempo para que la esposa llegara desde Pilar. Quería hablar con él a solas pero no podía excluir a la mujer en un tema que involucraba a la familia. Impedida por la distancia, la entrevista personal resultaba natural.

Diez minutos antes de la hora acordada, Mercedes se encerró a solas en su oficina. Necesitaba conectar todos los hilos de su plan.

Tenía la confesión de Ramiro en la carta y, en caso de que todo fallara, podía echar por tierra todo el cuento. Le serviría para neutralizar a la familia Sáenz, si acaso insistían en seguir con la ofensiva, y hasta poner a raya a Laura. Un par de fotocopias alcanzarían para avergonzar a todos los que se prestaron para el chisme y la injuria.

—Ingeniero Sáenz, le agradezco que haya venido.

—No tiene nada que agradecer, doctora. Es mi hijo. Mire en el lío en que nos ha metido este muchacho.

—No hay que ser demasiado severos con los pecados de juventud, ingeniero.

—Es cierto. Yo, como padre y como hombre, no me siento tan mal porque se haya entreverado con una maestra que, me dicen, es muy linda. El tema es que involucra al colegio y tiene a la madre al borde de un infarto. ¡Pero qué le vamos a hacer! Doctora...

—Dígame.

—Hemos hablado con mi esposa sobre este tema cien veces y yo, al menos, pienso que lo que pasó, pasó. Si bien no es moralmente deseable, ni siquiera oportuno, sucedió y las cosas no pueden volverse atrás. En definitiva se trata, como usted dice, de pecados de jóvenes que están más allá de nuestras enseñanzas.

—Entonces, ¿ustedes desistirían de sus denuncias y acciones contra el colegio y su propietaria? —trató de cerrar Mercedes, entusiasmada.

—En principio, sí. La madre se resiste porque siente que debe reparar el honor de su hijo, pero la verdad es que algún día, tarde o temprano, el muchacho se iba a iniciar y es preferible que lo haya hecho con esa chica que con una prostituta. —Se detuvo un momento como si quisiera dar por sentada la posición familiar—. La convencí de dejar las cosas como están. Sólo queremos que esa muchacha no trabaje más en el colegio porque preferimos que no se cruce otra vez con Ramiro.

—El problema no es ése, ingeniero. La maestra está embarazada de su hijo —le espetó.

—¿¡Cómo!?

—Sí, lo lamento. Ellos tienen una relación desde hace meses.

—¡Qué hija de puta! ¿Y cómo sabe que es de Ramiro? —dijo pensando que todo cerraba con la confesión que su hijo le había hecho en el auto.

—Sólo puede comprobarse con un ADN cuando el bebé nazca. Ella me dice que de esa relación con su hijo tiene un embarazo incipiente y que no tiene duda de que es de él.

Un silencio expectante ganó el despacho.

—Tendríamos que evitarlo, doctora —dijo al rato con voz ronca y bajando la cabeza, como avergonzado por la sugerencia.

—Sólo hay una forma.

—La que sea.

—Es un tema delicado, ingeniero. Difícil de ofrecer.

—Lo tengo claro, pero no puedo admitir que mi hijo de catorce años sea padre.

—Comprendo, pero, de nuevo, es difícil... Y es obvio que no tiene el dinero, es maestra.

—Con eso no hay problema.

Como a veces sucedía, se produjo una crisis de trabajo en su sector. La abogada embarazada había parido antes de término y tuvo que reprogramar su trabajo en curso asignándolo a otros abogados que no conocían los casos y que llevaban otros asuntos. Lo mismo con los casos que llevaba Marzani. No quedaba otro remedio que reorganizar las tareas a pesar de las quejas de su ya atareado equipo. Ella misma iba a tener que poner el hombro para absorber todo lo que pudiera.

Eran situaciones extremas e imprevisibles. Aunque con esfuerzo acabaría pasándola, le agregaba una dosis extra de estrés a su vida. Donde fuera que estuviere, siempre estaba pensando en lo pendiente y calculando el tiempo que empleaba para cada cosa. Y no le quedaba tiempo para descansar, hacer ejercicios o cumplir con su rutina de tratamientos.

En esos días, dejar la oficina antes de las diez u once de la noche era casi un milagro. Y, si bien a ella no la complicaba tanto, no podía dejar de pensar en las familias de los abogados de su equipo.

—¿Ingeniero Sáenz? Soy Mercedes Lascano.

—¿Cómo está, doctora? ¿Tiene alguna noticia?— preguntó ansioso.

—Sí, estuve hablando con Lorena y al fin comprendió los problemas que acarrearía seguir adelante con el embarazo.

—Perfecto —aprobó Sáenz, feliz de poder hablarlo por teléfono.

—El tema, como le decía, es que no tiene dinero y estas cosas no se hacen en un hospital público.

—La entiendo, ¿y cuánto necesita? —preguntó, haciendo gala de su practicidad.

—Unos sesenta mil pesos.

—¡Epa! No sabía que salía tan caro.

—Yo tampoco —confirmó Mercedes—. Supongo que le agregé algo en concepto de indemnización.

—Está bien, no es cuestión de discutir eso ahora. ¿Usted se podría encargar y asegurarse de que lo haga?

—Mmm, no es algo que suelo hacer, ingeniero.

—La comprendo, doctora. Tampoco a mí me gusta, soy católico militante y me parece un horror que esa muchacha... Pero Ramiro no puede tener un hijo a los catorce años. Eso, seguro.

—Está bien —dijo Mercedes, al cabo de unos momentos—. Yo me encargaré. No veo otra forma de resolver este entuerto.

—Muchas gracias, doctora. No sabe cuánto le agradezco. Le voy a quedar eternamente agradecido —se sinceró y después continuó—: Mañana le envío un sobre con el dinero. Otra cosa importante, doctora: nadie se tiene que enterar de esto. Ni mi mujer, ni Ramiro, ni la gente del colegio.

—No se preocupe, quedará entre usted y yo. Esta chica se hará el tratamiento. Yo me aseguraré de ello.

—Bien, doctora. Muchas gracias de nuevo, yo sabía que la única que podía resolver este problema era usted. Voy a decirle a mi mujer que la maestra usaba un dispositivo anticonceptivo y no hablaré de los meses que lleva la relación.

—Me parece bien.

—¿Usted cree que el colegio no va a tener problema en despedirla? Creo que con eso se tranquilizará y Ramiro seguirá con su vida. La Iglesia ayudará a la paz interior de mi esposa.

—Tengo que hablar con la directora, pero supongo que le sacamos un problema de encima. Esperemos que todo termine bien.

¡Hipócrita!, pensó Mercedes mientras cortaba la comunicación. *Está pagando un aborto y le va a contar a su esposa que el problema se resolvió con el despido de la maestra. ¿Confesaría su pecado el católico militante?*

Mercedes no sintió ningún remordimiento por haberlo engañado.

Al contrario, se sentía cómoda con su actitud. No habría aborto porque no había embarazo. Y se haría justicia.

La Avenida del Libertador estaba atascada de vehículos. Por suerte no tenía un turno fijo, pero Marina le había dicho que sólo se quedaba hasta las nueve, cuando se fuera la última cliente.

No le gustaba dejar la oficina para ir hasta el centro de belleza cuando tenía tanto trabajo pero era de esas cosas que hay que hacer, como ir al dentista o al ginecólogo.

Decidió relajarse. Cambió el disco, puso música clásica y aflojó la presión de sus manos sobre el volante.

Pero los problemas del Estudio la sobrepasaban. El tiempo no alcanzaba y su gente estaba extenuada de atender una urgencia tras otra. Y ni siquiera eran las cuestiones jurídicas y sociales solamente. Además tenía que dirigir un equipo forzado a cumplir con metas de ingreso. ¡El bendito nivel de facturación! Sin titubear, reconocía que el tema económico era lo que la hartaba.

Era consciente de que ningún Estudio se mantenía sin los honorarios que pagaban los clientes y para eso se recurría a distintas formas de convenios, que complicaban aún más el seguimiento. La relación más simple era un abono mensual fijo que le permitía al cliente hacer todo tipo de consultas y ser atendido en asesoramientos legales y litigiosos ante cualquier tribunal y en cualquier lugar del país o del mundo. Eran los contratos más importantes, porque la cifra llevaba varios ceros y cubría un sinnúmero de situaciones. Tal era el caso de las empresas del ingeniero Sáenz. Otra, la más frecuente, era la facturación por el tiempo empleado por abogados y administrativos. Algunos clientes optaban por un modelo mixto: determinada cantidad de horas mensuales por una cifra establecida y el excedente aparte, a un valor menor que la hora libre.

Cada socio llevaba el control de los clientes que aportaba al Estudio, y supervisaba la factura mensual de los honorarios que se les enviaba. Cuando no estaba de acuerdo, indicaba los cambios al gerente administrativo o a los jefes de los equipos.

Todo lo referido a los honorarios era tratado a nivel de los socios que, según se requería, se reunían para analizar los casos de relaciones comerciales más complicadas. En general los socios, todos abogados, se ocupaban poco de temas jurídicos, aunque intervenían en los casos que les interesaban.

Cada socio tenía un doble o triple vínculo económico con el Estudio. Por un lado, la relación directa con sus propios clientes. Por otro, cada uno estaba a cargo de un equipo de abogados y empleados y controlaba la calidad del trabajo cobrando un porcentaje de su producción. Y finalmente, una vez pagados esos porcentajes y los gastos, el saldo iba a un pozo común que se distribuía según el porcentaje de cada uno en la sociedad.

A Mercedes la conducción le resultaba estimulante, pero lo que hacía a disgusto era controlar la producción, la facturación y el límite de gastos. Porque era una tarea indelegable y la computadora, una celadora implacable que denunciaba cualquier desviación.

En la reunión de esa mañana, la computadora nuevamente había anunciado que su equipo no estaba cumpliendo con el nivel exigido. La situación del equipo era compleja: Marzani se había ido, tenía una abogada de licencia por maternidad y otra con un embarazo complicado, que le requería exámenes complejos, consultas y reposos. Además, casi todos tenían familia con chicos, mujeres o padres que atender

o compromisos habituales como cumpleaños o graduaciones que les consumían tiempo que no podían facturar y los forzaba a trabajar hasta altas horas de la noche o los fines de semana. Sabía que a veces mentían agregando minutos a cada asignación de tiempo, en especial a los clientes grandes.

La evidencia de la computadora se compensaba, sin embargo, con la estadística sobre los honorarios que producían personalmente los socios: ella estaba primera sobre los seis varones. Sí, su equipo alcanzaba justo el nivel pretendido, pero a costa suya. A costa de la vida personal que ella se resistía a sacrificar.

Al fin llegó a San Isidro, con sus calles arboladas y su gente que camina plácida. Sabía que era una postura: estaban tan inmersos en el estrés de la ciudad como ella, aunque hacían gala de su calidad de vida.

Le costó encontrar el centro de estética. Cuando llegó, se sorprendió por su categoría: un gran edificio blanco, cuadrado, con ventanas amplias, rodeado de plantas y árboles añosos. Un logotipo enorme en metal plateado simulaba un perfil anodino de una mujer que jugaba con las letras. El instituto estaba en un amplio terreno delimitado por rejas, con estacionamiento y un jardín con césped perfecto y ramilletes de flores.

Entró en la recepción y pidió por la licenciada Marina Aguado. Una agradable muchacha le indicó unos sillones para esperar. Se sentó y se dedicó, prejuiciosa, a observar a las mujeres que entraban y salían y a las empleadas que circulaban de algún lado para otro. Todo era impecable y muy prolijo.

Entre las clientas, predominaban las mujeres con sobrepeso. Las que tenían cirugía facial eran fácilmente identificables. Las narices eran todas parecidas y los labios inflados eran marca registrada. Y los pechos, siempre demasiado firmes y altos. Todas tenían un común denominador: ropa y joyas que valían pequeñas fortunas y que eran coherentes con los costos de los tratamientos.

El lugar era impresionante. La amplitud del hall insinuaba consultorios y oficinas que se extendían por todo el resto del edificio y que ocupaban la planta baja y dos pisos a los que se accedía por ascensor o escalera. El blanco era el color dominante en las paredes y los muebles; los jarrones con flores con carácter amenizaban la pulcritud. Un perfume a lavanda invadía todos los ambientes, tan dulce como la música clásica que se transmitía por parlantes disimulados.

Ella sólo quería verse un poco mejor. Nada extravagante ni exagerado. La gente que la frecuentaba no debía darse cuenta de que estaba haciéndose un tratamiento.

—Mercedes, querida —dijo Marina cuando avanzó hacia ella con pasos apurados. No vestía el guardapolvo del personal del centro, sino un elegante traje sastre rosa y tacos altos que destacaban su figura, en general algo descuidada.

—Mará... ¡Acá estoy! —le dijo, mientras se paraba para abrazarla.

—Me encanta que te hayas decidido, y lamento haberte hecho esperar pero no

podía dejar de atender a una clienta.

—No te preocupes, yo también llegué tarde.

—Vení, vamos a mi oficina —la invitó, tomándola del brazo.

La oficina de Marina era la primera de un largo pasillo donde había otras personas trabajando. Era tan espectacular como el resto del edificio. Un ventanal enorme daba a un jardín perfecto con flores, canteros y una pequeña cascada, cuyo sonido tranquilizaba.

—Hermoso —dijo Mercedes, parada en medio de la amplia habitación también blanca con alfombra celeste claro y muebles cromados. No había cuadros en las paredes ni lámparas colgando del techo. Todo era despojado y recto.

—Es el escritorio de la dueña, mi amiga. Lo puedo usar hasta que vuelva, me encanta.

—Así da gusto trabajar.

—Sí, sí, pero no todo es color de rosa. También hay problemas que solucionar.

—Mará, nada es perfecto.

—Es cierto y lo prefiero a las horas y horas de consultorio, de pacientes angustiados por la familia, la plata o el sexo que pretendían que yo resolviera todo con la varita de Freud. La verdad es que aquí los problemas son mínimos. Todo está organizado y estandarizado. Las clientas pagan sin chistar y se someten a lo que sea con tal de luchar contra el tiempo. Son los problemas de la abundancia.

—Es para lo que vengo yo, Marina —dijo la abogada, con voz suave, y como avergonzada.

—¡Pero no es tu caso, Mercedes! —dijo, sincera, su amiga—. Vos estás espléndida y si estás acá es porque creés que el tiempo te está corriendo, no porque de verdad lo necesites.

—¡No me analices! —la cortó sonriente.

—En serio te lo digo. Creo que es más un tema psicológico que real aunque me parece genial que lo intentes. Desde que estoy acá he comprobado que las que encarán los problemas a tiempo son las que tienen más éxito con los tratamientos.

—Es el tema. Yo no quiero nada agresivo ni quirúrgico, sólo mantenerme así lo más que pueda... Aunque no se puede parar el reloj, lo que yo quiero es que el día dure treinta horas y el año, quinientos días.

Se rieron: las dos estaban en la misma sintonía. Mercedes podía entregarse a los consejos de su amiga, pues ella le indicaría lo que necesitaba sin intención de lucro.

—Si te parece, llamo a una médica que tiene mucha experiencia, un gran sentido común y que es de mi máxima confianza. Vos le contás lo que querés y necesitás y ella te aconseja. La decisión siempre es tuya; no vamos a intentar venderte nada.

—De acuerdo —aceptó.

Marina se estiró para tomar el teléfono de la mesita y, mientras marcaba unos números, invitó:

—¿Qué te parece si cuando terminás nos vamos a comer?

—Bárbaro.

—Frente a las vías en Martínez hay un restaurante donde se come exquisito y te atienden de primera. El dueño es un tipo fenómeno, un tal López, que nos manda clientas.

—De acuerdo.

—¿Moira? Aquí está conmigo la amiga de la que te hablé. En realidad, no sé para qué viene pero creo que tienen que conversar, ¿puede verte?

Con la doble indemnización, el salario del mes más el aguinaldo que Laura aceptó pagar gustosa y los sesenta mil pesos del ingeniero Sáenz había juntado una pequeña fortuna.

La muchacha entró tímida en el despacho. Calzaba zapatos sin taco, pollera gruesa, un pulóver de cuello cerrado y amarillo y una campera algo gastada. Tenía la cara enrojecida por el frío.

—Adelante, Lorena —la invitó a pasar, mientras dejaba el escritorio para ir a su encuentro. Instintivamente, la besó en la mejilla en vez de estrecharle la mano y comenzó a tutearla.

—¿Cómo está, doctora? —saludó la maestra, devolviendo el beso.

—Sentate, por favor —le dijo, indicándole uno de los sillones del costado—. Si querés sacate la campera. Hace calor aquí.

La muchacha obedeció y se retorció para dejar el abrigo. Mercedes volvió a notar sus pechos pequeños. Bajo el pulóver fino no había nada. Tenía un cuerpo delgado, poco atractivo y no demasiado armónico.

—Bueno, Lorena, creo que he podido arreglar algo razonable. Es un asunto complicado y doloroso y, como te podés imaginar, no hay una solución que deje contentos a todos.

—Comprendo —aceptó la muchacha.

Mercedes la volvió a observar mientras pensaba cómo iba a encarar la conversación. Los ojos profundamente negros detrás de los anteojos traslúcidos revelaban su evidente honestidad y angustia.

—Lorena, es imposible volver para atrás con este cuento. Ya hay mucha gente que lo sabe y no hay ninguna prueba física que pueda desmentirlo ni comprobarlo. Es tu palabra contra la de Ramiro, y ya sabemos que él es un chico con apellido importante.

—Comprendo —repitió abatida, aceptando la injusticia.

—Por eso, creo que es imposible tratar de dar una versión contraria a la que todos ya saben. Nunca acabarían por creerte del todo. Lo mejor es dejar que el tiempo vaya diluyendo la historia.

—Es cierto y yo tampoco podría aguantar que todo el mundo me mire creyendo que abusé de un alumno.

—Sería muy difícil para vos seguir en el mismo colegio porque los padres nunca dejarán de dudar, aun en el caso de que quisieran creerte.

—Estoy segura de que no puedo volver, pero me preocupa si voy a tener una denuncia o algún otro problema.

Mercedes sonrió condescendiente. Lorena estaba allanándole el camino a lo que tenía que plantearle.

—No te preocupes. Nadie te va a denunciar ni te va a molestar más por este asunto pero...

La muchacha, al escuchar estas palabras, se tapó la cara y rompió a llorar sin estridencias, esta vez de alivio. La abogada se enterneció al verla tan desamparada y estuvo tentada de levantarse para abrazarla pero se limitó a mirarla, y le alcanzó una caja de pañuelos de papel que siempre tenía a mano.

—Perdone —dijo y se quedó esperando.

—No hay problema. Te estaba diciendo que estoy segura que todo este cuento es una gran mentira de Ramiro pero que igual no podés volver a trabajar a ese colegio.

—Por supuesto, doctora. No lo soportaría, lo tengo asumido. Lo que más me duele es que no me pude despedir de los chicos y alguno tal vez oyó algo feo.

—Mmm, no tengo solución para eso tampoco. Pero ya nadie va a acusarte de nada y todos los involucrados prometieron no hablar más del episodio.

—Muchas gracias, doctora Lascano —dijo Lorena—. Sabía que podía confiar en que usted iba a resolver este asunto. Pero son cosas que pasan y hay peores. De alguna manera me las voy a arreglar.

Se levantó del sillón y tomó su campera como para salir. Una amplia sonrisa le iluminaba la cara. Mercedes también se levantó.

—De nuevo un millón de gracias. No sé cómo decírselo pero sé que usted me comprende.

—Claro que sí —aceptó la abogada—. Pero a vos te hizo una canallada un estúpido que quiso pasarse de vivo.

—Y bueno. Como usted dice, eso no tiene solución.

—Pero no es justo —afirmó Lascano—, y de alguna forma tienen que repararte el daño.

—No es necesario. Así está bien, ya encontraré otro trabajo.

—No, Lorena. Cuando puedo, y no me sucede muchas veces, trato de hacer justicia. Aunque no puedo convencer a los padres de quinientos alumnos de que no pasó nada con Ramiro, me encargué de reparar el daño.

Y le entregó un sobre grande y opaco que estaba sobre su escritorio. Lorena no supo qué hacer con él.

—Abrilo —la invitó, y la muchacha desprendió el broche como si temiera encontrar una bomba. Cuando vio el contenido se quedó estupefacta mirando los fajos de billetes y a la abogada, alternativamente, sin entender—. Es tu indemnización por el daño moral que te hicieron. La pagó el padre de Ramiro y el

colegio por el despido sin causa.

La muchacha no podía reaccionar de la sorpresa. En un raptó, se abrazó a la abogada y volvió a llorar sin vergüenza. Mercedes estaba feliz: éstas eran las cosas que le hacían creer en la vida y agradecer a su profesión.

Cuando Lorena se fue con el texto del telegrama de renuncia que debía mandar al colegio y el sobre con su dinero, el equivalente a tres años de su sueldo, la doctora Mercedes Lascano necesitó un rato para disfrutar de lo que había logrado contrariando todas las normas éticas de su profesión. En su cajón estaba la confesión de Ramiro.

—El doctor Lema quiere hablar con usted, doctora —le anunció Eleonora.

—Dígale que venga.

Tres minutos después golpeaba y abría cautelosamente la puerta del despacho de la doctora Lascano.

—Pase, por favor —le pidió.

—¿Cómo está, doctora?

—Bien, gracias. Me dijeron que quería verme.

—Sí, ¿tuvo alguna noticia de Costa? —preguntó Mercedes.

—No, ninguna. ¿Y usted?

—Le escribí al doctor Haas y acusó recibo, pero nada más.

—¿Usted sabe cuál es la relación entre Carlos Rafat y el tal Costa? —preguntó el abogado.

—Creo que tienen algunos negocios juntos y a lo mejor son amigos. ¿Por qué?

—Porque en el expediente de la Aduana sólo aparece Carlos Rafat, que es el que se reconoce inquilino del depósito que allanaron y no hay ninguna mención a Javier Costa. ¿Es ésa la persona que vino al Estudio y que no pudimos ubicar?

—Creo que sí, por lo menos así se presentó. Creo que me dijo que Rafat había sufrido un accidente. Me imagino que. Costa está tratando de ayudarlo. ¿Hay algún problema?

—No, doctora, pero el otro día me llamó un tal Martínez de parte de mi amigo aduanero y me preguntó si seguíamos representando a Carlos Rafat. Le informé que habíamos perdido el contacto y me insistió en ubicarlo porque necesitaba verlo.

—¿Le dijo para qué?

—Le pregunté y me dijo que se trataba de un problema de familia, algo referido a una herencia. No me gustó la falta de precisión ni la forma en que preguntaba y le pedí que me dejara su teléfono por si teníamos alguna noticia.

—Bien —aprobó.

—Me dio un número con característica de Villa Luro, que corresponde a una panadería. Llamé a mi amigo pero no conoce a ningún Martínez al que le haya dado mi teléfono. Todo me sonó raro y creí que debía contárselo.

—Este asunto me tiene cansada. Está lleno de problemas, desencuentros y misterios. Pero me lo manda el doctor Haas y no puedo cerrarlo acá sin molestarlo. Con el *mail* que le mandé, quedamos liberados de cualquier compromiso o circunstancia que pueda perjudicar a Rafat o a Costa.

—A mí tampoco me gusta el asunto ni el cliente, que no aparece, ni ese Martínez que llamó para hacer averiguaciones.

—Bueno, ¿y qué podemos hacer?

—Nada. Estar atentos.

Capítulo 5

Las ráfagas hacían vibrar los cristales de los amplios ventanales de su oficina. Era viento del sur, el Pampero. Desde esa altura, nada parecía oponérsele, corría desbocado. Las nubes parecían como empujadas a través del cielo, hinchadas de negrura y cambiaban constantemente de forma hasta que se perdían detrás de los edificios.

Mientras disfrutaba de ver el núcleo de la tormenta acercándose veloz, en su interior tenía sensaciones encontradas: la seguridad de su despacho calefaccionado y silencioso contrastaba con la furia de afuera. Imaginaba el viento barriendo papeles y hojas, golpeando puertas, personas corriendo hacia el reparo.

El sonido de la lluvia estallando en los cristales declaraba la tormenta de fines del invierno. Las gotas gruesas se volvían hilos de agua al deslizarse por el vidrio. En unos minutos todo habría pasado: el viento cedería, el aguacero sería una lluvia normal y el frío se haría más intenso. Sonrió. Nada de ello la alcanzaba en su torre de cristal.

Hacía rato que el teléfono no sonaba, como si el temporal hubiera enmudecido a todos, pero el gong insistente de la computadora anunciaba el ingreso de cada nuevo correo.

Se repitió que debía encontrar la función que anulaba el aviso de llegada de cada correo, aunque pensó que sería como aislarse del mundo, del trabajo y de sus relaciones. Últimamente, todo se reducía a las comunicaciones por correo electrónico: la gente se pasaba buena parte de sus vidas inclinada sobre una pantalla.

La tormenta había despejado la vista. Ahora alcanzaba a ver edificios que la tierra en suspensión y el aguacero habían ocultado. La ciudad parecía más diáfana y limpia.

Por alguna rara asociación, pensó en Lorena, la maestra denigrada. ¿Dónde la habría sorprendido la tormenta? ¿Cómo habría resuelto su agravio? ¿Estaría pensando en cómo organizar su vida ahora que, con la indemnización, no tenía la urgencia de trabajar para vivir? ¿Estaría aún en Buenos Aires, o se habría mudado?

Sus ojos se iluminaron al recordar el caso. Había actuado patrocinando a dos partes enfrentadas y con intereses contrapuestos. Sin que nadie se lo pidiera, había abogado por un tercero, que no era su cliente: esa muchacha, la única a la que no conocía.

No se sentía en lo más mínimo culpable de lo que había hecho; por el contrario, estaba orgullosa del resultado, aunque no le pudiera contar a nadie su proceder. Si formara parte de un tribunal de ética, no habría dudado en condenar a cualquier abogado por algo parecido.

Volvió a su escritorio y a los temas pendientes. Ocho correos habían ingresado en apenas diez o quince minutos. Los abogados del Estudio se comunicaban mediante correos aunque estuvieran a metros de distancia. Los revisó, anuló dos, contestó otros con breves frases. Dejó para el final una consulta importante de un cliente y un correo

del doctor Günther Haas. La curiosidad la impulsó a abrir el de Alemania.

Estimada Mercedes:

Estuvo por aquí mi amigo argentino Javier Costa y me contó que consultó con usted por ese problema que tiene con el Gobierno. Está encantado con su atención y mucho le agradezco. Como le dije en nuestra cena, es una persona a quien respeto mucho y a quien le debo algunos favores. Por eso mi insistencia: le pido que siga atendiéndolo y tratando de resolver su problema más allá de algún inconveniente en la comunicación.

Quizá le parezca un tanto hermético y algo raro, pero le garantizo que se trata de un hombre íntegro y valioso.

Por lo que me dijo, admira su capacidad profesional y... su belleza. Le mando mis afectuosos saludos y espero poder verla pronto.

Günther Haas.

¿Raro? ¡Rarísimo!

Valía la pena sacrificarse conduciendo hasta San Isidro. El mero hecho de cruzar el umbral del centro de belleza ya la ponía de buen humor. En el camino, dos llamadas del Estudio que atendió con el Bluetooth.

Cuando entró, saludó a la recepcionista, se sirvió un vaso de agua del dispensador y se sentó a esperar su turno, porque había llegado temprano. Dejó la cartera sobre el sillón y se recostó en su asiento, relajándose de los problemas del día y del tránsito apresurado y nervioso de la gran ciudad.

Desde el principio había tenido un buen vínculo con la médica que le había designado Marina. Como era su costumbre, antes de que la examinara, le había puntualizado lo que creía que necesitaba. Le remarcó lo que estaba dispuesta a hacer y lo que descartaba. La mujer, de su misma edad, enfundada en un impecable guardapolvo con el nombre bordado en el bolsillo del pecho, la escuchó con atención.

La doctora la hizo desvestir y le realizó un cuidadoso examen físico. La sometió a un largo interrogatorio sobre su historia médica, síntomas y costumbres, algunas íntimas. Anotaba las respuestas en unas hojas prensadas en un tablero. Cuando completó el formulario, le entregó algunas recetas para análisis, radiografías y otros estudios pertinentes. A Mercedes le pareció excesivo, pero tampoco le venía mal hacerse un chequeo completo y éste era un buen momento.

Luego se sentaron enfrentadas y la médica, con tono calmo, le habló sobre tres niveles de tratamiento. El primero, necesario e indispensable, era la rutina diaria de musculación en el gimnasio y el aerobismo. Podía practicarla en el instituto, aunque

acordaron que era mejor en un lugar cerca de su casa. Al menos dos veces por semana debía tener una sesión de masaje para aliviar las tensiones y mejorar la circulación y disminuir el congestionamiento de toxinas. Un baño de calor, seco o húmedo, completaría el tratamiento. Para eso recomendó el centro, porque contaba con los baños y las cremas adecuados para el cuerpo. También le aconsejó una crema para la celulitis y una máscara facial. Todo eso le llevaría unas tres horas, dos veces por semana, y el costo era elevado aunque insinuó que su amiga Marina podría conseguirle un descuento. No pensaba pedirselo.

Estuvo un buen rato hablando de la dieta, sobre las fibras necesarias para un buen estado. Tratar de balancear los nutrientes con las proteínas y las calorías. La conversación le resultaba por demás agradable y, sobre todo, instructiva.

Mercedes aceptó la gimnasia diaria y los tratamientos externos sin oponer resistencia. Pensó que, si tomaba turnos para los martes a última hora y para el sábado al mediodía, podría compatibilizarlo con su trabajo sin problema.

—Cynthia la está esperando —le indicó la recepcionista, levantando la voz y haciendo una seña indefinida—. Puede pasar.

—Gracias.

Se levantó y llamó el ascensor para ir hasta el gabinete de masajes, en el segundo piso. Cynthia era una mujer de unos cincuenta años, teñida de rubia y vestía un ambo blanco cuyos botones amenazaban con saltarse. Con un gesto vago, le indicó que se desvistiera detrás de un biombo.

—La señora Marina me pidió que le avisara que no puede cenar esta noche con usted porque tiene un acto en el colegio de los chicos —le anunció.

—Gracias.

Mercedes se desnudó y se acostó en la camilla sobre una sábana blanca impoluta que dejaba ver las rectas marcas del planchado. La quinesióloga la observó durante un momento. Su ojo clínico evaluó el cuerpo. Estaba en muy buen estado para los cuarenta y tres años que acusaba. La espalda era lisa y musculosa. No tenía manchas ni acné. Apenas algunos pequeños lunares que rompían la monotonía de una piel sin fallas.

Le pasó la mano por la espalda, como probando el campo de trabajo. La piel era sedosa; la cintura, fina; las caderas, estrechas y la columna se quebraba a la altura de los glúteos pequeños y firmes. Las piernas eran largas, muy largas, sin rastros de arañitas.

Cynthia dejó que Mercedes se acomodara en la camilla y encontrara su ubicación. Buscó una toalla y, doblada, la depositó sobre su cola, cubriéndola. Una innecesaria concesión al pudor. Se untó las manos con un aceite aromático y comenzó a trabajar a la altura de las vértebras cervicales, los músculos trapecios y la espalda superior.

Tenía muy presente lo que la paciente le había dicho: no quería charla, necesitaba

esa hora para relajarse, para limpiar su cabeza y encontrar el equilibrio alterado por sus problemas laborales y su ritmo de vida.

La música instrumental llenaba el ambiente y el sonido de la cascada del jardín llegaba por la ventana, apenas abierta para compensar la calefacción.

Mercedes sintió la mano de Cynthia acariciándole la espalda. Reacomodó su cara en el hoyo de la camilla y dejó que los brazos colgaran a los costados.

Inexplicablemente, se le vino a la mente Rodolfo Marrugat. Habían pasado ya más de cuatro años de aquella fantástica relación. ¿Por qué se acordaba de él ahora? ¿Porque estaba en San Isidro, cerca de su casa? ¿Porque se sentía tan relajada como después de hacer el amor con él?

No se explicaba cómo se había permitido esa relación con un abogado que dependía de ella, dos años menor y casado. Simplemente se había dado. Pero así como había surgido, había culminado de manera adulta y civilizada. Pero había sido una relación importante en su vida, tal vez la más importante de los últimos años.

—Por favor, Mercedes, dese vuelta —oyó que le pedía la masajista.

Con alguna dificultad, se puso de costado hasta quedar boca arriba con los ojos cerrados. Cynthia notó que sus pechos se mantenían firmes y que la piel del tórax era tersa y sin grasa, al punto que dejaba adivinar sus últimas costillas.

También percibió que sus pezones estaban erectos. Era muy cuidadosa cuando trabajaba, más cuando se trataba de una amiga de la jefa, pero solía preguntarse si su homosexualidad trascendería su esmero, acaso provocando reacciones indeseadas. No se privó, sin embargo, de mirar el abdomen aún plano y la depilación prolija de su entrepierna, que dibujaba un rectángulo alargado de pelos cortos pero frondosos.

Ajena al debate interno de Cynthia, Mercedes se preguntaba qué estaría haciendo Rodolfo en ese momento. Estaría llegando a su casa, jugando con sus hijos, besando a su mujer y preparándose para comer... Y así todos los días.

¿Se acordaría de ella? Temía que la hubiera borrado de su memoria, como un modo de negar el pasado. La sola idea la lastimaba. Prefería creer que el recuerdo también lo asaltaba a él de vez en cuando. Se repitió lo que una vez le había dicho una analista: esos recuerdos son el patrimonio que el alma guarda reservados para enfrentar la vida.

Juntos habían vivido momentos muy felices y, cuando finalmente decidieron terminar —después de varios intentos frustrados—, ella se programó una larga gira de negocios para escapar de la angustia. A su regreso, le informaron que el doctor Marrugat había renunciado a su puesto para ocupar uno de mayor jerarquía en otro Estudio. Ni siquiera se habían despedido como profesionales.

Él había tomado esa decisión y ella no había querido interferir. Y no porque se avergonzara de buscarlo o para desistir de su amor, sino porque coincidían en que esa relación no tenía futuro. Rodolfo era casado y tenía dos hijos. Quería mucho a su mujer y, aunque no los unía la pasión, ella significaba el equilibrio en su vida. Y, por sobre todas las cosas, adoraba a sus chicos.

Mercedes tampoco quería perder su independencia ni su individualidad. No se imaginaba formando una pareja sobre los escombros de otra. Ambos sabían desde siempre que no funcionaría.

De vez en cuando escuchaba algo de él. Había logrado, después de años de docencia y un ecuánime concurso, la designación de profesor en la Facultad. En el nuevo Estudio había progresado y estaba cerca de obtener el nivel de socio. Había escrito un libro de derecho societario y adquirido cierta notoriedad en el ambiente. Viajaba mucho dentro del país y por el extranjero. Por suerte nunca habían coincidido.

Siempre se preguntaba qué habría pasado si hubieran seguido. Tarde o temprano se habría separado de su mujer y padecido el dolor de estar alejado de sus hijos.

Si la relación se hubiera hecho pública, habrían tenido que dar explicaciones, a los abogados y socios del Estudio y a la gente que los conocía. Superados los escollos, tal vez ahora tendrían una vida compartida en la profesión y en la rutina. Quizás aquella magia que los había llevado a amarse hasta la locura habría desaparecido por la erosión del tiempo. La novedad se habría evaporado, dejando paso a la pátina de nostalgia que trata de ocultar la costumbre.

Recordó los primeros momentos después de la separación: el desgarramiento interior, el desinterés, el desánimo. Pero el tiempo había hecho su trabajo y el dolor había cedido pero siempre aparecía el recuerdo. ¿Y si lo llamaba?

—Mercedes, ya terminé.

Suspiró sin poder evitarlo. Su cuerpo estaba completamente relajado.

Mientras se levantaba de la camilla para envolverse en la bata pensó que, además de evitar lastimar a unos niños inocentes, la ruptura de aquella relación la había preservado de que él la viera envejecer. Siempre la recordaría en su mejor momento.

—Gracias, Cynthia. Nos vemos la próxima.

Después del masaje, se encerró en el gabinete del sauna para eliminar toxinas acumuladas y el resto de las cremas que había usado Cynthia en el masaje. Antes de entrar, le indicaron que no se excediera de los veinte minutos y que, recién cuando asimilara el golpe de calor seco, podía subir al siguiente escalón, donde la temperatura era más intensa. Se acostó y apoyó la cabeza en una almohada de madera.

De vez en cuando entraba alguien al gabinete, siempre mujeres, y se instalaba en las gradas. Ahora era una matrona que se había cruzado con ella en los pasillos. Mercedes se limitó a saludarla, evitando todo amago de conversación.

Cuando cumplió su tiempo, salió, empapada de sudor, y arrojó la toalla húmeda en un cesto. Se envolvió en otras dos y se recostó en un camastro acolchado. Cayó en un sopor donde se mezclaban los pensamientos aislados y la música y así estuvo hasta que la misma mujer que le había querido hablar en el sauna irrumpió en la sala de descanso y la importunó con el ruido que hizo al mover un camastro.

Mercedes la insultó para sus adentros, y trató de recuperar su anterior estado.

Cuando no pudo, se levantó para ir a las duchas, luego de asegurarse que estaba haciendo el suficiente ruido para devolver la molestia.

Pasó un buen rato bajo la ducha, sintiendo cómo su piel había adquirido otra tersura gracias a las cremas de Cynthia y al propio sudor. La máscara facial y la aplicación de cremas reafirmantes la bañaron de más perfumes impensados. Eran productos importados, caros, a los que ella había accedido sin reparar en gastos. Se lo merecía, ésta era una buena ocasión para disfrutar de lo que había ganado con esfuerzo.

Era de noche cuando tomó el auto para emprender su regreso al centro de la ciudad. Siguiendo un impulso, se desvió de la Avenida del Libertador y se adentró en las calles del barrio para llegar a la casa donde vivía Rodolfo. Estacionó en la vereda de enfrente, unos metros antes de la entrada. Ése era el lugar donde le hubiera gustado vivir: sin alardes, el frente pintado de ocre con tejas rojas, una puerta de madera importante y un jardín cuidado al frente. Una de las ventanas estaba iluminada, ¿sería el living?

Imaginaba escenas tiernas, ambientes cálidos y olor a comida. Voces de niños y diálogos que ella nunca tendría.

Cuando empezó a sentirse triste, encendió el motor y arrancó impetuosamente. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué había tenido esa ridícula compulsión? ¿Qué iba a lograr espiando como una ladrona?

Respiró profundo. En un rato estaría nuevamente en su casa, en su bunker protector. El mismo lugar donde Rodolfo y ella habían disfrutado de su amor prohibido.

La sección de Convenios estaba a punto de colapsar. Era forzoso contratar más abogados para cumplir con la demanda de trabajo, pero siempre se trataba de un tema complejo porque los socios tenían una resistencia natural a aumentar el plantel por temor a quedarse después con capacidad ociosa. Además, una vez que se decidía tomar personal, tocaba un protocolo de selección bastante complejo al que seguía el periodo de adaptación a la estructura. Era un proceso largo, y hasta cumplirlo todo, debía arreglárselas con lo que tenía. Convocó a su equipo a una reunión para esa misma tarde. Las dos era un buen horario, porque en general no había reuniones con clientes después del almuerzo. El momento de mayor actividad empezaba a las cuatro de la tarde.

—¿Cómo andan? —preguntó con tono informal, más tarde en la reunión.

—Locos de trabajo —dijo una voz masculina.

—Lo sé y por eso nos reunimos.

Se oyó un murmullo.

—Estimados, ustedes saben que hemos incorporado al Estudio al grupo Estelar y que yo traje algunas conexiones interesantes de mi reciente viaje por Europa. Esta

gente nos necesita y tenemos que atenderlos. No podemos darnos el lujo de perder un cliente sólo porque nuestra capacidad está colmada.

—Pero Mercedes —interrumpió una abogada joven de anteojos—, estamos trabajando hasta cualquier hora, incluso algunos sábados y domingos. Es demasiado.

—Lo sé y les agradezco el esfuerzo. En la próxima reunión de socios voy a proponer la incorporación de tres nuevos abogados y dos secretarias para nuestro sector. Si alguno de ustedes sabe de gente con el perfil que necesitamos, tráiganme el currículum y lo consideraremos. Pero nada de esto es automático. Tenemos que seleccionar los candidatos y, una vez que los elijamos, entrenarlos para el trabajo.

—De acuerdo, doctora, pero hasta que eso suceda, no vamos a poder cumplir con todos. Es materialmente imposible.

—Lo entiendo y por eso los he citado hoy. Quiero que nos pongamos de acuerdo en cómo vamos a trabajar mientras dure la emergencia. No es necesario que les diga que se deben fijar un orden de prioridades según el caso y el cliente. También debemos derivar lo superfluo. Sé que ustedes tenían mi instrucción contraria para mantener los niveles de facturación, pero ahora debemos sacarnos de encima todo lo que podamos y quedarnos con lo sustancial, lo que nos interesa realmente. Cuando todo se normalice, tendremos oportunidad de retomar esas derivaciones. Además voy a tratar de que me asignen alguno de los abogados de otro sector para que nos ayude, al menos hasta que Sofía tenga su hijo y pueda volver.

Mercedes hizo una pausa para mirarlos. Era un buen equipo, un grupo que ella misma había seleccionado y mejorado con el tiempo. Salvo Marzani, todos habían demostrado dedicación y lealtad. Se los notaba cansados y algo desilusionados.

—Muchachos... Doctores —dijo, comenzando su arenga—. Quiero que sepan que conozco exactamente la presión que están sufriendo por el exceso de trabajo y que estoy con ustedes tratando de hacer todo lo posible para controlar la situación, pero necesito un poquito más de tiempo. Reconozco y les agradezco el esfuerzo y me comprometo a que el Estudio los retribuya adecuadamente. No trabajan extra en vano, se los aseguro. De esta crisis sólo podremos salir con la colaboración de ustedes, y ese trabajo se factura. Yo me voy a encargar de que parte de esos honorarios vayan a parar a sus bonos y en forma proporcional al esfuerzo.

Volvió a mirarlos y pudo percibir que sus palabras habían mejorado un poco el clima. Ojos más vivaces y alguna postura más erguida le indicaron que su gente la apoyaba.

—Vamos, muchachos. ¡Fuerza! ¡A trabajar! —dijo, despidiéndolos.

Volvió a su oficina más animada. En el pasillo se cruzó con uno de los socios y le sonrió al saludarlo. El hombre, después de asegurarse de que nadie lo veía, se volvió para mirarla de atrás. ¡Estaba buenísima! Le encantaban sus caderas estrechas pero bien formadas y ese culo perfecto. Siguió la marcha mientras se acomodaba el nudo de la corbata. Pensó que la doctora Lascano era de las pocas cosas que le daban color al Estudio.

—Doctora, el doctor Lema quiere venir a verla. ¿Qué le digo?

Mercedes miró el reloj y calculó cuánto necesitaría para terminar la corrección que había dejado pendiente por la reunión con sus abogados.

—Dígale que pase en media hora, ¿no tengo nada?

—No. Hasta las cuatro y media, que está prevista la videoconferencia con México, no hay nada.

—Ok, media hora.

En cuanto se sentó, volvió a concentrarse en el escrito que revisaba. Era un recurso administrativo contra una resolución del Ministerio de Salud que imponía requisitos excesivos a la autorización de un medicamento que se utilizaba en terapias psiquiátricas. Tuvo que volver a la hoja anterior para recordar cómo se estructuraba el tema.

No se trataba de algo experimental. Ya había sido autorizado en los Estados Unidos por la FDA y en Europa por la Comisión de Medicamentos. El tema estaba trabado en la ANMAT, una institución burocrática que autorizaba todos los productos relacionados con el cuerpo humano.

Esta vez, un funcionario había rechazado la autorización, argumentando que una de las drogas no estaba suficientemente probada, aunque se usaba en todo el mundo.

El recurso estaba bien planteado y mejor escrito. El abogado que lo había trabajado era bueno, definitivamente bueno. Ella misma lo había captado de otro Estudio, gracias a un sueldo mejor y más proyección. Terminó de leerlo y, en una hoja engomada, agregó una nota de felicitación. También le indicó que derivara el caso al sector de derecho administrativo mientras durara la crisis de exceso de trabajo, aunque sabía que le costaría soltarlo después de haber armado la defensa.

Unos instantes después, entraba el doctor Lema.

—Quería hablar con usted porque me volvió a llamar ese tal Martínez buscando información sobre el imputado en el sumario de la Aduana.

—¿Javier Costa?

—No, Carlos Rafat.

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó Mercedes.

—Quiere saber dónde ubicarlo. Le volvía decir que habíamos perdido todo contacto, pero insiste.

—Bueno. Con negarlo ya está.

—No tanto. Me amenazó.

—¿Cómo?

—Me amenazó con violencia si no le decía dónde estaba. Cree que le estoy mintiendo.

—¿Y usted qué hizo, doctor? —preguntó intrigada.

—Me puse duro y le aseguré que no tenemos ningún tipo de contacto con él. Me parece que no quedó del todo convencido.

—¿Usted cree que estamos ante un problema?

—No lo sé. Este tipo de cosas nunca se sabe cómo terminan.

—Bueno. Creo que debe hablar con nuestro jefe de seguridad para que lo asesore y, eventualmente, le ponga alguna guardia.

—Está bien, doctora. Por otra parte, tuve noticias de que la Aduana allanó otro depósito y encontró toneladas de CD y DVD pirateados, listos para salir a la venta. Sospechan que se trata de una red y están pensando en una causa por contrabando basado en una asociación ilícita.

—¿Y se lo nombra a Costa?

—Me dijeron que el único que aparece en el sumario es Carlos Rafat. De nuevo: es el responsable del depósito, pero nadie sabe dónde está. Se esfumó.

Mercedes asintió.

—¿Y Costa, aparece mencionado en algún lado?

—Yo no pude revisar el expediente, pero no me dijeron nada.

—Al final, ¿consiguió hablar con él?

—Imposible, doctora. Los teléfonos que tenemos no contestan y ya dejé un montón de mensajes urgentes y hasta ahora no se ha comunicado. Quizás usted...

—No. Yo no tengo otra forma de conectarme con él. ¿Pudo averiguar quién es el titular de esas líneas?

—Sí, cualquiera menos Rafat o Costa.

Mercedes se quedó pensando en las ramificaciones de un caso que había juzgado sencillo y que había tomado por pedido del doctor Haas. Ahora se arrepentía de no habérselo derivado a alguien. Y lo peor de todo es que ya estaba inmerso en el campo penal: posibilidad de un delito de contrabando con asociación ilícita.

—Está bien. Déjemelo que intentaré conectarme de alguna forma. Si tiene alguna otra novedad, hágamela saber, por favor.

—De acuerdo —dijo el abogado, levantándose de su asiento, feliz por liberarse del asunto.

Al volver a su escritorio, siguiendo el consejo de la doctora Lascano, Lema convocó al encargado de seguridad del Estudio. En casos de amenaza, mejor prevenir que curar.

Intentó en alemán.

Geehrter Doktor Haas:

Pintó y borró.

Estimado doctor Haas:

Información confidencial me indica que el tema de su recomendado se está complicando en la Aduana y que bien podría llegar a la formación de un proceso penal, con las implicancias que usted bien conoce.

Hemos tratado de comunicarnos con el señor Costa por los únicos medios que él nos proporcionó, pero no obtenemos respuesta, lo que me coloca en una situación muy incómoda. Además el abogado que me asiste en este tema está recibiendo llamadas de un tal Martínez, alguien que está atrás de Carlos Rafat, el amigo de Costa, y ha llegado incluso a la amenaza.

Por todo esto, mi querido doctor, necesitaría que me liberara de este asunto porque no puedo seguir con un cliente que ni siquiera responde a mis llamados.

Usted comprenderá lo incómodo que me resulta escribirle estas líneas, pero mi respeto y lealtad hacia usted no me permiten dilatar la cuestión ni dejar de ponerlo al tanto de las circunstancias.

Le ruego que me disculpe y que sepa entender mis razones.

Con todo afecto,

Mercedes Lascano.

Lo releyó, corrigió algunas palabras tratando que fuera severo pero a su vez amistoso y, todavía titubeante, cliqueó en enviar.

El sábado era el día que Mercedes dedicaba a las pequeñas tareas domésticas, como llevar ropa a la costurera, o a la tintorería, pagarle al diariero, darle una propina al portero o hacer las compras. De lo habitual se encargaba Mima, la mucama.

Esa mañana, después de cumplir con la lista, todavía le quedaba bastante tiempo libre. Así que desempolvó su bicicleta y se puso un abrigo, dispuesta a gozar del sol pleno. Se programó mentalmente para pasear, almorzar algo y dedicarle la tarde entera a adorar su cuerpo en el instituto. Los sábados añadía tratamientos extra, como un baño escocés, manicura o depilación. O todo junto.

Salió de su casa sin rumbo en dirección al norte. Llegó hasta Palermo, rodeó dos veces el Rosedal y fue hasta el lago grande, donde hizo un alto para tomarse un jugo de naranjas recién exprimidas mientras miraba los patos. Estuvo tentada de irse pedaleando hasta el instituto en San Isidro pero pensó en la vuelta, con su cuerpo sedado e incapacitado para grandes esfuerzos.

Emprendió el regreso. En una cafetería tomó un café con leche bien caliente y un sándwich tostado para reemplazar el almuerzo. Dejó la bicicleta apoyada en la pared detrás de su automóvil y subió apurada para buscar ropa limpia, que guardó en un

bolso.

Cuando llegó al instituto, fue directo al vestuario. Se sentó para desatarse las zapatillas. Suspiró cuando se desprendió de las medias, que notó húmedas. Después se desnudó y colgó la ropa en un gancho, cubriendo con ella la riñonera con los documentos, las tarjetas y el poco dinero que llevó para su paseo mañanero.

Sintió el olor a transpiración que se filtraba de sus sobacos y sonrió ante algo que nunca le sucedía. El olor no le pareció tan horrible; era un aroma extraño y pensó que, en general, nadie rechaza sus propios olores.

La ducha era potente y eso era lo que más le gustaba de los clubes y los hoteles. Se mojó el pelo pensando que tendría tiempo para ir a la peluquería a última hora.

En el vestuario, que estaba vacío, había muy buena luz. Mercedes pensó que era un buen momento para mirarse críticamente. Soltó la toalla y quedó completamente desnuda frente a un espejo.

Empezó por la cara. Las famosas patas de gallo en sus ojos se advertían a simple vista aunque eran más tenues que las arrugas alrededor de la boca. Las asociaba a su sonrisa desde siempre. Las arrugas horizontales sólo cedían cuando alzaba el mentón. Necesitaba hacer algo al respecto.

Sus tetas conservaban su lozanía. Estaba más delgada, lo que ayudaba a que los músculos fortalecidos las mantuvieran erguidas. Carecía de grasa bajo la piel que le cubría las costillas y la cintura se dibujaba sinuosa, borrados los excesos anteriores a su nueva rutina de belleza.

Su estómago era plano y ahora volvían a contornearse los músculos por encima del rectángulo oscuro de su vello púbico. Y sus piernas, sus largas piernas delgadas, de las que estaba tan orgullosa.

Cuando se puso de perfil, la curva de sus glúteos se dibujó nítida. Estaban erguidos y duros, casi sin celulitis. Se acercó más al espejo para ver las temidas marcas de la piel de naranja y apenas encontró unas leves líneas que interrumpían la tersura de la redondez.

Estaba satisfecha con lo que veía. Lo que le demandaba tanto tiempo y esfuerzo estaba dando sus frutos, debía perseverar en esta empresa. Si se entregaba, la edad le ganaría la partida.

—Doctora, Cynthia la espera.

—Gracias.

A Mercedes le hizo gracia que la llamaran «doctora» cuando estaba totalmente desnuda. Lo cierto es que no dejaba de serlo, aun despojada de sus vestiduras.

—¿Qué tal, Cynthia? —saludó al entrar.

Rutinaria, colocó la cara en el agujero de la camilla y suspiró, dispuesta a disfrutar del masaje. Unos minutos después, cuando las manos de Cynthia trabajaban sobre las cervicales, sus pensamientos tomaron otra vez el rumbo no deseado. Parecía que Rodolfo Marrugat era un reflejo condicionado a la camilla de masajes y a las manos de Cynthia.

Sabía que la reunión de socios sería complicada, como eran todas aquellas en las que se planteaba una inversión en recursos. Todos los socios, incluida a veces ella misma, pretendían mejorar los ingresos manteniendo la misma estructura.

Mientras anotaba en un block los argumentos que esgrimiría, entró a su casilla de *mails* y le echó un vistazo a los remitentes de los que estaban sin abrir. Sólo lo hizo con el del doctor Haas. Era corto y estaba redactado en castellano:

Por favor, Mercedes. No abandone a mi amigo: él la necesita. Está en problemas y, en unos días más, yo mismo le daré noticias de él.

Muchas gracias, Günther Haas

Releyó el mensaje. No podía hacer más que esperar la próxima comunicación de Haas. Ella aspiraba a que el caso Costa se pudiera encarrilar como en una acción pautada, honorarios y todo lo correspondiente a un caso. Si no prosperaba, todo terminaría en una escuálida carpeta de archivo. ¡Qué pena! Sentía curiosidad por saber más de aquel hombre que había estado apenas un rato en su despacho.

No quiso demorarse y tecleó:

De acuerdo doctor, quedo a la espera de sus instrucciones.

Cariños,

Mercedes Lascano

Capítulo 6

Cuando entró en la sala de reuniones, Mercedes se sentó en el lugar de siempre. Frente a ella, el infaltable vaso de agua, papel borrador y lapiceras que nadie usaba. Los abogados eran muy celosos de sus propias lapiceras, que ostentaban como sus gemelos o sus corbatas de diseños originales. Mercedes siempre llevaba la suya y a veces la cambiaba por alguna de las que acumulaba en sus viajes.

A los pocos minutos, llegaron los demás socios, que se sentaron en sus lugares y hablaron de banalidades mientras el mozo terminaba de servir café y llenar las copas con agua.

Cuando estuvieron solos, el socio administrador hizo el habitual resumen de la situación financiera del Estudio, del personal, los clientes —algún moroso— y los niveles de facturación de cada sector, pero no se detuvo en cada abogado porque eran demasiados. En cambio, entregó a los socios un cuadernillo anillado con la información exacta de la situación patrimonial, de los clientes, de los sectores del Estudio y de cada abogado en particular.

Hubo un intercambio de opiniones y algún acuerdo sobre la forma de actuar con los clientes que se demoraran en los pagos. Debían ser persuasivos pero firmes con las fechas de pago y no permitir que los gerentes financieros de las firmas cubrieran sus urgencias con lo que debían pagar oportunamente al Estudio.

—Bien, ahora pasemos a otro tema. Doctora Lascano... —dijo Beltramino, abriéndole el juego a Mercedes.

—Doctores, la incorporación al grupo de nuevos clientes locales y otros que conseguí en mi viaje a Europa produjo un incremento notable en el volumen de trabajo del área de Convenios y Negociaciones Complejas. Mi gente está trabajando a destajo y facturando muchas más horas/hombre que el resto del personal del Estudio.

Miró a los otros socios y encontró rostros neutros.

—No se me escapa que la toma de personal es resistida por la implicancia en los costos y el temor a que la estructura pueda quedarnos grande en algún momento de crisis, pero así es el crecimiento: el Estudio está cumpliendo el objetivo de avanzar de forma sostenida. En nuestro ramo, estancarse es igual a desaparecer.

—De acuerdo —dijo Torres, otro de los socios, apurándola—. ¿De cuánto estamos hablando, doctora?

—De tres abogados y tres paralegales. Creo que el resto de la estructura podrá resistir el incremento, aunque habría que tener en la mira a la gente de traducciones que podría desbordarse en cualquier momento.

—Si hablamos de seis personas más, debemos prever el espacio para que trabajen y el equipamiento.

—Claro —asintió Mercedes, mirando al socio administrador.

—Hace tiempo que estamos escasos de espacio y éste podría ser un buen momento para reacomodar los sectores más poblados. La planta de abajo se desocupa

el mes que viene, y nos la han ofrecido en alquiler con opción a compra. Podría ser un buen negocio —afirmó el socio administrador, a quien le gustaba la idea.

—Doctora, ¿está segura de que necesita semejante cantidad de gente? —preguntó otro de los socios, no muy convencido de pegar el salto en ese momento.

—Absolutamente. Y es urgente. Estamos trabajando contra reloj, tapando agujeros y esquivando las quejas de los clientes. Hacemos lo mejor que podemos, pero somos humanos.

—Está bien —la cortó Beltramino—. La doctora Lascano nunca ha pedido nada que no fuera indispensable. Yo confío plenamente en su criterio. Siempre tenemos los tres meses de prueba para despedirlos sin indemnización, si fuera necesario.

—De acuerdo —dijo Mercedes, aceptando el desafío—, pero vean en los informes el mes de mayo, que es anterior a mi viaje, y la incorporación de varios clientes. En esas estadísticas se puede ver —dijo, levantando el cuadernillo de informes— el incremento de honorarios de mi sección desde entonces hasta ahora.

Hizo silencio y apoyó el informe al lado de sus papeles.

—Creo que debemos pegar el salto —dijo finalmente Massa, otro de los socios—. Es un momento muy especial. Si el asunto Brighton nos sale bien, vamos a ganar muchos clientes nuevos. No podemos estancarnos justo en este momento. Estamos en la mitad: o caemos en el vacío o logramos el crecimiento que avizoramos. Yo apruebo la moción de la doctora Lascano.

—Pero si Brighton capota... —dijo alguien.

—Es el riesgo, un gran riesgo que yo estoy dispuesto a correr —ratificó Massa, decidido.

Beltramino llamó a votación: el resultado fue de seis a uno a favor de la contratación y la ampliación del espacio del Estudio alquilando el piso de abajo por el plazo más corto posible, con derecho a renovar y con opción a compra.

—Una cosa más —agregó Mercedes para dejar cerrado el tema—: si alguno tiene capacidad ociosa en abogados o personal administrativo, avíseme. Estoy en una verdadera crisis.

Uno levantó tímidamente la mano y dijo:

—Después hablamos.

Mercedes sabía que nadie quería desprenderse de su gente, por un básico sentido de posesión y poder, pero todos eran responsables de lo que la computadora revelaba con cuadros, tortas y columnas sobre la efectividad de cada sector.

—Quiero que sepan que les he prometido a mis muchachos un bono extra por el esfuerzo que están haciendo y el que harán hasta que se incorpore la nueva gente. No es un tema para tratar ahora, ya sé, pero quiero que lo tengan en cuenta para el momento de la asignación de los bonos.

Por último, le tocó hablar al doctor Massa. Se refirió a uno de los pleitos más

importantes del Estudio: el caso Brighton c/Halcón, sobre la nulidad de una licitación para la distribución de gas para uso industrial y domiciliario. Era un tema que preocupaba por la falta de combustibles, pero encerraba un gran negocio para el distribuidor.

Se trataba de un pleito entre subsidiarias de dos empresas extranjeras: una, americana; la otra, francesa —aunque hubiera adoptado un nombre en español—. Ahora se enfrentaban en la Argentina como lo hicieron y lo hacían en distintos lugares del mundo. Era el dominio del monopolio de los recursos naturales del país, en este caso, el gas.

Se hablaba de miles de millones y la sentencia que dictaría la Cámara de Apelaciones pondría punto final a una disputa que llevaba más de cinco años. La sentencia del juez de primera instancia había sido salomónica pero no conformó a ninguna de las partes: ambas apelaron. El fallo de la Cámara, compuesta por tres jueces, se esperaba para dentro de unos dos meses, cuando venciera el plazo para sentenciar. Los dos grandes Estudios jurídicos que representaban a las partes habían ejercido todas las presiones posibles para favorecer sus intereses.

—Tengo malas noticias, doctores. Hay indicios de que dos de los miembros de la Cámara serían contrarios a nuestra posición. Creo que uno de ellos tiene algún tipo de interés y el otro, honestamente, piensa que la contraparte tiene razón. El tercero parece que se inclina a nuestro favor, pero puede cambiar.

—No parece un buen panorama —sintetizó Beltramino.

—No —admitió el responsable del tema—, y todos ustedes saben la relevancia que tiene este asunto para nuestro cliente y para el prestigio del Estudio.

—¿Y se han ejercido todas las acciones posibles sobre los camaristas? —preguntó otro, sugiriendo presión por amistades, parientes, dinero o cualquier otro medio.

—Sí y la contraparte también lo hizo. Ahora estamos empantanados en este punto y es difícil avanzar con contactos directos. Seguiremos tratando de influir de alguna forma.

—¿Es decir que todo hace pensar que perderíamos el caso? —preguntó el doctor Torres, que jugaba con la lapicera.

—Sí. Tal como están las cosas, tengo pocas esperanzas en una decisión favorable de la Cámara.

—¡Pero no podemos perder este caso! Nos vamos a desprestigiar en el ambiente y con nuestros corresponsales en el mundo —sintetizó Torres.

—Me gustaría poder decirles otra cosa, pero todo indica que tenemos dos y, tal vez, tres votos en contra. Creo que debemos hacer algo —contestó Massa.

—¿Y qué propone? —preguntó, incisivo, Beltramino.

—Algo que no es ideal pero, creo, es nuestra única posibilidad. Una presión indirecta.

—¿De qué naturaleza?

—Periodística y de todo tipo. Tenemos que crear opinión a nuestro favor

argumentando monopolio, imperialismo, negociados, etc. La idea es no sólo influir sobre la Cámara sino sobre el propio gobierno nacional y los partidos políticos para que ellos también aprieten.

—Parece un poco complicado y difícil —acotó Mercedes.

—Es cierto, pero debemos conseguir la gente adecuada. Necesitamos un equipo que tenga experiencia en estas cosas y que nos proponga una estrategia para lograr el objetivo en poco tiempo. Es un trabajo intenso y costoso, según me han dicho.

Se hizo un silencio. Mercedes sabía que varios estaban pensando lo mismo que ella. Estaban decidiendo involucrarse en algo repudiable, y contrario a la ética, para no perder un pleito importantísimo donde se jugaba el prestigio del Estudio. Perder al grupo Halcón tendría un efecto dominó en los restantes clientes. Les demandaría muchos años de trabajo recuperar el prestigio del que ahora gozaban en el ambiente empresario y jurídico.

El tema estaba sobre la mesa. Fue Beltramino quien rompió el silencio. Su antigüedad en el Estudio, su porcentaje en las acciones y su experiencia eran clave en la elección de las políticas a seguir.

—Massa, creo que a todos nos cuesta tomar una decisión de esta naturaleza y por eso mismo no la vamos a tomar. Entiendo que usted debería conversar con la gente de Halcón y proponerles ese camino, si cree que es el único posible. Que ellos sean los que decidan qué hacer. Dejemos al Estudio fuera de esto.

—De acuerdo, doctor —dijo el abogado, aliviado porque le dejaban las manos libres.

—Una cosa más. Ninguno de nosotros quiere saber nada más de la cuestión, salvo que se lo preguntemos. Esta conversación nunca ha existido. Todo corre por su exclusiva cuenta: la decisión, el costo y las acciones a tomar. No hace ni falta que le aclare que la reserva es fundamental.

El abogado asintió con la cabeza, como si se tratara de un empleado. Beltramino, prosiguió:

—Se lo digo otra vez: el Estudio queda afuera. Si algo llegara a salir mal, será usted el que cargue con toda la responsabilidad. Si la sentencia sale a nuestro favor, tomaremos el mejor champagne hasta que nos duela el estómago.

—De acuerdo, doctor.

Unos días después, Mercedes reunió a su equipo y les comunicó que los socios habían aprobado la incorporación de abogados nuevos y personal. Calló el hecho de que probablemente alquilarían el piso de abajo y que también le habían ofrecido otros dos abogados provisorios.

Estos traslados siempre eran un problema: cuando un sector ponía a disposición su personal, en general lo hacía porque no encajaba en su grupo, o por ineficacia. Debía tener cuidado y tacto para conseguir lo que necesitaba sin agregarse una complicación. Aunque fuera personal estable, se reservaría el derecho de incorporarlo o no a su área.

Trabajó intensamente y solo paró para comer una ensalada con agua mineral que le trajeron del bufé. Un rato antes de las cinco de la tarde, recibió la llamada de Horacio. Siempre la llamaba el mismo día, y a la misma hora. Seguramente, quería hacer sus planes. Hacía dos semanas que no se veían, o porque estaban ocupados o porque había una excusa mejor.

—¿Cómo estás, bombón? —la saludó, con voz pretendidamente seductora.

—Muy bien. Con mucho trabajo, pero bien. ¿Y vos?

—También y con ganas de verte.

—Bueno, no sé...

—Tengo muchas ganas —insistió Horacio.

—Yo también, pero...

—Mercedes, por favor. El sábado o el domingo podríamos salir a navegar, hay un buen pronóstico del tiempo.

—No puedo. El sábado tengo turno en el instituto a la tarde y el domingo un asado en lo de mi sobrino —mintió.

—Bueno, siempre son problemas.

—Pero el viernes a la noche podríamos vernos —propuso, tratando de encontrar una salida.

—Es una buena idea —aceptó—. Puedo cancelar la cena que había arreglado con amigos.

Mercedes pensó que estaba dándose importancia. Lo más probable era que no tuviera nada que hacer, pero no podía admitir estar disponible para que ella lo acomodara a su antojo. La idea de pasar la noche con Horacio no le disgustaba tanto. Sí, le molestaba su verbosidad y sus rutinas sexuales, pero sabía cómo hacer caso omiso de ellas. Horacio era un amante aceptable, aunque previsible, pero ella no había tenido sexo desde hacía demasiado y tenía ganas.

—De acuerdo. Nos encontramos a las nueve y media en casa y pedimos comida. No tengo nada en la heladera y voy a quedarme aquí hasta última hora.

—Está bien.

El césped del jardín del doctor Massa lucía impecable, verde y uniforme. En el agua de la pileta flotaban unas hojas caídas de los árboles, que necesitaban una poda. Con un barrehojas, el abogado las movió a un costado. Estaba ultimando los detalles para recibir a sus invitados. En la cocina dos mucamas se ocupaban de los bocaditos, las ensaladas y los postres, mientras el parrillero terminaba de avivar las brasas y preparaba la carne para comenzar a asarla lentamente.

A varios metros de distancia, había una mesa puesta para tres. Vajilla fina y copas de cristal sobre un mantel amarillo pálido. En una mesa auxiliar, dos botellas de vino tinto, una jarra con agua mineral cubierta con una pequeña servilleta de hilo y una panera, también tapada, con panes, galletitas saladas de diversos tamaños y grisines.

Y todo al resguardo de una gran sombrilla.

Se sentó en uno de los sillones de la galería y aprobó la puesta en escena. A pedido suyo, su mujer había salido a almorzar con unas amigas al Jockey Club y su casa estaba disponible para su reunión de negocios.

—¿Cómo está, doctor? —dijo un hombre delgado, más bien bajo, elegantemente vestido con una campera de cuero sobre una camisa y pantalón de franela. Massa se detuvo en sus zapatos: eran de muy buena calidad.

—Un gusto verlo, Julio —le contestó, sonriente, levantándose de su asiento y extendiendo su mano—. Venga, siéntese ¿quiere tomar algo?

—No, todavía no. Muchas gracias.

Los hombres se sentaron en los sillones individuales, al calor de los rayos tibios. Sólo interferían en el silencio dominante el piar de los pájaros y el crepitar del fuego en el asador.

—Le agradezco que haya venido temprano. Quiero que me cuente sus ideas antes de que llegue el contador Moreno.

—Claro —aceptó Julio Gavilán, acomodándose en el sillón para comenzar su exposición—. Estuve armando un esquema primario en estos días y, cuando me confirmó que iban a ir para adelante en este asunto, afiné algunos detalles y me puse en contacto con la gente que vamos a necesitar. El principal problema es el tiempo, aunque a veces es mejor que una operación como ésta se realice de forma intempestiva. Con un par de meses más, podríamos haber instalado el tema en lo profundo de la opinión pública pero, bueno, es lo que hay.

—Así es —intervino Massa—, tenemos dos meses, como máximo, aunque los jueces también pueden resolver antes para sacarse el problema de encima. De todas formas, creo que vamos a saber cuándo saldrá con una semana de anticipación; tengo gente en la Cámara.

—Bueno, doctor. A grandes rasgos el plan de acción es el siguiente: comenzar de inmediato a instalar los conceptos en la opinión pública a través de la prensa. Empezaremos con comentarios en la radio, quizás algún programa de televisión hasta llegar a los diarios. En pocos días aparecerán comunicados gremiales reclamando la protección de las fuentes de trabajo, pedidos de audiencia en los ministerios y a las Cámaras del Congreso. Creo que podemos llegar a tener manifestaciones gremiales. Hoy por hoy, si no se sale a la calle, no se consigue nada. Hasta podemos armar algún enfrentamiento con la policía para darle mayor dramatismo. Estuve pensando que debemos usar todos los medios de sensibilización, como mujeres con hijos pidiendo por su fuente de trabajo; el barrio del gran Rosario —donde está la fábrica Halcón— prácticamente alzado con fogatas, barricadas y ollas populares... Estoy seguro de que vamos a conseguir la adhesión de los partidos de izquierda, los activistas de derechos humanos y las agrupaciones universitarias.

Massa miró a su interlocutor. Lo que estaba describiendo era un gran escándalo que comprometería a todo el espectro social. Le pareció excesivo. Al final, no eran

más que tres jueces a punto de dictar una sentencia en uno de los centenares de expedientes que les llegaban en apelación. Pero pensó en las cifras que se manejaban. Se hablaba de miles de millones de dólares de pérdida para la empresa y, en lo que a él tocaba, la degradación del Estudio del que era socio.

—¿Usted está completamente seguro de que puede hacer todo eso?

—Por supuesto, es mi trabajo, doctor. Lo hicimos otras veces. Todo depende de los fondos con los que contemos, porque el objetivo es claro y los pilares ideológicos, sólidos: la defensa de la industria nacional, de los puestos de trabajo de gente humilde, la lucha contra el monopolio extranjero, la reivindicación de la soberanía nacional. Son ideas fuerza que fanatizan a muchos.

—Pero plantar el tema en la opinión pública y movilizar a tanta gente, no parece algo tan sencillo —volvió a cuestionar Massa, pensando que podía estar frente a un mitómano.

—Nadie dijo que era sencillo, pero si se tienen los contactos adecuados en el periodismo, entre los formadores de opinión, los sindicalistas y los políticos las cosas se simplifican notoriamente. Es cuestión de convencerlos mediante la idea, la presión o el dinero. Y ya lo hicimos varias veces cuando estuvimos en la Secretaría de Medios de la Presidencia y necesitábamos el apoyo de la opinión pública para un proyecto determinado o el dictado de una ley. Es mucho trabajo, pero los resultados son impresionantes.

—Usted está muy bien recomendado, Julio, pero comprenderá que dude de que valga la pena armar semejante escándalo para torcer la opinión de tres camaristas en un expediente.

—¿Y se le ocurre alguna otra forma? Hay métodos más sutiles pero, por lo que usted me ha contado, no parecen efectivos. La decisión es suya, por supuesto, y no le voy a cobrar nada por esta charla. Si no está seguro, comemos el asado y quedamos como buenos amigos para cuando me necesite.

—Está bien, veremos qué dice la gente de la empresa.

—Pero es indispensable resolverlo hoy mismo, ya sea por el sí o por el no. Estamos con poco tiempo; no podemos perder un minuto.

—Sí, claro —aceptó Massa—. Una pregunta: ¿cuál sería el costo de lo que usted propone?

—Setecientos cincuenta mil dólares, en efectivo y sin recibo —dijo el hombre. Massa dio un respingo en su asiento.

—Realmente es una cifra... ¡Y sin garantías de éxito!

—Es cierto. Para su tranquilidad, podríamos dividir la acción en etapas y su cliente podría ir desembolsando los pagos a medida que se cumplan los objetivos parciales —ofreció Gavilán, convencido de que éste era un elemento decisivo para cerrar el convenio.

—Suenan razonable.

—Eso sí —añadió Julio—, una vez que lo aceptan, no hay marcha atrás. Si se

cumplen las pautas acordadas, el pago es inexorable. Sólo en el caso de que me ordenaran dejar todo sin efecto por la razón que fuere, habría un pago final compensatorio del setenta por ciento de lo adeudado.

—Es difícil tomar un compromiso de esta magnitud. Creo que lo mejor es que esperemos que venga el contador Moreno y que sea él quien decida.

—De acuerdo —aceptó el hombre sin inmutarse.

—¿Le parece que tomemos una copa?

—¡Cómo no!

No muy lejos de la casa de Massa, Mercedes almorzaba sentada a una mesa soleada. Tomaba agua mineral mientras esperaba que le sirvieran su plato de camarones asados con salsa tártara.

Esa mañana no había hecho ejercicio. Como de costumbre, se había despertado temprano y desayunado liviano junto a Horacio, todavía adormilado. A él le gustaba dormir hasta entrada la mañana. No era un hombre demasiado imaginativo, y menos para el sexo. Su propuesta se reducía a la cópula y a Mercedes le molestaba cada vez que lo hacían. Quería terminar con él pero también le quedaba cómodo tenerlo a mano.

Una vez más se repitió que ella era la única responsable de lo que le sucedía y recordó el dicho que asociaba con un tío ya muerto: «La culpa no es del chancho sino de quien le da de comer».

Después de la ruptura con Rodolfo, varios hombres habían desfilado por su vida pero ninguno había llegado a su altura, ni siquiera se aproximaba a los placeres que él había despertado en ella con su forma extraña, calma y experta de amar.

—Aquí tiene su pedido, señorita —le indicó el mozo, al verla tan abstraída.

—Muchas gracias —dijo, incorporándose ante el plato. Pinchó un camarón y se lo metió en la boca, sin mastcarlo para saborearlo. Entornó los ojos y pensó que ésa debía ser la forma de hacer el amor, disfrutando de cada instante, el gozo de lo efímero. Tal como le había enseñado Rodolfo.

Moreno llegó a las Lomas de San Isidro manejando su reluciente Mercedes Benz. El custodio venía en el asiento del acompañante. Cuando llegaron, cumplieron el rito acordado: el contador esperaba dentro del automóvil blindado mientras su cuidador exploraba potenciales peligros. En la casa del doctor Massa la rutina parecía innecesaria, pero ambos habían asumido que la seguridad tenía prioridad en cualquier circunstancia o lugar.

Los hombres se levantaron de sus sillones en cuanto vieron llegar al contador, se saludaron y presentaron.

Charlaron de generalidades porque no querían encarar el tema de entrada. Tenían

tiempo suficiente para comer, conversar y resolver. Poco después pasaron a la mesa en el medio del jardín y dos mucamas les sirvieron bebidas y achuras, además de una nutrida variedad de ensaladas.

—Me imagino que el doctor Massa lo habrá puesto en autos de nuestras necesidades —dijo al rato el presidente del poderoso grupo Halcón.

—Sí, doctor. Estoy enterado de lo que necesitan y del escaso tiempo del que disponemos —aceptó Gavilán.

—Bien. ¿Cuál es su propuesta? ¿Se puede hacer?

—Creo que podemos lograr el objetivo de producir la suficiente presión para motivar a los jueces que tienen que dictar sentencia en el juicio.

—Ésa es la idea... Pero ¿cómo piensa instrumentarlo? —repreguntó, incisivo.

Massa observaba en silencio cómo el contador Moreno le tomaba examen a Julio Gavilán. Le parecía bien que lo hiciera, porque lo liberaba de la responsabilidad exclusiva, y lo cubría en caso de que las cosas salieran mal.

—Se trata de una campaña que comenzaría por instalar el conflicto y difundirlo, para que después los formadores de opinión traten de conducir el pensamiento colectivo. Es indispensable crear una corriente de opinión que comprometa a la gente y a todos aquellos que tengan interés en canalizar las inquietudes públicas: políticos, sindicalistas, gobernantes y, por supuesto, jueces.

—Así como lo dice parece sencillo.

—No, doctor, éste es el esquema sobre el que propongo trabajar pero nada es sencillo. Cada opinión, cada publicación y cada programa se consigue a fuerza de insistencia, relaciones o dinero. Y hay que coordinar las acciones al milímetro para no neutralizar los esfuerzos y lograr que se complementen.

—De acuerdo. Continúe.

—Simultáneamente, tenemos que conseguir la adhesión de las organizaciones sociales, políticas y, principalmente, de los sindicalistas amigos. Sobre aquellos reacios hay que trabajar para que las bases los presionen. Pretendemos conseguir declaraciones, discursos, pegatinas y, si es necesario, hasta movilizaciones populares.

—Parece un poco mucho —tuvo que acotar Moreno.

—Nada es mucho, señor, si se quiere llegar al objetivo. Todo suma. Es preferible pecar por exceso que por defecto, y debemos aprovechar la ventaja de que la gente de Brighton no va a tener tiempo de reaccionar para neutralizarnos, salvo sacar alguna comunicación formal que no va a convencer a nadie.

—Todo parece estudiado —se atajó Moreno.

—Lo está, señor. Las teorías y métodos que se emplean para imponer y vender un producto son las mismas que se aplican en la política y las ideas. Algunos tienen éxito y otros fracasan, según la capacidad de los conductores y los medios con los que cuentan, aunque también puede haber imponderables.

—Lo que nos está queriendo decir es que no tiene la seguridad de que logremos el objetivo.

—Nadie puede asegurarle eso, doctor. Ni un médico ni un abogado en sus materias —dijo mirando a Massa—, y si se lo prometen, hay que desconfiar.

—Es cierto —tuvo que aceptar Moreno—. Me imagino que esta campaña será bastante costosa.

—Setecientos cincuenta mil dólares —dijo, sin inmutarse, Gavilán.

—¡Epa!

—Ésa es la cifra, doctor. Lo he estudiado detenidamente y ajustado los números lo más posible.

—Bueno...

—A pedido del doctor Massa, he accedido a parcializar los pagos según resultados escalonados. Lo que no se logra, no se cobra. Entiendo que poner esa cantidad en manos de alguien desconocido puede parecer una locura pero, con pagos contra resultados, podrán llevar un control. Debemos ajustar algunos detalles pero creo que no habrá problemas en manejarnos así.

—Bueno, es un gasto muy importante que tengo que consultar con la Central. El lunes...

—Doctor, los tiempos son muy cortos. Si queremos tener impacto debemos empezar a trabajar hoy mismo, no hay un minuto para perder y le puedo asegurar que es así. No estoy tratando de apurarlo. Ojalá tuviéramos tiempos indefinidos para planear y ejecutar. Es necesario que lo definamos ahora.

—Está bien. ¿Cuál es su opinión, Agustín? —preguntó al abogado.

—Sé que no es fácil decidir tan rápido, pero los antecedentes del señor Gavilán y los trabajos que ha realizado para el gobierno y particulares son espectaculares. Lo he comprobado. Además, parece ser la única alternativa que tenemos para no perder el juicio contra la Brighton.

—¿Y cómo sería el pago? —preguntó el contador.

—En efectivo y sin recibo.

—No puedo operar de esa forma —dijo Moreno, tajante.

—Entonces, señor, es imposible que trabajemos. Usted comprenderá que lo que yo pago a un periodista por un comentario favorable no tiene recibo ni hay retenciones de impuestos. Tampoco lo que deberemos entregar a los políticos ni a los sindicalistas, ni los fondos para movilizar o conseguir una pegatina de afiches.

—Pero yo necesito ingresar el gasto a la contabilidad de la empresa.

—Entiendo, pero no hay otra forma de hacerlo. El dinero que yo necesito para montar una manifestación, contratando vehículos, pagos a la gente, confección de carteles, por ejemplo, son todas operaciones informales sin recibo. Cuanta menos constancia, mejor, ¿no?

—Sí, sí, pero es mucho dinero para sustraer del giro de los negocios con argucias contables. Si las cosas salen mal, ¿qué les digo a mis superiores?

—No sé, señor. Es su decisión, pero es así como se opera en este ramo. Para su tranquilidad, le reitero que las remesas se parcializarán según los resultados que se

vayan obteniendo con la conformidad de ustedes.

Se hizo un silencio incómodo. Una de las mucamas se acercó con una bandeja, pero Massa le hizo una seña con la mano. Era momento de grandes decisiones; a nadie le importaban las delicias de la carne, asada para la ocasión.

—Está bien —dijo finalmente Moreno—. Parece que no queda otra alternativa si queremos subsistir en el Cono Sur. Doctor Massa: usted será el puente entre la empresa y el señor Gavilán, su organización y sus acciones. Le ruego que controle todo y decida sobre los pagos. Nosotros trataremos de no aparecer.

—De acuerdo.

Mercedes llegó al instituto inmersa en sus contradicciones. Disfrutaba de su tiempo libre, pero se sentía desamparada, caminando sola en un día espléndido que la gente aprovechaba para reunirse en clubes o pasear en familia. En cambio, ella hacía tiempo para ir a su sesión de hedonismo. La noche con Horacio no había hecho más que ahondar su angustia y soledad. ¡Al diablo con Horacio! Se juró que era la última vez, prefería masturbarse o llevarse alguien nuevo a la cama. Tomó la decisión con rabia, pero inmediatamente se sintió tranquila.

Le faltaban menos de siete años para cumplir cincuenta, para entrar en la etapa de la decidida decadencia. Había conseguido todo lo que se había propuesto: era socia del Estudio, ganaba más de lo que podía gastar, tenía ahorros importantes y podía darse los gustos que quisiera. Y, sin embargo, no había formado una familia, no tenía hijos ni le quedaba tiempo para engendrarlos. ¡Y estaba sola! Mucho más sola de lo que nunca hubiera imaginado. ¿Para qué servía todo lo que había logrado si estaba así, tan sola? ¿Si no tenía a nadie que pensara en ella?

Pero también sopesó el otro platillo. ¿Y qué si esa misma tarde tuviera que lavar los platos después de un almuerzo para tres hijos y un marido que duerme la siesta? Un sábado para coser y planchar la ropa, preparar la comida de la noche y un cine como máxima diversión en el horizonte.

Miró su reloj de pulsera: era hora del masaje. Apuró el paso y se dijo que tenía que hacer algo por resolver esas contradicciones. Quizá necesitaba analizarse, pero aborrecía la posibilidad de la dependencia, de los horarios fijos, de la soberbia traducida en comprensión. Prefería hablar con Marina, que era su amiga y psicóloga, y que ya conocía toda su vida. Decidió que la llamaría para comer el martes a la noche.

Estaba entrando en el jardín del Instituto decidida a disfrutar de cada cosa que le causara placer sin pensar en Horacio ni en Rodolfo ni en sus contradicciones.

Los pensamientos negativos la persiguieron toda la tarde pero consiguió dominarlos antes de que se desarrollaran. Horacio era una anécdota y Rodolfo, sólo un recuerdo. La soledad debía volver a convertirse en un valor como lo había sido durante tantos años. Cuando terminó de tratarse se duchó despaciosamente.

Eran las ocho y media cuando emprendió la vuelta a su casa. Estaba oscuro; ignoraba qué haría con el resto del día. Últimamente el tiempo libre la incomodaba. Cuando llegó a su departamento, apretó el interruptor junto a la puerta de entrada. Varias luces, convenientemente distribuidas, se encendieron simultáneamente. Era un truco que se había hecho instalar para sortear el peor momento del día, ése cuando volvía a su casa, tan silenciosa y oscura: del mismo interruptor se encendían tres lámparas del living, una del dormitorio y la de la cocina.

Pero esa noche ninguna luz le alcanzaba. Se sirvió un vaso con *whisky* en las rocas, que llenó hasta el borde con soda. Revisó la heladera: había varios *tuppers* con restos de comida de días anteriores. Tiró el contenido de los de dudoso aspecto y se quedó con una porción de una tarta de verduras, una pechuga de pavo y media lata de palmitos.

Se entusiasmó y terminó de actualizar el contenido de la heladera, eliminando frascos a poco de terminar y sobres con saborizadores viejos. Obsesiva como era, limpió algo derramado en uno de los estantes y repasó los otros. Le gustaba quedarse con lo mínimo, sólo aquello que iba a usar. Era como reacomodar su vida: vaciarla para poder volverla a llenar.

Se despertó a media mañana con fuerte dolor de cabeza. Había dormido mucho. Le costó levantarse, pero quería ir al baño y lavarse los dientes. Se mojó la nuca y orinó con abundancia. Descalza, caminó hasta el living para recoger los restos de la comida de la noche anterior. Sobre la mesa, *La insoportable levedad del ser* esperaba con un señalador la próxima lectura. Mientras lavaba, se preparó un café bien cargado, que tomó con un par de galletitas dulces para tener algo en el estómago antes de ingerir los analgésicos.

Se acostó nuevamente. Era domingo y no tenía nada que hacer el resto del día. Cerró los ojos pero no pudo dormir más. Se acordó de Rodolfo, de las veces que habían estado en esa misma cama hablando, acariciándose y haciendo el amor. Comenzó a tocarse. Como una orden de su cuerpo, bajó la mano hasta la tanga. Jugó por sobre la tela, como lo hacía Rodolfo, y de a poco se deslizó y llegó a su humedad. Cuando su cuerpo se arqueó en la explosión de su orgasmo solitario, se sintió laxa y un poco más relajada.

El doctor Massa terminaba de almorzar con su familia en el enorme comedor de su casa en Las Lomas: su mujer, sus cuatro hijos, el marido de la mayor y las novias de los dos menores. Era el ritual de todos los domingos, que sólo se interrumpía —y no siempre— cuando Massa estaba de viaje.

El hogar encendido llenaba de olor a madera toda la casa, lo que le daba una cuota adicional de calidez. La mucama lo alimentaba con leños cuando flaqueaba.

—Doctor, una llamada para usted —le anunció, acercándole el teléfono inalámbrico.

—¿Hola?

—¿Doctor Massa? Habla Gavilán.

—¡Ah! ¿Cómo le va? —respondió, levantándose de su silla y dirigiéndose al living.

—Bien. Estamos trabajando bien y ya tenemos los primeros resultados. ¿Usted tiene Cablevisión?

—Sí.

—A las 9:30 de esta noche en el canal 54 hay un programa de interés general en el que se va a hablar sobre el tema de Brighton.

—Muy bien.

—Mañana en la FM 103.5 también se van a ocupar del tema y en el diario *El Ciudadano*, que es gratuito y tiene una circulación de quinientos mil ejemplares, va a aparecer un suelto como anticipo de una nota importante.

—Realmente me asombra, Gavilán, cómo trabaja tan rápido. Si seguimos a este ritmo en poco tiempo la gente va a tomar partido.

—Es la idea, doctor. Impactar en la opinión pública para continuar con la estrategia que diseñamos.

—De acuerdo. Voy a ver y escuchar los programas y mañana hablamos de nuevo.

—Bien, doctor. No olvide el adelanto que convinimos para el martes.

—No, por supuesto que no.

Mercedes se dejó estar en la cama un rato más. Cuando se levantó, se tomó una pastilla efervescente para nivelar su estómago. No tenía hambre, y el solo pensamiento de comida o alcohol le daba asco.

Estuvo por encender la televisión para ver una película pero lo descartó. No podía salir en bicicleta porque llovía, pero nada le impedía ir al gimnasio para fortificar un poco sus músculos. Sin ducharse ni maquillarse, se enfundó su calza de lycra y las zapatillas de correr. Se miró en el espejo; sonrió: su figura estaba bien, aunque se sintiera horrible. No siempre estas cosas coinciden.

Caminó bajo la lluvia las tres cuerdas que la separaban del gimnasio. El local estaba vacío, salvo por el recepcionista y una chiquilina que se esforzaba en una bicicleta fija. La música electrónica a un volumen exagerado llenaba los ambientes y todas las salas. Volvió a la recepción.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Dígame, doctora —le contestó el hombre, que la conocía.

—¿No podés poner otra música y a un volumen más razonable?

—Claro. A mí también me mata, pero el dueño cree que pone a la gente en onda.

—Bueno, ahora sólo estamos esa chica y yo. Yo me hago responsable, si querés.

—De acuerdo —contestó sonriente, y se inclinó bajo el mostrador—. Es lo único tranquilo que hay —dijo, enseñándole un CD de Luis Miguel.

Mercedes buscó una máquina en el fondo de la sala y programó su carrera para ir incrementando la dificultad. Cuarenta minutos estaría bien. Al poco rato, comenzó a sentir el esfuerzo. La respiración se hacía más difícil, el ritmo cardíaco se aceleraba y el sudor le mojaba la cara. Se bajó el cierre del buzo buscando alivio, pero no se detuvo.

El ruido de la puerta de entrada le hizo volver la vista. La jovencita que bicicleteaba se había ido y ella era la única cliente en el local. El que entró era un muchacho con el que ya se había cruzado varias veces en el gimnasio. Iba vestido con *jeans*, una reluciente campera mojada por la lluvia y un enorme bolso colgando del hombro. El joven cambió algunas palabras con el recepcionista y encaró para el vestuario, haciéndole un amistoso saludo con la mano.

Cuando volvió a aparecer, tenía pantalones cortos azules y una musculosa color ratón que destacaba su cuidada musculatura y dejaba ver el vello bajo los brazos y en el pecho. Se ubicó en la cinta próxima a la de Mercedes, pese a que todas las demás estaban libres.

—¡Qué fantástico es este gimnasio cuando hay poca gente!

—Cierto —contestó Mercedes, con voz entrecortada por el esfuerzo.

—¿Vos venís bastante seguido, no?

—Dos o tres veces por semana.

—Tenés un excelente estado —dijo, tratando de sonar profesional.

Mercedes no contestó. Le quedaban ocho minutos y estaba en su momento de máxima exigencia. Al cabo de unos instantes de silencio, el hombre volvió a la carga:

—Siempre venís vestida. ¿Acaso vivís cerca de acá?

—Más o menos —contestó Mercedes, negándose intuitivamente a proporcionarle datos. Conocía esta clase de intentos y cómo esquivarlos.

—Yo vivo en Belgrano pero me vengo hasta acá porque éste es el mejor gimnasio. ¿En qué trabajás? —le preguntó, ahora directamente.

—Soy secretaria.

—¿En qué empresa?

—No te interesa —contestó ella, agresiva y liberada porque la máquina estaba por fin disminuyendo el ritmo.

—¡Bueno! Sólo trataba de ser amable. Estamos acá los dos, un domingo a la tarde, y creí que...

—Está bien, disculpame —respondió Mercedes—. Trabajo en una compañía de seguros.

—No hay problema. Esto me pasa porque soy un metido.

Mercedes lo miró con detenimiento. La verdad es que no estaba mal. Tendría unos veinticinco años y un físico bien cuidado. Curiosa de su virilidad, no pudo evitar mirarle los pantalones y se sorprendió con un bulto exagerado. ¿Sería todo natural?

Tenía una cara agradable y la barba un poco crecida. No parecía un intelectual, pero tampoco un bruto. ¿Y si se lo llevaba al departamento? Sabía que si le daba algo de charla y lo invitaba a un café, terminarían en la cama fácilmente.

La máquina de Mercedes se detuvo.

—Te aseguro que no sé para qué venís, si estás perfecta —repitió él, estúpidamente, para seguir la conversación.

Ella le sonrió. Los halagos siempre le gustaban.

—¿Te parece?

—Por supuesto, tenés un físico perfecto. No todas las mujeres tienen tu físico a los treinta.

Mercedes estaba en el borde de la máquina tratando de recuperar su respiración. Sus ojos quedaban unos centímetros por debajo de sus pantalones. La visión la perturbó: las piernas musculosas con abundantes pelos oscuros se cortaban en el pantaloncito que, ratificó, no lograba ni disimular su importante bulto. El muchacho ya había comenzado a correr, y el movimiento de sus genitales la excitaba. Desvió la vista.

Era evidente que ni la noche con Horacio ni la masturbación de unas horas antes la habían calmado; necesitaba un hombre que la abrazara, la acariciara y la penetrara. ¿Ese hombre? Y ella, ¿qué podía sacar de una relación casual? Acaso una buena cogida, pero el riesgo de llevárselo a su casa y la consecuente lucha para sacárselo de encima. Pensó que podía evitar problemas yendo a un hotel.

Iba por el cuarto aparato cuando reapareció él, empapado en sudor. La remera se le pegaba al cuerpo destacando la musculatura, el pelo mojado y las gotas cayendo por su barbilla. En un movimiento reflejo se secaba con la toalla que colgaba de su cuello.

—¡Pude superar mi última marca! —dijo, jubiloso.

—Excelente —le contestó Mercedes, mientras sus brazos repetían la rutina en el aparato destinado a endurecer los pectorales.

—Mi nombre es Norberto —se presentó.

—Mucho gusto.

—¿Vos sos Mercedes, no?

—¿Y cómo sabés?

—Aquí se sabe todo —contestó, enigmático—. Además sos abogada y no secretaria —dijo, con una mirada pícara.

Mercedes le hizo una seña que no desmentía ni confirmaba. No quería darle ninguna información, por más elemental e inocua que fuera. Le quedaban dos aparatos para terminar, pero decidió irse.

—Bueno, Norberto. Fue un gusto conocerte. Nos seguimos viendo.

—Pero...

—Me están esperando.

—Yo pensé que podíamos tomar algo cuando terminábamos.

—No, no puedo.

El martes, al volver del almuerzo con unos clientes americanos —que estaban de paso viendo la marcha de sus negocios antes de continuar su viaje a Chile—, se sintió agobiada. Junto a otro de los socios, Larry Evans, habían intentado persuadirlos de invertir en Argentina, aunque dudaba que lo hubieran logrado. Estaban encantados con Buenos Aires, su gente y su empuje, pero cautelosos por los pronósticos sobre el Gobierno, la falta de seguridad y los altos niveles de inflación.

Evans estaba a cargo del cliente. Mercedes lo había acompañado porque era la única socia mujer y la encargada del sector Convenios y Negociaciones Complejas del Estudio. De vuelta en el Estudio, quiso ponerse al tanto de las novedades. Activó su ordenador y revisó los *mails* nuevos. Anuló el *spam* que había burlado el filtro y miró las comunicaciones del Colegio de Abogados y de otras dos asociaciones. Nada interesante.

Contestó rápidamente tres consultas y dejó para el final el *mail* del doctor Haas:

Estimada Mercedes:

Como le prometí, me puse en contacto con mi amigo, que anda con problemas serios, según me ha contado. No puede ir a la Argentina y propone encontrarse con usted en Río de Janeiro para hablar de su situación.

Está viviendo en una población cercana y me pide que la consulte, para ver si se traslada a Río. La fecha la pone usted y, por supuesto, todos los gastos corren por cuenta de él. Tampoco tiene inconveniente en pagar los honorarios que correspondan.

Me hago cargo de que se trata de una forma extraña de tener una entrevista con un cliente, pero él dice que es la única alternativa posible.

Espero su respuesta. Muchas gracias.

Günther Haas

Mercedes releyó el *mail*. Era insólito. Aunque solía viajar para visitar clientes o concretar un asunto, nunca había recibido una propuesta así antes de tomar un caso. Lo de reunirse fuera del país no le gustaba. En todo caso, prefería mandar a alguien del equipo para evaluar la situación.

Este señor no sólo había desaparecido, sino que ahora además alguien estaba atrás de su amigo Carlos Rafat y recurría a amenazas para ubicarlo. Pensó que Lema era el más indicado para viajar. Le gustaría y se lo merecía.

Estimado doctor Haas:

He recibido su *mail* y lamento tener que decirle que, desde hace algunos años, he dejado de ser abogada a domicilio de los clientes. Soy socia de este Estudio, y si el señor Costa quiere plantear su caso en Río de Janeiro, puedo mandar a un abogado de mi equipo, previo depósito en nuestra cuenta de los honorarios y gastos que podemos estimar.

Lamento tener que contestarle esto, pero su propuesta no es nuestra manera de conectamos con los clientes, menos con uno que prácticamente nos abandonó después de encargarnos un asunto que parece haberse complicado mucho y tiene ramificaciones que no podemos prever.

Si usted cree conveniente que uno de nuestros abogados viaje, no tenemos ningún inconveniente en comisionarlo, pero para ello necesitaríamos que nos indicara qué tipo de cuestiones deberá tratar para seleccionar al más idóneo.

Espero que interprete debidamente este correo porque, dado el gran respeto que le tengo, me incomoda no poder acceder directamente a su requerimiento aunque estoy segura de que otro profesional sabrá hacer muy bien el trabajo.

Le envío mis saludos, expresión de mi invariable afecto.

Mercedes Lascano

Releyó el correo y dirigió el cursor a la casilla de enviar. Algo la detuvo. Lo volvió a leer y se quedó pensando. El *mail* era duro y temía ofender al buen doctor Haas.

Mientras dudaba si mandarlo o no, su vista se dirigió al ventanal: los nubarrones que cubrían el cielo desde el sábado a la noche dejaban caer una fina llovizna que se adhería a los vidrios. A fines de agosto el tiempo siempre estaba horrible en Buenos Aires. Imaginó un Río de Janeiro con sol, playa y mar. Un motivo de peso para viajar y no enemistarse con el doctor Haas.

Trató de recordar la imagen del tal Costa, pero le resultó borrosa. Era alto, delgado y tenía cierto atractivo, pero tampoco tanto como para salir corriendo a su encuentro.

Mandó el correo a la carpeta de borradores. Era lo mismo contestarlo ahora o mañana. Trató de apartar la cuestión de su mente. No le costó mucho. Estaba entrenada para colocar cada cosa en su lugar y tratarlo en el momento oportuno.

En el bar del Club Francés, el doctor Massa esperaba la llegada de Julio Gavilán.

Eran las cuatro de la tarde. Los que habían ido a almorzar ya se habían retirado y los que irían por una copa, todavía no llegaban.

Era un buen lugar para reunirse disimuladamente. Massa no quería que los relacionaran y por eso no lo hacían en bares públicos. A esa hora, en el club apenas quedaba un mozo de guardia.

Lo vio entrar desde el juego de sillones junto a las ventanas. Su aspecto era intachable, elegante, con ropa siempre combinada. Más bien bajo, peinado con esmero y bien afeitado, sin bigotes ni barba. Zapatos normales bien lustrados del mismo color del cinturón.

—¿Cómo está, doctor? —saludó, extendiendo la mano. Se sentó a su lado.

—¿Qué noticias trae? —preguntó el abogado.

—Todo está saliendo conforme a lo previsto, doctor. Como usted habrá comprobado, el tema ya está en boca de todos. Hasta hace dos semanas nadie sabía nada del negocio de la distribución de gas ni de la licitación. Hoy usted para a cualquiera en la calle y está enterado de que hay un lío con ese tema. Quizá no de los detalles, que ni yo entiendo, pero la cuestión ya es pública, lo que nos permite futuros movimientos.

—¿Y qué tiene previsto?

—Desde que empezamos a trabajar, lo hicimos en dos planos: uno, superficial y otro, a niveles de relaciones y vínculos. La primera acción colocó la noticia en los diarios, en la radio y en la televisión. Los programas de interés general compiten con mesas de debate sobre este tema.

—Sí, me temo que se llegue a un punto de saturación —cuestionó Massa.

—No mientras impongamos otras acciones.

—¿Como cuáles?

—Pedidos de informe en el Congreso, presentaciones para interpelar al ministro que, por supuesto, serán rechazadas por la bancada oficialista. Además, tenemos previsto que las cámaras empresariales y los sindicatos comiencen a largar comunicados y solicitudes. Tenemos que calentar el ambiente para obligar al Gobierno a tomar partido.

—Pero nosotros tenemos que llegar a los jueces, no al Gobierno.

—¿Y usted cree que esos jueces son blindados a todas estas cosas? Hasta sus esposas deben estar preguntándoles qué van a hacer. Además, también estamos analizando cómo ejercer una acción directa sobre ellos. Los estudiamos a fondo, buscando alguna debilidad que podamos explotar, aunque parece difícil con esta gente. Ésta es la otra acción: la que opera bajo la superficie.

—Hay que moverse con mucho cuidado.

—Por supuesto. Todas las operaciones tienen mi directa supervisión. Mi experiencia me indica qué acciones tomar según el ambiente, el grupo o la persona. He pensado que sería conveniente que un abogado muy reputado, un profesor titular si es posible, publique un artículo. Yo tengo poco acceso a ese mundo. ¿Usted podría

ayudarme, doctor?

Massa se quedó pensando a quién podría interesarle. Era complicado porque había que encontrar a alguien que creyera en la causa. En este caso, no podía hablarse de pago ni de presión.

—Veré, no es fácil.

—Me imagino, pero ayudaría mucho. Nosotros le encargamos una nota de fondo a un comentarista muy respetado que saldrá esta semana, pero creo que para los Camaristas sería mucho más impactante la opinión de una primera figura jurídica.

—Es cierto, pero no debemos excedernos.

—Es como lo que hacen los laboratorios cuando quieren imponer un medicamento en el mercado sin pagar publicidad: invitan a los académicos a congresos en lugares atractivos, todo en primera clase, hasta con la mujer o una amiga. Después, claro, les piden una nota sobre las bondades del medicamento y el médico no se puede negar. En este caso, me temo que no se puede patrocinar un artículo de un jurista sin despertar sospechas.

—Bien —admitió Massa—. Trataré de conseguirlo con alguien que crea en nuestra postura.

—Hágalo, doctor. Hemos probado la eficacia de estas opiniones.

—Le aviso.

—Está bien. Nuestra principal carta —continuó Gavilán, cambiando de objetivo— serán las manifestaciones del sindicato, que van a contar con el apoyo de la CGT y de un montón de grupos que van a adherir para obtener alguna ventaja de la propaganda. Están aquellos que actúan porque nosotros estamos atrás ayudándolos, los que creen que se trata de una causa justa y los que lo hacen porque imaginan réditos indirectos.

—Confío en usted, Gavilán. Me estoy jugando mucho a sus promesas.

—Siga confiando, doctor. Tenemos dificultades, como en cualquier operación de este tipo, pero todo está bajo control y conforme al plan general que hemos preparado.

—Bien.

—¿Trajo lo que acordamos para esta etapa?

—Claro —dijo el abogado y, estirando el brazo hacia el lado del sillón, levantó un pequeño bolso marrón de plástico que entregó a Gavilán.

—Gracias —dijo el hombre y se levantó—. Cualquier cosa nos comunicamos por los medios acostumbrados.

—De acuerdo.

Después del masaje de Cynthia, la sesión de lipomasaje y una ducha caliente y generosa, Mercedes estaba lista para cenar con Marina. Pese a la crisis económica y a que era martes, el restaurante estaba lleno. La comida era excelente y las mesas

estaban dispuestas separadas unas de otras, ideal para conversar tranquilas.

—Estoy encantada de haberte hecho caso, Mará. Estos tratamientos me están haciendo bárbaro y vuelvo al físico que tenía. Ya me estoy estilizando, perdí dos kilos y medio y físicamente me siento espléndida.

—Pero tenés que mantenerte, Mercedes. De nada sirve todo esto si te desbocás en la comida o dejás el ejercicio. Sería bueno que, una vez que termines, te dieras una vuelta por el instituto cada quince días para que te evalúen y hagan mantenimiento. Además, te va a ayudar para disciplinarte.

—Ok. Me parece buena idea. Los sábados a la tarde son excelentes para dedicárselos a una. Lo bueno es que también puedo hacerme las manos, los pies y depilarme cuando lo necesito.

—¿Y por qué dijiste «físicamente»?

—¿Que dije qué?

—Dijiste que estabas espléndida «físicamente». Por algo lo dijiste —aclaró Marina.

—Bueno, bueno, ya apareció la psicóloga.

—No hay que ser psicóloga para notar la diferencia. Es casi una confesión.

El mozo, papel en mano, estaba listo para tomar el pedido. Mercedes se hizo cargo. Sabía que a Marina no le sobraba ni una moneda porque ella misma mantenía a sus dos chicos.

Pidió una botella de buen vino, agua mineral con y sin gas, y una entrada de quesos para compartir. Para ella, ordenó un pescado a la vasca y Marina pidió un bife de chorizo. Agregaron una ensalada para comer entre las dos. Cuando el hombre partió, siguieron con la charla.

—Es que no ando bien. Me parece que estoy en el medio de una crisis —confesó Mercedes de un tirón.

—Contame —le pidió Marina, tratando de sonar nada más que como amiga.

—No necesito contarte lo bien que me va en la profesión. He conseguido todo lo que quería y estoy manejando asuntos importantes. Los abogados y las abogadas jóvenes me tienen como referencia, me envidian y quieren imitarme, pero... —se detuvo un momento— pero la verdad es que no tengo tiempo para nada más que trabajar. Me encanta manejar un equipo, cosechar éxitos y figurar en un grupo de machistas, pero no hago nada salvo venir dos veces por semana al instituto.

—Bueno —dijo Marina—, no parece tan horrible.

Mercedes la miró. Sin quererlo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Su amiga extendió la mano sobre la mesa y la acarició. Nunca hubiera imaginado semejante reacción en esa mujer a quien tanto admiraba. Mercedes tardó un par de minutos en recomponerse. Cuando el mozo se acercaba con los quesos y las bebidas, bajó la cabeza para que no viera lo que le estaba pasando.

—Perdoname —le dijo—. La verdad es que no sé lo que quiero. Tengo todo lo que pretendía y, ahora que lo conseguí, no me parece importante. Sé que es porque lo

tengo, porque, si no, estaría quejándome porque no me lo reconocen.

—Exacto.

—Pero así me siento, Mará. Siento que tengo cuarenta y tres años, que ya superé la edad para tener hijos, que no tengo un hombre a mi lado y que, sustancialmente, no sé qué quiero para el futuro. Pienso que, de seguir así, dentro de diez años será peor y mucho peor dentro de otros diez. Quiero que mi vida tenga alguna proyección. Trabajo y gano mucho, y viajo para atender clientes, pero no sé qué hacer con mi tiempo libre. Si tuviera hijos, sería otra cosa.

Marina le sonrió comprensiva y esperó que siguiera hablando, pero Mercedes no quería decir nada más. Comió una lonja de *Brie* con pan y se quedó mirando a su amiga como esperando una solución mágica.

—Vos misma lo dijiste: es una crisis. La famosa crisis de la mediana edad. Todos la pasamos, aunque algunos no nos damos cuenta porque estamos ocupados con otras cosas más apremiantes.

—Está bien, pero el hecho que les pase a todos no me resuelve nada —dijo, lógica, Mercedes y tomó un sorbo de vino. Estaba riquísimo.

—Es cierto, pero es el momento del inventario, de lo que se logró en la vida y de lo que queda. Es el momento de plantearse los nuevos objetivos para seguir viviendo en su búsqueda. Ya no tenemos la fantasía de ser una primera estrella del cine o una bailarina famosa, o de tener una casa blanca con jardín llena de chicos. Si esas fantasías se borraron o se cumplieron, da más o menos lo mismo. Por supuesto que es mejor que se hayan cumplido pero no cambia demasiado las cosas.

—¿Y...?

—Mirame a mí, por favor. Estudié, me recibí de psicóloga y trabajo administrando un instituto de belleza. Me enamoré, me casé y me divorcié. Tuve dos hijos que debo criar con un padre ausente. No me sobra un mango y no tengo pareja porque todos huyen cuando conocen mis problemas. Mis grandes alegrías son comprar algo que me gusta para comerlo sola en la cocina o abrazarme a mis hijos.

Habían empezado juntas, en el mismo barrio, con familias similares y posibilidades parecidas. Sin embargo allí estaban, cada una quejándose de su vida pese a las enormes diferencias. Eran las quejas de lo que sobraba y lo que faltaba.

—No te preocupes —le dijo Marina al ver su cara—. Estamos igual, cada una con lo suyo. Es posible que, si yo tuviera un trabajo exitoso y con una buena retribución, estaría tocando el cielo con las manos y, si vos volvieras a tu casa y pudieras besar a dos chiquitos dormidos, te pasaría lo mismo. Nunca alcanza.

—A veces me parece que estoy en una situación buscada, pero que en vez de llenarme de felicidad me hace sentir sola.

—Así es la vida —aceptó Marina, echándose para atrás para que el mozo pudiera servir su carne.

—Salud —dijo, levantando la copa antes de comenzar el plato principal—. Por nosotras y nuestras carencias, porque de privilegios estamos llenas.

—Por nosotras —aceptó Marina, sonriendo ante la conclusión.

Comieron algunos bocados, saboreando la comida en silencio, reflexivas.

—Estoy muy loca, Mará —dijo en un alto de la comida—. Fijate que ya ni me interesa coger.

—¿A vos?

—A mí. Si hasta estoy decidida a largarlo a Horacio porque me siento peor con él que sola.

—Entonces estás muy mal.

Las carcajadas de ambas atrajeron las miradas de las mesas vecinas.

—Es que no puedo soportar la frustración —dijo Mercedes, volviendo al tema después de terminar de reírse y bajar la comida con un sorbo generoso de vino—. Te juro que prefiero leer un libro y dormir sola que despertarme a la mañana con un tipo al que no sé qué decirle y que espero que se vaya pronto. Es terrible.

—Bueno, no es para tanto.

—Pero ¿te acordás ese tiempo que anduve con Rodolfo? ¿Que no sabía cómo retenerlo, que no aguantaba que me dejara para volver con su mujer y sus chicos? ¿Qué me pasaba? Lo veía en todos lados, sentía su olor en el momento menos pensado...

—Bueno, eso le pasa a la gente.

—¿Querés que te cuente algo? Aún pienso en él cuando estoy cogiendo con otro. Creo que no hay ninguno que se le parezca, nadie me hizo tan feliz ni me quiso de forma siquiera parecida: con esos tiempos maravillosos que él manejaba cuando lo hacíamos y con esa ternura que todavía, cuando me acuerdo, me vuelve loca.

—Es que estabas enamorada o algo parecido.

—Todavía estoy enamorada —corrigió Mercedes.

—Entonces es posible que nadie pueda llegar a vos.

—Quizá no hay nadie.

—Tranquila, no te apures. Dale tiempo al tiempo. Imaginate si hubieras seguido con Rodolfo. Apuesto a que ahora me estarías contando que estás harta de él, que muestra todos los defectos que no conocías, que las cogidas apoteóticas se convirtieron en rutina.

—También lo pensé, pero no creo que hubiera pasado.

—Bueno —dijo Marina, con un gesto que indicaba que era inútil argumentar con Mercedes sobre ese tema.

—En serio, Mará. Con Rodolfo nunca nos habríamos hartado.

—Es mejor sublimar.

Un largo silencio siguió entre ambas mientras acababan la comida. El vino se terminó y Mercedes pidió otra botella.

—Creo que te vendría bien un poco de terapia —le aconsejó Marina—. Después que termines en el instituto, podés emplear el mismo tiempo para tu bocho.

—Ni pienso. Lo único que te falta decir es que debo «buscar ayuda» —le contestó

con un tono no exento de ironía.

—Está bien, está bien, como quieras —se defendió la psicóloga. Era una amiga extraordinaria, llena de virtudes y belleza, y estaba en un callejón del cual le costaba salir. *Con un tratamiento lo lograría más fácilmente*, pensó.

Postre, café y una segunda botella vacía casi hasta la mitad. Mercedes pagó con su tarjeta sin que su amiga amagara siquiera. Se daba por hecho, y a ninguna de las dos le molestaba.

En el auto volvieron a los chistes y las risas rogando no toparse con algún control de alcoholemia porque estaban seguras que ninguna de las dos pasaría la prueba.

La dejó en su casa y enfiló para el departamento. Trataba de manejar con cuidado consciente de que no debería conducir en ese estado y deseando llegar. Era absurdo dejar el automóvil en cualquier lado y tomarse un taxi cuando estaba lloviendo y hacía frío. Solo debía tener cuidado.

Después que dejó a Marina, se acordó que no le había dicho nada sobre la invitación a Río de Janeiro. ¿Por qué?

El miércoles amaneció encapotado y, otra vez, lluvioso. Hacía frío. Mercedes miró el clima por el ventanal y suspiró.

La vista y la información sobre Río en el Weather Channel —28°C y soleado— la decidió. No pasaba nada si se iba un fin de semana. Y tampoco tenía con quien estar, igual.

Por otro lado, se sacaría las ganas de saber quién era Rafat, qué tenía que ver con Costa y por qué lo estaban buscando a través del Estudio. También vería de nuevo a Javier Costa: necesitaba confirmarse algunas cosas.

Lo primero que hizo fue abrir el *mail* a Haas que tenía en Borradores. Lo leyó y lo eliminó. En cambio, escribió:

Estimado doctor Haas:

Aunque no es habitual para nosotros, en atención a su pedido, he decidido viajar para encontrarme con el señor Costa en Río de Janeiro. Me quedaría bien salir el sábado después del mediodía de Buenos Aires y volver el domingo a la noche o el lunes a la mañana, a más tardar.

Quedo a la espera de sus indicaciones.

Cordialmente,

Mercedes Lascano

A la tarde, llegó la respuesta:

Querida Mercedes:

¡Muchas gracias! Yo sabía que podía contar con usted en este tema que tanto me preocupa. Tiene reservado un pasaje en Varig en el vuelo 1582 del próximo sábado a las 14:20, saliendo de Ezeiza, con vuelta el lunes a las 9:10 desde el Galeao, llegando a las 12:25 a Buenos Aires. Sólo tiene que presentarse en el mostrador con su identificación.

Mi amigo Costa la esperará en el aeropuerto de Río y se hará cargo de su alojamiento y tendrán el tiempo necesario para conversar.

Le aseguro que se trata de una buena persona que ahora tiene un problema grande y necesita de un buen abogado. Por favor, ayúdelo. Él lo hizo una vez conmigo.

De nuevo, muchas gracias.

Afectuosamente,

Günther Haas

PS: He ordenado depositar en la cuenta US\$ 4400 por sus honorarios calculando la tarifa del socio de US\$ 350 la hora. Puede usted comprobar la transferencia a partir de mañana y, por favor, siéntase en la libertad de corregirme si me equivoqué en el cálculo.

Apenas lo leyó, Mercedes marcó directamente el número del instituto y logró que le adelantaran los turnos del sábado. Tres horas de tratamientos y de ahí directo para Ezeiza. Dejaría el auto en el estacionamiento del aeropuerto por dos días, para poder volver directamente el lunes a la oficina sin demoras. Era caro pero lo pagaba el Estudio y se podría compensar perfectamente con los honorarios.

A las cinco de la tarde Lema, a su pedido, se presentó en su despacho.

—Doctor, quisiera saber si tiene alguna novedad en el caso de Rafat.

—No he sabido nada más de la gente de la Aduana y el tal Martínez no ha vuelto a comunicarse. Durante un par de días tuve custodia y ahora me limito a cambiar de rutina en mis movimientos.

—No es demasiado cómodo.

—No, pero tampoco desesperante. Nuestro asesor de seguridad piensa que se trata de alguien que está investigando a Rafat por algún asunto y pescó que nosotros nos interesamos en su expediente en la Aduana y por eso comenzaron a explorar por nuestro lado.

—¿Quién puede ser? ¿Por qué Martínez?

—Martínez es cualquiera, pero el submundo de la trampa y la delincuencia es así. Son lealtades y traiciones que tienen su propia ley. El allanamiento de la Aduana debe haber complicado algún compromiso y quieren encontrar a Rafat para que lo cumpla.

—Entonces ¿usted cree que se trata de un tema sin importancia?

—No lo sé, doctora. Pero pienso que ha pasado y que no van a molestar más. Lo mismo piensa nuestra seguridad, aunque me obligan a cumplir con sus ritos.

—Muchas gracias, doctor Lema. Le reitero que cualquier novedad, necesito saberla.

—No se preocupe. Usted será la primera.

Cuando Lema salió de su despacho, sintió que le estaba ocultando algo: su viaje a Río para encontrarse con Javier Costa. Enseguida se dijo que, tal como estaban las cosas, lo mejor era que nadie se enterara hasta tanto supiera cuál era el problema.

Massa estaba sentado en el suntuoso despacho del presidente de Halcón S.A. El contador Moreno lo había citado para enterarse de las novedades de la campaña.

Se había entregado un montón de dinero sin comprobantes. Moreno consultó con Suecia y le dieron la conformidad después de mucho discutir, pero se estaban jugando en un asunto muy difícil.

—Debo decirle que este tema me tiene muy preocupado, doctor. Es un salto al vacío.

—Yo también estoy angustiado, pero creo que es lo único que podemos hacer si queremos ganar este asunto.

—¿Cuándo va a salir la sentencia?

—Todavía tienen un mes para que se cumpla el plazo legal, pero pueden adelantarlos o demorarse más.

—¿Y hay alguna noticia de cómo vienen los otros?

—Le conté que había dos en contra y un tercero dudoso.

—Sí, ¿y cambió algo esa proporción? —preguntó el contador.

—No lo podemos saber. A partir de que el tema comenzó a ganar los medios, se retrajeron y de sus opiniones ya no trasciende nada.

—Entonces no podemos saber si la campaña tiene efecto...

—Sobre ellos, por ahora, no. Me imagino que algo vamos a saber pronto. Siempre hay una charla que se filtra o una secretaria que se entera de algo.

—No es demasiado.

—Estoy haciendo todo lo que se puede, doctor Moreno —contestó Massa, molesto porque sintió que estaba dando un examen—. Mi día completo está dedicado a este asunto tratando de llegar a la Cámara de todas las formas posibles. Hasta con opiniones académicas.

—Leí el artículo del profesor —confirmó Moreno, tratando de suavizarse.

—Bueno. Lo otro es monitorear a Gavilán en forma permanente. Estoy al tanto de todo lo que hace.

—Me tranquiliza, doctor.

—Tanto usted como yo nos estamos jugando demasiado en esta sentencia y haciendo cosas que no nos gustan, pero tenga la seguridad de que, por mi lado,

empujo todo lo que puedo y más también.

Ese viernes se quedó hasta tarde en el Estudio para dejar las cosas organizadas como si se fuera por mucho tiempo. Beltramino y Eleonora eran los únicos que estaban avisados del viaje.

Rutinario, Horacio había llamado el jueves a la tarde y el viernes al mediodía para que se encontraran esa noche, como siempre. El diálogo había sido corto.

—No, Horacio. No podemos vernos esta noche.

—Entonces mañana.

—Tampoco. Salgo de viaje.

—¿Por mucho tiempo? —preguntó el hombre.

—Unos días.

—Entonces, ¿nos vemos el otro fin de semana?

—No, Horacio. Creo que lo nuestro se agotó y este viaje es un buen momento para ponerle punto final.

—Pero, Mercedes...

—No, no quiero que discutamos nada. Es una decisión que me ha costado mucho.

—Pero podríamos encontrarnos y hablar.

—Te digo que no. No quiero que terminemos mal, quiero que quedemos como buenos amigos.

Cuando cortó, Mercedes se echó para atrás en su sillón y se sintió maravillosamente liberada. No contenta ni feliz, pero libre.

En su casa, preparó la valija que llevaría. Necesitaba ropa elegante y atractiva, pero sólo para dos días. Además, debía elegir lo que se pondría el lunes para ir al Estudio directamente desde el aeropuerto. Todo entró en la valija de mano con rueditas, que podía llevar a bordo, y una cartera grande. Cedió a la tentación y puso una bikini, aunque pensó que no tendría tiempo para tomar sol. Le parecía imposible que, a sólo tres horas de allí, el tiempo estuviera cálido y luminoso.

Eran las once y diez cuando salía del instituto rumbo a Ezeiza. El sábado a la mañana el tráfico era mucho más liviano en las autopistas y tardó poco en llegar. Dejó el auto en las cocheras del segundo subsuelo y, arrastrando su valija, caminó alegre hasta el mostrador de Varig.

El pasaje que Haas le había enviado era en clase ejecutiva, la mejor del avión. El vuelo era directo y tardaba tres horas exactas, así que estaría en Río a las cinco de la tarde, si no había diferencia horaria.

Desde un sillón lateral del salón para pasajeros VIP, un sesentón elegantemente vestido la miraba con insistencia. El rostro de esa mujer era perfecto: nariz recta, pómulos levantados, frente despejada y boca apetitosa, que remataba en un mentón fuerte pero femenino. Los hombros redondeados prometían tanto como los pechos debajo de la camisa blanca, enmarcada por un collar delicado. Las piernas eran largas

y estilizadas y, cruzadas, alentaban la imaginación sobre sus muslos ocultos.

Cuando Mercedes giró la cabeza, se encontró con la sonrisa del hombre.

—¿Viajamos en el mismo avión? —le preguntó, mientras le abría la puerta hacia la sala de embarque asombrado por el color de sus ojos.

—Voy a Río en el vuelo de las dos y veinte —contestó Mercedes, leyendo en la tarjeta de embarque.

—¡Yo también! ¡Qué suerte que tengo! —exclamó, con una sonrisa cautivante.

—¿Y va de paseo o a trabajar?

—A trabajar —le contestó, sincera.

—De todas maneras, Río es siempre fantástica. Yo hago cambio de avión y viajo a Helsinki, que es otra cosa, con su gente tan ordenada y estructurada. Días eternos de veinte horas de luz en esta época del año y seis horas de diferencia con Argentina.

—No es fácil —dijo, por decir.

—Cuando me acostumbro al horario y a acostarme de día y despertarme con el sol en alto, me tengo que volver.

—¿Cuántos días va a estar?

—Creo que ocho, si termino todo.

—¿A qué se dedica?

—Soy el gerente de una fábrica que tiene la central en Finlandia.

—¿Cuál? —preguntó Mercedes, cuando se detuvieron en la fila frente al mostrador de la aerolínea.

—UPM. —Ese nombre no le decía nada—. Botnia —aclaró.

—¿La pastera que contamina el río Uruguay?

—Bueno... No digamos que contamina. Que está ubicada sobre el río Uruguay, en todo caso —contestó, incómodo.

Dentro de la cabina ejecutiva tenían asientos separados. Mercedes se concentró en el libro de Kundera tratando de aislarse del movimiento a su alrededor. Anuncios de partida, instrucciones para casos de emergencia y el mismo hombre, que ahora se ubicaba en el asiento de al lado.

—¿No le importa que me siente aquí? —le preguntó, y Mercedes estuvo por contestarle que sí, aunque sólo sonrió—. Y usted no me dijo qué va hacer a Río.

—Soy abogada y tengo que discutir un contrato.

—¡Ah! Abogada —dijo, con cierto tono dudoso. No tenía la menor intención de ponerse a defender su profesión, y menos con alguien que manejaba una fábrica de papel que envenenaba uno de los pocos ríos incontaminados de la región.

El resto del viaje transcurrió en una charla intrascendente. Era un hombre inteligente, divorciado, que vivía en una casa cercana a la fábrica en el Interior del Uruguay. Tenía un hijo que vivía con su madre en Buenos Aires. Este trabajo era, para él, uno más de los tantos que había ocupado en puestos gerenciales. Intercambiaron tarjetas y se prometieron volver a verse alguna vez.

Capítulo 7

Escuchar el portugués solía predisponerla bien. Lo asociaba a la música, a la vida alegre y sin preocupaciones. Le gustaba Brasil, y su gente.

Pasó Aduana y Migraciones sin problemas y salió al hall donde esperaban las consabidas personas y sus cartelitos. Había dado por sentado que alguien la buscaría, pero su nombre no figuraba en ninguno. Desorientada, tomó el camino de salida, porque no se podía quedar allí interrumpiendo el paso de la gente. Hizo un par de metros fuera del corredor vallado, cuando alguien se le acercó:

—¿Doctora Lascano?

—Sí —contestó, aliviada.

—¿Cómo está usted? ¿No se acuerda de mí? Soy Javier Costa.

En el camino, hablaron de nimiedades. La ciudad estaba, como siempre, en su esplendor de sol, mar y morros. Costa tomó un camino un poco más largo, pero que pasaba por las playas. Un rápido *city tour*. Lo que le permitió a Mercedes observarlo con detenimiento mientras manejaba. Reconoció algo de aquel hombre que la había visitado en el Estudio, aunque ahora estaba bronceado por el sol y con el cabello más largo. La hendidura del cráneo era menos notoria, pero allí estaban las cicatrices pequeñas en la cara. Era lo que más recordaba de aquel encuentro en la oficina.

Su ropa era elegante pero sin estridencias y el único adorno que exhibía era un reloj de marca desconocida. Sus mocasines, sin medias, tenían bastante uso, y cubría sus piernas con un pantalón de loneta, sin duda fresco.

Llegaron a Barra de Tijuca y entraron en la explanada del Hotel Sheraton. Cuando cumplieron con el trámite del *check in*, y con el botones a sus espaldas, Javier Costa le dijo:

—Son casi las siete. Si le parece bien, nos encontramos en el comedor a las nueve para conversar de mis asuntos. Ahora tengo que hacer una diligencia.

—De acuerdo.

—Si quiere puede ir a la playa o a la pileta o simplemente descansar.

—Está bien, gracias —dijo ella, aliviada.

—Nos vemos en dos horas —se despidió, y se fue a la salida.

Mientras esperaba el ascensor, Mercedes trató de ver para dónde iba Costa. Era alto y delgado, de espaldas amplias. Aparentaba algo más de cincuenta años. Sonrió. Estaba en Río y afuera había sol.

El botones la llevó hasta el piso doce y abrió la puerta de su enorme habitación, con vista ilimitada a las playas y el mar. Salió al balcón para mirar el maravilloso espectáculo. No estaba cansada, tenía calor y dos horas libres por delante. Abrió la valija y acomodó sus pocas ropas en el placard y en los cajones de la cómoda. Distribuyó los cosméticos en la mesada del baño, se lavó los dientes y se enjuagó con un flúor mentolado que estaba a su disposición en una botellita con el logotipo del hotel.

En la habitación se desnudó, se calzó la bikini y se detuvo a mirar su cuerpo. Pensó que estaba cayendo en un egocentrismo absurdo. Descolgó una bata y, cubierta, se dirigió a la piscina.

La pileta era inmensa, con un sector más alejado para niños, y reposeras en todo el contorno. Buscó una con vista al mar; tuvo que rodear la piscina para ubicarse. Caminó despacio sabiendo que era objeto de las miradas de hombres y mujeres. Se tumbó, cerró los ojos y aspiró profundo. El aire del mar, la temperatura y el cuerpo al sol eran una combinación perfecta.

Pensó en Buenos Aires, en la lluvia y las bajas temperaturas. Disfrutaría todo lo posible de ese espléndido hotel, del sol y de los secretos de ese hombre que esa noche conocería. Para eso, además, le pagaban los máximos honorarios de la tarifa del Estudio y la alojaban en un hotel cinco estrellas frente al mar.

Suspiró profundo y pidió una piña colada al camarero, que pasaba con su bandeja entre las reposeras. Se zambulló con gran estilo y nadó un par de piletas a lo largo. Al volver a su asiento, tomó un trago de la bebida y revolvió el bolso buscando la protección solar. Estaba demasiado blanca para el sol tropical, aunque fuera débil a esa hora de la tarde.

—*Quer que eu passe pelas costas?*

Era un agradable muchacho de unos treinta años, rubio, con ojos azules y cuerpo atlético y lampiño.

—No, muchas gracias. No tomo sol en la espalda —se le ocurrió contestar.

—*Mas eu sou um especialista em passar o creme.*

—No, de nuevo, muchas gracias.

El muchacho, frustrado, volvió a su grupo de amigos, que se reían. Con mucho sigilo, Mercedes lo espió mientras se iba: tenía una espalda equilibrada, bien trabajada. Habría podido ser algo bueno si no estuviera ahí por trabajo.

Intentó concentrarse en el libro de Kundera, pero no pudo. Dejó sus cosas sobre la reposera y cruzó la calle hasta la arena. Se metió en el mar saltando las olas, nadó unos metros en horizontal a la playa y se deleitó con el gusto a sal del agua fresca. Al salir notó sus pezones erizados por el frío.

Cuando volvió a mirar la hora, ya eran las ocho y diez. Se quedó unos instantes cautiva del atardecer en el mar y de la ciudad que empezaba a iluminarse. Tenía que prepararse para su cena de trabajo. Se lavaría el pelo endurecido por la sal marina, lo que le llevaría un tiempo porque también tenía que secarlo.

Una enorme quinta en Monte Grande, al sur de la ciudad, era el destino de Fernando Luna los fines de semana. Esta vez, había invitado a un asado a los delegados de las distintas seccionales cercanas y a alguno más del Interior del país. Era el momento de preparar los equipos para las elecciones que se avecinaban.

Gavilán pudo averiguar que la quinta estaba a nombre del cuñado de Luna, un

desocupado que le hacía de secretario y que jamás habría podido comprar por las suyas ni un metro de ese terreno. El dato era relevante, no porque le interesara particularmente el cuñado del jefe del sindicato, sino porque le confirmaba que Luna era un corrupto que sacaba provecho de su cargo sindical. Y, aunque fuera lo habitual en el ambiente gremial, aún podían quedar sueltos algunos honestos. Definitivamente no era el caso de Fernando Luna, secretario general del Sindicato de la Energía.

Gavilán había entrado en contacto con Luna jugando la carta de un ciudadano preocupado por el posible cierre de las plantas que la firma Halcón tenía en el Gran Buenos Aires y en las provincias. Ocupaba cerca de ocho mil trabajadores y, en forma indirecta, unos veinte mil proveedores y terceros que producían para ellos. Tenía todas las estadísticas de producción y ocupación por sectores, provincias y niveles de remuneración.

Para la ocasión, Julio Gavilán se inventó una ONG preocupada por el desempleo. Su identidad era imposible de rastrear: la tarjeta de presentación sólo tenía su celular.

En su primer encuentro, habían hablado sobre generalidades de la lucha obrera, de la necesidad de mejorar la asistencia hospitalaria y la educación pública. Trataba de obtener la adhesión del sindicalista. Se extendieron en los enemigos que tenían en común, como la patronal explotadora, la derecha, alguna parte de la Iglesia y la oligarquía. Internacionalmente, el capitalismo y el imperialismo.

Era momento de apoyar a una empresa nacional que se encontraba al borde del colapso por la acción depredadora de sus intereses, que pretendían anular la licitación ganada legítimamente por Halcón basándose en el incumplimiento de las condiciones y en la falta de inversiones prometidas.

De prosperar la denuncia de su competidora, la Brighton, la cifra acumulada en los últimos ocho años por falta de inversiones sería tan fabulosa que la quiebra era una consecuencia inevitable. Se llamaría nuevamente a licitación y seguramente Brighton ganaría, provocando el cierre de las plantas y el despido masivo de sus empleados, que la nueva adjudicataria no absorbería.

Aunque nadie lo sabía con exactitud, todos creían que Halcón era una empresa nacional porque la había fundado, hacía más de un siglo, una familia mendocina. La conversión en sociedad anónima y los numerosos traspasos de paquetes de acciones confundieron el dominio, pero lo cierto es que era una multinacional de origen europeo y con capitales mixtos.

La segunda reunión había sido más relajada. De nuevo, estuvieron de acuerdo con que era necesario defender la fuente de trabajo e impedir la extranjerización del patrimonio nacional y que nadie mejor para lograrlo que un sindicato de base.

—La gente está esperando la acción del sindicalismo y en estas cosas los tiempos son muy importantes, mi estimado Luna —dijo Gavilán con una sonrisa.

—Las elecciones del mes entrante tienen a toda mi gente ocupada —se excusó.

—¡Al contrario! Esa gente tiene que estar movilizada. Eso enciende la sangre de los afiliados, que se van a encolumnar detrás de usted. La elección será sólo un

trámite de ratificación.

—¿Le parece? Mire que hay algunos díscolos en el Interior que no se adhieren y hay que hacer la campaña contra ellos.

—¡Olvídese, Luna! Lárguese a la lucha por los puestos de trabajo y la industria nacional y éstos van a quedar aislados y colgados del pincel. Se quedan sin sustento ideológico.

La cara tosca del sindicalista se iluminó. ¡Este Julio sí que era un tipo inteligente!

—Tengo que hablar con mi gente. Una movilización así cuesta mucha plata: hay que pagar los transportes, la comida de los muchachos y hasta darles unos pesos para compensar la pérdida del presentismo.

—Bueno, si es necesario, mi organización puede colaborar con algo. Tenemos algunos auspiciantes —le ofreció Gavilán, sabiendo que una parte del dinero que entregara iría al bolsillo del sindicalista.

—De acuerdo —aceptó Luna—, vamos a hablar de eso que nos es tan necesario. Muchas gracias.

El sindicalista quedó en comenzar a trabajar con sus *caciques* para armar la propaganda previa, el entrenamiento, ver las necesidades, las fechas propicias y las acciones que se llevarían adelante por los lugares más influyentes.

La invitación de aquel día a la quinta del sindicato era una muestra de confianza. Luna quería demostrarle a Gavilán su poder gremial presentándole a gente incondicional y valiosa. Y Gavilán, a quien nadie conocía en el ambiente, quiso estar a tono con la ocasión: eligió ponerse un pantalón común bastante ajado, una camisa a rayas y una campera comprada en un supermercado. Llegó manejando un auto poco ostentoso que le prestaban para estas circunstancias.

Después de acordar la cifra de la ayuda, con entregas escalonadas y en efectivo, programaron una movilización a la Plaza de los Dos Congresos para un jueves a determinar.

Con golpes de su cuchillo en la copa de vino, Luna llamó la atención de los presentes. De pie en la cabecera de la mesa, dijo con voz potente:

—*¡Compañeros! Hoy es un gran día. Es el comienzo de una acción sindical en defensa de los intereses de los trabajadores que son nuestra razón de ser (aplausos). La voracidad del capital internacional se ha ensañado con la empresa Halcón que, más allá de que en el pasado hayamos tenido algunos enfrentamientos, es una empresa de capital nacional. Si quebrara, dejaría en la calle a ocho mil compañeros y otros trabajadores de empresas afines condenando a sus familias al hambre y a la desesperación (aplausos y gritos de aprobación). Es por eso que el Comité Central de este sindicato ha decidido un plan de lucha para concientizar a los afiliados y a la ciudadanía de los peligros que se ciernen sobre el cielo de la Patria (más aplausos y gritos) y cada uno de ustedes tendrá su puesto de combate en esta batalla.*

A las nueve en punto de la noche hacía su entrada en el comedor del hotel. Las luces tenues se combinaban con los candelabros de dos velas en cada mesa. El salón era grande, alfombrado y sonaba una música suave. El recepcionista la detuvo en la entrada.

—*A senhora vai jantar?* —le preguntó con su mejor sonrisa.

Mercedes trató de ubicar a Javier para ahorrarse la explicación. Lo divisó en una mesa y lo saludó con la mano. El hombre le sonrió y dijo:

—*Ahí Estáo á sua espera. Por favor, me acompanhe.*

Costa, vestido informal con una camisa abierta, saco sport y unos pantalones al tono, se levantó para recibirla. Mercedes llevaba un vestido bastante elegante, pero no para desentonar.

—¿Pudo descansar? —le preguntó, mientras le acercaba la silla.

—Estuve tomando sol —le contestó Mercedes.

—Se nota —dijo, haciendo un gesto indefinido a la cara—. ¿Quiere un aperitivo antes de ordenar?

—No, prefiero comenzar con el vino, si no le molesta.

—En absoluto. —Hizo una seña a alguien atrás y prosiguió—: Le quiero agradecer nuevamente que se haya molestado hasta aquí para hablar conmigo.

—Agradézcale al doctor Haas que insistió. Yo no me niego nunca a sus pedidos —dijo, esquivando la situación personal.

—De todas maneras... *Por favor, o cardápio e a lista de vinhos* —pidió, en perfecto portugués, al camarero—. El doctor le habrá dicho que se me complica volver a la Argentina.

—La verdad es que hacía tiempo que no venía a Río y me encanta volver, aunque sea para trabajar.

Mercedes pidió una langosta a la manteca y él, un pescado de nombre desconocido. Preguntó:

—¿Qué vino prefiere?

—Elija usted. Yo no conozco las marcas. Me gustaría un malbec o un merlot para el pescado.

Mercedes aprovechó ese momento para estudiarlo mejor. No llevaba ningún adorno salvo el mismo reloj de la tarde, cubierto parcialmente por la manga de su camisa celeste. Las manos estaban bronceadas y eran fuertes, se le notaban los músculos bajo la piel y las venas. El rostro era anguloso y la barba corta disimulaba algunas de las cicatrices que la habían impresionado en su primer encuentro. Tenía entradas importantes en su cabellera y las arrugas en la frente le agregaban algunos años. Los ojos oscuros eran penetrantes y miraban en forma directa, pero no agresiva.

Acomodó su silla para estar más erguido y dijo:

—¿No le incomoda si empezamos con nuestro tema?

—No, para eso vine.

—Usted se habrá preguntado por qué, después de mi visita a su Estudio, no retomé contacto.

—Realmente, sí.

—Bueno. Después que nos vimos, tuve algunos problemas y me vi obligado a salir de la Argentina. Los teléfonos fueron anulados.

—Pero tenía mi número y mi dirección de *mail* —contestó Mercedes, no dispuesta a dejarlo escapar.

—Es cierto, pero traté de que no nos conectaran. Quisiera comenzar desde el principio para que usted entienda mi situación.

—De acuerdo.

El hombre hizo una pausa, tomó un sorbo de agua y empezó:

—Durante varios años estuve trabajando en el sector de seguridad de una cámara empresaria, que agrupa a los productores e importadores de CD y DVD de música y cine. Nuestro principal trabajo era descubrir a los contrabandistas, a los que pirateaban los discos, los que los copiaban y competían deslealmente con nuestros empleadores y los titulares de los derechos intelectuales que, en algunos casos, valen mucho dinero.

Mercedes afirmó con la cabeza, animándolo a seguir.

—Nosotros...

En ese momento apareció el *sommelier* con su uniforme y una botella en la mano. En portugués comenzó a enumerar las virtudes del vino elegido por Costa y a darle calificativos más propios de ropas, frutas o comidas que de una bebida. Javier le hizo un gesto de resignación, hasta que decidió cortarlo y dijo, siempre en portugués:

—*Eu agradeço muito, senhor. Conhecemos a virtude deste vinho e por isso é que escolhemos. Estamos tendo uma conversa importante e em outra oportunidade talvez possamos continuar falando. De qualquer maneira, muito obrigado. Eu agradeço sua intenção.*

—*Muito bem, senhor* —aceptó el hombre, evidentemente frustrado.

—Excelente —aprobó, tomando un sorbo.

—*Muito obrigado, senhor* —contestó con una sonrisa.

—Le estaba diciendo que, en un principio, nosotros armamos una red de inteligencia para combatir la piratería, es decir, descubrir a quienes reproducían sin derecho la música o las películas y a los que contrabandeaban los discos vírgenes o ya grabados. Creímos que estábamos haciendo un buen trabajo, pero en realidad perdíamos el tiempo persiguiendo perejiles. A los traficantes de pequeñas cantidades o a los reproductores con un laboratorio en el garaje de su casa. Intentábamos llegar hasta los proveedores, pero el hilo siempre se cortaba en alguien que estaba a la cabeza del grupo básico y cuyo contacto hacia arriba era desconocido o cambiante. Nos llevó mucho trabajo, pero al fin descubrimos que las cabezas de este negocio estaban en los más altos niveles de una organización internacional. Allí, en

protegidos escritorios, operaban y evitaban el pago de los derechos mediante un circuito ilegal.

La cara de Mercedes denotaba interés. Además, Costa lo contaba de tal forma que aumentaba el suspenso. Era fascinante cómo se expresaba.

—Por supuesto que estos tramposos eran un puñado de tipos que, al verse descubiertos, reaccionaron inmediatamente. Comenzaron a operar con intrigas y versiones hasta que nos desplazaron de nuestros puestos. Pusieron gente de ellos en la seguridad, les dieron prestigio permitiéndoles secuestrar pequeñas cantidades y volvieron a sus andadas.

—¿Y ustedes no pudieron hacer nada? —preguntó Mercedes.

—Nada. Y, para peor, quedamos como unos desleales. Nos echaron malamente y ni siquiera nos indemnizaron, pese a que intentamos de todas las formas posibles que se conociera la verdad. Los de ese grupo, que éramos diez, estuvimos un tiempo largo buscando de qué vivir. De a poco nos fuimos disgregando, y cada uno tomó un rumbo distinto cuando consiguió algo en qué trabajar.

—¿Quiénes formaban ese grupo? —preguntó, imprudente, la abogada.

—Eso no tiene importancia, nos conocíamos hacía mucho tiempo —contestó, evasivo—. Finalmente, un amigo y yo quedamos repartiendo las carpetas de nuestra empresa de seguridad y pidiendo entrevistas que nunca llevaban a nada. Después de muchos fracasos, una noche se nos ocurrió que podíamos armar nuestra propia red de tráfico ilegal de CD de música. Un tiempo después les agregamos las películas de cine y los programas de computación. Todo era cuestión de saltar la valla, pasarnos a la otra vereda. A la de los malos, pero sin ser malos.

Mercedes quería indagar, pero prefirió callarse hasta conocer la versión completa.

—Por supuesto, entramos en competencia con la red que habíamos descubierto y que no pudimos desbaratar. Teníamos la ventaja de que conocíamos el entramado desde adentro y ahora estábamos combatiendo desde la ilegalidad a quienes no pudimos anular por derecha. Nos sentíamos Robin Hood.

—Bueno... —trató de interrumpir, la abogada para que no quedara como cierta la falacia—. El derecho de propiedad intelectual protege a los titulares, que son sus creadores. Usarla sin autorización es un delito, porque se está usufructuando el trabajo y los esfuerzos de mucha gente. Es lo mismo que apoderarse de una cosa ajena.

—Está bien, doctora. No es un tema que tengamos que discutir esta noche, aunque queda abierto y admito que lo que hacemos es ilegal pero mucho menos que robar un banco o asaltar a mano armada.

—Bueno... —repitió, para no entrar en una discusión.

—La gente común piensa así —argumentó el hombre—. Y compra estos productos pirateados, los lleva a su casa para que los usen sus hijos, los comentan con sus amigos y no van a confesarlo a la iglesia. Son pocos los que consideran que están cometiendo una irregularidad aunque la ley lo prohíba. Es algo que la sociedad no

condena.

—Pero todo está en el Código Penal, y además esa mercadería no paga impuestos y en algunos casos hasta usa del trabajo esclavo y de los niños —sentenció la abogada.

En eso llegó la comida a la mesa y quedó pendiente la discusión sobre la legitimidad de la falsificación y la piratería. La conversación derivó en cuestiones más comunes: la política, la situación económica y una película en cartel. Mercedes quiso indagar sobre la intimidad familiar y personal de su cliente, pero nada obtuvo. Como por naturaleza lo hacía, imperceptiblemente, comenzó un juego de seducción con su interlocutor. Éste era uno especial.

En Buenos Aires, el doctor Beltramino seguía con atención las noticias referidas al caso Halcón. Además de los diarios principales y la televisión, contaban con una agencia que todas las mañanas les hacía llegar los recortes o fotocopias de los temas que le interesaban y que aparecían publicados en los diarios del Interior y del exterior.

Si bien se abstuvo de intervenir directamente, seguía los acontecimientos de cerca porque estaba en juego el prestigio y el futuro del Estudio. Cualquier cosa que lo rozara debía ser neutralizada de inmediato. Lo espantaba la contaminación del Estudio con el sindicalismo o la política.

Ese sábado, un comentarista de uno de los periódicos de mayor circulación había mencionado a los Estudios enfrentados en el pleito y la magnitud que éste tenía. Aunque no era un secreto, tampoco era deseable salir tanto en los diarios. El periodista cuestionaba que la intervención del Congreso y las declaraciones de altos funcionarios del Gobierno constituían una violación al principio de división de poderes y una intromisión en la esfera de la Justicia. Sabía que el autor era un destacado abogado devenido en periodista. Sus palabras daban en el meollo del tema, y él se sentía mal por haber prestado su conformidad para sacarlo de los carriles naturales y llevarlo a la controversia popular y a la política.

Ahora no podía volverse atrás. La suerte estaba echada. El lunes tenía que hablar con Massa.

La langosta estaba exquisita; el vino, mejor y la conversación, ágil y entretenida. Mercedes se encantaba cada vez más con ese hombre, rara mezcla de intelectual sin estridencias, filósofo autodidacta, y duro sin alardes. Más de una vez tuvo que recordarse que ese mismo señor que la atraía le había confesado que se dedicaba a la piratería de derechos intelectuales y otros ilícitos relacionados.

—Sígueme contando, por favor —le requirió Mercedes.

—Le decía que, con mi amigo, nos decidimos a saltar la barrera y empezamos a armar nuestra propia organización de copias de música y películas. Teníamos trabajos

locales o las traíamos de contrabando, junto con otros artículos, como zapatillas, relojes y anteojos. Nuestra ventaja era que conocíamos a todos los que intervenían en el negocio: los cerebros, los del medio, los contrabandistas, los distribuidores y los vendedores. Comenzamos por los del medio y los distribuidores con los cuales nos habíamos enfrentado pero sin odios. Siempre nos respetamos. Cuando los de arriba se dieron cuenta, toda la gente del segundo y tercer nivel ya estaba con nosotros. A partir de ellos, se abría un entramado complejo hasta llegar al consumidor y ahí siempre estaba presente el peligro de ser capturado por la policía. En un momento, tuvimos que aplicar cierta dureza porque algunos quisieron retobarse. Pero, al final, sabían que si intentaban usar sus relaciones con la policía o con los jueces, ellos también vendrían con nosotros a la cárcel.

La abogada tomó agua de su copa. Estaba escuchando la confesión de un delito y adentrándose en el accionar de las organizaciones delictivas. Ella, una abogada dedicada a los contratos. Pese a todo no podía dejar de sentir que la trama era apasionante. Había de todo: dinero, delación, traición, amenazas. El bajomundo tan ajeno a ella en boca de un protagonista.

—Al fin, después de pelear duro, conseguimos el dominio total de la situación y ganamos mucho dinero durante seis años, hasta que aparecieron otros con las mismas ideas. Pero tenían un perfil distinto. Se dedicaban a cualquier cosa, incluyendo el contrabando pesado, y quisieron usar nuestra organización para introducir y comercializar su propia mercadería. Nos negamos a colaborar.

—¿Qué quiere decir con contrabando pesado? ¿A qué mercadería se refiere?

—Usted habrá escuchado que en esta época se han perdido los códigos. Los delincuentes antes robaban pero respetaban a la gente, a los ancianos y a los niños. Casi nunca mataban, ni violaban o golpeaban sin necesidad. Mire lo que pasa ahora. Nosotros éramos una mosca blanca en ese mundo.

—Bueno, eso no los hace más buenos —retrucó la abogada, sintiendo que la quería convencer de que el delito puede ser aceptable según como se practica.

—Le decía que en este mundo del contrabando hay especialidades y también códigos que se respetan. Cada uno se dedicaba a una rama: las armas, las computadoras, las drogas o los CD. Pero ahora todo se globalizó y apareció gente nueva buscando dinero de cualquier forma. Contrabandean drogas, armas, medicamentos verdaderos y truchos, órganos, personas... cualquier cosa que en un país esté limitado o prohibido y se pueda traer de otro modo a mejor precio.

—Sí, es un mundo... —dijo, innecesariamente, la abogada.

—Lo único que interesa es lograr beneficios rápidos. Y, para eso, no tienen ningún problema en corromper, matar o defraudar. Bueno, esa gente pretendió montarse en mi organización porque estaba probada y era una red de distribución segura.

—¿Y usted se negó?

—Sí, y ahí empezó una guerra por el dominio del negocio y, principalmente, por

la organización, que es lo más difícil de estructurar en la ilegalidad y lleva mucho tiempo.

Costa se detuvo, dando suspenso a su relato en capítulos.

—¿Otro café? —ofreció.

—No, gracias. No voy a dormir.

—¿No quiere que sigamos en la terraza?

—¡Cómo no! —aceptó feliz Mercedes—. Comí mucho y necesito moverme.

Él sonrió y se levantó. El camarero se acercó y Javier le dijo:

—La cuenta a la habitación 1234, por favor.

Recién ahí Mercedes se enteró de que estaba alojado en el mismo hotel y en el mismo piso que ella. Sus cuartos estaban a metros de distancia. Los dos números eran pares y quizás hasta se accedía por el mismo pasillo.

Subieron en el ascensor y salieron a la terraza. El impacto del calor húmedo la estremeció. La vista era magnífica. Al otro lado de la calle estaba la playa iluminada y se oían las olas rompiendo sobre la arena. La luna aún no había completado su redondez pero alumbraba a pleno. Todo confabulaba para crear un clima especial.

Se sentaron mirando en dirección al mar. El mozo se acercó, presto:

—Usted no quiere más café —afirmó y Mercedes asintió con la cabeza—. ¿Qué le gustaría tomar?

—La verdad que nada. Agua, o un jugo de naranja.

—¿No me acompañaría con champagne?

Mercedes tuvo una visión rápida de la situación: noche de luna frente al mar, la temperatura ideal y champagne, las habitaciones a unos metros... ¿En qué iba a terminar todo esto?, se preguntó.

—¿Por qué no? —se oyó decir. Inmediatamente, se dio cuenta de que podía estar dando lugar a cualquier interpretación. ¡Era una abogada en actividad! Igual, se aflojó en el sillón esperando que él siguiera hablando.

—Esa gente intentó transar con nosotros y la verdad es que podríamos haber aceptado e incrementado nuestros ingresos, pero no nos daba el estómago para entrar en eso. Una cosa son copias piratas o marcas falsas y otra, órganos o drogas. Cuando los rechazamos, comenzaron a molestarnos. Nosotros cerramos las fisuras de la organización para que no pudieran filtrarse. Ellos pensaron que todo era cuestión de paciencia, porque con dinero y presión se consiguen nuevas lealtades. Aunque uno cierre filas, pretendían reclutar gente y, con ellas, obtener información.

El mozo interrumpió el relato. Se acercaba el desenlace de la historia y a Mercedes la fastidió la presencia de ese hombre con el balde de metal que sudaba frío. Otro camarero se acercó y dejó dos copas altas de buen cristal en posavasos de hilo.

—Por usted y con mi agradecimiento por estar aquí —propuso Costa, levantando la copa.

—Gracias. Espero serle útil.

—Seguro.

Ambos tomaron un trago. El champagne estaba exquisito y helado al justo nivel. Mercedes volvió a mirar al hombre que tenía a su lado. Él tenía la vista clavada en el océano, perdido en algún pensamiento. Cada momento que pasaba, le parecía más subyugante.

—Lo cierto es —continuó, sorprendiéndola— que lograron información vital y usaron lo que no esperábamos: la policía aduanera. Nosotros tenemos informantes en varios lugares, pero a la Aduana nunca llegamos. Tenemos algunos hombres dentro del organismo que nos ayudan con nuestros cargamentos de importación, pero no en la policía aduanera. Fue cuando nos allanaron el depósito de Barracas.

—¿Carlos Rafat? —preguntó Mercedes.

—Bueno... digamos.

—¿Digamos qué?

—Digamos que Carlos Rafat tiene varios seudónimos.

—¡Ah! —aceptó, sin entender a qué se refería.

—Es decir: ese contacto se cortó. La Aduana se quedará con varios miles de discos y, cuando los quiera vender, dentro de varios años, una vez que cumplan con todos los requisitos legales, habrán pasado de moda o estarán obsoletos. No tendrán valor.

—Bueno, ¿y es por eso que nunca más se preocupó del problema?

—No exactamente. Después del allanamiento, hicimos un movimiento operativo y salvamos el resto de la mercadería, pero nos agarraron otro depósito. Cuando la Aduana continuó allanando por los datos que le proveían nuestros enemigos, encontró depósitos y casas vacías alquiladas por gente que nunca ubicarán.

—¿Por qué?

—Porque todos los contratos fueron firmados con identidades falsas. Más de algún pobre infeliz va a tener que dar explicaciones sobre algo de lo que no tiene la más remota idea.

—¿Cómo es eso?

—Utilizamos documentos falsos con el nombre de personas reales.

—Bueno, no me parece muy simpático.

—No, por supuesto que no, pero la Aduana y la policía los dejarán tranquilos cuando se den cuenta de que no tienen nada que ver y que sólo usamos su identidad.

Mercedes levantó las cejas, interrogando.

—Esa gente que intentó usar nuestra organización para el contrabando ilimitado no se va a quedar satisfecha con sacarnos del negocio y mandarnos la Aduana encima. Ellos saben lo que nosotros sabemos y quieren destruirnos para evitar que hablemos. Por eso es que estoy aquí, un tanto exiliado.

—¿Y qué pasó con Carlos Rafat?

—Nada. Firmó el acta en el procedimiento aduanero y desapareció.

—Pero al fin la Aduana lo va a condenar y secuestrar la mercadería.

—Bueno. No es algo que nos preocupe.

—Estamos hablando de mucho dinero.

—Es cierto, pero salvamos mucho más. Ahora el tema no es con la Aduana, sino con esta gente que me está buscando para evitar que contraataque.

—Si usted decide salirse, estoy segura de que podrá encontrar un lugar donde ocultarse y vivir tranquilo —sugirió ella, inocente.

—No es tan fácil, Mercedes. Tengo gente que depende de mí y a la que no puedo abandonar. Gran parte de mis bienes están en la Argentina y ellos no están dispuestos a dejar que me vaya. Sé demasiado y soy un peligro real y permanente.

—¿Y por qué lo buscan a Carlos Rafat?

—¿Dónde lo buscan? —volvió a preguntar el hombre sin contestar la pregunta.

—En mi Estudio. Lo llamaron al abogado que se interesó en el expediente de la Aduana buscando a Rafat, el que compareció en el acta. Creen que es nuestro cliente y, en realidad, ni lo conocemos.

—Lo lamento, doctora. Creí que ese tema se iba a resolver sin problemas. Ahora ya no importa: Carlos Rafat se esfumó.

Después de contarle el núcleo del problema, Costa no siguió ahondando en su relato. Cambió de tema y se dedicó a repasar algunas anécdotas de su vida, la mayoría risueñas, desviando la atención de la abogada. Mercedes tampoco indagó qué pretendía de ella.

El cielo plagado de estrellas y la luna, que se reflejaba en el océano, acompañaban la fantasía del momento y el champagne, que se iba incorporando a su organismo, empezaba a alterarle los sentidos. Su profesionalismo se fue esfumando.

Ese hombre extraño la confundía. No era habitual que ella se sintiera desprotegida ante un cliente. Con los años había aprendido todos los trucos del manejo de situaciones y sabía, intuitivamente, hacia dónde iban. Pero éste no parecía ser el caso. Todo la hacía sentir incómoda y vulnerable. Se encontraba en una actitud pasiva, de observación. Dentro de ella, pujaban la profesional y la mujer.

En un momento, su zapato rozó el de él por debajo la mesa. Mercedes se quedó esperando un próximo movimiento, que indicara un avance concreto que aún no sabía si aceptaría. Pero Javier cruzó sus piernas hacia el otro lado. Mercedes intentó concentrarse nuevamente en la charla, pero se dio cuenta de que había perdido el interés y que el cansancio empezaba a hacerse evidente.

Costa propuso:

—La veo cansada. Creo que es una buena hora para irnos a dormir. Mañana tendremos todo el día para ocuparnos de nuestro tema.

—De acuerdo —aceptó Mercedes, reparando en el plural.

Él firmó la cuenta del bar y caminaron hasta los ascensores. En pocos minutos llegarían a su piso: Mercedes sentía que tenía que decidir qué haría ante otro tipo de propuesta.

Cuando llegaron al piso doce, caminaron por el pasillo en dirección a sus cuartos.

Mercedes esperaba que Costa la tomara de la mano, o le dijera algo. Nada, sólo caminaba con las manos en los bolsillos. Se sentía molesta. Buscó la llave en su pequeño bolso.

—Hasta mañana —dijo Costa, manteniendo abierta la puerta y haciéndose a un lado para dejarla pasar.

—Hasta mañana. ¿A qué hora?

—¿A las nueve y media para desayunar?

—De acuerdo.

La puerta se cerró con un leve chasquido. Sorprendida por la forma en que había terminado el encuentro, se sentó en la cama. Todo la desconcertaba: venir hasta Brasil para encontrarse con un cliente que se confiesa jefe de una organización de contrabandistas y que no termina de explicarle qué necesita de ella; una cena espléndida que culmina con champagne frente al mar y que no deriva en nada. Se sentía frustrada. Creyó que el paso del tiempo había hecho estragos en su otrora irresistible atractivo.

Se quedó dormida sin siquiera apagar la luz.

Ese mismo domingo a la mañana, en un corralón de Rafael Calzada, en los suburbios de Buenos Aires, un extraño grupo de gente entraba y salía de un lote alambrado llevando tachos y escaleras que cargaban en autos o camionetas destartadas.

En el fondo del amplio terreno, rodeado de paredones remendados de casas humildes, había una habitación con techo de chapas de zinc, paredes de ladrillo sin revocar y una puerta de metal liviano de la que colgaba una cadena con un candado.

Sentados frente a una mesa con patas de metal y cubierta de fórmica, un par de hombres con planillas anotaban y daban indicaciones a la gente. Un mapa multicolor, pegado a un tablero asentado sobre un banco alto, se apoyaba en la pared. Líneas irregulares trazadas con un marcador grueso seguían el recorrido de calles y avenidas de la ciudad y alrededores. También había alfileres clavados con banderitas de distintos colores. Dos hoscos custodios, uno en la puerta y otro apoyado contra la pared cerca del mapa, vigilaban el movimiento del lugar.

En esa rudimentaria escena, un hombre elegante abría de vez en cuando un cajoncito empotrado y sacaba billetes, que entregaba a los que recibían las indicaciones, hombres de distintas edades, desaliñados, algunos con gorro de lana o con visera. Con el dinero, todos se marchaban en la misma dirección, a unas quince cuadras, donde había una imprenta y les entregaban afiches de distintos tamaños. Los carteles eran pesados y, a veces, requerían más de un viaje de la camioneta para cargarlos.

Era un domingo lluvioso, como toda la semana, cerca del mediodía, y las calles estaban despejadas. Unos pocos transeúntes caminaban por las veredas del barrio

buscando pan o pastas para el tradicional almuerzo previo a la siesta o a la cancha. Pero ellos trabajaban, se ganaban la vida pegando carteles en la ciudad o en los asentamientos cercanos. Estacionaban sus camioncitos, o los dejaban en doble fila y, sin apagar el motor, cumplían con la pegatina con una destreza asombrosa. Como se trataba de una campaña sin opositor visible, no corrían el riesgo de un enfrentamiento a golpes como sucedía con la policía o como a veces pasaba en batallas políticas.

La mayoría declaraba pertenecer al grupo del Mingo, el responsable de coordinar los trabajos y contratar a los pibes. Mingo hacía todo, desde el relevamiento de los espacios disponibles en los barrios (no podían tapar publicidades) y las tarifas correspondientes.

Esta vez, previo la salida de setenta vehículos, que se distribuyeron por distintas zonas de la ciudad y de las poblaciones más humildes de los alrededores. El trabajo les llevaría todo el día: el lunes Buenos Aires debía amanecer con cuarenta mil carteles. Los hombres estaban entrenados para ponerlos en lugares que fueran visibles; de ello dependía un pago extra del Mingo.

Cuando se despertó, Mercedes parpadeó por el caudal de luz que entraba a través de las cortinas. Se restregó los ojos intentando descifrar dónde estaba. Miró la hora en el *display* de la radio: eran las nueve menos cuarto. Agradeció a su reloj interno, que siempre la despertaba con suficiente tiempo para cumplir con sus rituales.

En el baño, no le gustó lo que vio cuando se miró al espejo. La noche antes, entre la frustración y el alcohol, no se había lavado la cara y el maquillaje se había corrido. Abrió el grifo, tanteó el agua y se lavó el rostro con fuerza. Su piel tenía rastros de las sábanas, que solos se esfumarían.

Se volvió y cruzó toda la habitación hasta el ventanal, donde corrió las cortinas. El sol le pegó de lleno y admiró el inmenso océano azul y sus islitas salpicadas sin método. Con un movimiento brusco, abrió la puerta y salió al balcón. El aire puro de mar le llenó los pulmones y abrió los brazos, como agradeciendo. Apoyó las manos sobre el barandal y contempló el espectáculo durante unos instantes. Movié los talones hacia atrás para hacer unas flexiones, tocando con la barbilla la baranda del balcón, para que los músculos de su espalda y su cintura recuperaran el tono.

Al darse vuelta, vio en el balcón contiguo a un hombre que tomaba su desayuno y la miraba. Ella no llevaba nada puesto, salvo el pequeño triángulo blanco de su bombacha, que apenas la cubría. Instintivamente, se llevó las manos a los pechos.

—*Bom día* —la saludó su vecino.

—Buenos días —contestó ella en castellano, y entró en la habitación con un movimiento torpe que el espectador consideró muy *sexy*.

Le divirtió la idea de ser sorprendida desnuda y sin proponérselo. Dejó la tanga arrugada en el piso y se duchó y lavó el cabello. Con la toalla anudada en la axila se dedicó a maquillarse calculando el tiempo para el encuentro. Se puso pantalones, una

remera con dibujos orientales que había comprado en Hong Kong y unas sandalias de cuero crudo con poco taco. Aros pequeños, un collar y un par de pulseras de fantasía completaron el atuendo. Se calzó la llave plástica de la habitación en el bolsillo y una tarjeta de crédito por cualquier eventualidad; dejó el dinero y el pasaporte en la caja de seguridad.

El bar tenía sus mesas alineadas y un largo mostrador con nutrida variedad de quesos, cereales y frutas. En otro sector, unos cocineros esperaban los pedidos, la mayoría a base de huevos frescos.

Mercedes se ciñó a su dieta habitual: dos tostadas de pan integral, queso untado, café con una gota de leche, yogur y un vaso de jugo de naranja que llevó, en una bandeja, hasta una mesa contra un ventanal que daba a la playa.

Estaba untando una tostada cuando él apareció por la puerta. El cabello y la barba aún mojados, y una camisa de mangas cortas abierta que ostentaba las marcas oscuras de las gotas que todavía caían de su cabellera. Zapatillas sin medias, unas bermudas claras y el mismo reloj barato completaban su atuendo.

Se detuvo unos instantes buscándola con la mirada y, cuando la descubrió, fue hacia ella con una sonrisa franca.

—¿Cómo durmió?

—Bien, pero me duele un poco la cabeza —contestó Mercedes—. Tomamos de más.

Él otorgó y dijo:

—Voy a servirte el desayuno —y partió hacia la barra.

Mercedes estudió con detalle su figura desde atrás: hombros anchos, cuello grueso, cintura regular, glúteos firmes y movimientos atléticos.

—Es un hermoso día —comentó, por decir algo cuando él regresó con la bandeja cargada de frutas, huevos revueltos y café.

—Sí, pero es posible que más tarde haya un chaparrón y vuelva a salir el sol. Aquí siempre es así, el clima tropical.

—Parece mentira que hoy sea domingo —comentó Mercedes.

El hombre hizo una pausa para tragar lo que estaba masticando y contestó:

—Es que está trabajando en un escenario distinto. Mañana, en su oficina de Buenos Aires, no tendrá dudas de que es lunes.

—Cierto. Bueno, ¿qué le parece si seguimos hablando de su tema?

—¿Cómo no! —contestó él, tratando de no atragantarse con los huevos—. Ayer le había comentado los problemas que teníamos en la empresa.

Mercedes sonrió ante el eufemismo. Llamar «empresa» a una organización dedicada al contrabando y a la piratería era una verdadera exageración.

—Y también de ese grupo que pretendía que ustedes se asimilaran a su operativa y se dedicaran a otro tipo de productos, aunque no me aclaró cuáles.

—Es difícil precisarlos, pero se trata de cualquier cosa, de cualquiera que dé buenas ganancias.

—Pero cuando dice cualquiera... ¿Se refiere a drogas ilícitas, por ejemplo? —preguntó la abogada, para precisar.

—Cualquiera puede ser drogas, medicamentos falsificados, electrónicos, inmigrantes o trabajadores esclavos, armas, prostitutas y hasta órganos humanos para trasplantes. Todo depende del precio y de la demanda.

Pese a que intentaba mantener una actitud profesional, Mercedes no pudo evitar que sus ojos denotaran sorpresa.

Javier advirtió la inquietud, pero siguió adelante:

—Sí, doctora. Esta gente está dispuesta a cualquier tipo de negocio. No conocen límites para obtener ganancias. Su objetivo es lograr el mejor pago por un trabajo. Si es necesario conseguir un corazón o un riñón compatible para un enfermo rico, se concentran en eso. Todo depende si se quiere o puede pagar el precio que fijan.

—Pero estamos hablando de ablaciones realizadas en personas fallecidas, ¿cierto? —preguntó, ya casi fuera de control.

—En esos casos, nadie pregunta. Se necesita un corazón de tales características y con tal compatibilidad y el corazón aparece. Usted se puede imaginar que hay pruebas técnicas complejas de compatibilidad entre un enfermo y el donante. De quién es o cómo se consiguió, no importa. Se comprueba si es la mercadería pedida, se paga y se usa. Nadie pregunta mucho.

—Pero eso es... Es... demasiado brutal.

—Por supuesto, es brutal, salvaje, miserable y cualquier otro calificativo que quiera aplicarle. Ésa es, precisamente, la razón por la que no quisimos entrar. Una cosa es contrabandear discos, zapatillas o corbatas y otra, muy distinta, drogas, medicamentos falsos, gente o partes de gente. Son límites que nunca he cruzado.

—Bueno —atinó a decir Mercedes, tratando de procesar lo que escuchaba.

—Yo no tengo problemas en copiar un disco o una película o contrabandear relojes o anteojos de marca, pero nunca falsificaría o traería medicamentos que puedan matar o enfermar aún más. Mucho menos drogas, órganos o personas.

—En realidad, las dos cosas son delitos. Todo está en el Código Penal, como le dije ayer.

—¿Usted está hablando en serio, doctora? —dijo Javier, clavándole la mirada y corriendo la bandeja hacia un lado.

Mercedes tardó unos instantes en contestar. Sabía que esa respuesta era decisiva.

—Claro que estoy hablando en serio, Javier. —Se detuvo unos momentos no sabiendo cómo continuar su alegato. Al fin, se rearmó—: Creo en la ley, creo que todas las sociedades deben tener leyes que les permitan vivir organizadas y en paz. Nadie está en condiciones de elegir si viola alguna u obedece otra. O se está en el marco de la legalidad o afuera, en la ilegalidad.

La abogada sabía que podía continuar, pero se detuvo. Era suficiente para marcar el territorio. Se miraron con firmeza; la mujer no pudo soportar los ojos duros de su interlocutor.

—Bueno, creí que era más abierta, no tan ortodoxa.

—No sé si es una crítica o un cumplido —dijo, con una sonrisa, tratando de atenuar el desencuentro pero convencida de que había dicho lo que correspondía.

—Me parece imposible que una persona de su inteligencia considere igual de ilegal un hurto por necesidad y un homicidio por encargo, copiar una película o contrabandear negros o chinos para esclavizarlos. En la misma Argentina, ¿usted puede juzgar de la misma forma un arrebato callejero que una organización de pedófilos?

—No, pero...

—En este caso no hay peros, doctora —la calificó, por segunda vez esa mañana—. Si entiende o no la diferencia va a depender que sea mi abogada y yo su cliente. Yo sé que estoy violando la ley de propiedad intelectual y las leyes de Aduana y que hay gente que tiene la misión de impedirlo y reprimirme. Esa gente, si puede, va a encarcelarme. Pero también sé que no estoy transgrediendo ninguna ley moral, que no hago mal a nadie, que no despedazo a un ser humano porque otro con dinero necesita su corazón o sus riñones. No destruyo niños con las drogas, ni personas con medicamentos inocuos o dañinos. Estoy seguro de que nunca lo haré aunque me cueste la vida y, si puedo, voy a tratar de impedirlo.

Mercedes se acomodó en su asiento. No esperaba que la conversación tomara ese rumbo y menos a esa hora de la mañana, y en ese lugar. No parecía lo más apropiado para un planteo de filosofía del derecho.

La cara de Costa se había endurecido. Ahora mostraba un dejo de tristeza y parecía más viejo y menos poderoso. Se había planteado una cuestión de principios y era difícil compatibilizar las posiciones. No tenía sentido seguir discutiendo. Mercedes dijo:

—Javier, yo entiendo todo lo que dijo. Entiendo que los delitos tienen distinta jerarquía, que los hay aberrantes, que hay otros menos dañinos y están los que son fáciles de perdonar porque fueron cometidos en estado de necesidad o en legítima defensa. Pero le repito que creo en la ley, que creo en la organización social, que nadie puede tener el poder de hacer lo que se le ocurre.

Si hubieran estado en su Estudio, se habría levantado y dado por terminada la reunión. Pero estaba en un hotel, en Brasil y tenía enfrente a un hombre que se confesaba un delincuente. Y que, encima, le resultaba muy atractivo.

—Voy al *toilette* —anunció, buscando el único escape que se le ocurría.

Cuando ella se marchaba, también Javier aprovechó para mirarla de atrás. Quedó asombrado con sus líneas. Pero hacía mucho que había aprendido a diferenciar los negocios del placer.

Mercedes se demoró un buen rato en el baño. Se enjuagó la boca para limpiar los restos oscuros de la tostada y revisó su cara en el espejo. Se sonrió varias veces y ejercitó algunas poses para darse confianza.

Trató de analizar la situación fríamente. Costa era endiabladamente seductor y

peligroso, pero ella era una abogada atendiendo a un cliente. Que fuera atractivo o no, no era lo relevante en ese momento.

Pensó que había cumplido con el doctor Haas. Y que al día siguiente estaría trabajando y olvidando ese encuentro, si es que podía. Equilibrada, y más segura, volvió a la mesa.

Alguien había limpiado ya los restos del desayuno y Costa tomaba una taza de café mirando hacia el mar. En cuanto se sentó, le dijo:

—Le ruego que me disculpe, doctora. Estuve un tanto grosero, pero yo me había hecho a la idea de que usted sería mi abogada y me encontré con que...

—Está bien, Javier. Sólo pensamos distinto. Yo lo entiendo, no soy tan obtusa como usted cree. Sé diferenciar los distintos tonos de grises.

—Bueno, gracias. De todas formas creo que nuestro tema ya se ha agotado y usted tiene avión para volver recién mañana. Así que le propongo que disfrutemos del día.

¿Que qué? Todo le parecía absurdo. Después de hacerla sentir como una idiota y dar por concluido la consulta, le proponía pasarla bien. Este hombre estaba loco. No quería ofenderse como una chiquilina, pero le parecía que lo único razonable era cambiar el vuelo y volverse, dando por concluido todo el asunto. Al menos, esto era lo que le decía su cabeza.

—Le propongo que vayamos a la playa —dijo el hombre.

De vuelta en su habitación, Mercedes trataba de analizar lo que acababa de pasar en el desayuno. En menos de diez minutos, la relación con su cliente tomó un giro inesperado.

Cuando ella le había cuestionado su postura, él asumió una actitud agresiva y hostil. Sin decirlo expresamente, se cerró al diálogo y a cualquier tipo de relación profesional.

Bueno, pensó Mercedes, *mejor dejar las cosas así, no hay razón para tratar de modificarlas*. Ella había cumplido con el encargo del doctor Haas y se había mostrado dispuesta a continuar conversando. Seguramente Costa se dio cuenta de que no era la abogada apropiada, y punto.

Le quedaba todo un domingo en Río de Janeiro. Estaba dispuesta a disfrutar del sol, del agua, de la comida brasileña y de la compañía de un hombre que, por muy raro que fuera, por lo menos ya no era más su cliente. Lo prefería así.

Desde el celular, llamó a Marina. La encontró en su casa, preparándose para ir a comer a lo de sus padres, dos ancianos capaces de angustiar a cualquiera con sus quejas y achaques. Le contó que en Buenos Aires seguía lloviendo. Mercedes miró por la ventana: sonrió por la diferencia.

—¿Y cómo anduvo tu cliente? —le preguntó.

—Todo mal.

—¿Cómo todo mal?

—Sí. Pretendió que estuviera de acuerdo con él en que el delito puede ser algo bueno y una razonable forma de vida.

—Bueno, no parece un buen inicio... —dijo la psicóloga sin comprometerse.

—No lo fue, Mará, fue el fin. Se pudrió todo.

—Bueno, bueno —dijo mientras pensaba—. ¿Y cómo sigue la cosa?

—No sigue, pero ahora me espera en la playa.

—¡No te creo! Ya no sos su abogada, pero sí su amiga —concluyó, con toda lógica.

—No jodas, Mará —protestó.

—¿Y cómo está?

—Muy bien.

—Entonces ¡la vas a pasar bomba! —se rio, Mará—. Sin un caso, en un hotel en Brasil, con un tipo que te gusta y con el cual no vas a tener nada que ver a partir de mañana, ¿qué más querés?

—No me entendés —se quejó Mercedes, caminando dentro de la habitación mientras apretaba el teléfono con la oreja—. Soy una abogada que vino a atender un caso y por lo que me pagan honorarios, y ¿vos me estás diciendo que tenga algo con él?

—Merce, ya no tenés cliente ni hay ningún caso pendiente. La abogada ya no existe. Ahora sos Mercedes Lascano, una ciudadana argentina de cuarenta y tres años, soltera y con tiempo libre hasta mañana a la mañana para hacer lo que se te ocurra... Además, ¡el tipo te gusta!

—¡Pero es un delincuente! Me dijo que hace años que vive del contrabando y la piratería de discos y películas —retrucó mientras salía al balcón. Allí la señal era mejor.

—¿Y? ¿Si te hubiera dicho que era un comerciante de discos y películas?

—¡Pero no me dijo eso! Me contó cómo trafica, que tiene una red montada para distribuir esos discos truchos y la ropa falsificada.

—¿Y qué hay? ¿Nunca compraste una película o un disco trucho?

—Creo que no —dijo la abogada, no muy segura.

—Yo no sé si alguna vez compré alguno legítimo. El video de aquí a la vuelta tiene todos copiados y las calles están llenas de manteros vendiéndolos a la vista de la policía.

—¡Vos también, Mará! Son los mismos argumentos que usa este hombre, que se siente un santo porque sólo trafica con estas cosas falsas y no con drogas o con armas.

—Y tiene razón.

—¡Vos no me podés decir eso!

—Claro que puedo —ratificó la amiga—. Y lo podemos seguir hablando el martes. Esta conversación te va a salir una fortuna.

—No importa, la paga el Estudio. O el tipo éste.

—¡Cómo te envidio, Mercedes! Dios le da pan al que no tiene dientes.

—Bueno, ¿comemos el martes a la noche después del tratamiento?

—¡Claro! ¡Cómo me voy a perder este cuento! Y haceme caso, disfrutá, querida.

¡No sabés lo que daría yo por estar en tu lugar!

—Bueno, mañana al mediodía te llamo —dijo, para asegurarse.

—Si es que volvés —cerró Mará con una sonora carcajada, que le provocó a ella una sonrisa.

Cuando cortó, se quedó en el balcón pensando en los consejos de su amiga, la psicóloga. Desde allí pudo divisar a Javier caminando por la playa y a un empleado del hotel que se le acercaba. Intercambiaron unas palabras y se dirigieron hasta unas reposeras y una sombrilla. Javier alzó la vista hacia el edificio y la vio. La saludó con la mano y una sonrisa amplia.

Mercedes le contestó el saludo y, al volverse, se encontró nuevamente con su vecino de balcón:

—*Quer me acompanhar?*

—No, muchas gracias —le contestó seria y entró en la habitación.

Buscó el teléfono del doctor Haas en su lista de contactos. Se sentiría más tranquila si justificaba su viaje ante él. Un contestador le pidió que le dejara el mensaje:

—*Doctor, soy Mercedes Lascano y me encontré con su amigo Javier Costa y estoy alojada en el Hotel Sheraton de Río de Janeiro interiorizándome de su caso. Cuando vuelva a Buenos Aires, me comunico con usted y le cuento. Que tenga un buen fin de semana. Le mando mis cariños.*

Mientras dejaba su mensaje a la máquina, el teléfono de la habitación comenzó a sonar ¿Quién podría ser? Nadie, salvo Marina, sabía que estaba en ese hotel. Debía ser Costa.

—¡Hola!

—*Gostaria muito de beber um arinque com você* —dijo una voz.

—¿Quién habla?

—*Sou seu vizinho. Adoraria que...*

—Por favor, señor, no me moleste. No me interesa tomar nada con usted —le contestó, furiosa, y cortó. A continuación, marcó el número del Estudio y llamó al interno de uno de sus abogados.

—*Soy la doctora Lascano y quería avisar que mañana regreso en el vuelo 1325 de Varig y estaré al mediodía en el Estudio. Si me necesitan por cualquier cosa estoy en la habitación 1212 del hotel Sheraton de Río de Janeiro. Hasta mañana.*

Ya no tenía otra cosa que hacer más que bajar a la playa. Se puso una remera larga, se ató el pelo con una cinta, buscó el protector solar, la llave y el bálsamo labial, y salió al pasillo temiendo encontrarse con el vecino acosador.

En el espejo del ascensor advirtió que no había conseguido el propósito de tapar su figura con esa remera amplia y larga, que parecía un camisón.

—¿Qué tal? —saludó cuando llegó a las reposeras donde se había instalado Javier.

—¡Hola! —contestó él, bajando el libro de Mankell, el escritor europeo de moda. Se incorporó a medias y agregó—: Acomódese. El día está hermoso.

Y era cierto. No hacía demasiado calor, una brisa refrescaba y el mar era suave en esa playa. Mercedes dejó las sandalias en la arena y se ubicó en su reposera. El sol le daba de lleno y la sombrilla no la cubría en lo más mínimo.

—¿Le gusta Mankell? —preguntó ella para romper el hielo después del cortocircuito del desayuno.

—Sí, es uno de mis autores preferidos —contestó él—. Pero éste me cuesta un poco... —Dio vuelta el libro para que se viera el título: *La quinta mujer*—. Me gustó más *Los perros de Riga*.

Aunque Mercedes no los había leído dijo:

—Es excelente.

Costa estaba estirado en su reposera y llevaba un pantalón de baño corto. Tenía un cuerpo bien formado, sin excesos de músculos ni de grasa. Era más bien magro, y las costillas se delineaban bajo la piel bronceada y cubierta de una velloidad liviana. Sin embargo, había algo que alteraba esa armonía: tenía varias cicatrices en su pecho y en las piernas. Eran cicatrices extrañas, más bien hendiduras poliformes. Algunas, pequeñas; otras, más notorias. A él no parecían importarle.

Estuvieron hablando de literatura contemporánea durante un largo rato y después pasaron a los clásicos. Javier Costa reconoció que leía en italiano y francés y que trataba de mejorar el latín. Toda una revelación.

Al poco rato, Mercedes comenzó a sentir calor, y se sacó la remera. Mientras conversaban, se había cubierto la piel de sus piernas, la cara y los brazos con el protector solar. Al sacarse la blusa, volvió a tomar el pomo y metódicamente comenzó a cubrir sus hombros, su abdomen y el torso, respetando los triángulos cubiertos por la tela de la bikini.

Costa parecía indiferente a su cuerpo armónico y hermoso, y a la sensualidad de sus movimientos. Seguían conversando como dos buenos amigos tomando sol. Al rato, se internaron en el mar para nadar con un ritmo parejo. Los dos eran eximios nadadores.

Al volver, jadeantes, se echaron sobre la arena a descansar mirando el cielo libre de nubes y las gaviotas y sus picadas fulminantes. No se hablaron. Todo parecía perfecto. El hecho de no tener ya una relación profesional parecía haberlos liberado de un compromiso que los limitaba. Cuando se hizo el mediodía, el hombre la invitó a almorzar en el pequeño restaurante de la playa. Mercedes se adelantó para darse una ducha de agua dulce en la regadera y el hombre pudo observarla libremente al caminar.

La bikini no la cubría demasiado. Dejaba expuesta una espalda esbelta y lisa donde sobresalían algunas vértebras que iban desde los hombros anchos hasta la cintura que luego se ensanchaba otra vez en unas redondeces para nada exageradas, más bien escasas pero firmes y perfectas. Si Mercedes hubiera podido entrar en la cabeza de ese hombre, se habría felicitado por la calificación obtenida, porque él era un crítico feroz de los cuerpos femeninos. En ese cuerpo, no tan joven, casi no encontró defectos.

Rechazaron una comida formal y pidieron diversos platos de pescado y carne, que podían comer con las manos. Costa tomó dos cervezas y ella, una gaseosa. Parecían entenderse sin dificultad. La conversación era rápida y entretenida, y saltaba de un tema a otro. Hasta se rieron de situaciones que surgían espontáneamente y se burlaron de ellos mismos.

Estaban tomando el segundo café cuando Mercedes, sin perder el tono, le dijo:

—Javier, quiero decirle algo.

—La escucho.

—Esta mañana...

—No, por favor no volvamos a lo mismo. Esta mañana nos dijimos lo que pensábamos y no estuvimos de acuerdo.

—Pero yo quisiera...

—Fíjese cómo ahora estamos mucho mejor. No tenemos por qué forzar las cosas. Si encontramos este plano donde no tenemos roces, no salgamos de él.

—No —dijo con firmeza Mercedes, bajando la cabeza y volviendo a mirarlo con alguna severidad—. No, Javier, yo no vine a Río de Janeiro a conocerlo y a pasar con usted un día de playa. Todo esto es encantador pero usted pagó mi viaje y mis honorarios porque necesitaba un abogado y yo acepté asesorarlo.

—Yo no pagué ningún honorario suyo. Sólo el boleto de avión y el hotel.

—¡Ah! El doctor Haas... —concluyó Mercedes. Ambos sonrieron.

—Bueno, de cualquier manera, no me gusta cobrar por lo que no produzco. Usted me ha contado su ocupación y las dificultades que enfrenta ahora. Todo está bajo el secreto profesional, por supuesto, y si me cuenta lo que falta, a lo mejor puedo ayudarlo y los dos sentiremos que este viaje no ha sido en vano.

Se miraron durante unos instantes decidiendo qué harían. El hombre no parecía demasiado decidido a ceder a su pedido. Finalmente, dijo:

—Está bien. Voy a terminar de contarle mi historia, pero con la condición de que una vez que usted conozca todo, decida libremente lo que hará. Usted tiene el pleno derecho de negarse a asesorarme si no lo considera ético y yo no me voy a ofender.

—De acuerdo —aceptó ella, recostándose en la silla con el vaso de gaseosa en la mano, curiosa por saber lo que faltaba.

El sábado a la noche, como era habitual, el Congreso de la Nación era un edificio

vacío sin más personas que los empleados de Seguridad. Sin embargo, en la oficina de la Comisión de Recursos Naturales de la Cámara de Diputados las luces estaban encendidas. Un solitario diputado de apellido Berardi estaba sentado a la mesa de reuniones, rodeado de libros, revistas y papeles que consultaba esporádicamente mientras tipeaba en su computadora.

Estaba elaborando un informe —que tenía que llegar a tiempo a las comisiones del Comité sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas— sobre la influencia de las explotaciones mineras de oro a cielo abierto y la desertificación por el uso de aguas naturales. Era un trabajo importante que le habían pedido de la representación argentina para tener más protagonismo en un Comité que ganaba trascendencia ante los desastres que se repetían en el planeta por la actividad humana.

Sintió hambre y decidió salir de su encierro. Después de un rato de caminar, encontró un restaurante familiar y se ubicó en una mesa individual junto a la ventana. Sus pensamientos erráticos se concentraron en la entrevista que había tenido la semana anterior con un lobbista llamado Julio Gavilán.

La audiencia le había sido pedida por el senador Crespo, presidente en el Senado de la Comisión de Recursos Naturales. Era uno de los tres representantes por San Juan, su provincia natal, con quien tenía una buena relación pese a pertenecer a partidos enfrentados. Era una buena persona, tal vez demasiado interesado en las alianzas y las trenzas políticas, pero indispensable en temas de recursos naturales y medio ambiente tratados a nivel legislativo.

Como era un asunto urgente, Berardi y Gavilán habían quedado en encontrarse en algún cuarto intermedio de la sesión cuando no se requiriera su presencia en el recinto de la Cámara.

Era la una de la mañana cuando se encontró con Julio Gavilán, un hombre simpático y agradable. La conversación comenzó con un repaso de los problemas nacionales pero pronto pasó al tema de fondo.

Al diputado no se le escapaba que se trataba de un lobbista interesado en el respaldo legislativo de su posición o sus intereses. Al comienzo de su gestión, Berardi rechazaba a todos los lobbistas que se le acercaban, pero el tiempo le había demostrado que nada se ganaba actuando así: ahora los escuchaba, les preguntaba cosas que ignoraba, los analizaba y quedaba bien con todo el mundo. Algún día podía necesitar de ellos.

Si finalmente conseguían lo que estaban buscando —o no—, casi nunca dependía de él. La Cámara estaba compuesta de doscientos cincuenta y seis diputados, que votaban siguiendo las órdenes del jefe del bloque, que previamente había negociado o consensuado con los demás jefes de bancada.

—El senador Crespo me pidió que lo recibiera urgente —dijo el diputado aquella madrugada.

—Así es, y le agradezco esta entrevista. Sé que está en sesión, por lo que trataré de ser breve. En otro momento nos podemos encontrar para charlar con más

amplitud, si usted lo considera necesario.

—De acuerdo, porque, si me llaman, vamos a tener que cortar. El *quorum* es el *quorum*.

—Se trata del problema de los establecimientos Halcón —dijo Gavilán, para entrar en tema—. La Cámara en lo Federal está por dictar un fallo que, de ser contrario, provocaría la quiebra de la empresa. Esto dejaría sin trabajo a ocho mil personas en forma directa y a más del doble en forma indirecta. Algunos pueblos del Interior dependen directamente de la permanencia de esta explotación. Como sucedió con los ferrocarriles años atrás, el cierre de las industrias Halcón significaría la desaparición de los asentamientos por falta de trabajo.

El diputado se recostó en su sillón haciendo sonar un resorte. Halcón: había escuchado y leído algo sobre eso pero no estaba interiorizado de qué se trataba y qué tenía que ver él, en todo caso. Preguntó directamente:

—Si la Justicia está por resolver, ¿qué tenemos que ver nosotros en ese tema?

—Es que no es un tema justiciable sino un problema netamente político, que afecta a la soberanía de la Nación sobre sus recursos naturales y provocaría una ola de desocupación que perjudicaría a regiones enteras.

Era cierto. A unos doscientos kilómetros de su pueblo había una planta de la empresa Halcón que empleaba a doscientas cincuenta personas y que, junto con la agricultura y la ganadería, era lo que daba vida a la región.

—Pero me imagino que los jueces tendrán en consideración estas circunstancias cuando dicten su sentencia —alegó el político, para sacarle el cuerpo a la cuestión.

—No lo creo. Los jueces aplican la ley y a quiénes afecta una sentencia ya no es su problema. En general, no consideran si son intereses nacionales los que se perjudican o si se está creando un conflicto social.

—Bueno, así debe ser. Ellos no son políticos. Y la Justicia debe darle a cada uno lo que le corresponde, sin distinguos.

—Ésa es la preocupación que tenemos —dijo Gavilán—. Si el fallo fuera contra Halcón va a significar la quiebra del grupo, provocando inmediatamente miles de desocupados y lo peor es que se perdería el control nacional de los recursos naturales.

—El fallo aún no ha sido dictado, ¿no?

—No, pero no puede pasar mucho tiempo.

—¿Y si es a favor de Halcón? —preguntó el diputado con lógica.

—Todos quedaríamos aliviados y la Brighton nada tendría que perder porque en la Argentina es apenas una oficina con cinco empleados.

El diputado se rascó la cabeza en una clara señal de desorientación. El planteo parecía ilógico. Si era un tema sujeto a la decisión de la Justicia, el Parlamento no podía meterse porque la división de poderes de la Constitución lo impedía.

—Diputado, lo llaman del recinto —dijo la secretaria, abriendo la puerta sin golpear.

—Lo lamento —dijo mientras se incorporaba—, estas llamadas son siempre

urgentes.

—Lo comprendo —respondió Gavilán, frustrado—, aquí le dejo una carpeta con todos los antecedentes y mi celular. Espero su llamada para vernos y hablar más ampliamente sobre el tema que es del interés de la Comisión que usted preside, diputado.

Berardi le estrechó la mano al pasar apresurado rumbo al Salón de Sesiones donde le indicarían votar a favor o en contra en un asunto que ya se había discutido y que él ignoraba: la famosa e insoslayable disciplina partidaria.

Capítulo 8

La tensión del partido del año entre Boca Juniors y River Plate se reflejaba en la enorme pantalla de plasma. Su equipo, Boca, perdía por dos a uno y todavía faltaban doce minutos para que terminara. Estaban arriesgando demasiado atacando con toda su gente, pero los defensores de River estaban bien plantados y no los dejaban pasar más allá del área.

En el vaso de *whisky* se derretían un par de hielos, pero Massa estaba demasiado prendido como para levantarse por más. Todo era cuestión de minutos, de avances y retrocesos.

El chillido del celular lo distrajo justo en un avance de su equipo. Lo tomó, pero lo dejó seguir sonando en la mano. Recién cuando la pelota salió del campo, rozando el travesaño, abrió la tapa: «número desconocido». Volvió a cerrarla. No era momento de atender a alguien que ni siquiera estaba en su lista de contactos.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez, ni siquiera lo tocó. Los equipos iban de un arco para el otro. El griterío del estadio ensordecía y llegaba por el parlante. Un gol de River Plate —contraataque fulminante cuando faltaban tres minutos y medio— arrasó con sus esperanzas y, puteando, apagó el televisor. A lo lejos se oían gritos y petardos anticipando los festejos.

Para compensar su amargura, se levantó y fue hasta el bar a servirse otra vez. «¡La puta madre!», se oyó decir en voz alta; un sorbo generoso le hizo arder el esófago.

Volvió al sillón y tomó el teléfono. Buscó la función y llamó.

—¿Hola? Alguien llamó de ese número y no sé...

—Doctor Massa, soy Gavilán. ¿Cómo está?

—¡Ah, Gavilán! Y cómo quiere que esté. Está por perder Boca.

—Bueno, así es el fútbol —contemporizó el hombre, quien justo ese día había tenido que pagar una importante suma extra para conseguir personal que no fuera a la cancha—. Bueno, quería contarle que estamos empapelando la ciudad y los partidos del segundo y tercer cordón bonaerense. También empezamos a operar en La Plata, Rosario y Córdoba.

—¡Qué bien! —le contestó sin mucho entusiasmo, aún amargado por el resultado.

—Las gestiones en el Congreso andan sobre ruedas y el tema, como usted habrá visto, está instalado en los diarios, la radio y la televisión.

En ese momento ambos, en lugares distantes, oyeron la misma algarabía de los partidarios de River.

—Muy bien, Gavilán.

—Doctor, estamos teniendo muchos gastos y necesitaría que me adelantara una parte de lo convenido.

—No sé, tendría que hablar con mi cliente. ¿Cuánto necesita?

—Un veinte por ciento extra.

Massa hizo un cálculo rápido. El veinte por ciento era mucha plata.

—¿Qué le parece si nos vemos mañana a las cinco en el lugar de siempre? — preguntó Massa.

—Está bien, doctor, pero por favor convenga a su cliente. Estamos metiéndole con todo pero se nos agota el combustible. Los muchachos están sedientos y piden con cualquier excusa. Hemos tenido muchos gastos extra y no es el momento de parar la máquina. Falta un empujón.

—Está bien. Mañana a las cinco.

Massa estaba fastidiado. A lo de River, se sumaban estas apretadas en medio del río y cuando ya no había posibilidades de volver.

Tomó una campera del vestidor y salió de la casa para poner en marcha el automóvil de su hijo. Quería constatar si era cierto lo que le decía Gavilán, y salir en su BMW no era prudente a esas horas.

En el centro de San Isidro vio:

¡ARGENTINOS!

¡No permitamos que el imperialismo se lleve nuestras
riquezas!

20.000 familias argentinas están en riesgo de pasar
hambre

¡DEFENDAMOS NUESTRO PATRIMONIO!

No al imperialismo.

Sí a los obreros y familias argentinas que con su
sudor y sacrificio hacen grande a la Patria.

¡Defendámoslas!

GRAN MOVILIZACIÓN POPULAR EN LA PLAZA DEL CONGRESO
25 de octubre a las 15 horas

Confederación de Empleados y Obreros de la
Industria de la Energía de la República Argentina

Buen trabajo, se dijo.

—Ya le conté que, cuando me negué a compartir mi organización con estos tipos, su objetivo fue desplazarnos del negocio. Al principio pretendían que siguiera manejando la organización bajo sus condiciones, pero ahora quieren apoderarse de la logística. Su última propuesta fue ayudarlos para operar con medicinas falsificadas. Me negué, y ahora quieren hacerme desaparecer porque temen que los denuncie.

Mercedes dio un respingo en su silla. «Hacerme desaparecer», había dicho.

Tomó un trago del vaso que tenía sobre la mesa y una servilleta de papel, que se dedicó a plegar en mil dobleces. Costa percibió su nerviosismo, pero siguió adelante con el relato.

—Ya cruzaron la línea. Ahora no sólo quieren dominar el mercado sino absorberme en la conducción. Como yo me niego, soy para ellos un escollo y un peligro permanente, porque tengo gente muy leal y sé muchas cosas que en dos minutos podrían acabar con ellos en la cárcel. Ya tuve dos atentados: en Mendoza y en Santa Fe.

Mercedes se preguntó si las cicatrices de su cara y su cuerpo serían producto de esos atentados, pero no lo dijo por miedo al ridículo. Trató de mantenerse impávida, pero tenía escalofríos.

—Por eso tuve que salir de la Argentina. Nadie, salvo el doctor Haas y mi socio, sabe dónde estoy. La guerra está declarada y nos enfrentamos por diversos medios. Temo que vengan hasta acá a buscarme. Si bien he tomado todas las precauciones, y me mantengo fuera de circulación, nadie puede asegurar que no me encuentren. Ellos buscan a Carlos Rafat.

Mercedes sintió que se estaba hundiendo en barro; no estaba segura de querer saber más. Se sentía una estúpida. Había tenido la posibilidad de pasarla bien con un hombre culto, con quien podía hablar de literatura, de filosofía y de tantas otras cosas, y se le había ocurrido preguntarle más sobre su caso. Todo por colaborar y cumplir con su trabajo y los honorarios que le estaban pagando.

¿Y si alguien, en ese preciso momento, los tenía en la mira y estaba por apretar el gatillo? Miró los edificios cercanos, pero era imposible distinguir nada. ¿Cómo iba a explicarle a la policía brasileña que ella sólo estaba conversando con un hombre que casi no conocía y, de repente, recibía un disparo? ¿Acaso alguien iba a creerle que era una abogada contratada? ¿Y por qué no un balazo a ella también, por las dudas? La invadieron las dudas. ¿Y si Javier también era un asesino? ¿Y si él también tenía un plan para responder a los ataques?

Mercedes sintió que tenía que terminar rápido con todo esto. Tuvo el impulso de correr a encerrarse en su habitación, hacer la valija, tomar un taxi y subir al primer avión que despegara hacia la Argentina. Era presa del pánico. Se sentía incapaz de cualquier reacción lógica. Pero tampoco quería comportarse como una histérica frente a Costa. Sintió rabia hacia Haas, porque él la había puesto en esta situación tan difícil de manejar.

—¿Se siente bien, Mercedes? —preguntó Javier.

—Sí, perfectamente —respondió, como si estuviera en una reunión y sin mayor molestia que sus zapatos nuevos.

Javier Costa habló durante una hora más. Mercedes apenas asentía.

—Esta gente me busca por temor a que los destruya con mi información. Igual, tengo todo por escrito y he dejado copias a resguardo para ser entregadas a quien corresponda en caso de que me pase algo. Ellos lo saben, porque hace poco me llegó un mensaje de paz.

Mercedes seguía impresionada. Si en ese momento lo estaban vigilando, deducirían que era ella la portadora de la información. Era la figura ideal, una abogada entrenada para guardar secretos.

Se animó a preguntar:

—¿Y dónde pensaba que encajaría yo en todo esto?

—Ahora le voy a explicar.

—¿No pensará que voy a ser su guardaespaldas? —dijo, un poco molesta.

Javier lanzó una carcajada.

—No la veo en ese papel, Mercedes. No, la necesito como abogada.

—Le anticipo desde ya que de ninguna manera voy a ser depositaria de la información que usted protege —se atajó, alarmada.

—No, esa información ya está a resguardo. Para eso tengo gente capaz de resistir cualquier cosa.

—Bueno —dijo, aliviada—. Y, entonces, ¿para qué necesita una abogada?

—Antes debo contarle otra historia: la de Carlos Rafat y la de Javier Costa. Si quiere, lo hablamos en la cena.

—Está bien —aceptó Mercedes. Estaba ansiosa por volver a su habitación. Se sentía mareada y confundida.

Mercedes estaba francamente mal. Tenía náuseas y escalofríos. A poco de entrar al cuarto, corrió hasta el baño y vomitó el almuerzo. Estuvo un largo rato inclinada sobre la loza fría del inodoro porque las arcadas se repetían y la obligaban a permanecer en esa posición humillante. Sentada en el piso del baño de su habitación lujosa, no se animaba ni a moverse.

Cuando recobró algo de fuerza, se levantó apoyándose en los sanitarios y se lavó muy bien la cara. Nunca le había pasado algo semejante, aunque tampoco había estado nunca en semejante riesgo.

Se metió en la cama y se arrojó a la culpa. Por la doble estupidez de haber tomado el caso a cambio de un fin de semana de playa y por no haberlo parado cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

Ensayó una justificación: su exigencia era producto de su profesionalismo, de la dignidad que no le permitía cobrar sin trabajar... Pero también tenía que admitir que la indiferencia de Javier Costa la había tentado a ir más allá. No estaba acostumbrada a ese trato distante de un hombre. En general, ella era de esa clase de mujer que se pasa poniendo límites.

Lo que definitivamente no entraba en su cabeza era cómo ese hombre raro, cortés,

culto y amigo del doctor Haas, podía estar en semejante lío. Y tampoco para qué la necesitaba a ella, una abogada dedicada a contratos y socia de un Estudio de Buenos Aires.

¿Y si todo era una broma? ¿Una enorme y estúpida broma? No sabía qué hacer, todo se mezclaba en su cabeza. Se le ocurrió llamar a Marina para que la ayudara a pensar pero ¿cómo explicarle? ¿Y si lo llamaba a Haas? Los dos eran abogados y conocían al cliente. Miró la hora. En Europa era de noche y no podía traicionar el secreto profesional.

No podía ni quería cortar abruptamente la confesión de Costa. A la noche, después de cenar, se despediría elegantemente y, al día siguiente, ya estaría en Buenos Aires, tratando de olvidar el impacto que este hombre había tenido sobre ella. En todo sentido.

—Contador, soy el doctor Massa.

—¿Qué tal, Massa? —dijo Moreno, reconociéndolo.

—Bien, gracias. Perdóneme que lo llame hoy domingo, pero necesitaría conversar con usted.

—¿Cómo no!

—¿Le parece bien mañana a las once en el Estudio?

—Mejor a las doce, tengo una reunión más temprano.

—De acuerdo y, por favor, dese una vuelta por la ciudad y el conurbano y mire los carteles con la convocatoria del sindicato para una manifestación.

—Lo haré. Gracias.

Mercedes abrió los ojos, pero se quedó un rato inmóvil en posición fetal. Ahora que las nauseas habían pasado, tenía hambre. Era alguna hora de la tarde.

En la lucha entre sus dos impulsos —el de quedarse acostada o el de levantarse a comer algo— triunfó el segundo. Con un gesto abrupto, apartó el cobertor. Se vistió y, al rato, se sentaba a la misma mesa en la que habían desayunado con Costa y pedía un sándwich de miga con un té con leche.

En realidad, no podía determinar qué era lo que la había alterado tanto. Pensó que los condimentos de ilegalidad modificaban los parámetros en los que ella se movía cómoda. Se trataba de una historia más, pero ahora ella se veía involucrada en un peligro inmediato por el sólo hecho de estar junto a un hombre amenazado. Temía ser tomada por alguien con información relevante.

Javier Costa era un delincuente que había amasado una fortuna copiando una metodología de trabajo dedicada al contrabando y a la piratería musical, informática y de cine. Era, sin duda, un hombre rudo que podía sobrevivir en el ambiente y, por lo que él mismo decía, una persona con límites morales. Si bien era consciente de que

transgredía la ley, se autorregulaba. Según él, lo perseguían justamente por no querer cruzar una raya moral.

Por alguna extraña razón no basada en la lógica, Mercedes le creía.

Costa no era alguien que intentaba escudarse en la inocencia. De entrada había confesado que estaba al margen de la ley, aun en su particular modo de verlo. Las grandes marcas —dueñas de los derechos de autor— no le merecían respeto porque sus ventas se basaban en el marketing, y esto no era otra cosa que un sistema engañoso de publicidad, adicción y esnobismo. Si el origen era espurio, cualquiera tenía derecho a imitarlos. Pero, ladrón que roba a un ladrón...

El doctor Massa aún se sentía mal por el partido perdido. Solía decir que Boca Juniors era un sentimiento y perder contra River Plate, un agravio.

La estufa a leña perfumaba el living con un aroma que no se conseguía en aerosol. La tarde estaba terminando.

Su paseo en auto por el centro de San Isidro, San Fernando y Tigre lo había conectado con la manifestación que se preparaba. Los carteles convocaban a defender el patrimonio nacional y, sin que nadie lo advirtiera, a la empresa que él defendía ante los tribunales. Era comunicación efectiva y directa.

¿Quién podía declararse a favor de capitales foráneos e imperialistas? ¿Quién podía optar por la desvinculación de miles de trabajadores? Tal como estaba planteado, resultaba imposible no solidarizarse. ¿Y los jueces? ¿Se animarían a dictar una sentencia a favor de una empresa extranjera? ¿Sabiendo que, independientemente de lo que fuera justo, pesaba la amenaza de juicio político por los intereses en juego?

El espectro político entero estaba a su favor, aunque no conocieran a fondo el tema. El nacionalismo, la causa obrera y el hambre del pueblo eran causas que siempre dejaban algún rédito. Y en ese espacio lo que importaba era la ganancia, no los valores.

La cifra acordada con Gavilán era desde el vamos muy elevada. Y ahora le estaba pidiendo un extra, un adelanto. ¿Cuál de las dos cosas? ¿O las dos a la vez? En realidad, trabajaba bien, pero el pedido era una chicana: si le decía que no corrían el riesgo de perder todo lo que habían logrado.

Se sirvió otro *whisky*, tomó un trago importante y levantó el teléfono inalámbrico marcando un número que recordaba de memoria.

—¿Enrique?

—¿Cómo estás, bostero? —le contestaron con una risotada.

—¿Y cómo querés que esté?

—Bueno, menos mal que no soy de River porque, si no, esta noche no podríamos hablar.

—Tu equipo no anda mucho mejor, eh... Pero te llamo por otra cosa: estoy preocupado con Gavilán.

—¿Qué te pasa?

—Vos sabés que acordamos la campaña por una cifra importante y hasta ahora viene cumpliendo, pero hace un rato me llamó pidiéndome un veinte por ciento extra —explicó Massa.

—¡Siempre el mismo! No aprende nunca. Es un tipo que trabaja bien, pero tiene el defecto de pedir refuerzos cuando en el medio cree que se quedó corto con lo que le pagan.

—Pero justo en la mitad del trabajo.

—¡Claro! —le contestó su amigo—. Si te lo pide al principio podés decir que no lo contratás, si lo pide al final, que no vale la pena gastar más plata, pero en la mitad no podés volverte atrás ni seguir sin él.

—Sí, es un hijo de puta.

—Sí, pero le da resultado. Después negocia. Baja lo que pide y hace algo extra, tenés que moverte con cuidado si no podés dejarlo. Negoció la cifra o consiguió alguna cosa que no esté prevista. Seguro que llegan a un acuerdo. Él tampoco puede abandonar ahora porque tiene muchos compromisos.

No era una mala idea, pensó Massa.

Una vez que se bañó, se maquilló y se vistió con el otro vestido que había llevado, Mercedes se sintió liviana, libre de la angustia del mediodía y dispuesta a enfrentar lo que viniera. Volvía a ser la mujer, la abogada dueña de sí misma.

Esa misma tarde había tomado la determinación de enterarse de todo lo que pudiera, porque sería la última vez que vería a Javier Costa. De ahí en más lo tendría en su memoria como aquel hombre que la había conmovido por su mezcla de misterio y hombría. Y se juró, una y mil veces, que no sucumbiría a ninguna propuesta, aunque se muriera de ganas.

Cuando se sentó a la mesa, acomodó su ropa y el collar, tratando de parecer lo más formal posible. Pretendía manejar la cena como una comida de negocios.

—*A senhora gostaria um arinque antes de jantar?* —le preguntó el *maitre*, después de acomodarle la silla.

—No, muchas gracias. Pero querría un poco de agua y el vino que tomamos anoche. Estaba muy bueno. ¿Lo recuerda?

—*Pois nao* —dijo el hombre, ceremonioso y sonriente.

Javier Costa llegó con aire despreocupado. Una camisa clara sin corbata bajo el saco azul le daba un toque de distinción que Mercedes no pudo dejar de notar.

—Se me adelantó, Mercedes —dijo, señalando la copa de ella a medio llenar.

—Sólo unos minutos —dijo ella, con un tono desvalido y provocativo.

Se notaba que algo había cambiado; la conversación parecía más difícil, dura, trabada. La diferencia con la noche anterior era notoria: ya no había ese juego de atenciones mutuas y pequeños detalles. Ambos pidieron comidas sencillas y fueron

directamente al tema.

—Mercedes, temo haber sido demasiado sincero en el relato de mi vida y de mi situación. Me parece que no le gustó.

—No es cuestión de gustos sino de hechos. Estoy acostumbrada a que mis clientes se confiesen conmigo. Aunque, debo asegurarle, no tengo demasiados clientes con su tipo de problemas.

—Mejor, más tranquilo.

—Sí, es cierto, pero ésta es mi profesión y estoy preparada para todo lo que tenga que ver con conflictos legales. Por eso le pregunté para qué necesitaba mis servicios profesionales; no alcanzo a entender por qué insistió en este encuentro cuando sabe que no hago derecho penal —dijo la abogada mirándolo a los ojos. El tiempo se acababa.

—Es cierto —aceptó él, sin dejar de mirar esos ojos raros y hermosos de mujer.

En ese momento, un par de mozos se acercó con el pollo de ella y la carne de él. Hicieron a un lado la vela encendida y el florero. Antes de retirarse, llenaron las copas de agua y vino.

—Hoy hablé con Buenos Aires y me dicen que sigue el mal tiempo —dijo Javier, mientras les servían—. Siempre pasa al fin del invierno. Era algo que me hartaba cuando vivía allá.

—A mí también —contestó Mercedes, aunque no pensaba admitir que había sido ésa la razón principal por la que ahora estaba en Río—. Me iba a contar para qué me necesita y que relación hay entre usted y Carlos Rafat.

—Así es —dijo él mientras tragaba el primer bocado—. Esta tarde le conté los problemas con una gente que pretendía utilizar mi organización para el contrabando indiscriminado. Que había tenido dos atentados y que temía que quisieran matarme y que ésa es la razón por la que no voy a la Argentina. Allá estoy más expuesto.

Mercedes acordó con la síntesis de la situación que tanto la había afectado a la tarde. Cortó un trozo de pechuga, la llevó a su boca y se recostó en el silloncito esperando lo que vendría.

—Si su Estudio se puede encargar de los temas que tenemos en la Aduana sería una enorme tranquilidad para mí, aunque, según me han informado, pueden tardar años en resolverse. Además el único involucrado es Carlos Rafat.

—Es cierto. La Aduana no se caracteriza por su agilidad, y menos cuando deben castigar a alguien —acotó con cierta insidia—. Pero, a propósito, ¿qué tiene que ver usted con Carlos Rafat?

Mercedes dejó los cubiertos sobre el plato, tomó un sorbo de vino y se dispuso a escuchar otra historia, seguramente también complicada. ¿No tendría algo normal para contar este Javier, como cualquier ser humano?

—Por mi actividad, debo usar identidades: negocios legítimos y de los otros. Javier Costa es una de ellas, la más presentable —explicó sonriente—. Carlos Rafat es el que saca la cara en todas las operaciones, el jefe de la organización y a quien

están persiguiendo. En cambio Javier Costa no tiene ningún problema ni flanco débil: es un perfecto ciudadano que hasta ha votado en alguna elección.

Detuvo su relato mientras llenaba las copas, como ganando tiempo.

—En la vida real, Javier Costa —continuó— era un muchacho que murió hace como veinte años y que no tenía ninguna familia ni demasiados amigos ni conocidos. Sólo yo y algunos pocos que nos ocupábamos de él. No fue difícil tomar su personalidad: nunca se le comunicó su muerte al Registro de las Personas. Como Carlos Rafat, yo no podía tener nada a mi nombre. Cuando logré la identidad de Javier Costa, hice un cambio de domicilio, de a poco fui declarando ingresos como un aparcerero y justificando compras, pagué impuestos y me anoté como socio en una medicina prepaga que jamás uso. Al tiempo, renové los documentos y obtuve un pasaporte, y nadie comprobó las huellas porque Javier era un muchacho de provincia y no tenía huellas registradas en la Policía Federal. No hubo problemas en conseguir un par de cuentas bancarias, tarjetas de crédito y listo.

—Nada demasiado legal, por cierto —objetó Mercedes.

—Legal, no; legalizado, sí. Javier Costa es para todos un ciudadano argentino de cuarenta y siete años, un poco avejentado —sonrió—, al que nada ni nadie puede cuestionarle ninguna irregularidad.

Se hizo un silencio prolongado que sólo interrumpía el sonido de la vajilla. Mercedes no dejaba de observar sus movimientos ni su rostro, y el hombre tenía la mirada clavada en algún lugar del mantel. Sintió la necesidad de incitarlo.

—¿Y Carlos Rafat?

—Discúlpeme, pero no puedo decirle cómo entra Carlos en este tema. La pondría en un compromiso y no quiero que tenga más problemas conmigo. Ya le dije todo sobre Costa confiando en usted, como abogada y en su secreto profesional.

—Por supuesto —contestó, tratando de disimular su decepción.

—Doctora, estoy en una situación difícil y no puedo prever qué va a pasar con mi futuro. No es la primera vez que estoy en problemas o en situaciones límites, pero ahora siento que estoy al borde... —dijo como si fuera a dar comienzo a una confesión importante.

En ese momento se oyó el timbre de un celular. Javier lo dejó sonar pero, al fin, se excusó:

—Perdóneme —dijo, y se levantó de su silla.

Mercedes lo siguió con la vista y se dedicó a observarlo sin reparos. Necesitaba aislarlo del mundo del delito, verlo como un hombre que requería su apoyo legal. ¡Y quería saber el misterio de Carlos Rafat!

Javier caminaba de un lado al otro. No gesticulaba ni parecía levantar la voz. De todas formas, desde donde estaba, ella no podía oír nada. Comprobó que su físico, aunque delgado, denotaba fuerza. Y su rostro, preocupación.

Mercedes estaba decidida a no ser su abogada, pero el peso de su vida oscura no lograba desplazar el sentimiento que crecía dentro de ella sin frenos. Sentía que era la

clase de hombre que buscaba hace años, aquel que no podía apartar de su mente por más lógica que le aplicara.

En ese preciso momento, Costa cerraba el celular y se encaminaba al comedor. Con una leve sonrisa, volvió a sentarse.

—Bueno, se complicó todo —dijo—. Es una lástima, pero tengo que irme para atender un tema urgente. ¿Nos encontramos mañana a las siete para desayunar y hablamos hasta que salga su avión?

Mercedes asintió, atónita, mientras el hombre le extendía la mano.

—Termine su cena, Mercedes, y pida todo lo que quiera. En serio, sin limitaciones. Nos vemos mañana. Gracias, muchas gracias. Perdóneme —dijo, mientras se iba. Caminó unos pasos y se volvió.

»Ah, por favor, guarde esto —dijo, depositando un *pendrive* sobre el mantel—. Ésta es una información para usted.

—No, no, espere. Yo no quiero involucrarme.

—No se involucra, se lo juro. Véalo si quiere y, cuando esté con Günther, dáselo.

Mercedes se quedó sentada a la mesa pero no pudo terminar su plato ni tocar el *pendrive*. El mozo finalmente levantó la vajilla y le sirvió un helado de frutas. Su cabeza iba a toda velocidad. ¿Por qué razón había tenido que irse a las apuradas? ¿Qué era lo que le había dejado? Estaba segura de que se trataba de archivos importantes, o peligrosos, que la implicarían en el caso apenas se enterara.

Podía ir a la cabina de Internet del hotel, enchufarlo en la computadora y verlo. La alternativa era guardarlo sin abrirlo y devolvérselo cuando lo viera a la mañana. O, simplemente, tirarlo. Pensó que, cada vez que estaba decidida a ponerle fin a este asunto, pasaba algo que la dejaba más involucrada.

Se levantó y fue a caminar por el jardín. Al pasar por las piscinas, vio parejas bañándose, besándose. Los envidió. Sin esa tétrica historia de por medio, su encuentro con Costa bien podría haber sido otra cosa. Aunque intentaba negárselo, sentía una irresistible atracción por él.

Llegó a la playa del hotel. Se sentó en la arena abrazando sus piernas recogidas y apoyó el mentón en las rodillas. A medida que los ojos se acostumbraban a la oscuridad, podía divisar a la distancia las luces difusas de algunos barcos. La vista de la bahía era espectacular.

Al fin volvió a la habitación, puso música clásica, hizo la valija, se sacó tranquila el maquillaje y se acostó para leer a Kundera. Pero no pudo concentrarse. Encendió la televisión. Recién se durmió a las tres de la mañana.

A las seis y cuarto, la despertó el timbre del teléfono.

—¿Mercedes?

—Sí.

—Soy Javier. Buen día. Le pido disculpas por haber tenido que dejarla anoche pero tuve un problema impostergable.

—No se preocupe, ¿qué hora es?

—Un poco más de las seis. A las siete y media a más tardar, tiene que estar en el aeropuerto. Su avión sale a las nueve.

—Está bien, gracias. ¿Podemos desayunar y terminar nuestra conversación?

—Lo lamento, estoy bastante lejos de Río y no llego. En la recepción van a tener un taxi listo para dentro de media hora.

—Javier, ¿nos podemos encontrar en el aeropuerto? ¡Quiero devolverle el *pendrive* y hablar con usted!

—Es imposible, lo siento. Yo me pondré en contacto. Le aseguro que me es imposible estar ahí.

—Está bien. ¿Dónde le dejo el *pendrive*?

—Lléveselo, Mercedes, y véalo si quiere pero por favor manténgalo a buen resguardo. Cuando se vea con el doctor Haas, entréguéselo. No lo mande por correo ni por *mail*, por favor.

—No, no lo abriré porque quiero que este absurdo termine de una vez. Si usted necesita asistencia legal, en nuestro Estudio hay más de cien abogados.

—Está bien, pero sepa que tiene mi autorización para verlo. Muchas gracias por venir. Le repito que me siento mal por dejarla así, pero mi vida está muy complicada.

—De acuerdo.

—Gracias, Mercedes, hasta pronto.

Capítulo 9

Viernes a la tarde, casi de noche. Mercedes estira la espalda después de cumplir con su costumbre de tachar varias entradas del block donde enlista sus tareas. Todavía le quedaban algunos pendientes: controlar un contrato de ochenta y dos páginas, una demanda entre corporaciones con desarrollo de prueba y la evaluación de los honorarios de los abogados de su sección.

Estuvo tentada de empezar con lo último, pero estaba agotada. Y los otros dos temas le requerirían varias horas más de concentración.

Desde su regreso de Brasil a comienzos de semana había trabajado sin pausa, e incluso lidiado con toda clase de problemas internos. La campaña publicitaria del caso Brighton c/Halcón estaba presente en todas las charlas y en todos los pasillos. Si hasta parecía una cruzada.

En realidad era un juicio, acaso el más importante en ese momento para el Estudio, pero un juicio al fin. Únicamente los socios estaban enterados de que Massa estaba involucrado en la campaña pero cumplían con lo acordado y lo mantenían en la más cautelosa de las reservas. El Estudio no podía verse afectado por cuestiones políticas: ellos eran abogados, no activistas.

De todas formas, era imposible mantenerse indiferente. La ciudad estaba empapelada con carteles de distintas entidades gremiales y hasta de confederaciones empresarias.

El diputado Berardi se había sumado a la campaña y presentado su proyecto de declaración de la Cámara sobre la importancia de preservar las riquezas nacionales ante la voracidad del capital internacional. El Senado de la Nación había recibido también un proyecto de ley de formación de una comisión investigadora, que ya contaba con el visto bueno de la Comisión de Recursos Naturales y Medio Ambiente, presidida por el senador Crespo.

Aunque no lo dijeran abiertamente, los socios del Estudio estaban muy satisfechos con lo que Massa había montado y algunos, hasta curiosos por saber cómo había logrado armar ese aparato de presión. Nadie, salvo el doctor Beltramino, le pedía reportes a Massa, que estaba fuera del Estudio la mayor parte del tiempo.

Desde que llegara de Río, Mercedes se quedaba hasta muy tarde en la oficina y volvía temprano al día siguiente. Ni siquiera había podido ir a su sesión en el instituto. Si algo estaba dentro de sus prioridades era continuar con su eficaz tratamiento de belleza, pero le resultaba imposible hacerse el tiempo. Ni siquiera cumplió su compromiso de comer con Marina el martes, como habían acordado desde Río.

Los recuerdos del fin de semana la asaltaban en cualquier momento del día. Todo parecía lejano, pero las imágenes del hotel, la habitación y la vista de la bahía desde lo alto la distraían de sus actividades. Y mucho más todavía las visiones de Javier, en el bar de la playa, en la cena. Su figura mientras hablaba por el celular en la terraza o

se estiraba en la reposera.

Había guardado el *pendrive* bajo la plantilla de una zapatilla en el placard de su casa. No quería abrirlo para no comprometerse.

El tiempo en Buenos Aires empezaba a cambiar. Ya el miércoles había amanecido con sol, que poco a poco secaba las calles empapadas, y le daba vitalidad a las plantas y a los parques. Empezaba la primavera.

Mercedes sentía que respiraba mejor, que todo parecía más liviano. Era una época que le gustaba especialmente, y ahora había un motivo adicional: Javier Costa. Ese hombre que, a medida que pasaban los días, iba perdiendo sus tintes negativos e imponiéndose en su memoria como el compañero despreocupado del último día. Lo recordaba comiendo, recostado en la playa o nadando en el mar, hablando al sol mientras le relataba su vida. Era extraño cómo la perspectiva lo transformaba de marginal en aventurero. Era como si los argumentos de su defensa se hubieran incorporado a su cabeza.

A veces se preguntaba qué hubiera pasado de haberse conocido en otras circunstancias. Porque se había sentido atraída por él desde el primer momento y, aunque sin reciprocidad, con la distancia esa atracción se estaba convirtiendo en obsesión. Y la indiferencia, en una frustración insoportable.

Se levantó para estirar las piernas en el amplio despacho. Se sacó los zapatos y disfrutó de las caricias de la alfombra mullida. No tenía ganas de seguir trabajando, era viernes por la noche y no había atendido la llamada de Horacio, que seguramente iba a proponerle lo de siempre.

La extraordinaria visión de la ciudad iluminada a sus pies la invitaba a una noche de excesos, algo que pudiera hacerle olvidar el Estudio, el *pendrive* oculto en la zapatilla, la historia de Javier. A Javier mismo.

¿Qué hubiera sucedido si la consulta en Río se hubiera referido a un tema societario o a la compra de una propiedad o a un juicio cualquiera?, volvió a plantearse. Todo estaría bien: ella habría evacuado la consulta y lo habría liberado de los temores típicos de una primera entrevista. Y, una vez resuelto el tema, seguramente habría coqueteado con él, e intentado avanzar hasta donde llegaran.

—*Hello Günther, how are you?* (Hola, Günther, ¿cómo está?) —saludó Javier en inglés.

—Muy bien. Anoche llegué de Varsovia. Sé que estuvo llamándome, pero Polonia es aún un país casi medieval con muy malas comunicaciones. De la embajada nos advirtieron que tienen un sistema de interferencias telefónicas sistemáticas, que es imposible hablar con reserva.

—No se preocupe. Lo mío no era urgente.

—¿Cómo le fue con la doctora Lascano?

—No del todo bien. Me temo que tuvimos poco tiempo y que se volvió a Buenos

Aires un poco asustada con lo que le conté sobre mi vida.

—Bueno, es razonable. Si le hubiera dicho que era contador y que quería un contrato para una construcción, otro habría sido el caso. Usted es un tipo complicado, mi querido amigo.

—Sí, es cierto, pero no soy temible. Cuando le conté de los atentados, y que estaban buscándome para matarme, casi le da un ataque. Después se recompuso, pero decidió no asumir ninguna relación profesional conmigo. Y, justo cuando estaba a punto de contarle para qué la necesitaba y tratar de convencerla, me llamaron por un embarque capturado y tuve que dejarla.

—O sea que no pudo concretar nada... —concluyó el abogado.

—No, no hubo tiempo. Ni siquiera pude ir a buscarla a la mañana para llevarla al aeropuerto.

—Le faltó la puntada final —sentenció.

—Exactamente. Pero le dejé el *pendrive* que preparamos.

—Y ella, ¿qué le pareció ella?

—Tenía razón. Es la persona que necesito: una profesional ubicada y con la sensibilidad como para manejar un tema difícil en el lugar y con la eficiencia necesaria.

—Coincido con usted. Por eso se la recomendé. Además es parte de un gran Estudio de abogados, que la va a mantener protegida y libre de cualquier presión.

—Estoy de acuerdo, pero me temo que no quiera hacerse cargo. Cuando la desperté para avisarle que era hora de ir al aeropuerto, no estuvo demasiado afable. Hasta me ofreció dejarme el *pendrive* en el hotel.

—Bueno, coincidamos en que usted no estuvo demasiado galante. La deja en el hotel y ni siquiera la acompaña hasta el aeropuerto.

—Es que estaba en el medio de un problema mayúsculo.

—De acuerdo. ¿La llamó?

—No, después del lunes a la mañana no volvimos a hablarnos.

—No se preocupe. Yo hablaré con ella y veré lo que está pensando.

—Muchas gracias, Günther.

—¿Y qué le pareció como mujer?

—Es fascinante.

—Yo le dije. Es una mujer capaz de enloquecer a cualquiera. Siempre que la veo lamento no haber nacido veinte años antes.

—Günther, Günther... Usted pierde el pelo pero no las mañas.

—Gracias a Dios.

Las carcajadas llenaron la línea y el sentimiento mutuo de aprecio borró cualquier incomodidad.

—Bueno, Javier. Déjelo en mis manos, yo me ocupo y lo mantengo informado. Tenemos que lograr que Mercedes se incorpore al equipo.

—Es lo que necesito, Günther. Muchas gracias pero, por favor, apúrese. Las cosas

se ponen cada vez más difíciles.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando Mercedes bajó en el ascensor hasta el segundo subsuelo, donde había estacionado su automóvil. Llevaba un pesado portafolios con las tres tareas pendientes, por si se inspiraba y trabajaba en casa.

Puso el motor en marcha y subió el volumen de la radio. Se quedó unos minutos escuchando la música con las manos apoyadas en el volante. Cerró los ojos. No se decidía a salir del garaje, como si algún peligro la esperara afuera. En seguida se dio cuenta de que era la soledad lo que temía.

Cuando abrió la puerta de su departamento, la golpeó de lleno. Encender la luz de su propio hogar le hizo evidente que nadie la esperaba, que nadie había llegado antes que ella y que nadie vendría más tarde. Era el precio de su independencia.

Tiró los zapatos a un rincón y dejó su portafolios en un sillón. Se despojó del saco y salió a la terraza. Otra vez el espectáculo, lejano y ajeno, de las luces de la ciudad: reuniones de gente, restaurantes colmados, calles y avenidas transitadas... Aunque también soledades, miserias, desamparo.

Como una adolescente, dirigió su mirada hacia el norte. Hacia Brasil, hacia Río, y se concentró en Javier. Algo que hacía años no sentía volvió a arrebatársela. Pero sabía que debía reprimirlo.

El doctor Massa no quería dejar nada librado al azar. Toda la estrategia de comunicación y marketing de Gavilán estaba en marcha.

Si fracasaba, sería su final. Porque, aunque lo supieran, si eso pasaba iba a tener que abandonar el Estudio y la posición que tanto esfuerzo le había costado conseguir. En cambio, si lograba su objetivo, obtendría el reconocimiento de los socios y las mejores ganancias de su vida, no sólo en bonos del Estudio sino también el premio individual prometido por Halcón.

Todo dependía de una sentencia. Del voto de tres camaristas: uno estaba a su favor; el segundo, ahora dudoso y el tercero parecía estar en contra. Había tocado todos los resortes posibles para llegar a ellos y convencerlos de que su parte tenía la razón jurídica, pero nada había logrado. Ni con entrevistas personales, o investigaciones de sus pasados, o amigos en común había encontrado la forma de llegar a quienes tenían el tema en sus manos. Nada ni nadie podía asegurarle los dos votos que le faltaban.

Aunque siempre existía la posibilidad de llegar hasta la Corte Suprema, Massa sabía que si Brighton perdía en Cámara se retiraría de la contienda y abandonaría el país. Tampoco era una decisión demasiado costosa: sólo tenía que cerrar la oficina local e indemnizar a media docena de empleados o trasladarlos a otra agencia en el exterior. Mientras que Halcón perdería muchos millones de dólares y el Estudio —y

él personalmente— prestigio y honorarios.

Massa creía que la contratación de Gavilán había sido un acierto. Era de los que pensaban que el fin justifica cualquier medio y, en este caso, el fin reportaría una buena cantidad de dinero. Había que imponer el producto a cualquier precio.

Sabía que esa noche el Secretariado General del Sindicato de Energía se reunía en su sede central del barrio de Almagro. Según le había explicado Gavilán, lo de Secretariado General era un título pomposo que reunía a un grupo de tramposos advenedizos que representaban a los obreros a cambio de un porcentaje de sus salarios. Unos pocos de esos operarios conservaban una cuota de ideología confusa entre peronismo, socialismo y comunismo —más por intuición que por ilustración— pero se dejaban arrastrar por sus dirigentes, que aprovechaban sus posiciones para obtener prebendas para ellos o sus familias.

Los muchachos armaban la marcha multitudinaria. «Por la defensa de lo nuestro» era el lema. La logística de un acto de estas características era compleja. Había que lograr que los afiliados concurrieran y que no aprovecharan el día para quedarse en sus casas o hacer otra changa. Para lograrlo, la movilización comenzaría una hora después de la entrada del turno y los obreros serían concentrados por los delegados en cada lugar de trabajo. Contratarían ómnibus y tomarían lista a los presentes. Y ahí nomás empezaría los cánticos y estribillos para arengar a la masa.

También llevaban desocupados, a los que se convocaba a cambio de unos pocos pesos y una merienda. Las mujeres recibían un plus cuando llevaban a sus hijos pequeños, propios o prestados.

El objetivo era sumar gente, llevar carteles de todo tamaño, repartir banderas del sindicato y nacionales. La percusión era parte fundamental de toda marcha y se armaban acalorados bailes al son de los tambores. Finalmente, se negociaba con la policía el corte de las calles y cierto nivel de seguridad.

Gavilán se había encargado de señalarle que el aparato costaba mucho dinero. El alquiler de los colectivos, los sándwiches y las gaseosas, el pago a los voluntarios, las banderas, los panfletos, los bombos, alguna colaboración a la policía y otra serie de gastos que el sindicato debía afrontar.

Ninguna dirigencia sindical que se precie podía permanecer en el poder si no tenía capacidad de movilización. Ceñir su actividad a proteger el sindicato no era funcional para el objetivo principal: mantener su poder frente a la patronal, con la que tenían que discutir salarios y beneficios. Era elemental que, de vez en cuando, los afiliados se alzaran. Les gustaba ir al centro de la ciudad para cortar calles y desafiar a los de traje y corbata.

Lejos de la sede del sindicato, Gavilán comía en una parrilla popular con dos hombres que contrarrestaban con su elegancia. Ya iban por la segunda botella de un vino de mediana calidad.

—Jefe —decía uno de ellos—, creo que entre veinte y veinticinco hombres va a ser suficiente. Alcanza para empezar la rosca; después todo el mundo se prende.

—Bueno, ustedes son los que saben. La consigna es armar una gresca importante pero sin heridos. Que la policía se contente con tirar gases y balas de goma y los muchachos, piedras. Alguna vidriera rota, vaya y pase. Necesitamos fotos y videos para los noticieros.

—Está bien. Pero tenga en cuenta que a veces las cosas se salen de carril. Nuestros muchachos cumplen las órdenes pero cuando la gente es reprimida puede reaccionar de formas impensadas. Nosotros vamos a dar órdenes precisas, pero no podemos garantizarle nada.

—Lo sé. Pero lo que me importa es que nuestra gente no sólo actúe para provocar sino también para contener si es necesario. No quiero excesos, ¿entendido? —repitió Gavilán.

—Sí, jefe.

—Tenemos que hablar de los costos —dijo el otro hombre.

Y empezó la negociación, que siempre quedaba en el medio de lo que unos pedían y otros ofrecían. Y, mientras, ninguno le aflojaba a las tiras de asado, que pagaría el grupo Halcón.

Ni remota idea tenían los comensales de para quién estaban trabajando, o quién estaba pagando su comida. Sólo sabían que tenían la misión de movilizar a sus muchachos. Por qué y para qué no era relevante.

Mercedes se preparó unos fideos de un paquete que guardaba para emergencias, pero apenas los tocó. Estaba cansada: se felicitó de no haber aceptado ir con Marina a un bar que les habían recomendado.

En cambio, miró un rato de televisión hasta que sintió la necesidad de acostarse. Se despertó a las cinco y media de la mañana, fue al baño e intentó en vano volver a conciliar el sueño.

Tenía hambre: tostó pan y preparó café. Afuera era todavía noche cerrada, demasiado temprano para ir a correr al parque. Aunque su barrio era bastante seguro, nunca sabía uno a quién podía encontrarse.

Encendió la televisión y, después de pasar varios canales, la apagó. A esa hora no había nada que le interesara, ni siquiera en los canales de películas. Tenía dos horas por delante y nada para hacer, así que abrió su portafolios y acomodó las carpetas en pequeñas pilas en la mesa del comedor. El infaltable block en el que tomaba notas, un par de lapiceras y una calculadora. Se sentó y comenzó a leer. Le parecía absurdo estar corrigiendo una demanda a esa hora de un sábado, pero intentó concentrarse.

Pero no podía, todo derivaba otra vez en la sensación de soledad que la angustiaba. Era el despertar de un feriado, ocasión perfecta para pasarlas al calor de las sábanas con un hombre, ritual de caricias que continuaban la noche hasta que uno entraba poco a poco en la vigilia. En cambio, allí estaba: sola, en el living de su casa, vestida con su ropa de correr y sin mejor programa que una demanda judicial.

Lo que tenía bien en claro era que ya no tenía ganas de más relaciones casuales. Desde hacía algún tiempo, sus inquietudes sexuales habían cambiado. No sentía urgencias ni ganas de entregarse al primero que se le cruzara. Necesitaba más, aunque fuera una ilusión, algo que tuviera algún sentido más allá del goce. ¡Ay, Dios! ¡Otra vez Javier en su cabeza!

¿Qué estaría haciendo por esas horas? ¿Dormiría? ¿Con alguien? Nada le reveló de su vida personal, aunque en algún momento había dicho que tenía dos hijas. ¿Vivirían con él o con su madre? No parecía un hombre que tuviera una vida familiar estable. No lo imaginaba en una casa rodeado de niños, cortando el pasto o yendo al supermercado.

¡Parecía mentira que un simple viaje para tomar sol le hubiera complicado tanto la vida! ¡Si apenas habían sido algunas horas de conversación! Tenía que terminar con ese asunto: no quería ceder a la tentación de meterse en un mundo que tan poco tenía que ver con ella.

Con esfuerzo, se obligó a leer la demanda. Cuando terminó de apuntar algunas observaciones para pasarle al abogado, ya estaba bien soleado y la temperatura había subido un poco. Tomó lo que quedaba de su jugo de naranjas, cargó las llaves, un poco de dinero, la tarjeta del servicio médico y una de crédito en la riñonera, y salió animada a correr enfundada en una campera y un gorro.

En cuanto pisó la vereda, el frío la golpeó.

¿Haría calor en Brasil?

¡Basta! El lunes llamaría a Günther Haas para cerrar este asunto.

Mientras estaba en campaña, Gavilán no tenía tiempo libre, y dormía muy poco. Esa mañana lo despertó el hombre que había destinado para vigilar a Luna y a su gente. No podía confiarse.

Ya había tenido que presionar sobre algunos detalles que hacían a la organización de la marcha. Si hasta tuvieron que encargarse de los panfletos que iban a repartirse los días previos a la manifestación en las fábricas y en las calles. Como la imprenta decía que no tenía papel, uno de los hombres del Secretariado y el delegado de Gavilán fueron a comprarlo para abastecerla.

Y algo parecido había pasado con los carteles de tela. Tuvieron que recurrir a tres confeccionistas para asegurarse de que los tendrían a tiempo para dárselos a los punteros, que los subirían al transporte junto con la comida.

—Señor —le decía su delegado—, anoche hubo un asado y, en los postres, con unas cuantas botellas encima, de una cosa pasaron a la otra y se terminaron agarrando el secretario general con el delegado de Rosario y San Nicolás, que se fue jurando que no traería a nadie a la manifestación.

—¿Y ahora qué hacemos? Viene mucha gente de esa zona.

—Creo que tendríamos que ir a Rosario a poner paños fríos.

—¿Y cómo?

—A mí me conocen, me vieron algunas veces. Si quiere, puedo viajar mañana a la mañana para tratar de convencerlo.

—¿Y por qué no te vas ahora?

—Porque debe estar durmiendo la mona y llenos de bronca con lo que pasó. Se putearon duro, jefe, parece que hay algún problemita de mujeres.

—Bueno, vos sabés cómo manejarlos. Pero no quiero que se nos caiga ese grupo. Es importante.

—Tampoco hay que darles mucha manija. Es necesario encontrar el punto donde no se sientan humillados y convencerlos de que no se pueden quedar afuera porque pierden poder. Quizá si les damos algo a ellos directamente...

—De acuerdo, ¿cuánto necesitás?

—Creo que con quince mil...

—Está bien. Tratá de que sea menos —dijo Gavilán, consciente de que su hombre también se quedaría con algo.

Cuando volvió al departamento estaba empapada en sudor. Había corrido la vuelta grande de ocho kilómetros. En cuanto subió, se desnudó para evitar que la ropa se secase en el calor de su cuerpo.

Tenía mucho tiempo antes de partir para su última sesión en el instituto. Se lavó el cabello y, mientras se enjabonaba con los ojos cerrados, otra vez la imagen de Javier se hizo presente con su piel bronceada y sus cicatrices. Durante la carrera no había podido, pese a que lo intentó, alejarlo de su mente.

Cuando sintió su cuerpo limpio, cerró las canillas y descolgó la bata del radiador donde se calentaba. Caminó descalza sobre la alfombra y volvió a la mesa del comedor para revisar sus carpetas. Se concentró y dejó sus asuntos terminados, sintiéndose liberada y satisfecha.

Todavía le quedaban un par de horas para salir hacia el instituto y no tenía nada que hacer. La atrajo el grueso diario de la mañana del sábado, lleno de ofertas, y salió a leerlo a la terraza. Tomó un par de almohadones de la caja de madera que oficiaba de pequeño depósito. Corrió el sillón de plástico para enfrentar el sol y se dispuso a leer.

Pronto su cuerpo tomó temperatura y se abrió la bata para dejar que los rayos dieran directamente sobre la piel desnuda. Suspiró profundamente y se acordó que el sábado anterior a la misma hora estaba camino a Ezeiza para un tranquilo y prometedor fin de semana en Río de Janeiro. ¡Una semana! ¡Apenas una semana! Y habían pasado tantas cosas que, sin querer, afectaban tanto su vida.

El tema de Brighton c/Halcón ocupaba, íntegras, dos páginas interiores del diario, además de un recuadro en la portada.

A la hora indicada comenzó su tratamiento. Las manos pesadas de Cynthia le

arrancaban suspiros de placer al trabajar sobre sus músculos tensos.

—Por favor, tengo el cuello duro, si puede...

—Claro —aceptó la masajista—. Parece que nunca se hubiera hecho masajes. ¿Qué le pasó esta semana, Mercedes?

—Nada. Muchos problemas.

—Hay que tomarse las cosas con más calma —le aconsejó, tratando de iniciar una conversación.

Mercedes no contestó y volvió a suspirar. Sus pensamientos, que en las primeras sesiones la conducían a Rodolfo, ahora la llevaban a Río, a Javier.

Casi sin quererlo, se encontró comparándolos. Uno era abogado, formal, estable, casado y lleno de compromisos. El otro, un aventurero, un loco, un fugitivo. Dos complicaciones.

—Listo, Mercedes —oyó que le decían—. ¿La veré otra vez?

—Sí, seguro.

—Ésta es la última sesión.

—Lo sé, pero voy a tratar de volver cada quince días. Me ha hecho muy bien este tratamiento —dijo, mientras se incorporaba.

—Ya lo creo, Mercedes. Su cuerpo volvió a tomar forma, se tonificó y las marcas de celulitis que trajo casi han desaparecido.

—Es cierto. Gracias, Cynthia —respondió. La inquietó lo del «casi».

Hacía muchos años que no viajaba a Rosario, donde había tenido un amor cuando todavía era estudiante. Quince años después, volvía a buscar al delegado del Sindicato de Energía, Seccional Rosario y San Nicolás, para convencerlo de que no podía dejar de encabezar su columna en el acto de defensa de la soberanía.

No le costó demasiado encontrar la sede, instalada en una casa vieja y descuidada a pocas cuadras del centro. Como única identificación, una chapa de bronce sin lustrar a la izquierda de la puerta de entrada. El local estaba cerrado. Esperó casi tres horas hasta que apareció el delegado de la Seccional.

—¿Qué tal, Raymundo? —dijo, mientras entraba arrastrando los pies y corría el cierre de su campera de cuero negro.

—¡Hola, compañero!

—¡Aquí me tiene! Me vengo desde Buenos Aires porque vi lo que pasó con Luna y me parece que tenemos que conversar: no puede arruinarse una causa nacional por un problema de dirigentes.

—¡Es que ese tipo es un boludo! —le contestó Raymundo, furioso.

—Bueno, en realidad los dos habían tomado un poco y se pusieron picantes.

—Pero eso no lo autoriza a putearme porque le gané una mina en buena ley.

—¿Una mina?

—Es una vieja historia —descartó el dirigente, con un movimiento de su mano—.

Fue una pulseada por una secretaria del sindicato, y se la gané yo. Y parece que no se olvida.

—Bueno, son las vueltas de la vida.

—Es verdad, un negado como ese sólo puede llegar a algún lado si se pone bajo el ala de la conducción nacional de la confederación. Él está ahí y yo quedé como jefe de esta delegación de mierda. Pero se lo voy a cobrar...

—Pará, pará. No te calentés de nuevo. La gente, así como sube, baja. Éste no es el momento para enfrentarte con él.

—Entonces, ¿cuándo?

—Vos sos más inteligente que él. Ya vas a darte cuenta cuándo comienza su declinación y ahí le pegás el mazazo. Ahora tenés que demostrarle al sindicato y a la confederación tu poder de convocatoria y tu dominio en la zona. Que sos un hombre imprescindible para el movimiento y que no pueden dejarte a un lado.

—Parece lógico lo que decís.

—Si te abrís ahora, todos van a notar que no estás en la movilización y van a querer desplazarte. Vos sabés que siempre hay alguien dispuesto.

—¡Tenés razón! —dijo el dirigente.

Se pasaron las siguientes tres horas organizando el traslado a Buenos Aires y otros detalles. Desde otra habitación, un adherente llamaba a los punteros para explicarles que debían concentrar a la gente para el acto. Además, Raymundo recibió seis mil pesos. Eso, y la cena que sellaba el acuerdo.

Mercedes tenía que hacer tiempo hasta las nueve, la hora acordada para encontrarse con Marina. Después de terminar con los tratamientos, descansó, se reunió con la médica que la había recibido el primer día y se comparó con las fotos de su llegada al instituto. Las diferencias eran notables.

Como todavía le quedaba un rato, salió a caminar por las calles del casco viejo de San Isidro. La tarde estaba fresca y se presentía la primavera en las enredaderas que se enroscaban en las rejas, los jardines cuidados y los enormes árboles con sus primeros brotes.

Se detuvo un rato en una librería acogedora y se compró tres libros, que amontonaría con otros en su mesita de luz.

—Creí que te habías perdido —le dijo Marina, cuando la vio entrar.

—No, me entretuve en la librería —le contestó con una sonrisa, ostentando la bolsa que cargaba.

—Bueno, ¿vamos?

Mercedes insistió para ir a un restaurante cercano, pero Marina trató de disuadirla por sus precios. Igual se impuso y, al ver la carta, concordó con su amiga. Bien lo valía.

—¿Cómo te fue anoche en ese boliche que te recomendaron?

—Horrible. Hiciste bien en no venir. Cada vez que voy a esos lugares me juro no volver. Están pensados para animar a adultos solitarios pero son cualquier cosa. Vieras los jovatos ridículos y las mujeres de levante. Humillante —sentenció— y patético.

—Bueno, vos te la buscás.

—Es que a veces no sé qué hacer con mi vida, Mercedes. Me paso la semana trabajando y ocupándome de los chicos, de sus deberes, del dentista, mil problemas y, cuando llega el día que les toca salir con el padre, me siento muy vacía.

—Tenés que buscarte a alguien, Mará —le aconsejó, innecesariamente.

—Sí, muy fácil... No tengo tiempo para nada, ni siquiera para ocuparme de un amigo o de un novio. Todo el día en el instituto, las sesiones de terapia que no quiero dejar, llevar y buscar a los chicos, ocuparme de lo que necesitan, desde la comida hasta la ropa. Sólo tengo libre el viernes a la noche y un sábado cada dos semanas, ¿te parece que puedo incorporar a alguien más a mi vida? Quizá cuando los chicos crezcan...

Se quedaron un momento en silencio. Mercedes entendía lo difícil que era la vida de su amiga. Tampoco se le escapaba que ella misma podría estar en una situación parecida si se hubiera casado y tenido hijos. Ninguna mujer proyecta ese final, pero son muchos los matrimonios que terminan mal.

Marina sacudió la cabeza y con una sonrisa, preguntó:

—¿Y vos? ¿Cómo te fue en tu romántico fin de semana en Río?

—La verdad que no sé qué decirte... Creo que mal.

—Dejate de macanear, Mercedes. Cambiaste un fin de semana lluvioso en Buenos Aires por un hotel cinco estrellas en Río de Janeiro, con playa y buena comida. ¿Buena cama, tal vez? —le preguntó, con una sonrisa pícara.

—No, no pasó nada. La cosa anduvo por otro lado. Además, es un delincuente.

—Bueno, bueno... pequeño detalle. ¿Qué querés decir con «delincuente»? ¿Asesino? ¿Traficante de drogas?

—¡No! Es contrabandista, falsificador y un pirata.

—Pará, Mercedes, pará. Ahora me vas a decir que tiene una pata de palo y un parche en un ojo.

—No de esos piratas —trató de explicarse—. Piratea música y software y contrabandea discos y otras cosas con marcas falsas.

—Entonces no es un delincuente. Bueno, en todo caso no es peligroso, es un delincuente menor. Si encima es culto, rico y está bien, es ideal —sentenció Marina—. ¿Y cuántos años tiene?

—Entre cincuenta y cincuenta y cinco.

—Bueno, faltaba que me dijeras que tenía treinta y ojos azules.

—Tiene muy lindos ojos.

Ambas rieron a carcajadas y el mozo les llenó las copas de vino. Brindaron felices por estar de nuevo juntas contándose sus penas. Los problemas parecían menos

complicados cuando se podían hablar con una amiga.

—Seguí contando.

—Nada... Es un tipo raro. Tiene una organización dedicada a eso, me contó que lo quieren desplazar del negocio y que, como no acepta el contrabando más pesado, lo quieren matar. Ya sufrió dos atentados. Por eso vive en Brasil y no puede venir a la Argentina.

La sonrisa se borró del rostro de la psicóloga.

—¿Y para qué te hizo ir a Río?

—La verdad es que no lo sé, pero me parece que quiere que me ocupe de algo que nunca me dijo.

—¿Y por qué te eligió a vos? —volvió a preguntar Marina.

—Por la recomendación de nuestro corresponsal en Alemania. Un viejo divino que cree que soy la mujer maravilla y que me pidió que me ocupe de sus cosas.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Te encontrás con un tipo en un hotel de Río de Janeiro, pasás dos días y dos noches con él y no le decís nada?

—En realidad, como te dije, decidí ir porque acá hacía una semana que llovía, me pagaban el pasaje, el hotel y, encima, honorarios. Me fui a pasar dos días al sol y a ocuparme de algo tranquilo. Y, de pronto, este hombre me cuenta una historia de delito y violencia que me cayó tan mal. Me dio pánico quedar pegada. Y justo cuando estaba por enterarme de lo que quería de mí, lo llamaron por un asunto urgente y todo quedó pendiente. Ni siquiera me acompañó al aeropuerto.

—¡Qué cosa loca! —sentenció Marina, mientras masticaba su pescado.

—Muy loca, demasiado.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a llamarlo a Haas, el abogado alemán que me lo recomendó, y decirle que no puedo ocuparme del tema. Si quieren, designo a un abogado del Estudio para que se haga cargo, pero yo me abro.

—Pero ¿te interesa?

—Es un asunto importante, pero está dentro de un mundo peligroso, que no conozco. Además, vos sabés que penal no es lo mío.

—Sí, entiendo. ¿Y si no te hubiera contado esa historia y se hubiera presentado como un hombre común con un problema común?

—Sería diferente. Mirá, si lo trajera a comer con nosotros vos no te darías cuenta de nada. Es un tipo encantador, a veces hasta un poco inocente en sus razonamientos. Está envuelto en un halo de misterio, sabe varios idiomas y lee latín, conoce de literatura y tiene los modales de un *dandy*.

—¡Lástima que sea un canalla!

—Tampoco es un canalla —lo defendió—. Según me dijo, sus problemas empiezan justamente cuando se niega a entrar en el tráfico pesado.

—¿Tráfico pesado?

—Sí. Drogas, medicamentos, armas. Dice que tiene códigos y cree que eso lo exime de cualquier condena moral.

—Entonces, tampoco es tan, tan canalla.

—No, pero vive amenazado. Y quiere que yo sea su abogada.

—Y, en realidad, no sabés qué hacer.

—No. Sí sé qué voy a hacer —contestó terminante la abogada—. Ya lo tengo decidido: me voy a abrir.

—¿Y por qué no lo hiciste allá o el mismo lunes cuando llegaste?

—Bueno, porque quería pensarlo un poco más.

—Lo que te pasa es que ese tipo te gusta, aunque sea un atorrante.

Mercedes se quedó callada y bajó la vista. Se dedicó a su comida. El plato estaba exquisito y el vino, mejor. Al rato, Mercedes habló:

—A vos no te puedo mentir. Siento una gran contradicción: por un lado, todo me dice que tengo que terminar ya mismo con este asunto y olvidarme de Haas, de Javier y de este viaje. Y, por otro, hay algo que me tiene agarrada.

—¿Te gusta el tipo? —preguntó, directa, la psicóloga.

—Es que como hombre es fantástico. ¡No puedo dejar de pensar en él!

—¡Te enamoraste, boluda! —concluyó, feliz, Marina y se levantó de su asiento para abrazarla.

El lunes, Mercedes llegó temprano a la oficina y se puso a redactar unos memorandos, a responder *mails* y a poner al día sus pendientes. En un post-it grande escribió «Llamar a Haas», y lo pegó en el reloj que tenía enfrente.

Los nuevos miembros de su equipo estaban aclimatándose al ritmo que imponía el trabajo. No era fácil para quienes venían de otras secciones ni para los que salían de Estudios más chicos. Y menos para la abogada que llegaba de un Ministerio Público, con todas las mañas de la burocracia oficial. Debía hablar con ella, explicarle la necesidad de producir honorarios facturables. Sabía que necesitaba del trabajo para enfrentar los costos de la enfermedad de un padre anciano y era por esa razón que había abandonado la tranquilidad de su puesto.

Ésa era una de las tareas que tenía pendientes, como llamar al doctor Haas para terminar de una vez con el caso Javier Costa. Pensó que, con la diferencia horaria, en Alemania sería cerca del mediodía. Pero no llamó. Y ya había pasado una semana desde su vuelta de Río.

¡Tenía que hacerlo! Levantó el teléfono para marcar, pero justo en ese momento entró Eleonora con su infaltable anotador y la obligó, una vez más, a posponerlo. Después atendió a un par de abogados y llamó al grupo que tenía a su cargo por un tema corporativo complicado.

Cuando se quedó otra vez sola en su despacho, se dedicó a llenar la planilla con el

tiempo dedicado a cada cliente. Era un programa que, en ventanas desplegadas, demandaba el nombre del cliente, el tiempo utilizado y una breve reseña de la tarea realizada. La máquina se encargaba de guardarlo en su memoria, intercalarlo en orden cronológico con los trabajos declarados por otros abogados, los auxiliares y el personal administrativo. El programa hacía el cálculo según el nivel acordado de honorarios, que variaba según la jerarquía del que realizaba la tarea, desde el abogado sénior al administrativo o el cadete.

Era una tarea tediosa pero sustancial. A partir de esta evaluación del personal se consideraba la asignación de bonos, que se distribuían dos veces al año: en julio y en diciembre.

Mercedes terminó su día de trabajo. Aunque todavía le quedaban dos tareas pendientes: la conversación con la abogada y la llamada al doctor Haas. Miró el reloj; ya era demasiado tarde para llamar a Europa.

Capítulo 10

—Doctora, el doctor Haas está en línea —anunció Eleonora.

—Páselo.

Mercedes se sintió impelida a enfrentar la situación de una vez por todas. Era ella quien tendría que haber tomado la iniciativa, pero la duda la había demorado. Inspiró hondo, levantó el tubo y dijo en alemán:

—*Geehrter Günther!*

—¿Qué tal, Mercedes? —le contestó él, en un castellano con inevitable acento.

—Bien. Estuve por llamarlo todo este tiempo pero tuve algunas complicaciones en el trabajo —se excusó.

—No se preocupe, yo estuve de viaje.

—Quería hablar con usted sobre el tema de su amigo, el señor Costa —lo encaró Mercedes, decidida y tomando la delantera.

—Yo también. Me tiene preocupado.

—En realidad, no tuve mucho tiempo para enterarme de qué necesita concretamente, pero me dijo algunas cosas que no me gustan —dijo Mercedes, frontal.

—Me imagino, pero yo le puedo garantizar que Javier es un hombre de principios, aunque *prima facie* no parezca por su forma de ganarse la vida.

—Bueno, Günther, ¡pero está voluntaria y conscientemente fuera de la ley!

—Sí, pero tiene principios. Ojalá fueran como él algunos de los grandes banqueros y empresarios que tengo de clientes y que no dudamos en asesorar.

—Está bien —aceptó Mercedes—, es una forma particular de ver las cosas. Para nosotros, los abogados, las leyes representan una forma civilizada de vivir —dijo, preparando el terreno para su excusa.

—De acuerdo, pero en la civilización hay buenos y malos y Javier...

—He decidido apartarme de este asunto —lo cortó, decidida a no volverse atrás—. Creo que me excede. Si usted quiere, el Estudio puede hacerse cargo del caso con su cuerpo de abogados y estoy segura de que harán un buen trabajo.

—No, Mercedes, no. Usted es la persona indicada, y por eso le pedí que viajara a Río. Lamentablemente, no hubo tiempo de conocerse mejor y ahora usted quedó impresionada con su costado oscuro.

—Creo que lo que escuché fue suficiente, Günther. Costa es un hombre que vive del contrabando, de falsificar marcas y de piratear derechos intelectuales. Sufrió dos atentados y lo buscan para matarlo. ¿Le parece poco?

—No, claro que es mucho, muchísimo. Pero le puedo asegurar que no es un mafioso.

—Y para mí no es suficiente, doctor —dijo la abogada con voz firme.

—Mercedes, le tengo que pedir un favor personal —dijo el alemán, dulcificando la voz.

—Dígame, doctor.

—Quiero que conozca a Javier y su historia, y recién después tome su decisión definitiva.

—No creo que cambie de parecer.

—Por favor, es importante para mí y para él.

—No puedo, doctor. Me cuesta mucho decirle esto pero lo he pensado mucho y mi decisión es irrevocable —contestó ella, con voz firme.

—Venga a verme. Yo pago los viáticos y los honorarios, y hablemos.

—Me pone en un aprieto, doctor...

—Y no quiero hacerlo, Mercedes, pero creo que es indispensable que conozca toda la historia antes de decidirse.

El doctor Haas era corresponsal del Estudio desde antes que ella fuera socia; una persona sensata por quien sentía gran aprecio. Pero era ahora o nunca. Si aceptaba, entraba otra vez en el círculo de Javier Costa, que tanto la desestabilizaba.

—No, doctor. Usted sabe lo que yo lo aprecio, pero lo que me está pidiendo me excede como abogada y como persona.

—Está bien, Mercedes. Mejor, dejemos pasar un tiempo.

Cuando cortó, la imperturbable doctora Lascano se puso a llorar como una niña. Hacía años que no se quebraba así. Cuando dejó de hipar, se metió en el baño para arreglarse el maquillaje. Pero su corazón seguía pesado por un final que le dolía más de lo esperado.

Los tiempos se aceleraban. La manifestación se convocó para el jueves a las tres de la tarde. Eran el día y el horario más propicios para la movilización de los obreros. Si la hubieran puesto en un viernes, muchos habrían faltado.

Movilizar semejante cantidad de personas no era tarea sencilla. La contratación de los ómnibus, en su mayoría escolares o de línea, estaba organizada: un representante acordaba la cantidad de vehículos necesarios, los precios y los lugares donde recoger a la gente para llevarla hasta el acto. Eran decenas de vehículos y los choferes sabían que no podían dejar subir a nadie en el viaje de ida pero, a la vuelta, cada uno podía elegir dónde bajarse.

Para darles de comer, se preparaban sándwiches de salame o de mortadela, que se envolvían individualmente en polietileno para distribuirlos junto a una lata de gaseosa. Todo se acomodaba en una caja de cartón, donde se anotaba la cantidad y el nombre del delegado del sindicato que iba a cargo de ese ómnibus. Él también repartía las banderas y los carteles.

Por otro lado, iban los «muchachos contratados» que eran mucho más caros pero traían menos problemas. Y los «voluntarios», desocupados de barrios marginales o villas de emergencia, que respondían a punteros. Estos punteros estaban disponibles siempre que se necesitaba juntar gente para manifestar por las causas más diversas.

Sus convocados cobraban una suma equivalente a dos o tres días del salario de un obrero, una merienda y algún adicional para las mujeres con niños. Los punteros se quedaban con la diferencia.

Otro aspecto del montaje era el sonido y la escenografía. Para ese acto en la Plaza de los Dos Congresos se había levantado un estrado con gigantografías colgantes. Se contrató un grupo de folclore para entretener a la gente y se previeron tres oradores: uno por los estudiantes, otro por la Confederación General del Trabajo y, por último, el secretario general. Además los bombos, la percusión, piezas de reemplazo por posibles averías, pecheras para identificar a los delegados del sindicato, para la seguridad, panfletos para arrojar desde los vehículos.

A otro nivel, Gavilán se ocupaba de la prensa y las relaciones públicas. Había que garantizar la cobertura del evento, magnificando siempre las cifras de los concurrentes y con comentarios elogiosos a la organización y las causas. Quería que todo quedara registrado.

Gavilán ni se acercaba por aquellos días a la sede del sindicato. Ser un desconocido y trabajar desde las sombras era parte vital de su profesión. Pero estaba informado hasta el detalle de lo que pasaba, de cómo se organizaban, de los problemas que enfrentaban y de las dificultades que esperaban. Si notaba que faltaba el dinero, enviaba aportes extra. Lo realmente importante era que el acto no fracasara y que concurriera la mayor cantidad posible de gente.

Era el día de su cita extra en el instituto. El tratamiento ya había concluido y estaba encantada con los resultados. Se había propuesto continuar con visitas quincenales, los primeros y terceros sábados. Hedonismo puro para tapar los agujeros que se hacían más notorios los fines de semana.

Esa noche Marina no tenía con quién dejar a los chicos, pero estaba muy curiosa por saber cómo seguía el asunto de Javier; tanto que la había llamado al celular. Habían quedado en verse media hora antes de su sesión de masajes.

Mercedes golpeó la puerta del despacho de su amiga antes de entrar. La encontró sola, sentada en un sillón, preparada para escucharla.

—¿Y? ¿Qué pasó? —le preguntó, ansiosa, antes de que se sentara siquiera.

—Me llamó Günther Haas y le dije que no me haría cargo.

—¡Pero qué tonta!

—Pará. Creo que hice bien. Me estoy arruinando la vida por un metejón que, además, es peligroso.

—Sos una cagona.

—Y... sí —admitió con una sonrisa triste.

—¿Ves que tengo razón? Estás loca por ese Javier. Se te ve en la cara y te duele tu decisión.

—Por supuesto que me duele. Pero era necesario. De otra forma me complicaría

la vida. Estoy hasta el moño de misterios y temores. Quiero volver a ser la de antes, trabajar tranquila, darme los gustos y proyectar mi futuro.

—¡Qué mina de suerte que sos! —dijo, irónica, la psicóloga.

—No seas así, Marina. Ya te confesé que Javier me tiene atrapada, que no me conviene y que ya estoy grande para locuras. Tomé una decisión que no fue fácil, pero estoy segura que es la correcta. Ayúdame en vez de criticarme.

—Por supuesto, perdoname —dijo Marina con una sonrisa y pasándole una mano por el brazo.

—Es que no puedo tirar todo por la borda. Me costó mucho llegar adonde estoy para dedicarme a atender a un traficante o, peor, a compartir algo con él. Imaginate que, cualquiera fuera el rol en que me ponga, siempre estaría en la mira de alguien que quiere eliminarlo. Nadie sabe la información que manejo.

—¿Entonces...?

—Le dije que no es un tema para mí, que no estoy especializada en esa rama del derecho. El caso se archivará o lo tomará algún otro abogado que yo recomiende para no perjudicar la relación entre los Estudios.

—Está bien. ¿Qué querés que te diga? Me angustia ver que quizás estás desperdiciando otra oportunidad. Antes, Rodolfo, y ahora...

—¡Es que siempre caigo en el hombre equivocado! Siempre alguien con un gran impedimento.

—Pero vos tampoco te jugás nunca a fondo —sentenció la psicóloga.

Mercedes sabía que lo que su amiga decía era cierto. Su cara revelaba la contradicción, y su tristeza. Marina se levantó para abrazarla.

—No te preocupes. Ya estoy grandecita como para saber sobrellevar otra pena de amor —le dijo Mercedes—. Lo que lamento es que no voy a poder sacarme una duda —agregó con una sonrisa pícara.

—¿Cuál?

—Saber qué son todas esas cicatrices que tiene y...

—¿Y...? —retomó Marina.

—Y si también las tiene en otras partes de su cuerpo. Y si no le falta nada...

Marina se rio con ganas, y acabó contagiándola.

Un rato después, con la cabeza encastrada en el agujero de la camilla de los masajes, Mercedes no podía dejar de pensar en Javier Costa y en su cuerpo varonil y lacerado. ¿Cómo sería abajo de la malla?

El diario de la mañana estaba plagado de notas sobre el tema Halcón: la manifestación del día siguiente, la politización del caso, la independencia de los poderes, etcétera.

El proyecto de declaración que iba a tratar la Cámara de Diputados merecía un recuadro especial. Se transcribían párrafos que discurrían sobre las riquezas naturales

del país, la necesidad de preservar las fuentes de trabajo y el interés nacional comprometido. El diputado Berardi, autor del proyecto, sonreía desde una foto en el centro de la página.

Mercedes bajó el diario y apoyó la taza de café en el plato. Se quedó pensando que ella era una de las pocas enteradas del verdadero trasfondo de esta movilización, de cómo se puede apretar para lograr una sentencia favorable a un interés.

En sus años de profesión había conocido a muchos jueces. Había de todo, como en cualquier lado: los honestos y los que no lo eran, los que se dejaban influir y los que pagaban con sus sentencias favores recibidos, los que trabajaban a conciencia y los que detentaban el cargo sólo para lucirse. Pero, en general, tenía una buena opinión de los miembros de la Justicia.

No conocía a los miembros de esta Cámara, pero sabía que eran funcionarios con años de trayectoria. Se los imaginaba leyendo los diarios y temiendo por su futuro en caso de fallar en contra de Halcón.

¿Cómo harían para resistir semejante presión? ¿Cómo fallar libremente? Mercedes pensó que juzgar de acuerdo a las propias convicciones era propio de hombres extraordinarios.

Lo que estaba viendo en el diario era el resultado directo de una acción mediática planeada por una de las partes, a través de su abogado. ¡Y ese abogado era de su Estudio! ¡Era socio como ella! Era un profesional de su mismo nivel que actuaba con el consentimiento implícito de los demás integrantes de una organización legal que temía las consecuencias de un fallo.

Estaba por comenzar una nueva reunión de socios, y ella repasó en su cabeza el tema que la concernía más directamente: la productividad de su sector. Fue hasta su baño para retocarse el maquillaje.

Como todas las veces, el socio administrador dio su informe sobre la situación financiera del Estudio, las proyecciones previstas, el nivel de gastos y la productividad del personal letrado. Pasó revista también al resto del plantel, incluyendo a los auxiliares, empleados administrativos, traductores y al sector que no facturaba, como la gente de limpieza, las recepcionistas, los ordenanzas y el personal del bufé.

Beltramino le cedió la palabra a Mercedes, para que explicara por qué la computadora destacaba en rojo a su equipo. Mercedes miró sus apuntes y comenzó explicando que los nuevos abogados y las empleadas que acababan de ingresar necesitaban un tiempo mínimo para ponerse en ritmo. Además, las licencias por maternidad repercutían negativamente en el balance.

—Es cierto, como se indica en el informe, que mi equipo se encuentra un 7,11% por debajo de la producción ponderada del personal del Estudio y ya he explicado por qué. Pero tengamos en cuenta que el mes pasado fue apenas un -2,89%, y que venimos de un 8,21% arriba en el semestre. En lo que va del año, llevamos un nivel de 0,33% sobre la media pretendida. Cabe decir, pues, que una golondrina no hace

verano.

Algunos de los socios sonrieron. La doctora Lascano continuó, ya menos exigida:

—Es sólo un bache momentáneo —dijo, después de tomar un sorbo de agua—, producto de la inexperiencia de los nuevos abogados, la maternidad, la incorporación de clientes a los que no se puede asustar con facturaciones elevadas y los problemas propios de la articulación de un equipo que ha rendido al Estudio promedios superiores en el año. Pronto pasaremos del rojo al azul. Se los garantizo.

La doctora Lascano era aguda y firme cuando quería. Después de ella, se trataron temas diversos, pero del caso Brighton c/Halcón nadie dijo una palabra. Massa había faltado a la reunión alegando obligaciones impostergables.

A las dos horas y veinte minutos Beltramino dio por terminada la junta. Pero, antes de que se marcharan, dijo en voz alta:

—Por favor, Mercedes, quédese unos minutos que necesito hablar con usted.

Cuando todos se retiraron, se sentaron en sillones contiguos para distenderse un poco. Entre ellos no había rispideces porque siempre habían sido francos y frontales el uno con el otro. Y, como se estimaban, no competían.

—Mercedes, no quise decir nada en la reunión, pero usted no informó de su viaje a Brasil.

—No, no lo hice porque todavía no tenemos ni un caso ni un cliente. Fue una reunión exploratoria por la que se pagaron honorarios y gastos por adelantado. Se trata de un buen tema para el Estudio, pero hay varias cosas que aclarar antes de tomar el caso. Ni ese cliente ni el viaje están contabilizados en esas malditas estadísticas.

Beltramino sonrió ante la diatriba de su socia contra la dictadura cibernética.

—Pero ¿de qué se trata?

—El doctor Haas me pidió que atendiera a un amigo que anda con algunos problemas con la Aduana. Insiste en que sea yo la que se ocupe personalmente porque hay cuestiones personales complicadas que no quiere que se difundan.

—Bueno, no sabía que era un tema de Haas. Con él no hay problema, es todo un señor y un excelente abogado. Le debemos muchas cosas y clientes importantes. Domina el ambiente jurídico de media Europa. Me llegaron noticias de que se está expandiendo a los países que se incorporan a la Comunidad Económica y navegando en la crisis del euro con destreza.

—Sí, doctor, pero éste es un caso delicado. Se trata de un amigo al que le debe algún favor, o algo, no sé. Me entrevisté con este amigo de Haas en Río de Janeiro, pero lo suyo envuelve cuestiones del bajo mundo y yo no me siento cómoda en esa área. Voy a tratar de pasárselo al equipo de penal.

Beltramino arqueó las cejas intrigado, y dijo:

—Lo dejo en sus manos, Mercedes. Cualquier cosa que podamos hacer por Haas está bien. Si necesita algo, no tiene más que decírmelo.

—Gracias, doctor. Y, ahora que estamos a solas, quería hacerle una pregunta.

Cuando el doctor Massa dijo que perdíamos el caso Brighton c/Halcón y propuso presionar a la Cámara mediante una campaña de publicidad y marketing... — Beltramino asintió porque adivinaba su pregunta—. Todo esto que está pasando, ¿es obra de él?

—Me temo que sí, en gran parte —admitió—, pero, tal como quedamos aquella vez, ninguno de nosotros tiene oficialmente conocimiento de nada. El lunes tuve una reunión con el contador Moreno, el presidente de Halcón. Está un poco preocupado por el rumbo que están tomado las cosas.

—Bueno. Hay que admitir que ha sido efectivo, aunque le debo confesar que se me revuelven las tripas cuando veo tanta declamación de patriotismo y sé que en el fondo se trata de una cuestión de intereses.

—A mí me pasa lo mismo, Mercedes. Pero, a esta edad, tengo la piel gruesa y ya son pocas las cosas que me sorprenden.

—Creo que, en estas condiciones, va a ser imposible una sentencia ecuánime. Es tal el apriete que los jueces no deben saber qué hacer. Temo tanto que voten a favor para seguir la corriente como que, aunque no sea más que por reacción, se pronuncien en contra. La Justicia, una vez más, la gran ausente.

—Es cierto. Se dice que no saben qué hacer. Uno ya cambió su voto, me contaron. Y que ellos mismos escriben en sus computadoras porque no confían ni en sus secretarios.

—¡Qué disparate!

—La semana que viene saldría la sentencia y se termina el circo.

—Le quiero pedir que, si ganamos, no me llame para el brindis —le dijo, jocosa, Mercedes.

El jueves de la manifestación amaneció nublado y fresco: ideal. El aparato sindical y logístico comenzó a trabajar desde temprano. Cada dirigente o puntero tenía una tarea asignada y respondía a otro de mayor jerarquía en una organización prolijamente piramidal.

La marcha estaba anunciada para las tres de la tarde en la Plaza de los Dos Congresos. Los vecinos de la zona se preparaban para las repercusiones de esto en su rutina. Buenos Aires llevaba tantos años acostumbrándose a las manifestaciones populares en las calles, que ya era parte de la vida diaria de los porteños chequear la programación del día. Como se chequea el clima.

Si había trámites para hacer, la gente aprovechaba la mañana o tomaban medidas para evitar la plaza. Algunos comercios ponían rejas para proteger sus vidrios y los arrebatos. Otros, directamente, daban asueto a su personal y bajaban las cortinas metálicas.

La policía armó un amplio plan de seguridad para la ocasión. Un grupo de especialistas en antimotines había evaluado la cantidad de asistentes, los canales de

acceso, el estacionamiento de los camiones y colectivos, la agresividad de las organizaciones convocantes, la posibilidad de infiltrados y de enfrentamientos entre grupos rivales. Era poco lo que se dejaba al azar. En grandes mapas delineaban el corte de calles para impedir accidentes o conflictos entre los manifestantes y los conductores. Además, tenían en reserva a grupos de choque de la infantería, camiones hidrantes y dotaciones de bomberos. Se pasaba un alerta a los hospitales públicos cercanos para asegurarse de que la guardia estuviera equipada por eventuales accidentes y traumas.

Gavilán se instaló en un departamento a pocas cuadras de la plaza. Lo acompañaban varios de sus colaboradores. Sólo un par de capítostes del sindicato conocían los números para contactarse a los celulares que tenía sobre la mesa.

El grupo de choque se juntaba en un galpón alejado del centro, en Nueva Pompeya. Allí se impartían las instrucciones de desplazamiento y ubicación en la plaza. Irían en grupos de tres o cuatro, para protegerse entre ellos. Llegarían al lugar cuando hubiera bastante gente como para mimetizarse sin dificultad. Viajarían hasta el lugar en transporte público o automóviles particulares, pero, en cualquier caso, harían las últimas cinco cuadras caminando mezclados con la gente.

Tenían que ser discretos con la ropa. Y acompañar a la multitud en los cánticos, los gritos y los movimientos. Uno en cada grupo llevaría un celular barato o un pequeño vibrador para recibir la indicación de cuándo actuar. Tenían instrucciones precisas de cómo provocar los primeros disturbios en su sector para que se fueran pasando a la masa. O se enfrentaban entre ellos o provocaban a otros manifestantes, y enseguida se sumaban los obreros, más por aburrimiento que por convicción.

A las dos comenzaron a llegar los primeros manifestantes en grupos con carteles y banderas. Como era temprano, se pusieron a comer sus viandas en la vereda. Una de las consignas era no ensuciar demasiado para evitar quejas de los vecinos. Para eso, les pidieron que depositaran latas y papeles en grandes bolsas negras que cargaron los mismos transportes.

Tres camionetas equipadas con poderosos parlantes se ubicaron en puntos neurálgicos de la plaza y comenzaron a pasar música y canciones especialmente seleccionadas por especialistas en motivación.

Columnas compactas de manifestantes llegaban por los distintos accesos al son de bombos y redoblantes, coreando consignas y agitando banderas. Todos querían ubicarse lo más cerca posible del palco que se levantaba sobre la avenida Entre Ríos.

Los provocadores esperaban en el galpón la orden para mezclarse con la multitud. Cuando todo terminara, se reencontrarían allí mismo para evaluar las bajas por detenciones o heridos y el pago de lo acordado, que podía ser en dinero o con drogas. Debían cuidar muy bien que la policía no los siguiera.

Mercedes sentía una inquietud que no podía disimular y que creía tenía que ver

con la marcha convocada para esa tarde por el Sindicato de Energía. Independientemente de lo que declamaba la prensa, ella sabía que la última finalidad de toda esa movida era presionar a la Cámara de Apelaciones para que fallara a favor de Halcón.

Trató de abstraerse del caso para ponerse a corregir los honorarios facturados de su equipo. Revisó los listados de los profesionales, de los paralegales y de los administrativos. Con unos simples retoques en la planilla lograría subir los índices de facturación de su área, que estaba en déficit.

Mantuvo una reunión con tres abogados que trabajaban en el análisis de un complicado contrato de prestación de servicios informáticos a una multinacional. Se trataba de un antiguo cliente del Estudio y el convenio debía ser modificado porque se le imponían obligaciones y cargas excesivas basadas en la exclusividad de la prestación. Si firmaban el contrato de adhesión quedaban como rehenes de su prestador, una asimetría contractual que ellos, como abogados, no podían aconsejar a su cliente.

Cuando volvió a su escritorio, tenía varios *mails* sin abrir en su casilla y dos llamadas telefónicas: Horacio y el doctor Haas. Con un gesto despectivo, arrugó el papelito con la llamada de su insistente amante y apretó el otro en su mano. Marcó el número de Munich, que ya se sabía de memoria.

—¿Cómo anda, Mercedes? ¿Las cosas bien por allá? —la saludó Haas una vez que le transfirieron la llamada.

—Todo muy bien. Muchas gracias. El clima está mejor, por suerte.

—Mercedes —dijo el abogado, acortando los preliminares—, insisto en llamarla para saber si cambió de parecer sobre Javier Costa.

—No, doctor. Me incomoda sobremanera decirle esto, pero no quiero que mi vida se complique con un caso que no sé si puedo manejar. Soy consciente de mis limitaciones.

—Siga considerándolo, Mercedes, pero quédese tranquila porque yo no voy a obligarla.

—Gracias, doctor. Si cambio de idea, usted será el primero en saberlo. ¡Ah! Tengo un *pendrive* para entregarle. Me lo dio el señor Costa para que lo viera y después se lo diera a usted.

—¿Y qué le pareció?

—Nunca lo abrí, doctor. Sólo me animaría a verlo si tomara el caso y como me aparto, queda a su disposición.

—Puede verlo si quiere.

—No, mi querido doctor, no soy la abogada de Javier Costa y no tengo por qué enterarme más de sus asuntos.

Para las tres de la tarde, ya no había demasiado espacio libre en la Plaza de los

Dos Congresos. Antes de que el acto comenzara, la policía había calculado una asistencia de veintiocho mil personas, multiplicando el espacio por una estimación aproximada de gente por metro cuadrado.

Un locutor vociferaba consignas y, en un alto de la música, leyó con voz sentida un poema de Atahualpa Yupanqui sobre la defensa de la tierra y de las tradiciones. De vez en cuando se oía un estribillo en un rincón, y al poco rato ya lo coreaban todas las gargantas, hasta hacerse menos intenso. Entre ese ejercicio y con los bombos se pasaba el rato hasta que llegaron los oradores.

El secretario general del sindicato había quedado como único orador y subió al podio pasadas las 3 y media. Iba acompañado de un nutrido grupo de segundones que levantaban sus brazos saludando a la multitud. Se ubicaron en semicírculo detrás de una tarima elevada. La mayoría vestía camisa y campera.

«¡Compañeros!»

(Gritó para empezar, provocando una algarabía que duró un par de minutos.)

«Hoy estamos aquí reunidos para defender a la Patria de la voracidad de los intereses internacionales.»

(Nuevo estallido de aprobación.)

«Como en aquellos lejanos días de nuestra independencia, es un deber sagrado luchar para que nadie saquee a la Patria.»

(Otra vez el griterío, acompañado por bombos y redoblantes.)

«Los puestos de trabajo de nuestros compañeros están amenazados por la codicia de los extranjeros, que no tiene límites en su ambición de explotación.»

«Nuestra dignidad está en juego. Vamos a ponerle el pecho a estos desalmados imperialistas. Nadie va a doblegar al pueblo argentino, que es generoso y manso hasta que se siente pisoteado por la explotación.»

(Un estallido de voces aprobó la arenga belicosa.)

Desde el palco, los dirigentes percibieron unos movimientos extraños en la uniforme superficie de cabezas. A la primera riña siguieron otras, que fueron multiplicándose en la masa. En vano uno de los dirigentes apelaba a los agentes de seguridad por el micrófono. Eran pocos, los de la pechera naranja, y poco lo que podían hacer para contener a los exaltados.

«¡Compañeros! Tenemos que evitar la provocación de la patronal, que intentan convertir este acto pacífico y espléndido en algo para criticar. ¡No permitamos que nos usen para sus fines tramposos! Colaboremos con los encargados de seguridad aislando a los infiltrados.»

Gritó el secretario general con el rostro enrojecido, pero ya nadie lo escuchaba y el desorden se generalizaba, dejando manchones vacíos entre la multitud, porque algunos manifestantes empezaban a retirarse. Una cosa era venir a la Capital por una vianda gratis y otra muy diferente era terminar en el hospital con la cabeza abierta.

También hubo deserciones en el mismo palco. A esa altura, el discurso del secretario general se perdía completamente entre los gritos e insultos. Los reporteros

que estaban cubriendo la marcha se concentraron en los hechos de violencia que sucedían a su alrededor: nada había más atractivo para los telespectadores que los desmanes, en la cancha o en la plaza.

El comisario a cargo del operativo de seguridad dudaba si mandar a reprimir. Su gente de infantería estaba lista y los camiones hidrantes encendían sus motores. Un helicóptero transmitía el panorama, apuntándole los focos de conflicto. El jefe sabía que, si daba la orden, provocaría *ipso facto* una situación por demás riesgosa. Y no estaba seguro porque sabía que los políticos siempre encontraban la manera de descargar su responsabilidad en la policía.

El helicóptero le avisó que, en la periferia de la plaza, donde se desviaba el tráfico, un grupo había comenzado a golpear y asaltar a los automovilistas que se resistían. A un muchacho corpulento que había quedado atrapado lo estaban golpeando con saña e intentando volcarle el auto. Por la radio policial se oyó la orden de avanzar. El pelotón más entrenado y equipado se dirigió hacia la Plaza Lorea para controlar el salvajismo.

En su oficina, Mercedes veía en directo los desmanes. Se le sumaron después un par de abogados de su equipo y Eleonora, y todos comentaban horrorizados los disturbios.

Las fotografías aéreas revelaban que la convocatoria había sido importante. Una lástima que el acto se desvirtuara por los disturbios que nadie sabía por quién ni cómo habían empezado.

El saldo del desmadre fueron dos autos incendiados, cuatro negocios saqueados y decenas de vidrieras rotas. Catorce personas resultaron heridas: nueve civiles y cinco policías. Y, lo más lamentable de todo: una niñita de cuatro años había muerto, aparentemente pisoteada por la multitud. La pantalla de televisión reproducía vez tras otra la cara llorosa y desesperada de su madre, una mujer humilde que reclamaba el cadáver de su hija.

No faltó quien culpara a la policía por disparar balas de goma y por iniciar una represión «indiscriminada y brutal» que había originado la estampida que acabó aplastando a la pequeña. Mercedes se sintió mal al ver el rostro sonriente de la pequeña en una fotografía que exhibía un familiar. La madre, sustento de su familia, tenía siete hijos.

Esa noche no pudo dormir. La torturaba pensar que todo aquello era producto de la trama ideada por un socio para no perder un maldito juicio. Estaba segura de que ni Massa ni sus colaboradores estarían sintiendo alguna culpa por esa muerte inocente. A las seis y media de la mañana, decidió poner fin a las imágenes que se agolpaban en su cabeza y se levantó para ir a trabajar.

Pese a la falta de sueño, tuvo una mañana efectiva. A las dos de la tarde, mientras almorzaba algo en su escritorio, la llamó el doctor Beltramino: quería verla.

—Estoy abrumado, Mercedes —se confesó, cuando ella entró en la oficina del socio.

—¿Por la manifestación?

—Sí, y por esa chiquita que murió aplastada por la gente. La sola imagen me tortura. Siento que tenemos algún grado de responsabilidad.

—A mí me pasa lo mismo.

—Lo sé, y por eso la llamé. Siento que esa chiquita, que tiene la edad de una de mis nietas, murió por varios motivos pero uno de ellos es haberle dado el visto bueno a Massa para su campaña. Cada vez que lo recuerdo se me revuelve el estómago. Me duele, Mercedes.

—Lo entiendo plenamente, doctor. Pero anoche, cuando no podía dormir, me dije que, aun cuando nosotros no hubiéramos patrocinado la campaña, es posible que la manifestación se hubiera hecho igual y la gresca, producido las mismas víctimas.

—Es cierto lo que dice. Pero de todas formas voy a hablar con Massa para que pare todo esto. Que el fallo salga como salga y cuando los jueces quieran.

—Me parece bien, doctor. Aunque nada podemos hacer ahora por esa chiquita, creo que debemos parar esta escalada que no sabemos hasta dónde puede llegar. ¿Quiere que esté presente en la conversación?

—No, Mercedes, muchas gracias. Y me voy a ocupar de que el grupo Halcón aporte fondos para indemnizar a esa pobre gente.

—Me parece una buena idea, doctor. Cuando venía para aquí me imaginaba la fila de abogados que debe tener en la puerta esa pobre madre para convencerla de demandar a la policía o al sindicato. Yo trataría de que Halcón pagara una beca para los hermanos de la chiquita. De esa forma nadie podrá arrebatarles el dinero.

—Es buena idea —aceptó Beltramino—. Voy a exigirle a Massa que consiga esa donación y que mande a alguno de nuestros abogados para evitar que influyan sobre la madre.

—Y tiene algo más para convencerlos, doctor. Apuesto a que la gente de relaciones institucionales del grupo Halcón va a estar feliz de que el público se entere del tema de las becas. Un punto más para su campaña. Hasta Massa va a estar contento con la idea.

Cuando Mercedes se aprontaba para marcharse, Beltramino le habló de nuevo.

—Me llamó el doctor Haas por un viejo asunto que tenemos y me habló maravillas de usted.

—Es divino —respondió Mercedes, temiendo que Javier fuera el motivo de esa conversación.

—También me dice que usted no quiere asumir la representación de un señor Costa, amigo de él.

—Es un tema complicado, doctor. Tengo varios motivos para no asumirlo. Ya se lo dije.

—¿Le parece que lo hablemos? —preguntó Beltramino.

—Me gustaría, pero en otro momento. Primero tengo que aclarar unas ideas y después podemos conversarlo.

—Cuando usted quiera, Mercedes. No tiene más que avisarme. Si quiere, podemos comer en un lugar tranquilo.

—De acuerdo. Muchas gracias, doctor.

Hacía años que conocía a Beltramino y era notable como, cada vez que conversaban, ella lograba calmar sus inquietudes. Había una comunicación directa entre ellos, tanto intelectual como afectiva: compartían otros valores más allá de los profesionales. Lo de Massa era un ejemplo. Ambos se sentían de alguna forma cómplices del aparato montado y de sus consecuencias.

Y ahora el doctor Beltramino se interesaba por el caso Javier Costa. ¿Acaso Haas la estaría presionando por su intermedio? No, era un hombre íntegro y no se lo imaginaba tomando atajos para forzarla a algo.

Como todos los viernes, en el Estudio reinaba un clima más distendido. El personal vestía ropa sport, salvo que tuviera que atender alguna situación protocolar. En el último día de la semana las reuniones se espaciaban y los *mails*, menguaban. Era difícil encontrar a alguien en la oficina después de las seis de la tarde y hasta se consideraba de mal gusto llamar después de esa hora. Desde hacía años, Mercedes había tomado la costumbre de destinar ese rato a ordenar la agenda de la semana siguiente.

Como el jueves viajaba a México, Colombia y Perú, quería preparar los temas a trabajar en su ausencia. Aunque, a decir verdad, igual estaría en contacto. Bajó la intensidad de las luces del techo y encendió las lámparas de mesa, que le daban a su despacho una sensación de mayor intimidad. Buscó su block y comenzó a enlistar las tareas pendientes.

Era metódica y bastante obsesiva. Sentía un raro placer en organizarse para que nada quedara librado al azar. Una vez completa la lista, apuntó algunas cosas más en los bordes apretados de la hoja. No quería empezar otra y perder la visión del conjunto.

Recién entonces se dedicó a clasificar los temas según dos parámetros: los que podía analizar el fin de semana y los que requerían tratarse en día hábil. Después los ordenaba según su importancia o el tiempo que demandarían. Utilizaba números y marcadores de colores.

Arrancó la hoja del block. En otra página en blanco trazó un cuadro, con una columna para cada día de la semana, de sábado a miércoles. Clasificó los temas, dando prioridad a los más sencillos y dejando los más complejos para el final.

Las columnas del lunes y del martes estaban cargadas de llamadas y reuniones, con el tiempo estipulado para cada cosa. El miércoles quedaba disponible para terminar lo pendiente y resolver los imprevistos que siempre aparecían. Y así fue

pasando cada ítem de la lista al cuadro. Cuando terminó, hizo un bollo con el primer borrador y lo arrojó en el cesto.

—Hasta el lunes, doctora —la saludó Eleonora, asomándose por la puerta—. ¿Necesita algo más?

—No, gracias. Hasta el lunes. ¡Ah, sí! La semana que viene tengo que viajar así que vamos a tener que apurar algunas cosas.

—Cómo no. Usted dispone.

—Gracias.

—Que tenga un buen fin de semana, doctora.

—Igualmente.

Cuando la secretaria cerró la puerta, Mercedes pensó que esa mujer, tan indispensable para ella, salía del edificio para emprender un largo viaje en colectivo y en tren hasta su casa en la hora pico, apretada por el gentío. Cuando llegara, iba a encargarse de la comida de su familia y de los problemas domésticos.

Qué distinta era su vida de la de Eleonora. Allí estaba ella, en su despacho suntuoso y con un fin de semana por delante sin demasiado que hacer. Su asistente, en cambio, viajaba hasta su casa para seguir trabajando. Claro que tenía a su familia, mientras que a Mercedes nada le quitaba esa sensación de soledad.

Y, aunque sabía que habría varias personas que estaban dispuestas a compartir un rato con ella, nada lograba entusiasmarla demasiado. Lo único que quería era darse una ducha caliente y dormir profundamente. La idea de salir a esa hora, en plena hora pico, la abrumó. De todas formas, no tenía mucho que hacer en su casa más que comer algo y acostarse con la televisión encendida. Estiró sus músculos, puso música y volvió a su escritorio para encarar el primer tema de la columna SÁ.

La imagen de Javier recostado en la arena se le hizo patente. Esta vez, no trató de apartarla.

Anocheceía en Buenos Aires. El juez Magliano bajaba los escalones gastados del acceso principal al Palacio de Justicia. Parecía agobiado; su rostro traducía angustia. El juez se palpó el bolsillo de su saco para confirmar que tenía el *pendrive* con su voto para la sentencia del asunto Brighton c/Halcón.

El caso había generado una situación delicada entre los tres jueces de la Cámara. No estaba seguro de cómo se resolvería, pero imaginaba que no existía unanimidad. Desde un primer momento, supo que uno de los jueces votaría a favor de Halcón porque así se lo había indicado su padrino político. El segundo camarista se mostraba dubitativo, aunque en la última semana se corría el rumor de que también se inclinaría por Halcón.

Eran constantes las llamadas de amigos, parientes y hasta colegas, induciéndolos a favorecer a una de las partes. El profesor titular de la cátedra de Recursos Naturales de la Facultad de Derecho había publicado un artículo fundamentando la validez de la

licitación cuestionada basándose en argumentos jurídicos importantes. Magliano estaba al tanto de la relación de ese profesor con el Ministerio donde se había hecho la licitación y de las impugnaciones de la Brighton rechazadas por argumentos formales.

La presión era enorme. La prensa toda, los sindicatos, las organizaciones políticas y sociales tenían ya su posición tomada y no parecían muy dispuestas a aceptar otro veredicto que no fuera a favor de Halcón. Los discursos y las notas traían amenazas entre líneas o, directamente, explícitas. Funcionarios del gobierno se comunicaban para ofrecer su información, estadísticas o visitas guiadas a las plantas productoras. Y hasta el propio Congreso de la Nación trataba en comisión un proyecto de ley que resguardara «los intereses y la soberanía nacional».

Un par de meses atrás, cuando la causa llegó a su escritorio, el juez Magliano la había leído a conciencia. El expediente era voluminoso y, desde la primera lectura, Magliano se inclinó a favor de Brighton. Ya entonces hubo algunas llamadas y se adivinaban problemas. Por eso él siempre se cuidó de que nadie conociera su opinión y se excusaba diciendo que no había estudiado el caso. Más tarde ratificó su primer impulso y encontró suficiente evidencia para justificar su voto.

Pero no podía pensar con libertad. Un escrache en la puerta del edificio le impidió a su familia salir de la casa por algunas horas. Los frentes de los edificios de la cuadra estaban todos marcados con *graffiti* que lo acusaban de traidor, de corrupto. No era fácil tolerar esos agravios ni las miradas dudosas del portero, los vecinos y el panadero, que hasta poco antes ni siquiera sabían quién era.

Nunca en sus treinta y cinco años de carrera había tenido que soportar algo igual. Todo lo que poseía era producto de sus ahorros; nunca había claudicado a la menor presión, ni aunque fuera pedido expreso de un amigo o un pariente. Sus votos reflejaban religiosamente sus ideas. Esta vez no tenía por qué ser una excepción.

El texto de su voto estaba en el *pendrive* que llevaba en el bolsillo, y tenía otro guardado en su casa. Nadie, ni su mujer, sabía qué votaría. Y pensaba mantenerlo así, en secreto, hasta el momento en que los otros dos camaristas revelaran los suyos.

Capítulo 11

El sábado por la mañana era un buen momento para hacer el balance de la marcha. Massa prefería no ir hasta el centro, por lo que acordó encontrarse con Gavilán en una confitería del bajo de San Isidro.

Por azar, los hombres estacionaron sus autos uno al lado del otro y se sentaron a una mesa del jardín, a reparo del viento. Pidieron unos tragos. Gavilán encendió un cigarrillo.

—¿Y? ¿Qué noticias me trae?

—Pocas, doctor. El martes hay sesión en la Cámara para tratar el proyecto de declaración del diputado Berardi, que quedó en suspenso el otro día. Parece que no será más que un trámite, porque ya fue aprobado en comisión y todos los partidos quieren sumarse a la causa. Y en Senadores va a pasar lo mismo en cuanto haya *quorum*; ahora es complicado porque es época de elecciones provinciales.

—¿Y qué pasó con la gente del sindicato? —inquirió Massa.

—Están evaluando los resultados de la manifestación, promoviendo a los que llevaron más gente y cuestionando a los que no se esforzaron suficiente.

—¿Y la chiquita muerta?

Callaron unos instantes mientras el mozo servía sus vasos altos y los platitos con aceitunas, maníes, quesos y rodajas de salame. Gavilán contestó:

—No era gente del sindicato; era un grupo de una villa de Lomas de Zamora que se plegó por unos pesos. Las mujeres con chicos reciben doble ración y un cincuenta por ciento más de dinero. Siempre impacta ver señoras humildes con hijos en las manifestaciones y más cuando se movilizan para proteger una fuente de trabajo.

—Pero, bueno, ¿le dieron alguna asistencia a la familia?

—No lo sé —afirmó Gavilán, como si le fuera totalmente ajeno.

—Gavilán, creo que es mejor que nos vayamos despegando. No quiero que nos relacionen con este desastre. Su gente...

—Mi gente actuó conforme a lo contratado, doctor. Provocaron un disturbio que llenó los noticieros y los diarios de ayer. Es lo que necesitábamos. Para eso me contrató.

—Es cierto, pero...

—Si hubiera sido como cualquier otra manifestación, nadie se acordaría. Ese mismo día hubo otra marcha en Plaza de Mayo, y ¿quién habla hoy de los aborígenes que se juntaron? Nadie. Sí, es lamentable lo que sucedió con esa nena pero, sin esos disturbios, no habríamos logrado el mismo ruido.

—No puedo decir que estoy satisfecho.

—Ni yo tampoco, doctor. Pero esos pesados son capaces de cualquier cosa. Viven del robo y del quilombo.

—¿Ya nos desvinculamos de ellos, verdad?

—Sí, claro. Ya les pagué y no los vamos a ver más, salvo que volvamos a

necesitarlos. Lo último que les pedí es que lleven una bandera con una leyenda a favor nuestro a la cancha el domingo.

—¿No lo podemos suprimir?

—¿Por qué, doctor? Es importante. Va a salir en todos los canales y los noticieros. Mantiene vivo el reclamo y es popular. ¿No es acaso lo que usted quería?

—Sí, pero no quiero tener nada más con ellos.

—De acuerdo, doctor. No se preocupe. Es lo último que esos muchachos harán por nosotros.

—Gavilán, ¿tiene alguna otra cosa entre manos? —preguntó, temeroso, Massa.

—Estoy gestionando con la gente del sindicato otro escrache a los camaristas.

—Ya lo hicieron y realmente no sé si suma —dijo el abogado, previendo más desgracias—. Me temo que pueda resultar contraproducente.

Entre los dos, se terminaron la picada y los tragos. Massa sentía el alma pesada: era mucho lo que se había rebajado para ganar un pleito.

—Doctor, necesito hablar un tema con usted —dijo Gavilán.

—Dígame.

—Usted se imaginará que, con todo lo que pasó en la plaza, hemos incurrido en algunos gastos extra.

—Gavilán, ya le dije la última vez que mi cliente no está dispuesto a pagar un solo peso más.

—Sí, doctor, pero...

—Ya le hemos entregado muchísimo dinero. Estamos muy por encima del presupuesto original. Creía que había quedado claro.

—Es que así no podemos seguir trabajando.

—Lo siento, el dinero no es mío.

—Pero aún están pendientes dos cuotas.

—Sí, y se le van a pagar si se cumplen los dos últimos objetivos: que el Congreso se expida sobre el tema y que el fallo salga a nuestro favor. Y eso será todo —aseguró el abogado, dando ímpetu a sus palabras.

—Creo que es el momento justo para una buena empapelada —insistió Gavilán para entusiasmarlo.

—Con lo que ya se pagó creo que le sobra para empapelar todos los edificios de Buenos Aires.

—Así es muy difícil hacer un buen trabajo, doctor. Necesito fogonear a los medios, y eso sólo se logra con plata.

—Y usted la tiene, Gavilán. La empresa no quiere poner un centavo más.

—No me gustan los clientes que no me apoyan hasta el final. Nos hemos jugado todo en esta campaña. Si ustedes nos abandonan encontraremos la forma de que todo el mundo se entere quién estuvo atrás de todo esto —lo amenazó, con descaro.

—Me tiene hartado, Gavilán. No voy a soportar más sus aprietes —dijo el abogado, levantándose de la mesa y subiéndose a su auto sin saludar. Cuando arrancó, hizo

chirriar las gomas.

El sábado trabajó en la oficina, sin apuro y con método. A medida que tachaba temas de la lista y avanzaba hacia los de mayor complejidad, pensó en lo diferente que era trabajar sin ser interrumpida a cada rato. Podía leer los antecedentes, ponerse en el caso, consultar los libros, Internet o bajar a la biblioteca.

El celular sonó varias veces pero no lo contestó. Miró el display: dos llamadas de Horacio, una de Marina y otras dos de amigos. Todos tendrían algún programa y querrían invitarla, pero ella no estaba dispuesta a otra cosa que no fuera trabajar. En algún momento estuvo tentada de responderle a Horacio. Estaba necesitando un poco de sexo, pero no con él. No podía volver a empezar y amargarse después de cada encuentro. Necesitaba algo nuevo.

Trabajó intensamente y, a las nueve de la noche, bajó al garaje y se fue directamente a su casa. Guardó el auto y alquiló una película liviana en la cinemateca de la misma cuadra. Se preparó una cena modesta con lo que encontró en la heladera y se dispuso a lavar su cerebro con el cine. Pero acabó apagando el televisor antes de que terminara y tomándose una pastilla para dormir profundo.

Al día siguiente, y como el clima continuaba bueno, se vistió con ropa deportiva y bajó al garaje para verificar si las gomas de la bicicleta estaban en condiciones. El inflador que guardaba en el baúl de su automóvil la salvó una vez más. Pedaleó con energía hasta Olivos disfrutando del día limpio y tibio de primavera, y se volvió en tren hasta Retiro. Llegó a su departamento pasado el mediodía. Se bañó, comió las sobras de la noche y durmió una breve siesta que la renovó.

La tarde en el Estudio fue muy fructífera. Eliminó la columna del Do y repasó las del Lu, Ma y Mi, ajustando prioridades y agregando algunos llamados.

Con la tarea cumplida y la noche en ciernes, la invadió otra vez la soledad. No podía evitar la depresión que le causaban las últimas horas de los domingos. Sin embargo, la perspectiva del viaje le daba cierto ánimo. El pensamiento la transportó al Brasil, a aquel hombre que tanto la inquietaba. Al recordar el diálogo con Marina sobre las heridas que ocultaría su pantalón de baño, sonrió.

El martes Mercedes llegó temprano a la oficina con la idea de cumplir prolijamente el cronograma. Eleonora le hizo las llamadas enlistadas y se reunió con los abogados pertinentes a cada tema.

Estaba por salir a almorzar cuando sonó el teléfono. El display le indicaba que era una llamada interna.

—¿Doctora Lascano? —Mercedes identificó la voz de Lema, el abogado del sector de asuntos penales.

—Sí, doctor. ¿Cómo está usted?

—Bien. Tenemos que hablar de un tema.

—Adelante —lo invitó Mercedes.

—Pero personalmente. ¿Puede ser ahora?

—Sí, suba —aceptó, postergando su almuerzo.

A los pocos minutos, Lema golpeaba a su puerta.

—Siéntese, por favor.

—Gracias, doctora. Quería contarle que me citaron del Departamento de Policía Aduanera. Les dije que estaba muy ocupado, pero los inspectores se ofrecieron a venir hasta aquí.

—¿Qué es lo que quieren?

—Hablar sobre Carlos Rafat.

—¿Y por qué tanta insistencia?

—No lo sé. Es el que comparece en el acta y contra quien inician el sumario. Parece que está enfrentado con otra gente del mismo negocio. Pero hay una pregunta que quiero hacerle.

—Adelante.

—A usted la vino a ver un tal Javier Costa y es a quien estuve llamando siempre. ¿Usted sabe qué relación hay entre Carlos Rafat y Javier Costa? —le espetó el abogado.

—En realidad no. Cuando estuvo acá se lo pregunté, pero me dijo que era un amigo que no podía venir. Ahora no nos interesa demasiado y, de todas formas, es secreto profesional. Así que, a la gente de la Aduana, nada, ni aunque se lo pregunten expresamente —resumió Mercedes.

—De acuerdo.

—Trate de sondearlos para ver qué es lo que están investigando —lo instruyó la abogada de puro curiosa.

En la capital de San Juan tenía lugar la convención provincial del partido. Entre otras cosas, se designarían los candidatos para las elecciones legislativas y se definiría un posicionamiento frente a las autoridades nacionales.

El senador Crespo y el diputado Berardi eran dos figuras relevantes en el partido. En mangas de camisa, recorrían el salón saludándose con los obsecuentes de turno. Los hombres allí reunidos eran los dueños políticos de la provincia de San Juan y estaban hacía años en el poder. Todo valía a la hora de perpetuarse en sus cargos.

La convención arrancó con dos horas de atraso. Se cantó el himno nacional, la marcha del partido y se escucharon las palabras huecas del gobernador, que de vez en cuando se interrumpían con aplausos y explosiones de alegría. Después, se trataron uno a uno los temas de la orden del día: balance de fondos partidarios, elección de la nueva Comisión Directiva y declaración de apoyo a las industrias Halcón. Como era de prever, todo fue aprobado por unanimidad.

Berardi y Caselli estaban en la primera fila, aunque en asientos separados. Durante la asamblea, no habían intercambiado más que pequeños comentarios. Cuando todo hubo concluido, se apartaron al patio para conversar.

—¿Cómo anda, Berardi?

—Bien, doctor. Conforme con esta asamblea. Pero ahora tenemos que asegurarnos que se publicite la declaración.

—Por supuesto. Ya se dispuso el dinero para publicar las solicitadas en cuatro diarios locales y los de Buenos Aires. También se publicará en Córdoba, Mendoza y Rosario. Sale una fortuna, pero vale la pena —concluyó el senador.

—Yo viajo en el primer avión de mañana para estar presente en la votación de la declaración —anunció el diputado—. Lo bueno es que ya tenemos *quorum* porque en esa misma sesión va a tratarse un proyecto de Presidencia sobre la asignación de canales de radio para lo que han convocado a todo el bloque. El proyecto de declaración está en segundo lugar en el orden del día.

—Excelente, muchacho. Muy buen trabajo.

—Gracias. Voy a tratar de tomar contacto con las otras bancadas para asegurarme su apoyo, aunque no creo que en este tema nadie se anime a votar en contra.

—No, claro, sería un suicidio. Me dijeron que todo el lío es por la sentencia de una Cámara de Apelaciones, ¿es cierto?

—Sí. El problema es que esa Cámara está integrada por dos viejos carcamanes que podrían votar en contra. Ahí sólo tenemos uno de los nuestros.

—Bueno, sería importante hacerles llegar de alguna forma la inquietud del partido sobre este tema y la posibilidad de una denuncia ante el Consejo de la Magistratura.

—Ya tenemos gente trabajando en eso —dijo, rápido, el diputado Berardi.

Mercedes estaba algo preocupada por la posible visita de la policía aduanera al Estudio. Y molesta. Es que, por lo visto, no alcanzaba con romper la relación laboral que Haas le había derivado. No había forma de desprenderse de Javier Costa.

Durante la tarde del martes revisó la performance de su equipo.

Desde que estaba a cargo, llevaba —en un programa especialmente diseñado— un seguimiento de todos los asuntos de su sección, que revisaba obsesivamente una vez por semana o cada diez días. Todo lo pertinente a cada asunto era información que debía cargar cada responsable y que se actualizaba directamente en un archivo. Era la única forma de tener ochocientos veinticuatro casos activos a la vez.

El control era estricto. Cada letrado era responsable directo de su tarea; la información ingresada pasaba por las revisiones de la jefa que, a veces, dejaba alguna indicación o nota que les advertía que el trabajo estaba siendo supervisado.

Cerca de las seis, llamó Lema para informarle de su reunión con la Policía Aduanera.

—Estuve como dos horas con esta gente —dijo Lema en cuanto se sentó.

—¿Y qué querían?

—Información sobre el paradero de Carlos Rafat.

—¿Le dijo lo que hablamos? —preguntó Mercedes, inquieta.

—Estrictamente, ni una palabra más.

—¿Y entonces por qué se quedaron dos horas?

—Porque dieron mil vueltas para ver si obtenían algo más. Querían saber quién nos presentó, qué socio tiene o tuvo la cuenta a cargo y qué vamos a hacer de ahora en más. Diez veces les dije lo que usted y yo acordamos y diez veces tuve que alegar secreto profesional. En un momento de distensión me contaron que hace mucho que lo están investigando por contrabando. Dicen que hay una lucha de bandas que se disputan el territorio y quieren estar prevenidos.

Mercedes se acordó de lo que Costa le había contado en Brasil. Coincidían las versiones.

—¿Bandas? ¿Nuestro cliente es un mafioso?

—No lo sé, pero lo que está claro es que los de la Aduana creen que este personaje puede ayudarlos en su lucha contra grupos más poderosos. Imagínese que en este tipo de tramas delictivas, la policía suele trabajar con infiltrados.

—¿Y dónde aparece Rafat en todo esto? —preguntó Mercedes.

—Lo tienen catalogado como uno de los grandes operadores del contrabando de artículos de marca y de la piratería de música, cine y software, pero no lo consideran peligroso aunque lo combaten y atrapan sus embarques cuando pueden. Pero parece que detrás de las denuncias hay una lucha de poder entre contrabandistas, que es más peligrosa.

—Por eso desapareció... —concluyó ella, como si se estuviera enterando.

—Sí, claro, y la policía está convencida de que la persona de Rafat es clave para entrar en esta trama.

—Bueno ¿y en qué quedaron?

—En nada. Me parece que me creyeron, aunque me advirtieron que tuviera cuidado porque mi nombre y el del Estudio están circulando en el ambiente.

Cuando llegó a la noche a su casa, Mercedes dejó el auto en el garaje y subió por el ascensor de servicio. No había llevado nada de la oficina porque al día siguiente pensaba estar temprano.

Ni bien entró pidió por teléfono un bife con ensalada a un restaurante cercano. Después de bañarse, se quedó mirando tele mientras comía. Se acordó de Rodolfo Marrugat, de cuando entraban apurados para robarle tiempo a su mujer. Tenían poco tiempo, pero nunca habían cedido a la urgencia.

A Rodolfo le gustaba dedicarle largo rato al juego previo, que siempre era variado y amoroso. Nunca se sabía hasta dónde llegaría ni qué la induciría a hacer. Y sólo

daba el paso siguiente cuando ella lo estaba deseando con ansiedad evidente. La delicadeza era su forma de copular. Trataba de hacerse etéreo sobre ella, y se movía con tal destreza que ambos quedaban a la vez unidos y libres para acariciarse. Recorría todas las formas amorosas imaginables y siempre se detenía cuando el final era inminente, para alargarlo, para explotar sus sensibilidades de forma absolutamente animal. El sonoro conjunto de gritos, gemidos y exhalaciones revelaba el placer creciente, hasta que finalmente caían extenuados.

El recuerdo la había excitado y entristecido. Nada de eso había tenido con Javier, apenas el relato de una vida de peligro y el miedo de quedar enredada.

Cuando llegó a la oficina, Massa tenía un llamado del doctor Beltramino para que fuera a su despacho. Teóricamente, todos los socios detentaban el mismo rango, aunque el más antiguo poseyera una proporción accionaria mayor y fuera el líder indiscutido del grupo.

—¿Cómo está, doctor? —dijo Massa, mostrando respeto.

—Muy bien, gracias —le contestó, estrechándole la mano. Le ofreció café, pero Massa no quiso.

—Doctor, quería hablar con usted sobre el tema de Brighton c/ Halcón.

—Lo escucho.

—Yo le dije que no quería enterarme de nada hasta que saliera la sentencia, pero me preocupa todo lo que está pasando. La manifestación desenfrenada, la muerte de la niña y la declaración de la Cámara de Diputados parecen haber alterado la vida de esta ciudad. ¿Qué sabe usted de todo eso?

—Bueno, buscamos instalar el conflicto en la comunidad para que los jueces tuvieran en claro la importancia de lo que están juzgando. Estoy seguro de que se inclinarán a favor nuestro —informó, sin ninguna convicción.

Beltramino admiró el descaro con el que justificaba el apriete.

—Hemos conseguido que el periodismo se interese y que la gente se involucre. También hicimos lobby en el Congreso y ayudamos a organizar la manifestación del sindicato —informó Massa, aliviado de poder compartir su accionar con alguien del Estudio.

—Usted sabe que yo no apruebo esos métodos —lo cortó—, pero usted dice que no quedaba otro remedio... Resulta que ahora, además, tenemos heridos y hasta una pequeña muerta.

—Bueno, doctor. Esas cosas quedan completamente fuera de nuestro alcance. Los abogados decimos que son las consecuencias mediatas de una acción.

—¿Y hay alguna noticia de cuándo saldrá el fallo? Ya se debe haber vencido el plazo.

—Es inminente, doctor. Me dijeron que los jueces están enfrentados y que la presión está dando sus resultados. Aunque nadie sabe a ciencia cierta cómo van a

votar porque hicieron un pacto de silencio y ni los secretarios están al tanto.

—Le confieso que es un tema que me tiene preocupado —se sinceró Beltramino—, no sólo por lo que acarrearía para nosotros un fallo en contra sino también porque me temo que, con esta campaña, nos metimos en un berenjenal que ya se ha cobrado sus víctimas. Y todo por una necesidad reñida con la ética.

—Doctor, una vez que se dicte el fallo, quedaremos automáticamente fuera de todo. Y nadie nunca podrá relacionarnos con todo lo que pasó.

—Está bien pero quiero que Halcón se comprometa a educar a los hermanos de la niña muerta.

—Doctor, ¡no es para tanto! No tenemos nada que ver con eso. Es como si volcara un automóvil en la ruta y nosotros quedáramos pegados porque somos abogados de la empresa que lo construyó.

—Pero si nuestro Estudio hizo algo para permitir que el auto tuviera defectos de la fábrica, yo me sentiría igual.

Massa hizo silencio. No podía ni imaginar lo que sucedería si Beltramino se enterara que habían pagado para que Gavilán contratara a los matones que iniciaron los tumultos.

Desde su cubículo inicial en el mismo edificio del Palacio de Tribunales, con una mesa destartalada rodeada de pilas de expedientes, a la oficina que ocupaba ahora, amplia, revestida en madera oscura, con muebles pesados y antiguos, habían pasado más de treinta años.

Cuando obtuvo su título de abogado, empezó una carrera de esfuerzos para destacarse y ascender. Como no tenía padrinos en «la familia judicial», otros con muchos menos méritos que él ganaban los cargos. Hasta que un compañero de escuela primaria llegó a senador, y lo propuso como juez. Le dieron una chapa blanca para el auto —que no se animaba a usar por el rechazo de la gente— y los beneficios de un mes y medio de vacaciones, seguro médico, jubilación anticipada y la exención del impuesto a las ganancias. Él consideraba que muchas de estas prebendas eran injustas, pero nada podía hacer para cambiarlo. Su ascenso a camarista llegó naturalmente como resultado de sus méritos académicos como profesor titular en la Facultad de Derecho.

El juez Magliano acostumbraba quedarse hasta última hora de la tarde en su despacho, salvo los días que daba clases. Allí escribía sus artículos y un libro que nunca sentía que estaba listo para publicarse. Pero el grueso de su trabajo era dictar sentencias en casos de apelación en expedientes. Los años le habían enseñado a concentrarse en lo más importante del farrago de hojas, porque eran causas que podían ocupar más de un metro cúbico de espacio en documentos.

El expediente Brighton c/Halcón ocupaba el espacio libre que quedaba entre dos sillones, después de desplazar a la mesa ratona. A ellos les tocaba ahora resolver si

esos documentos, pericias, escritos y resoluciones habían ayudado a resolver el conflicto y si la decisión del juez era la correcta. Desde su escritorio miró la pila de papeles. Sentía que lo amenazaban.

En su ordenador tenía archivados los considerandos confeccionados por los secretarios del Tribunal: el relato neutral de los hechos. El problema empezaba cuando él, en su voto, evaluaba los hechos demostrados en esas hojas inclinándose por los argumentos de una u otra parte. Era un voto en una sentencia apelada a la Cámara, que él integraba junto con otros dos jueces, y podía dictarse por unanimidad o por mayoría de dos.

El expediente era tan complicado y tenía tanta exposición que los tres camaristas celaban sus votos hasta el momento de reunirse para dictar sentencia. El voto del juez Magliano iba en el *pendrive*, que no sacaba de su bolsillo salvo para completarlo o mejorarlo, aunque nunca lo archivaba en el disco rígido.

Apagó la computadora, la luz de la araña colgante y cerró la puerta de roble con una cerradura que cualquier aprendiz abriría en segundos. Salió al pasillo ancho. El silencio, a esa hora, era total. Caminó hasta el ascensor, escoltado a ambos lados por las puertas oscuras cerradas de los otros despachos. Pensó que estaba harto de esa rutina pero, en realidad, era su vida.

En las quince cuerdas que separaban el edificio de Tribunales de su casa, el juez Magliano no consiguió sacarse de la cabeza el caso Halcón. Podía votar a favor y recibir el beneplácito de todos. O podía mantener su postura contra viento y marea, saliera lo que saliera de la sumatoria de los votos. Eso, precisamente, era lo que le dictaba la ética y sus años de carrera judicial. Sabía que sus fundamentos eran jurídicamente sólidos y estaban basados en las pruebas del expediente. Si había motivos políticos, económicos o sociales que ponderaran otro voto, no era de su incumbencia. Por más vueltas que le daba, siempre llegaba al mismo punto.

Abrió la puerta de su casa; el departamento estaba oscuro y en silencio. No había nadie. Colgó su saco en el respaldo de una silla y se aflojó la corbata. Buscó hielo y se preparó un trago con Campari, soda y vino blanco.

Mercedes completó su recorrida por México y Colombia sin llegar a Lima porque estaba sitiada por huelgas y conflictos callejeros. De vuelta en Buenos Aires encaró la pesada tarea de informar los resultados de sus entrevistas y cargar las horas trabajadas con cada cliente. Las pilas de carpetas prolijamente ordenadas por Eleonora la devolvían a la rutina.

Trató de actuar con método para atender una a una las cuestiones: novedades procesales de los juicios, consultas de clientes y sus respuestas, informes del socio administrador, pedidos de entrevistas personales... En la lista había una nota de Eleonora: «El doctor Lema necesita hablarle con urgencia».

Antes de pedirle a Lema que subiera, hizo otras tres llamadas que no admitían

dilación.

—¿Cómo le fue en el viaje? —le preguntó Lema cuando se sentaba frente a ella.

—Muy bien, gracias. Recibí su mensaje.

—Sí, doctora. En su ausencia tuve novedades no muy alentadoras sobre el caso Carlos Rafat.

De inmediato se le representó la figura de Javier Costa caminando en el comedor del hotel. Durante su viaje por México y Bogotá había fantaseado con encontrárselo.

—Tuve que ir a la Aduana para ver otro expediente y me encontré con uno de los inspectores que estuvo acá, en el Estudio. Me confirmó lo que temían: hay una guerra declarada entre bandas de contrabandistas y que ya se cobró tres víctimas, asesinatos de autores desconocidos. Me dijo los nombres de los asesinados y conseguí los datos por Internet. Aquí están las fotocopias de las notas periodísticas —dijo, entregándole una carpeta plástica.

Eran hojas impresas, abrochadas por cada caso, con noticias de las muertes. Los periodistas especulaban sobre los motivos: una tentativa de robo, un ajuste de cuentas, un caso de venganza amorosa.

—Acá no hay ninguna referencia a Rafat.

—No, por supuesto que no, pero la gente de la Aduana lo vincula al enfrentamiento de él con otros contrabandistas.

—De ser cierto, creo que tenemos un problema —señaló Mercedes con voz apesadumbrada.

—Es lo que quería decirle, doctora. El mismo inspector me advirtió que buscan sin descanso a Carlos Rafat. Su cabeza tiene precio y nosotros somos una de las conexiones registradas.

—¡Pero ya les dijimos que no tenemos ningún contacto con él! —alegó Mercedes levantando la voz—. ¿Acaso tenemos que publicar una solicitada para que se convenzan?

—Es que alguien dejó correr la voz de que lo estamos representando. Me parece que quedamos pegados.

—Entonces hay que tener cuidado —acotó Mercedes.

—Sí, claro —admitió el abogado—. En cuanto tuve la noticia, le informé a nuestro jefe de seguridad, como usted dispuso la vez pasada, y otra vez me puso una custodia y me cambió las rutinas. Hasta ahora sólo han detectado a una mujer que parece seguirme y están tratando de saber quién es. Creí que era necesario avisarle. No creo que la vinculen a usted, aunque nunca se sabe.

—¿Pero usted mencionó mi nombre cuando fue a ver el expediente en la Aduana?

—No me acuerdo exactamente, pero tal vez dije algo sobre que era un cliente nuevo que recibimos por recomendación de otro Estudio.

—Trate de recordar, Lema. Es importante.

El abogado revolvió entre sus recuerdos. Al fin dijo:

—Creo que no, doctora pero no estoy seguro —le contestó, aunque le vino a la

mente ese comentario sin sentido que le había deslizado a un abogado de la Aduana, lo de que estaba ocupándose de ese caso por indicación de la única mujer socia del Estudio, que además era un bombón.

Las secretarías del jefe de la bancada oficialista recorrían los salones y los pasillos del Congreso en busca del número de diputados que necesitaban para el *quorum*. La campana del recinto sonaba intermitentemente llamando a la sesión, que debía haber empezado una hora y media antes, pero aún faltaban dos diputados para lograr la cantidad necesaria para comenzar a sesionar.

El primer punto a tratar era la declaración de interés nacional de la Fiesta del Ternero Holando-Argentino, que presentaba la Comisión de Agricultura y fundamentaba el diputado Baigorria. Los diputados no prestaban especial atención al orador: leían, mandaban *mails*, tomaban café, garabateaban en los costosos papeles con el escudo nacional en relieve.

—Muchas gracias, señor diputado —dijo el presidente de la Cámara—. ¿Alguien quiere hacer uso de la palabra sobre el proyecto de declaración?

Hizo una pausa mientras recorría el recinto con la mirada. Nadie quiso acotar nada, aunque la declaración de Fiesta Nacional significaría beneficios impositivos y subsidios que algunos iban a recibir con todo beneplácito.

—Bien, lo sometemos a votación.

Los votos parpadeaban en la pantalla gigante.

—Aprobado por 151 votos a favor y dos abstenciones. El segundo punto del orden del día: un proyecto de declaración de la Comisión de Asuntos Naturales sobre la preservación de los recursos gasíferos y las fuentes de trabajo en las zonas de explotación y distribución, que será fundamentado por el diputado por San Juan, Ricardo Berardi. Señor Diputado, tiene el uso de la palabra —agregó apretando los botones que silenciaban su micrófono y habilitaban el del proponente.

Esta vez los legisladores estuvieron más atentos, porque el jueves anterior habían visto la gresca de la plaza. En principio, el tema contaba con la simpatía de los diputados de todas las bancadas, por la sola invocación a la dignidad nacional, la defensa de los recursos naturales del país y de las fuentes de trabajo amenazadas.

El diputado Berardi se acercó al micrófono. Se trabó en sus primeras palabras, como siempre le sucedía cuando tenía que hablar en público. Dijo:

«Señor Presidente:

El proyecto de declaración que los señores miembros han recibido junto con los documentos que acompañan el orden del día, tiene como finalidad fijar la posición política de esta Honorable Cámara de Diputados ante un problema de gravedad institucional que afecta a las raíces del ser nacional toda vez que se encuentran involucrados valores como la dignidad del país frente a los intereses foráneos, la preservación de los recursos naturales y las fuentes de trabajos de miles de

trabajadores.

Si bien es cierto que la cuestión se encuentra pendiente de una resolución de la Justicia Federal, no es menos cierto que los representantes del pueblo tenemos el derecho y la obligación de hacer escuchar nuestra voz cuando valores tan fundamentales son afectados y amenazan la salud de la República.

Estoy seguro de que los siempre críticos representantes de la oposición sostendrán que nos estamos inmiscuyendo en cuestiones propias de otro Poder, pero quiero dejar en claro en estas palabras que nada más alejado de mi voluntad ni la de la Comisión que patrocina la declaración.

Somos, como a todos ustedes les consta por nuestra historia y actuación, los más exaltados defensores de la división de poderes que consagra nuestra Constitución Nacional y el proyecto de declaración que se va a someter a vuestra aprobación no es otra cosa que eso: una declaración que en nada afecta la resolución que haga la Justicia de un pleito entre empresas sobre una cuestión de nulidad de actos jurídicos.

Nosotros tenemos el deber de preservar los valores esenciales de la argentinidad y, por ello, viendo los graves perjuicios que se avecinan en el supuesto de que nuestros recursos y su distribución queden en manos de capitales extranjeros, hacemos esta declaración política que, de ser necesario, se concretará en un proyecto de ley que oportunamente se someterá al Parlamento siguiendo los pasos requeridos para que se trate en el recinto. Esto es, simplemente, un proyecto de declaración que no tiene aplicación concreta ni afecta las resoluciones judiciales y por ello es que solicito la aprobación de esta Honorable Cámara.

Cuando terminó, varios diputados aplaudieron por solidaridad con el amigo y otros, por compartir los argumentos.

—Gracias, señor diputado, ¿alguien quiere hacer uso de la palabra?

Tres diputados pidieron hablar. El primero se explayó durante veinte minutos con una palabrería carente de argumentos para explicar por qué su bancada iba a apoyar la iniciativa. Los otros dos, opositores pero de distintos partidos, argumentaron lo inoportuno de la declaración frente a la existencia de un juicio entre empresas que se dirimía ante el Poder Judicial.

—Bien, señores diputados, el proyecto de declaración es sometido a votación. Aprobado por ciento once votos a favor y treinta y cuatro en contra. Hay veintidós abstenciones. Tercer punto del orden del día: el proyecto conjunto de las Comisiones de Presupuesto y Salud Pública sobre el aumento de las contribuciones destinadas a las obras sociales y la autorización de aumento automático de las cuotas y subsidios para las empresas de medicina prepaga.

El tablero acusaba un aumento notable en el número de presentes. Es que las leyes que significaban recaudación de dinero para el Estado, o el beneficio de alguna institución o grupo en particular, siempre lograban el *quorum* y las mayorías necesarias.

Mientras la Cámara deliberaba, en un hotel medio pelo de una ciudad fronteriza al nordeste del país, dos hombres se reunían en una de las habitaciones. Uno de ellos cerró las cortinas de la ventana antes de sentarse:

—No se preocupe, Rafat, nadie nos está vigilando. Yo siempre cumplo cuando prometo algo —dijo el policía.

—Lo sé, pero por si acaso —dijo el otro, apoyando una caja sobre la mesa.

—Dígame por qué me pidió que nos reuniéramos acá —preguntó Rimoldi, comisario federal a cargo de la lucha contra el fraude y la piratería.

—Usted sabe que las cosas se me han puesto complicadas —el policía asintió con la cabeza—. No puedo volver a Argentina sin correr riesgos serios. Desde que me negué a aliarme con ellos, armaron un circo de denuncias y acusaciones que me pusieron contra la pared. Lo único que quieren es hacerme desaparecer de cualquier manera para que no cumpla con mi promesa de destruirlos. Pero lo voy a hacer, comisario. Esa gente es demasiado miserable. Yo no he sido un ángel, lo reconozco, pero nunca llegué a ese nivel de crimen. Nunca actué contra la sociedad ni contra seres humanos directamente.

—Conozco su historial, Rafat. Por eso lo respeto y estoy acá. Dígame qué puedo hacer sin violar mis obligaciones.

—Quiero que estudie esta información, compruebe su veracidad y actúe inteligentemente. Aquí tiene todo lo que necesita para saber quiénes están operando en el contrabando pesado, cómo lo hacen, por dónde lo hacen, a quiénes tienen coimeados o quiénes son sus cómplices. Las redes de distribución y las formas en que lavan el dinero.

—Mire, parece demasiado.

—Mucho más de lo que se imagina. Va a encontrarse con nombres e instituciones insospechadas pero, en cada caso, encontrará también las razones y las pruebas que los incriminan. Por eso le pido que actúe con inteligencia. Si larga todo esto junto, es muy posible que lo neutralicen. Tiene que utilizar la información de a poco, combatiendo una rama por vez hasta llegar a la raíz.

—Bueno...

—Debe preservarse, comisario. Tómese su tiempo, acumule fuerzas, busque aliados de oro, actúe de a poco, desmembrando y adquiriendo prestigio para que después nadie lo pueda parar y pueda dar un golpe contundente.

—Está bien, pero no le prometo nada —dijo el policía.

—Ni se lo pido. Le entrego esto porque es la única persona que conozco que puede darle el uso que se merece. Es información muy valiosa, señor. Duplíquela y póngala a buen resguardo y, le reitero, actúe con habilidad.

—Bueno, gracias. ¿Y usted qué va a hacer ahora?

—Voy a tratar de sobrevivir. Me voy a guardar.

El camarista Magliano no hablaba. Tenía la mirada fija en la base de una copa de vino a medio llenar.

—Armando —dijo su mujer, poniéndole la mano sobre el brazo—. Armando —repitió, sacudiéndolo con suavidad. El juez levantó la vista: sus ojos apagados revelaban su angustia.

—¿Tan mal están las cosas? —le preguntó la mujer, pero tampoco obtuvo respuesta—. Tratá de contarme. ¿En quién podés confiar sino en mí?

La mujer sabía lo difícil que era lograr que su marido compartiera algo de su trabajo. Llevaban treinta y cuatro años de casados, desde la época en que era secretario, y nunca sabía los casos que estaba tratando. En un comienzo había intentado indagar pero, al cabo de varias discusiones, había decidido separar la vida matrimonial de las ocupaciones de su marido.

El caso Brighton c/Halcón era el tema del día. Algunos amigos y parientes la habían llamado para saber lo que su marido iba a hacer, en vano. Pero ahora lo veía tan angustiado. Temía que el caso le afectara la salud. Hacía años que se cuidaba de la diabetes y del colesterol alto, y esto definitivamente no ayudaba.

La mujer se quedó mirándolo con una sonrisa, como hacía cuando las cosas se ponían duras. Sabía que ese gesto lo desarmaba aun en los momentos más tensos. La comida se había enfriado en los platos y ambos estaban como petrificados en sus puestos. La luz tenue de un par de lámparas con pantallas le daba al lugar un aspecto algo lúgubre, aunque era el clima el que pesaba. Finalmente, el doctor Magliano levantó la cabeza y la miró. Sus arrugas parecían más profundas, pero lo que más impresionó a la mujer fue su mirada apagada.

—¡Qué difícil es! —dijo el juez, como si hablara consigo mismo—. No sé qué hacer, Carmen, con este maldito asunto.

Ella lo animó a seguir, con un gesto.

—He dictado centenas, miles de sentencias y de pronto, a la vejez, un caso me pone contra la pared. Toda mi vida me incliné por lo que creí justo. Nunca me dejé influir por pedidos o presiones, pero esta vez es distinto.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que lo metieron a Juan José.

—¿A Juan José, nuestro hijo? ¿Qué tiene que ver?

—Nada, pero está primero en la lista para un cargo de juez y depende del Gobierno designarlo. Alguien me llamó para decirme que, si voto en contra de Halcón, Juan José no va a ser designado. Y basarían el rechazo en una denuncia por acoso sexual de una empleada de su Secretaría.

—¡Dios mío! —dijo la mujer—. No es posible que acusen a Juanjo de eso.

—Si llegara a pasar, se le acaba la carrera y, yo creo, también su matrimonio —concluyó el juez.

—Bueno, me imagino que su esposa lo va a apoyar frente a semejante disparate. ¿De dónde van a sacar a alguien que se anime a denunciarlo?

—Ahí está el problema, Carmen. Supe que Juan José tuvo hace un tiempo un romance con una empleada y le prometió que iba a divorciarse. Cuando no lo hizo, se armó un pequeño escándalo. Ella está furiosa y dispuesta a cualquier cosa con tal de vengarse.

—¡Qué miserables! —dijo la mujer, tapándose la cara.

—Estuvieron escarbando en nuestras vidas para ver si encontraban algo con qué presionarme y al fin encontraron lo de Juanjo. Hablé con él y me lo confesó. Me dijo que, si lo designan juez federal, se va a mudar a Zapala, donde está el Juzgado vacante, para poner distancia con esta chica. ¡Nadie sabe hasta dónde puede llegar una mujer despechada! Pero, si esto sale a luz, se acabó su matrimonio y los chiquitos pagarán los platos rotos.

La esposa, en medio de su confusión, recordó a sus adorados nietos. Le preguntó:

—¿Y qué pensás hacer?

—Es lo que no sé. Si voto como ellos quieren, me prometieron que la designación sale en una semana y, si no, que me atenga a las consecuencias. Arruinarle la vida a Juan José y mancillar nuestro nombre. Vos sabés lo que pasa cuando los medios se ensañan con alguien.

—Yo estoy con vos —dijo la mujer con excesivo énfasis.

—No tengo más que una opción: o voto a favor o en contra. En los fallos no hay abstenciones.

—¿Y los otros dos?

—Creo que votan a favor de Halcón. Uno por convicción y el otro porque le encontraron el punto flojo.

—¿Entonces para qué quieren también tu voto, si ya tienen la mayoría?

—Porque quieren la unanimidad. Tienen miedo a lo que puedo argumentar en mi sentencia, y que mis fundamentos sirvan de base para un recurso ante la Corte. Tampoco quieren que la opinión pública se entere de algunas verdades.

—Te repito. Estoy con vos.

—Además, todo el mundo está convencido. Los medios, el Congreso, los sindicatos y la gente están pidiendo una sentencia a favor de Halcón. Ya ves lo que dicen las pintadas sobre mí. Tengo que resolver, por blanco o por negro. Y pronto.

—¿Doctor Haas? —preguntó Mercedes cuando la secretaria le transfirió.

—¿Cómo le va, Mercedes? —le contestó él, con tal nitidez que parecía estar a la vuelta de la esquina.

—Bien, doctor. Hace mucho que no nos vemos.

—Es cierto y tenemos que hacerlo para volver a charlar. Hay que disfrutar de la vida, no todo puede ser trabajo.

—Sí, yo no aprendo. Lo llamo por un problema que tenemos aquí con el señor Costa, el cliente que nos mandó.

—Sí, dígame —la invitó Günther.

—Estuve de viaje y, en mi ausencia, gente de la Aduana se conectó con uno de nuestros abogados para decirle que hay una guerra declarada entre bandas de contrabandistas.

—Es por eso que Costa no puede volver a la Argentina —ratificó, como si no fuera una novedad.

—Estoy un poco preocupada por el doctor Lema, el abogado al que le encargué el caso. Parece que lo están siguiendo.

—Hay que tener cuidado con esta gente.

—¿Usted sabe algo? ¿Se ve con este hombre? —preguntó Mercedes, tratando de obtener noticias.

—Hace un tiempo que no estoy en contacto con él. Trataré de ubicarlo y cualquier cosa que sepa, la llamaré.

—Muchas gracias, doctor.

—Ahora menos que nunca le puedo pedir que se haga cargo de este caso, ¿verdad?

—Eso ya lo hablamos, Günther.

—Bueno, Mercedes. La verdad es que lo último que yo quería era que usted tuviera algún problema. Si teme algo, tome distancia. Puede venirse acá, si quiere, que siempre habrá trabajo para usted.

Capítulo 12

La doctora Lascano tenía una reunión con el directorio de una empresa radicada en Pilar, cincuenta kilómetros al norte de Buenos Aires. Su factura incluía los gastos de traslado y hasta el tiempo que tardaba en llegar y en volver. Una cifra importante.

De vuelta en el Estudio, advirtió que algo raro ocurría. Todos los rostros ostentaban una sonrisa resplandeciente. Cuando llegó a su despacho, saludó a Eleonora al entrar.

—¿Cómo estuvo la reunión, doctora? —le preguntó su asistente, solícita.

—Bien. ¿Qué pasa allá afuera que parece que todos están fumados?

—¿No se enteró?

—No.

—¡Ganamos el asunto Halcón! Salió la sentencia a nuestro favor.

—¡Qué bien! —dijo Mercedes, sumándose a la algarabía de su secretaria.

—Están brindando en la sala de socios. La llamaron para que los acompañe.

—No, estoy cansada y una copa a esta hora no me caería bien. Si llaman de nuevo, dícales que aún no llegué.

—Está bien, doctora —aceptó la secretaria, sin entender del todo. Pero ella era así.

—Cuénteme las novedades, por favor —le pidió Mercedes.

Eleonora le alcanzó la lista de llamadas y algunos sobres y papeles sueltos. Estuvieron hablando cerca de quince minutos hasta que repasaron todos los temas.

—¡Ah! Por favor, dígame al doctor Lema que venga a verme.

—Bueno, ésa es la mala noticia del día. Al doctor Lema lo asaltaron anoche y está internado.

—¿Cómo?

—No sé mucho, pero parece que intentaron robarle y, como se resistió, lo golpearon. Está internado con una fractura en el brazo.

—¿Y dónde está? —preguntó Mercedes ansiosa.

—No lo sé, doctora. Si quiere, lo averiguo.

—Sí, por favor.

No podía ser más que otro episodio de inseguridad, pero Mercedes estaba inquieta. ¡Justamente Lema!

Siguiendo un impulso, se levantó de su sillón y se encaminó al salón de socios: no le vendría mal un trago. Además, si no iba, quedaría horrible.

En la sala imperaba un ambiente de fiesta. La mesa de reuniones estaba sembrada de botellas de champagne, vino y gaseosas, platos con canapés, sándwiches de miga y saladitos. Un par de mozos circulaba por el salón con bocados calientes y pequeñas empanadas.

Mercedes se detuvo en la puerta unos instantes. Además de los socios, había algunos jefes de departamento y los abogados que tenían a su cargo el asunto Halcón.

—¡Doctora Lascano! —exclamó Massa, abandonando su grupo y avanzando hacia ella. En el camino tomó una copa con champagne de la mesa y se la ofreció—. ¡Salud! ¡Por nuestro éxito!

Mercedes sólo atinó a chocar su copa sin encontrar las palabras para contestar el saludo. Notó que el doctor Massa estaba algo ebrio y que ocupaba el centro de la escena como un artista premiado.

—Finalmente salió —dijo Mercedes, forzándose a decir algo.

—Costó trabajo, pero triunfó la Justicia. Es por eso que me gusta esta profesión —dijo Massa, algo trabado.

Mercedes estaba al tanto de la presión ejercida sobre los jueces y desconocía si había sido justa o no.

—¿Una buena sentencia? —preguntó, para mantener la conversación.

—Cerca de ochenta fojas —le contestó Massa, como si la cantidad de páginas escritas dijera algo de su justicia.

—¿Hubo disidencias?

—No, fue unánime.

—¿La Brighton irá a la Corte?

—No, no creo. Esto carece de importancia para ellos y no tienen otras inversiones en el país. Su Estudio ha dejado trascender que no quieren seguir adelante. Parece que hay algún problema de honorarios y no creo que contraten a otro para presentar un recurso a la Corte.

En ese momento, se acercaron otros dos abogados para seguir brindando. Pero ¿cuál habría sido el resultado si el expediente hubiera seguido su curso de estudio y resolución por camaristas sin presión?

—¡Qué barbaridad lo de Lema! No se puede vivir en Buenos Aires con esta inseguridad —dijo uno de los abogados que se acababa de acercar.

Mercedes preguntó, como si ignorara el hecho:

—¿Qué le pasó al doctor Lema?

—Lo asaltaron anoche, le robaron el auto y todo lo que tenía.

—¿Y a él no le pasó nada?

—Le dieron una paliza y le quebraron la clavícula y un brazo. Lo dejaron abandonado por Ciudadela.

—¿Pero está bien? —insistió Mercedes.

—Está internado en el Hospital Alemán. Uno de mis abogados, que estuvo con él, me dijo que está muy golpeado y que le están haciendo radiografías y tomografías para descartar problemas internos.

—¡Pobre! —dijo Mercedes—. ¿Pero fue un hecho policial común?

—Parece que sí. Le cruzaron el auto y se lo llevaron. Nos puede suceder a cualquiera de nosotros.

El doctor Beltramino se acercó a su grupo.

—Cuidado con este champagne, que está delicioso —dijo, sonriente, y todos

brindaron una vez más.

Beltramino la tomó de un brazo y la apartó del círculo. Ninguno se molestó, porque era natural que el socio principal usara los momentos de reunión para tratar algún asunto en particular. Sin embargo, uno de los abogados pensó sucio sobre ellos.

—Y, al final, acá estamos festejando —comenzó, irónico, Beltramino.

—Bueno, nosotros aprobamos el plan del doctor Massa. Pese a todo, hubiera sido peor una sentencia contraria.

—Es cierto. Autorizamos una estrategia contraria a la ética y gastamos una millonada en llevarla a cabo. Si además perdiéramos, nos sentiríamos pésimo.

—¿Sabe algo del doctor Lema, doctor?

—No. Me acabo de enterar que lo asaltaron y que está internado.

—¿Pero no se sabe si fue una tentativa de rapto o un robo al boleo o qué cosa? — indagó la abogada.

—No, no se sabe nada. El abogado que estuvo con él informó que casi no puede hablar porque lo tienen dopado por los dolores.

—Voy a ir a verlo. Es un buen muchacho —anunció Mercedes.

—Ponga a su disposición lo que necesite y después me informa.

En cuanto pudo, Mercedes se escabulló de la reunión. Le parecía que, si se quedaba allí tomando champagne y comiendo exquisiteces, de alguna forma estaba convalidando las malas artes con las que habían influido en el fallo. La sentencia implicaba beneficios directos para todos los integrantes del Estudio, que cobrarían importantes bonos en la próxima distribución de utilidades. La firma ganaría en prestigio, lo que atraería nuevos clientes, como siempre sucede con el éxito.

Mercedes dedicó toda la tarde a trabajar en distintos casos. Interrumpió su concentración una llamada importante: Lorena Zamora, la maestra falsamente acusada de abusar del hijo del ingeniero Sáenz.

—Necesito hablar personalmente con usted, y con cierta urgencia —le dijo por la línea—. ¿Cuándo podemos vernos?

—¿Qué te parece a fin de la semana? —dijo Mercedes.

—¿Me podría decir cuándo, así viajo a Buenos Aires?

—¿Qué es lo que te apura tanto? —preguntó la abogada, intrigada.

—Es un tema que no puedo hablar por teléfono pero que la compromete a usted.

—¿A mí? ¿En Córdoba? —Mercedes estaba atónita.

—Sí, y es delicado —contestó la maestra, sin aspaviento.

—No entiendo.

—Confíe en mí, doctora. Usted se portó muy bien conmigo y quiero devolverle el favor, pero no puedo decirle más por teléfono.

—Me estás asustando, Lorena.

—No pretendo hacerlo, doctora, pero cuanto antes hablemos será mejor.

Al caer la tarde, decidió que iría de una vez al hospital para enterarse concretamente de qué había pasado con Lema. Al llegar, se anunció en la guardia del sector. La enfermera le dijo que tenía que pedir la conformidad del paciente para dejarla pasar fuera del horario de visitas a terapia intermedia. Volvió a los dos minutos.

—El paciente pide verla, doctora —le dijo.

La enfermera la condujo por un pasillo excesivamente iluminado y se detuvo en una puerta, como invitándola a entrar. El impacto que le causó ver a Lema detuvo a Mercedes a los pies de la cama. En realidad, ni siquiera podía asegurar que se tratara de él, el atildado abogado que trabajaba en el Estudio.

El hombre estaba levemente incorporado y tenía el rostro cubierto en gasas, un brazo enyesado desde el hombro hasta la mitad de la mano y una pierna colgante que exhibía una herida espantosa.

—¿Qué le pasó, Lema, por Dios? —le dijo.

—Casi me matan, doctora.

—Bueno, tranquilícese, éste es un excelente hospital. Su esposa está afuera y me acaba de decir que posiblemente hoy lo pasen a una habitación donde estará más cómodo.

—No me asaltaron, doctora. Querían información de Carlos Rafat.

—¿Cómo?!

—Pensaron que yo sabía dónde se escondía y me golpearon hasta cansarse. Entonces tuve que decirles...

—¿Decirles qué cosa? —preguntó Mercedes, asustada.

Al hombre le costaba expresarse. Mercedes le tomó la mano para tratar de ayudarlo; lo veía muy mal.

—Les dije cómo había llegado a nosotros el tema y... —tras un largo e incómodo silencio— que usted era la socia a cargo del caso.

—¡Ay! —atinó a decir Mercedes, que sintió un súbito rencor, del que se arrepintió enseguida. Al pobre lo habían torturado con saña... ¿Cuántos podrían resistir semejante brutalidad?

Se produjo un largo silencio. Lema podría haber mentido para no involucrarla, nombrando un Estudio extranjero o alguna persona que odiara. Igual, ya era tarde. Volvió a mirarlo; de su único ojo destapado caían gruesos lagrimones.

—No se preocupe, Lema.

—Doctora, por favor, cuídese —le contestó él, apretándole la mano.

Cuando bajó, le sobrevino el temor de que le hicieran a ella algo parecido. Sólo atinó a sentarse en una de las sillas plásticas del hall de entrada. La imagen de Javier Costa sonriente y pleno caminando por la playa le fastidió. Desde que había vuelto del viaje había decidido apartarlo de sus pensamientos, pero era inútil: Javier Costa, o Carlos Rafat, no la dejaban en paz.

Estuvo sentada unos veinte minutos en el salón de ingreso al hospital por temor a salir, aunque estaba a escasas siete cuerdas de su casa. Necesitaba pensar bien qué iba a hacer, porque ahora era ella el objetivo de los torturadores de Lema. Se angustió pensando que había estado en Pilar y que había ido al hospital en taxi cuando corría peligro, y que la habrían podido interceptar muy fácilmente. Se le ocurrió desaparecer de la ciudad, denunciar la situación a la policía, contratar un guardaespaldas. Pero primero tenía que salir del hospital y llegar a un lugar seguro.

Al cabo de un buen rato, un taxi se detuvo en el acceso reservado a los pacientes sin movilidad. El conductor, un hombre joven, ayudó a bajar a una anciana. Mercedes se levantó urgida de su silla simulando una renga.

—Señor, ¿me podría llevar? Tengo un problema en la pierna.

—Por supuesto, siempre que no sea muy lejos. Tengo que volver por mi cliente —admitió el chofer.

—No, es aquí cerca.

—De acuerdo. Suba.

—No puedo doblar la pierna, ¿podría ir adelante? —le pidió.

—Sí, señora. Espere que le corro el asiento.

El hombre le cerró la puerta. Mercedes bajó el parasol y trabó el seguro sin dejar de mirar para todos lados. Lo hizo circular por distintas calles —que bien conocía— por si alguien la seguía. Al llegar a su edificio de la calle Levene, se demoró al pagar el viaje mientras se aseguraba que no había nadie en los alrededores ni ningún automóvil sospechoso con gente estacionado en la cuadra. El taxista se asombró cuando su pasajera salió corriendo hasta la puerta de entrada, que el encargado mantenía abierta. Cuando la vio subir los escalones de la entrada pensó que, por renga que estuviera, tenía un excelente culo y unas buenas piernas.

Cuando llegó a su departamento, comprobó que la puerta estuviera cerrada con llave antes de abrirla. Era blindada, y su robustez la hacía sentir protegida. Encendió las luces e inspeccionó el departamento, hasta revisó la bañera detrás de la cortina, los roperos, las cerraduras de las puertas que daban a la terraza y debajo de la cama.

Recién cuando se convenció de que estaba sola, trabó la puerta con todas las cerraduras y bajó las persianas del balcón. Se despojó del saco y se sentó en uno de los sillones. Necesitaba calmarse.

El escenario la angustiaba. Cuando llegaba al Estudio el caso de un cliente potencialmente peligroso —por sus actividades o antecedentes—, se tomaban los recaudos necesarios. Pero Javier Costa, o Carlos Rafat, había sido presentado por un corresponsal de los tantos que tenían en el mundo, un respetado abogado alemán que trabajaba con ellos desde hacía décadas. Y el asunto no era inicialmente más que un expediente aduanero sobre una infracción que ni siquiera podía considerarse grave.

Si pudiera explicarle eso a sus perseguidores, todo quedaría aclarado, pero no sabía quiénes eran ni qué pretendían. El único que podía orientarla era el mismo Javier, pero había perdido todo contacto.

Se sentía una estúpida por haber permitido que ese hombre entrara en su cabeza sin siquiera pedir permiso. Estaba acorralada: el doctor Haas por un lado, los matones por otro, Lema torturado y Javier Costa, su adorado Javier Costa, el causante de todo ese problema, en Brasil.

No veía otra salida más que acudir a Günther Haas. Miró su reloj: eran las diez y cuarto de la noche, las tres y cuarto de la madrugada en Europa. No podía llamarlo a esa hora.

El timbre de su celular la hizo saltar del sillón. Aunque no reconoció el número, atendió lo mismo.

—¿Doctora Lascano? Soy Lorena.

—Ah, ¿qué tal Lorena? Estoy medio complicada en este momento. En cuanto me desocupe un poco te llamo —se excusó, no pudiendo imaginar un peor momento para hablar con ella.

—Doctora, es importante que hablemos. Usted necesita enterarse.

—¿De qué? —preguntó, tratando de sacársela de encima.

—De algo suyo.

—¿Mío? ¿Qué es? —volvió a preguntar.

—No puedo decírselo por teléfono.

—Está bien. Entonces vení cuando quieras —accedió, finalmente.

—Voy mañana en un vuelo de las 9:40. Llego a las once a Aeroparque. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—No lo sé. Me llamás cuando llegues, ¿ok?

Se tomó el ansiolítico que reservaba para momentos especiales y se acostó en la cama. Igual durmió vestida, por si tenía que salir corriendo del departamento en cualquier momento. Mantuvo las luces de la casa y del balcón encendidas y hasta dejó marcado en el teléfono el número de emergencias.

El tiempo no pasaba... Mercedes miraba el reloj cada cuarto de hora imaginando situaciones y buscando soluciones. Tenía que encontrar la forma de sentirse más segura. Y, encima de todo, le molestaba la llamada de Lorena Zapata y su urgencia.

Cuando se despertó, a las siete de la mañana, saltó de la cama alarmada, y todos los problemas le cayeron encima otra vez. Se calentó un café en el microondas y abrió las persianas, aunque mantuvo cerradas las ventanas y los pasadores trabados. A través del vidrio vio las nubes rosadas vagar sobre el río. Se quedó quieta aferrándose a la taza. Ya era una hora razonable para llamar a Alemania.

La secretaria de Haas la reconoció de inmediato, pero le dijo que el abogado estaba en reunión y había pedido expresamente que no lo molestaran.

—Por favor, dígame que se trata de un problema urgente y personal. En todo caso, que me indique a qué hora y a dónde puedo llamarlo —le pidió en inglés. Su alemán era bastante precario.

Esperó unos minutos:

—Un momento, doctora. La va a atender ahora.

Mercedes no sabía cómo encarar la conversación. Miró a lo lejos: la claridad se iba haciendo más notoria, delineaba el contorno de los edificios y las torres de la usina de electricidad de la costanera.

—Mi querida Mercedes —dijo con voz entusiasta en su castellano duro—. ¿Qué le está pasando? Allí debe ser de madrugada.

—Doctor Haas, siento molestarlo, pero necesito hablar con usted.

—No se preocupe. Me viene bien distraerme un poco de estas discusiones de dinero e inversiones de sociedades cruzadas. Dígame.

—¿Usted se acuerda que le conté que alguien estaba tratando de averiguar el paradero de Javier a través del abogado que hizo las averiguaciones en la Aduana?

—Sí, un doctor Lemon.

—Lema —lo corrigió—. Bueno, ayer sufrió un ataque de parte de unos vándalos que buscan a Rafat. El hombre no soportó la tortura y tuvo que confesar que yo era el contacto.

Se hizo un silencio en la línea. Mercedes retomó su informe.

—Me temo que vengan por mí, doctor. No sé qué hacer —dijo, al borde del llanto.

—Cálmese, Mercedes, por favor. Lamento haberla metido en semejante situación pero no se me ocurre qué puedo hacer desde aquí.

—Yo tampoco lo sé exactamente, pero usted el único que puede saber dónde está Javier Costa.

—La última vez que hablamos me dijo que el conflicto con sus competidores se había agravado.

—El ataque a este muchacho no es casual. Debe formar parte de esa guerra de la que él me habló en Río y que usted también conoce. Lo están buscando y recurren a nosotros, sus abogados, como si supiéramos de la vida de nuestros clientes.

—Lo único que se me ocurre es hablar con él y que nos aconseje. Él conoce el ambiente.

—No sé si serviría de algo —acotó Mercedes.

—Yo tampoco, pero no se me ocurre otra cosa, Mercedes. No, espere, se me ocurre una idea. ¿No quiere venir a quedarse un tiempo con nosotros?

—No, no puedo. Tengo muchas cosas pendientes. De todas maneras, muchas gracias.

—¡Usted tiene que salir de ahí, Mercedes! No se puede quedar amenazada. Piénselo, por favor —dijo Haas bajando el tono, temeroso de haberse excedido al presentar el peligro—. No nos vendría mal una abogada para asesorarnos en las inversiones que se están presentando para América latina.

—Gracias, doctor. Lo tendré en cuenta si las cosas se complican.

—Hoy mismo se puede tomar un avión y poner miles de millas de distancia. Aquí nadie la va a encontrar. De todas maneras, ahora mismo llamaré a mi amigo Javier. Así tendremos un panorama más concreto.

—Está bien. Muchas gracias, doctor.

—Por favor, Mercedes, ¡cuídense! Contrate seguridad y salga de Buenos Aires lo antes posible. No se arriesgue. Yo la espero con mucho gusto.

—De nuevo, muchas gracias, Günther. Cuando tenga alguna novedad llámeme, por favor.

Cuando cortó la comunicación, Mercedes se quedó contemplando su ciudad, la ciudad que ahora se le volvía tan peligrosa. Pensó en la idea de irse a Europa por un tiempo... Dentro de su país, no se le ocurría cómo ni dónde esconderse. El consejo de Haas de contratar seguridad tampoco era una mala ocurrencia, pero le resultaba incómodo estar siempre acompañada. Si recurría a la policía, iba a tener que dar una serie de explicaciones que no convencerían a nadie y, además, quedaría oficialmente relacionada con la lucha de bandas. No, ni pensarlo.

Debía hablar con el doctor Beltramino. Era el único en quien podía confiar. Decidió que, hasta ordenar su cabeza, debía procurar moverse en lugares poblados y no repetir rutinas.

Salió para el Estudio directamente desde la cochera. No se animaba a tomar un taxi, como lo hacía todos los días en la esquina. Subió la rampa a una velocidad regular y saltó a la calle de manera algo imprudente. Un asustado conductor la reprendió con un bocinazo.

Meterse en la marea de automóviles que iba al centro la tranquilizó.

Javier Costa volvía de su excursión de pesca en el lago Inturke, en el interior de Lituania, cuando le vibró el celular.

—Querido Günther, ¿cómo está? —dijo, iniciando el diálogo en inglés.

—Javier, me acaba de llamar Mercedes, la abogada de Buenos Aires, para contarme que golpearon a un abogado de su Estudio buscando pistas para dar con su paradero.

—Son unos animales.

—El problema es que el hombre dijo que Mercedes está a cargo de su caso y ahora ella teme que le pase lo mismo.

—Voy a ver qué puedo hacer para pararlos, pero desde acá es difícil. Mejor me voy a Buenos Aires —dijo, decidido.

—Ni se le ocurra, Javier. Lo agarran y lo matan. Nunca le van a perdonar haber entregado esa información.

—Pero algo hay que hacer por la abogada...

—Yo estoy tratando de que la manden a Europa para asesorarnos en unas inversiones. Ya se lo comenté incluso a ella.

—Me parece buena idea. Nunca me perdonaría que algo le pasara. Usted sabe cuánto me gusta, Günther.

Cuando cortaron, el doctor Haas se quedó pensando cómo hacer para que viajara

cuanto antes. A su vuelta de Brasil, Javier Costa le había confesado que había encontrado irresistible a la doctora Lascano, pero que era consciente de que este sentimiento no era más que una fantasía: con tantos problemas en el medio, lo suyo estaba destinado al fracaso.

Antes de levantar el teléfono para llamar a Beltramino, a Haas se le ocurrió una idea que le dibujó una sonrisa en el rostro.

Dos de los abogados del equipo del doctor Massa llegaron temprano a la oficina. La noche anterior, su jefe les había encargado la misión de organizar una fiesta para celebrar la sentencia del caso Halcón. Sería esa misma noche, para toda la gente del Estudio y de la empresa.

Como apenas tenían horas por delante, aunque el presupuesto era ilimitado, decidieron recurrir a servicios especializados. Calcularon doscientas cincuenta personas: los socios, abogados jefes y los ejecutivos de Halcón tendrían lugares especiales; se invitaría a todo el personal, aunque sin sus familias, para no agrandarlo demasiado.

La noche antes, los abogados habían llamado a amigos recientemente casados, y a otros que a menudo hacían eventos, para dar con referencias de organizadores. Encontraron una mujer que estaba dispuesta a hacerlo, pero como estaba en una fiesta cuando la llamaron, quedaron en comunicarse la mañana siguiente.

A la hora señalada, conversaron largamente sobre sus necesidades y concretaron algunos detalles de comida y bebidas. El precio por persona había aumentado bastante debido a la urgencia, pero no tenían problema en pagarlo. Juntos, decidieron hacerlo en un restaurante del microcentro que atendía sólo al mediodía. Tenía un salón enorme y el equipamiento necesario para el evento. Además, quedaba cerca del edificio de la Empresa Halcón y del Estudio.

En eso estaban los jóvenes abogados de Massa cuando Mercedes entró al garaje y estacionó el automóvil en la cochera que tenía asignada en el segundo subsuelo. Eran las nueve menos cuarto y aún no llegaban los ejecutivos. El lugar se veía algo solitario y lúgubre.

La abogada no se animaba a bajarse. Mantenía el motor en marcha y la palanca puesta en reversa por si alguien se acercaba. Decidió dar vuelta el automóvil y ponerlo de culata contra la pared. La maniobra le llevó menos de un minuto, y ahora al menos iluminaba el estacionamiento.

Al rato llegó uno de los socios, que estacionó dos espacios a su derecha. Cuando él se bajó apresurado, ella hizo lo mismo. Tomaron juntos el ascensor.

Ya en su despacho, Mercedes experimentó una rara sensación de transitoriedad. Ése era su lugar y, aunque sabía que allí estaba segura, también sabía que no era el

lugar para protegerse.

Trató de concentrarse en el trabajo hasta que llegara el doctor Beltramino, a cuya asistente le pidió que se lo comunicara enseguida. Sonó su celular.

—Doctora, soy Lorena Zamora, acabo de llegar. Estoy en Aeroparque, ¿qué hago?

—Venite para el Estudio —dijo, porque ella no pensaba abandonar el edificio. La insistencia de esta chica, a quien había creído que no volvería a ver, la molestaba.

Cuando entró en su despacho, media hora después, Mercedes la estudió atentamente. Estaba más rellena, ahora era una muchacha con busto y ostentaba una figura apreciable. La cara redondeada y un peinado a la moda.

—Lorena, ¡qué bien se te ve! Me encanta... —dijo, levantándose para saludarla con un beso y sentarla en el mismo sillón en el que se había sentado la última vez.

—Estoy muy bien, por suerte. Conseguí un trabajo en Córdoba cerca de la facultad y no lejos del pueblo donde aún viven mis padres. Conocí a un muchacho ingeniero y estoy de novia, muy feliz.

—Excelente. ¿Y qué era ese tema tan urgente? Estoy muy intrigada.

—Bueno, mi trabajo nuevo es en la delegación del Servicio de Informaciones del Estado. Un sueldo digno, aunque un trabajo un poco especial. Hace algún tiempo estamos investigando una red del crimen organizado que se dedica al contrabando, la falsificación y la piratería de los derechos intelectuales.

Mercedes sintió el impacto en el cuerpo. Lorena continuó:

—El asunto lo está manejando un comisario de la Federal, que parece tener una información muy precisa, pero todo se ramifica. La cuestión es que hubo un procedimiento y yo fui comisionada para recoger y procesar la documentación que se encontró en el lugar, con el fin de identificar otros implicados y más mercadería. En los allanamientos se secuestraron drogas y armas. También algunas cuentas de banco y documentos de identidad falsos. —Se detuvo un momento y, después de mirarla, continuó—: Ayer hubo otro operativo y fui con ellos. Entre la documentación que le secuestraron al detenido, encontré este papel —concluyó, y sacó de su cartera un papel doblado en cuatro. Se lo entregó.

Mercedes se estiró. Estaba escrito en líneas torcidas y con una caligrafía primitiva. No llevaba fecha ni estaba dirigido a nadie y, menos que menos, firmado.

Un amigo de la Aduana me dijo que hay un juicio contra Carlos Rafat y que fue a verlo un abogado de un Estudio importante.

El boga no quiso dar información y tuvimos que convencerlo. Al fin nos dijo que el cliente era su jefa, una abogada que se llama Mercedes Lascano, y que el punto que buscamos se lo habían mandado de una oficina de Alemania. Mi amigo también me dijo que no fueron más a ver el expediente. A lo mejor esa mina sepa dónde está Carlitos.

Lorena notó cómo a Mercedes le temblaban las manos. Al fin levantó la vista y dijo:

—A vos te lo puedo decir. Lo que dice este papel es cierto. El tal Carlos Rafat es un cliente que tenía un problema con la Aduana, pero con quien perdimos todo tipo de contacto. ¿Cómo se enteraron?

—Ahí lo dice: por un amigo de la Aduana —señaló Lorena.

—¿Y por qué lo están buscando?

—Porque hay rumores de que fue ese hombre el que delató a la organización. Buscan venganza. Parece que es un personaje.

—¿Y por qué denunció a sus cómplices?

—En realidad no eran sus cómplices, sino una banda rival que comete toda clase de delitos: armas, drogas, gente, asaltos, contrabando, falsificación. Ignoro la causa de la denuncia pero estoy segura de que, sin esa información que tiene la Federal, nunca habríamos podido descubrirlos. Me parece que tiene que tomar los recaudos necesarios, doctora. La tienen identificada y esta gente no se anda con chiquitas.

Capítulo 13

Lorena no quiso quedarse a almorzar. Alegó que tenía que hacer unas diligencias antes de volverse a Córdoba. Se despidieron con todo afecto y comprometió a la abogada a viajar para su casamiento.

Mercedes volvió a sentarse en el sillón frente al ventanal y releyó otras tres veces la carta. Era obvio que los delincuentes conocían su relación con Carlos Rafat, pero no hacían el nexo con Javier Costa, o al menos no lo decía.

Pero ¿quién era el que escribió esa carta? ¿Dónde estaba? ¿A quiénes había pasado la información? ¿Cuántos más lo sabían? ¿Se podía enterar la policía? ¿Qué poder conservaban esos delincuentes?

Como a las tres y media, Beltramino la llamó en forma directa. Se dieron cita en el despacho del socio.

—¿Se acuerda de aquel asunto aduanero que nos mandó el doctor Haas?

—Sí, me dijo que era sólo una consulta y después que se desprendía del caso. ¿El caso por el que viajó a Brasil, no? —preguntó, haciendo memoria.

—Efectivamente. Me desligué del asunto porque se trataba de un tema muy complicado: el cliente es el jefe de una organización dedicada al contrabando y a la falsificación de marcas. Está amenazado por sus competidores, y dice que no se quiere unir a ellos por razones éticas. Consideré que no se trataba de un caso para mí ni para este Estudio, pese a la insistencia del doctor Haas. Pero, cuando volví del viaje a México, el doctor Lema me comentó que había recibido a unos oficiales aduaneros que estaban detrás de este cliente. Le contaron los detalles sobre una lucha territorial de contrabandistas.

—¿Qué clase de lucha?

—Imagínese; son bandas y cada una opera en distintos lugares y no interfieren una con la otra, salvo cuando se pisan las áreas de operación. Bueno, lo que le pasó al doctor Lema no fue un robo común. Unos tipos lo apalearon para que confesara dónde está Carlos Rafat, nuestro supuesto cliente.

—¡No puede ser!

—Sí, doctor.

—Me dijeron que lo habían asaltado y que se estaba recuperando. ¿No será un rumor infundado?

—No, doctor. Yo misma lo visité en el hospital; está destruido por los golpes.

—¡Qué barbaridad! ¿Y él sabe dónde está ese tal Rafat?

—No, pero Lema no aguantó la paliza y, para zafar, les dijo que era yo la que llevaba ese cliente. Estoy asustada. Temo que ahora vengan por mí.

Beltramino puso una cara que ella no le conocía, mezcla de asombro y angustia.

—Tiene que protegerse, Mercedes. Y tenemos que hablar con Haas para que nos informe —dijo el abogado.

—Ya lo hice, doctor. Esta mañana lo llamé a Alemania para contarle y me

prometió hablar con ese cliente, que también es su amigo. Me parece que lo tiene escondido.

—Mercedes, usted necesita custodia. No puede arriesgarse a que le pase lo mismo que a Lema. Espere un momento.

Desde su asiento, levantó el tubo y marcó tres números.

—Necesito hablar con el comisario Barrios —pidió, y se quedó escuchando—. Dígale que me llame con urgencia. Me voy a quedar en el Estudio.

—Hay algo más, doctor —dijo Mercedes y le extendió la carta que le trajo Lorena.

Beltramino la leyó.

—¿De dónde sacó esto?

—Me la trajo una clienta que la encontró entre los papeles de un allanamiento en Córdoba. Tiene que ser reciente porque habla de la paliza a Lema.

Unos minutos después, entraba en el despacho el jefe de seguridad del Estudio. Podían contar con su discreción. Beltramino le explicó el caso y su misión: proteger a Mercedes sin comprometer al Estudio en un enfrentamiento delictivo.

—Mientras investigamos un poco, lo ideal sería que usted se tomara unas vacaciones, doctora —le sugirió el experto.

—Imposible —dijo ella.

—Entonces, trate de circular lo menos posible. Cuando tenga que hacerlo, será custodiada por nuestra gente.

—¿Qué? ¿Voy a tener a alguien al lado todo el tiempo?

—Sólo cuando esté expuesta, doctora. No aquí ni en su casa con su familia.

—Soy soltera —aclaró, avivando las fantasías del policía.

—¿Y vive sola?

—Sí.

—Entonces, si usted me permite, haremos una revisión de su casa para garantizarle seguridad. Además le daremos un botón antipánico para que lleve siempre con usted y un adminículo que nos permitirá ubicarla por satélite ante cualquier emergencia.

Más tarde, Beltramino recibió un llamado del doctor Haas. Después de los saludos de rigor, el alemán lo puso en tema.

—Lo llamo porque quisiera convencer a la doctora Lascano de que se venga para acá. Su vida está en peligro, doctor, pero ella me dice que le van a poner custodia.

—Mire, Günther, a mí todo esto me parece raro. ¿Qué tanto es el peligro?

—Justo acabo de hablar con mi amigo, el del problema aduanero —dijo, evitando dar nombres—. Él también sugiere que la abogada salga de Argentina cuanto antes. Ignoro qué datos tiene, pero yo le puedo asegurar que no es un hombre especialmente temeroso o precavido. Lo conozco hace tiempo.

—Le creo, Günther. Voy a insistir para que Mercedes viaje a Europa, donde además tenemos unos temas pendientes.

—Puede venir aquí si quiere, yo tengo varios asuntos en los que ella podría ser de enorme ayuda.

Cortaron, y sin apoyar el auricular, Beltramino marcó tres números.

—Mercedes, por favor venga enseguida.

Cuando ella entró a su oficina, se asombró una vez más de su porte de mujer. Además de bonita, tenía una actitud que se imponía con su sola presencia. Nada en ella transparentaba temor.

—¿Tuvo alguna noticia, doctor? —dijo en cuanto entró.

—Sí, me llamó el doctor Haas.

—A mí también.

—Y me dijo que su cliente le aconsejó que usted saliera lo antes posible de Buenos Aires. Y también me dijo que usted se niega porque tiene mucho trabajo.

—Es verdad. Estoy organizando la atención de la prepaga y otro cliente que...

En ese momento sonó el teléfono y Beltramino atendió:

—Que pase —dispuso, y se levantó del asiento abandonando a Mercedes en la mitad de su explicación—. ¿Qué pasa, comisario?

—Disculpe que interrumpa pero uno de mis hombres acaba de tener un incidente con dos personas que intentaban subir para entrevistarse con la doctora Lascano sin autorización. Hubo un intercambio de palabras pero no se quisieron identificar. Cuando Seguridad les dijo que no podían acceder, se fueron amenazando. Subieron a un automóvil con otros dos. La patente era falsa. Me parece que estos tipos están cerca, doctora —dijo el policía, poniéndose serio.

El doctor Beltramino se acercó y tomó la mano de Mercedes.

—Me parece que esto decide por nosotros. Usted va a salir en el primer avión que despegue a Europa. Después arreglamos dónde irá y qué haremos, pero no podemos perder tiempo. Comisario, usted se encarga de llevar a la doctora a Ezeiza, ¿sí?

—Comprendido, doctor.

—Un momento —dijo Mercedes—. Necesito un rato para arreglar lo más urgente y pasar por casa a recoger ropa. ¿Puede ser?

—Sí. Yo necesito más o menos una hora para preparar la custodia.

—Está bien. Por favor, póngase en contacto con la doctora cuando esté listo. Y, mientras tanto, ponga a alguien en la recepción.

Beltramino le pidió a su secretaria que averiguara sobre los próximos vuelos directos a Europa y se despidió con un abrazo de Mercedes. La abogada volvió a su despacho y se detuvo un momento para asimilar lo que estaba sucediendo. No había pasado un día desde que se supiera lo de Lema y ya estaba huyendo custodiada. Ella, una mujer tan independiente, se sentía como una niña en manos de Haas y Beltramino. Por primera vez en años, se estaba dejando proteger.

Cuando ambos terminaron sus tareas, el comisario Barrios y Mercedes se

encontraron en la recepción. El policía iba acompañado de otro hombre, que no disimulaba su oficio. Bajaron hasta el garaje para encontrarse con cuatro más, que conversaban junto a dos autos mal estacionados. Uno de ellos se sentó al volante de una camioneta Honda. Mercedes iba en el asiento trasero.

Cuando llegaron a su departamento, la abogada subió por el ascensor de servicio con el comisario Barrios y otro hombre, que revisaron el departamento antes de dejarla entrar.

—Todo está en orden, doctora —le dijo Barrios—. Me avisó el doctor Beltramino que su vuelo sale para Barajas a las 18:15 y tenemos que salir de aquí más o menos a las tres. Nosotros la esperamos aquí —dijo el comisario quedándose en el palier—. Si necesita algo, nos avisa.

Cuando estuvo sola sintió que se le aflojaban las piernas y tomó conciencia de lo que estaba viviendo. En pocas horas había pasado de ser una abogada que brindaba por el éxito de un juicio a una mujer que huía custodiada por seis hombres.

Se sentía tentada a resistir el acuerdo con Beltramino, pero el miedo volvió a hacerla cambiar de opinión. No. Prepararía la valija, iría al aeropuerto, se tomaría ese avión a Madrid y recuperaría el equilibrio de su vida. Encontrarse con el doctor Haas sería un bálsamo para su espíritu alterado.

Una vez que tuvo listo su equipaje, miró el reloj: le quedaba un cuarto de hora para bajar. Recorrió el departamento para desenchufar los artefactos, y cerrar la llave del gas. Redactó una nota a Mima avisándole del viaje y pidiéndole que fuera una vez por semana a limpiar y regar las plantas. Por último, hizo una llamada.

—Marina, me voy a Europa —le dijo, de sopetón.

—¿Te vas adónde?

—A Europa. Voy a ver a unos clientes —la cortó—. En cuanto vuelva te llamo y nos encontramos, ¿ok?

—De acuerdo. Feliz viaje —dijo Marina, con tono burlón.

—Gracias. Un beso.

Mientras hablaba por teléfono, recordó el *pendrive* oculto bajo la plantilla de su zapatilla. Como iba a ver al doctor Haas, pensó que el viaje era el momento perfecto para devolverlo. Además, tampoco podía dejarlo allí. Alguien podía encontrarlo.

Nadie, salvo Beltramino y Mercedes, quería perderse la reunión para festejar el éxito en el caso Halcón. Abogados y empleados se mostraban pletóricos de entusiasmo. Porque, además de haber ganado, sentían que habían luchado contra un enemigo deleznable: la codicia de los capitales extranjeros.

La organizadora de la fiesta había reservado un sector para los socios del Estudio y los directivos de Halcón, para guardar una distancia razonable entre su sobriedad y la alegría a veces no controlada de los más jóvenes.

Dos disc-jockeys pasaban música ambiental, y los invitados conversaban copa en

mano. De vez en cuando, cortaban con un bocadito. A las ocho, la cocina empezó a despachar los sándwiches calientes y las cazuelas de pollo con arroz.

A la hora de los postres, Massa se sintió obligado a decir unas palabras para liberar a aquellos que consideraban cumplida su concurrencia al festejo.

Estimados amigos de la Empresa Halcón y colaboradores del Estudio:

Les agradezco que se hayan molestado hasta aquí en este momento tan glorioso para festejar la sentencia favorable en el asunto Brighton contra Halcón, después de siete años de duro pleito judicial.

Ha sido un gran esfuerzo en el que colaboró mucha gente, con la cual he tenido el honor de trabajar. Se hizo justicia.

Propongo este brindis para festejar este nuevo éxito del Estudio y de un cliente amigo, la Empresa Halcón.

Un aplauso cerrado coronó sus palabras, la señal que esperaban los que querían partir. Quedaban los dispuestos a disfrutar de la noche. La música subió el volumen, las luces disminuyeron y la barra renovó los tragos.

Mercedes no le tenía miedo a los aviones, pero nadie disfrutaba de un vuelo movido. Cuando llegó a Barajas, tomó un taxi y fue al hotel de siempre, donde su secretaria le había reservado una habitación. En cuanto el botones salió con su propina, llamó a Beltramino y al doctor Haas para avisarles de su llegada. Se quedaría en la ciudad algunos días para entrevistarse con un cliente y con la gente del Estudio corresponsal. Después iría a Munich a encontrarse con Günther y decidir qué hacer hasta que pudiera volver a Buenos Aires.

Estaba agotada. Entre la salida a las apuradas, la noche en vela por las turbulencias y la diferencia horaria se sentía como en una nebulosa. Durmió profundamente seis horas y, cuando despertó, ya estaba casi oscuro. Era diciembre y el frío se hacía sentir. Por suerte había llevado el tapado que se puso para salir a dar una vuelta.

En una de las peatonales encontró un bar casi vacío. Se decidió por una tortilla de papas y una cerveza. Mientras comía, su mente repasó los sucesos con más calma. El viaje a Río, la historia con ese hombre misterioso, la paliza a Lema, el peligro inminente y la huida. Sólo Javier Costa podía devolverle algo de orden a su vida. Pero ¿cómo?

Aquellos días en Madrid fueron intensos. La doctora Lascano trabajó en el Estudio del corresponsal español ultimando los detalles de un contrato con inversores que estaban montando una infraestructura de negocios farmacéuticos en la Argentina. En comunicación permanente con Buenos Aires desde su computadora, trabajaba

también con Eleonora y los abogados de su equipo. Nadie, salvo el doctor Beltramino y su secretaria, sabían en qué lugar del mundo se encontraba.

Cuando terminó su tarea en Madrid, reservó un pasaje para Munich y llamó al doctor Haas para avisarle que viajaba. Tenía en mente dos objetivos: ver en qué ocuparse mientras durara su exilio y ubicar a Javier Costa para dar por concluida la locura que la había puesto a ella en medio de una guerra de mafias.

Esa semana, el doctor Magliano no volvió a la ciudad como hacía habitualmente; se quedó en su casa del *country* con su esposa. Oficialmente estaba de licencia por enfermedad, lo que lo había eximido de votar en el asunto Brighton c/Halcón. Sin él, la sentencia fue unánime: los votos de los dos camaristas y, el tercero, ausente.

Como Magliano no había querido votar con la mayoría, acusó un problema intestinal severo. Un médico de la obra social certificó la dolencia sin siquiera revisarlo. Le ofrecieron esa solución y él la tomó sin dudarlo: le parecía menos grave para su conciencia que adherirse a la mayoría sin fundamentos. Y el resultado era el mismo: sentencia a favor de Halcón por unanimidad.

Aunque realmente se sentía enfermo. Enfermo por haber cedido. Votar a conciencia, sin embargo, habría sido como condenar a su propio hijo por aquel escándalo con la empleada. Hubiera significado el fin de su matrimonio y su carrera.

Desde que había sido padre, se había sacrificado en muchas cosas por él. Pero éste fue el sacrificio más difícil. En pocos días, Juan José obtendría su designación como juez de primera instancia en Zapala y partiría al sur con su mujer y sus hijos.

En cuanto a él, estaba decidido a presentar su renuncia por motivos de salud y a acogerse a la jubilación que tenía por derecho. Creía que todo su futuro como juez se vería afectado por la cobardía que había demostrado en el caso Brighton c/Halcón. Tal vez algún día, ya retirado, escribiera un libro sobre el caso.

En la sala de recepción del aeropuerto, Mercedes se encontró al sonriente doctor Haas. Tuvo que pelear con el abogado para que la dejara arrastrar su propia valija.

—Bueno, acá me tiene, doctor —le dijo, mientras caminaban.

—Me alegra mucho. Realmente era un peligro quedarse, y yo me sentía responsable por haberle presentado a Javier Costa.

—Ahora tiene que tratar de encontrarlo para saber cómo se termina este asunto —le pidió Mercedes, con una sonrisa.

—No es tan difícil. Él está cerca, en un retiro obligado.

—¿Dónde está?

—Un poco más al norte —contestó el abogado, hermético.

Atravesaron un largo corredor con deslizadores mecánicos para acelerar la marcha. Günther la condujo hacia una nueva puerta de embarque.

—¿Qué estamos haciendo acá, Günther? —preguntó.

—Le tengo una sorpresa. Desde aquí sale un avión para Vilnius. Vilnius es la capital de Lituania. Allí la esperan para llevarla a Inturke, donde podrá encontrarse con Javier Costa.

Mercedes no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Quería hablar, pero no le salían las palabras. No sabía cómo reaccionar. Le parecía un tremendo atrevimiento de su parte haber organizado este encuentro sin siquiera consultarla, pero por otro lado la ilusionaba volver a ver a Javier, aunque más no fuera para que le diera explicaciones y la sacara del problema. Haas mantenía su sonrisa bonachona:

—¿Acaso usted no quería encontrarse con él para que le diera sus respuestas?

—Sí, pero...

—Bueno, me pareció buena idea que se encontraran en su escondite, y que de paso usted conociera Lituania. Es un hermoso país. Si le parece, claro. Yo me tomé la libertad de reservarle un pasaje de vuelta para dentro de tres días, confiando en que ese tiempo será suficiente para aclarar lo que quedó sin aclarar. Después vemos cómo se acomoda para trabajar desde aquí.

Se sentaron en un bar instalado de la isla central a tomar un café.

—No estoy segura, Günther. No me parece que tenga que verlo; alcanza con que hablemos por teléfono —dijo, engañándose.

—Piénselo. Es apenas un paseo de tres días.

—Bueno, sí, podría ser...

—Costa está viviendo en una casa que yo uso en el verano. Vytas, el encargado, va ir a buscarla al aeropuerto. La espero de vuelta en tres días. Aquí tiene los tickets.

—¿Se pueden cambiar?

—No. Creo que es el tiempo que necesita para que le aclare su situación y sepa a qué atenerse, pero no más. Yo tengo que viajar a China y quiero dejarla instalada antes de irme.

—Yo decía por si tengo que adelantar el regreso.

—Tampoco. No tiene sentido. Disfrute del viaje y vuelva relajada para trabajar.

—A veces usted me desconcierta —le dijo Mercedes, entre ansiosa y esperanzada.

El vuelo de Air Baltic hacía escala en Riga antes de llegar a Vilnius. Dos tramos de una hora y pico y una espera corta en el aeropuerto eran todo lo que la separaban de Costa.

Estaba cansada. Cansada y nerviosa. Por fin lo vería nuevamente y esta vez no estaba dispuesta a dejar las cosas en el aire. Quería saber para qué la necesitaba y cómo saldría del embrollo en que la había metido con sus negocios sucios. Además, descubriría, como le dijo Marina, si estaba enamorada de ese hombre del que tan poco sabía y que era un peligro andante. Trató de representárselo, pero no se lo

acordaba del todo, salvo algunos gestos y sus cicatrices. Cuando lo quería enfocar, se le diluía la imagen.

El avión no subía demasiado porque las distancias eran cortas. Desde la ventanilla se veía una llanura blanca con algunos manchones de bosques o pueblos. En el aeropuerto, un hombre con un cartelito que decía «Mercedez» sonrió cuando ella se acercaba. Vytas hablaba poco y ella así lo prefería. Apenas le informó que tardarían dos horas en llegar.

Se acomodó en su asiento. Le dolía el estómago. La camioneta avanzaba por un camino que se identificaba como la ruta A14, pero después se desvió para tomar otro más estrecho y sinuoso. Se sentía tranquila porque el hombre manejaba con seguridad. No había tránsito, pero no podía evitar derrapar en algún manchón de hielo. Al fin, de la nada, apareció una población perdida que parecía salida de una postal de turismo.

—*Is it here?* —preguntó Mercedes.

—*Yes, madam.*

Creía que estaba ahí para obtener las respuestas del caso, pero por dentro se sentía como una colegiala en su primera salida. Una vez que cruzaron el pueblo por su calle principal, el camino bordeó un lago. Pocos metros más adelante se divisó un chalet.

Y entonces lo vio. En la ventana de la planta alta se recortaba la figura de Javier Costa, que sonreía con las manos en los bolsillos del pantalón.

El auto se detuvo en la explanada frente a la puerta cerrada de un garaje. Mercedes se bajó; hacía mucho frío y su aliento soltaba pequeñas nubes de vapor. Volvió a mirar hacia arriba pero él ya no estaba. Un poco dubitativa, encaró hacia la escalera de piedra que culminaba en la puerta principal de la casa.

Antes de alcanzar el último peldaño, Javier le abrió la puerta:

—Hola —dijo ella sin mucho sentido.

Él no contestó. Mirándola fijamente a los ojos, levantó una de sus manos y le acarició el rostro con la punta de los dedos. Y se fundieron en un abrazo. Sin soltarla, Javier retrocedió y cerró la puerta con el pie. Buscó su boca.

Después de un rato de besarse, la tomó de la mano y la llevó hasta el piso de arriba. En el dormitorio, las cortinas bordadas estaban entreabiertas y dejaban ver la inmensidad del lago. Un fuego crepitaba en la estufa enorme del costado. Abrazados, miraron la estampa de los árboles desnudos y los pinos aún con nieve y el cielo límpido que empezaba a oscurecerse. Se besaron una vez más.

Javier la acariciaba y la desvestía sin torpezas. Y ella lo dejaba hacer. Temía no estar limpia porque había pasado horas de viaje, con escalas y emociones.

—Sos tan linda... —suspiró el hombre, mientras él mismo se desvestía.

—Por favor —le rogó Mercedes, extendiéndole los brazos.

Él se metió en la cama para seguir con las caricias y los besos. Ella lo miraba profundamente a los ojos.

Cuando sintió que él se introducía dentro de ella, Mercedes se acordó de lo feliz

que uno podía llegar a ser, y tuvo que cerrar los ojos.

Mercedes y Javier disfrutaron de cada instante de su encuentro, empeñándose en demorarse lo más posible para prolongar el placer. Terminaron con segundos de diferencia, lo que le permitió a ella disfrutar de lo suyo y de lo de él.

Tal era el éxtasis, que ninguno encontraba las palabras. Dejaron que las manos recorrieran los cuerpos. Cuando se miraron, los ojos de Mercedes estaban llenos de lágrimas, que Javier bebió de sus mejillas.

En el cuarto no había relojes, pero hacía rato que había oscurecido y la claridad de la luna entraba por el resquicio de las cortinas. Después de mucho tiempo de ternuras, Javier se levantó para ir al baño. Mercedes se arrojó en la cama, pletórica. No se había imaginado que las cosas tomarían este giro. En el baño estaba aquel hombre que encontró de la forma más insólita, el hombre que le había complicado la vida.

Javier salió desnudo del cuarto. Cuando se acostó, Mercedes apoyada en un codo, se dedicó a presionar con el índice cada una de sus cicatrices.

—¿Me vas a contar cómo te hiciste esto? —le preguntó en voz baja.

—En otro momento —contestó él.

—No, ahora. No quiero postergar una más de tus respuestas —insistió ella.

—Son esquirlas de una granada.

—¿Una granada? ¿En uno de los atentados?

—No, en Malvinas.

—¿Malvinas? ¿La Guerra de Malvinas?

—Sí. Fui oficial del ejército. Me hirieron en la resistencia el día antes de la rendición.

—Ay, Javier, no dejás de sorprenderme. Cada vez que me encuentro con vos tenés una historia nueva de peligro.

Mercedes lo besó sintiendo que lo protegía de su pasado.

Separándose, le dijo:

—Necesito bañarme. Estoy así desde que salí de Madrid.

—Adelante, aunque me parece que mejora el sabor —dijo Javier, con una sonrisa pícar—. ¿Qué te gustaría comer? —preguntó, cambiando de tema.

—Lo que te parezca.

—¿Aquí o en el comedor?

—¡Aquí! —reclamó ella, y lo besó rápido en la boca antes de saltar de la cama.

Javier la miró de atrás: glúteos redondos y firmes sin celulitis ni flaccidez, cintura bien torneada con caderas estrechas y una espalda con omóplatos marcados. Ella se sintió mirada y se dio vuelta. Sonriente se tapó los glúteos con las manos y entró en el baño.

Se bañó disfrutando del agua caliente imaginando el frío exterior a través del ventanal empañado. Ninguna sensación tan placentera como renovar la piel para el amor. Tomó una de las batas y se la puso sin ropa interior.

Cuando volvió al cuarto, la mesa frente a la ventana estaba servida. Dos velas hacían juego con los leños encendidos de la estufa. Los platos estaban ubicados uno frente al otro. Javier descorchó una botella de champagne que se conservaba en un balde de hielo. Levantó su copa para brindar.

—Por vos, Mercedes.

—No sabés las veces que soñé con esto. Y lo peor era que lo creía imposible.

—Yo, en cambio, estuve seguro desde el primer momento que terminaríamos amándonos.

—Y no me diste ninguna señal... —se quejó Mercedes.

—No, porque te necesitaba. Además, era peligroso.

—¿Qué? ¿Acaso ahora no lo es?

—Estamos más lejos —dijo Javier—. De todas formas no debemos descuidarnos. Los golpeé fuerte. ¿Viste las noticias de las razias?

La mucama trajo la comida en dos platos cubiertos por una campana metálica que conservaba el calor: pescado con verduras decoradas con esmero.

—Mercedes, ella es Milda.

La abogada le sonrió y ella hizo una especie de reverencia y dijo algo en lituano. Era preciosa: alta, estilizada, con una piel muy blanca, rasgos delicados y ojos azul líquido. Saludó con sumisión, pero Mercedes creyó notar algo en su mirada. ¿Estaría incluida en los servicios de la casa? No le importó averiguarlo ni dejó que los celos la perturbaran.

Después comieron carne —ciervo, acotó él— y unos postres muy calóricos. Mantenían un diálogo rápido y divertido mientras jugaban con las yemas de los dedos percibiendo la corriente que los recorría.

Cuando terminaron, otra vez se dedicaron a amarse, a sus ritos, a sus palabras, a los gemidos. Todo era tan perfecto que Mercedes temió perderlo.

Por la mañana, salieron a caminar. Ella iba arropada con una campera de Javier que le quedaba enorme, pero allí hacía demasiado frío para su tapado.

Llegaron hasta el pueblo y entraron en un bar caluroso atestado de personas. Era evidente que Costa era popular en el lugar, porque todos lo saludaron. Parecían contentos de verlo acompañado. Ella lo observaba preguntándose cuánto tiempo duraría esa reunión. Tiempo no era lo que les sobraba.

Mientras caminaban tomados de la mano por la orilla del lago, Javier atendió su celular.

—Quieren hablar con vos —le dijo.

—¿Conmigo? —preguntó extrañada—. ¿Quién habla?

—¿Cómo está, Mercedes? —dijo la inconfundible voz del doctor Haas.

—¡Ah! Günther. Debí imaginarme que era usted. Günther, no sabe lo feliz que soy. Le agradezco mucho que me propusiera este viaje.

—Gracias, Mercedes. Entonces soy yo el que está feliz. Y no se preocupe por nada. Cuando vuelva hablaremos de trabajo.

Su mirada se detuvo en unos patos que nadaban plácidos en el lago dejando una leve estela en el agua. Entonces se acordó de su realidad de mujer amenazada, pero el abrazo de Javier desde atrás la sacó en un instante de sus tribulaciones.

Los tres días pasaron volando. Vytas iba a llevarla a la mañana siguiente al aeropuerto de Vilnius para tomar un avión que despegaba a las once hacia Munich.

Esa noche Javier y Mercedes no durmieron. Ella se resistía a hablar de su situación de perseguida porque temía romper el hechizo. Pero era necesario, indispensable.

—Javier, ¿qué va a ser de nuestras vidas?

—No lo sé... Dios dirá.

—Pero vos no podés vivir aquí el resto de tu vida ni yo en Alemania. Quiero volver a la normalidad. ¿Vas a venir conmigo?

—No, es absolutamente imposible. Pero vos sí vas a poder volver dentro de un tiempo. ¿Tenés seguridad allá?

—Sí. Los mismos tipos que me sacaron. Son muy eficientes.

—Es importante que te protejan hasta que todo se acabe. No falta mucho. Yo tengo que esperar a que se olviden de mí.

—¿Y cuánto tiempo es eso? —preguntó Mercedes, ansiosa.

—Nadie lo sabe.

—¿Y cuándo nos vamos a volver a ver?

—No sé qué decirte...

Mercedes no quería irse. Le dijo que estaba dispuesta a abandonar todo para quedarse con él.

—Yo también estoy al borde de hacer algo loco, pero debemos ser racionales. Podríamos desaparecer del mundo y escondernos donde nadie nos encuentre, pero ¿cuánto duraría? —razonó Costa.

—No me importa. Hay algo ahora, y esto es suficiente para mí. Estoy harta de estar pensando siempre en el futuro, cumpliendo como abogada con los socios y con los clientes. Y de vivir sola.

—Decís todo esto ahora porque pasamos tres días increíbles, pero cuando comience a ser costumbre, volverás a extrañar tu oficina, tu gente, tus clientes y hasta el estrés.

—No lo creo —se aferró Mercedes.

—Creelo. Yo tuve más golpes que vos y aprendí que nada es eterno, ni siquiera las lealtades. Y no quiero que esto me pase justamente con vos.

La llamada de Vytas puso fin a la conversación.

Capítulo 14

Mercedes volvió a Munich con el alma estrujada y sin ninguna solución para su problema. Durante el viaje lloró de a ratos. Trataba de convencerse de que lo vivido justificaba todo, pero Javier se había mostrado inflexible. Le había dicho con toda claridad que debían estar separados hasta que el peligro desapareciera. Por seguridad, sus vidas debían aislarse: ni verse ni hablarse.

De vuelta en la ciudad, se alojó en un departamento pequeño que el doctor Haas le había conseguido cerca de sus oficinas. Tenía, además de un dormitorio, una sala con cocina incorporada y —detalle importante— un encargado que no dejaba pasar a nadie sin aviso. Un lugar acogedor y seguro para quedarse todo el tiempo que necesitara.

Cuando Haas estaba en la ciudad, pasaban largas horas en el departamento hablando de trabajo, de amor y de peligro. Aunque ella insistiera en preguntar, Haas se resistía a revelar cualquier detalle del pasado de Javier. Sólo lo haría, le dijo, si a Costa le pasaba algo. Era su compromiso con él. Tampoco aceptó el *pendrive* que Mercedes había traído consigo y le sugirió que, si aún no lo había leído, no lo abriera todavía. Ya habría tiempo para eso cuando todo volviera a la normalidad. Si es que existía normalidad después de todo lo que había pasado.

La doctora Lascano se concentró en el trabajo. Asesoraba a grupos y empresas que planeaban inversiones en América latina como forma de reducir el impacto de la crisis europea. Ella, una abogada conocedora de la región y su idiosincrasia, les resultaba muy convincente y además sabía inglés, tenía una gran personalidad y era muy atractiva. El doctor Haas estaba encantado de tenerla con él y le dedicaba atenciones especiales: almorzaban juntos casi todos los días, la llevaba a reuniones donde se discutían importantes negocios y, a veces, hasta cenaban juntos en restaurantes elegantes.

Y así pasaron cinco semanas, sin noticias de Javier y acumulando honorarios. Mercedes mantenía una fluida comunicación con Eleonora y sus abogados, y a veces hacían reuniones por video-conferencia. Quiso volver a Lituania los fines de semana, pero la idea fue rotundamente rechazada por Haas, que invocó órdenes expresas de Costa.

Después de días de mucho debate, Haas y la propia Mercedes decidieron que regresaría a Buenos Aires. Costa había sugerido que, de volver, necesitaría mantener la custodia por un tiempo. Las cosas no estaban lo suficientemente calmas todavía, y Javier seguía siendo buscado por las bandas.

Haas llamó a Beltramino a Buenos Aires y charló largo rato con su amigo sobre el problema que representaba Mercedes. Estaba tan enamorada de Javier Costa que a cada rato amenazaba con tomarse un avión a Lituania y dejarlo todo por él. También

le informó que Javier aconsejaba mantener su custodia por un tiempo. Beltramino se comunicó con Mercedes para persuadirla de quedarse, pero acabó cediendo.

En cuanto aterrizó en Ezeiza, el comisario Barrios la esperaba a la salida de la manga y le facilitó su paso por Migraciones y Aduana. Tres hombres los esperaban en dos autos a la salida del aeropuerto para custodiar el viaje hasta el centro.

—Doctora —le dijo el policía cuando superaron las cabinas de peaje—, el doctor Beltramino me dijo que usted insistió en volver pese a que él no lo aconsejaba.

—Así es.

—Bueno, me veo en la necesidad de advertirle que el tema aquí no está acabado. Si bien la policía ha diezmado la organización, persisten algunos grupos que operan independientes o coordinados. Uno de sus objetivos es capturar a Carlos Rafat para vengarse de su denuncia.

—Y piensan que yo sigo siendo su abogada...

—Me temo que sí. Hemos detectado gente que la estuvo buscando.

—Bueno, yo no puedo vivir eternamente asilada en el extranjero —se justificó la abogada.

—Entiendo, doctora, pero necesito que siga el protocolo de seguridad que hemos preparado para usted. Me siento responsable.

—Gracias, comisario. Le prometo que haré todo lo posible para cuidarme.

La llamada del doctor Haas la sorprendió en su casa. Estaba en el baño terminando con su maquillaje cuando sonó su celular en la mesa de luz, donde quedaba durante la noche con el número grabado del comisario Barrios, listo para llamarlo con sólo apretar una tecla.

Corrió para atenderlo, y se golpeó un dedo contra una silla en el camino. Después de chequear la procedencia, tomó la llamada.

—¡Günther! ¡Qué alegría escucharlo! —exclamó. Sintió un escalofrío, porque estaba desnuda o por la anticipación de alguna noticia sobre Costa. No se animó a moverse para buscar una toalla porque temía perder la señal del celular, así que se envolvió en el cubrecama. El departamento estaba helado porque ya no subía las persianas y el sol, el bendito sol del que antes gozaba todas las mañanas, no calentaba más su casa.

—Perdone que me demoré en llamarla para saber cómo viajó. ¿Está usted bien?

—Sí, doctor. Un tanto paranoica y rodeada por custodios, pero estoy bien, no he tenido problemas hasta ahora.

—Me alegro. Quería contarle que hablé con Javier y me dijo que el problema está aclarándose. Me pidió que le diga que él mismo se va a encargar de sacarle esa gente de encima.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—No lo sé, pero yo he aprendido a confiar en él. Cuando promete algo, lo cumple.

—Pero, doctor, parece una promesa demasiado vaga... Yo vivo rodeada de

alarmas y custodios. No puedo ni ir al cine o a la peluquería. Además, lo extraño. En cualquier momento me voy para allá.

—Lo sé, Mercedes, pero le sugiero que no intente cambiar nada porque sólo empeorará las cosas. Él me dijo que se encargaría y yo estoy convencido de que lo hará. Me pidió que se lo transmita.

—Ojalá yo estuviera tan segura.

—Mire, Mercedes, es un hombre que jamás me ha fallado. Algún día voy a poder contarle su vida y verá que es propia de una novela.

—Sí, sí, pero en esta novela ahora actúo yo.

—Lo sé, Mercedes.

—Esta incertidumbre es insoportable.

Desde el momento en que el comisario Barrios asumió su custodia, Mercedes se sentía un poco más tranquila. Lema ya se había reincorporado al trabajo, aunque se movía con cierta aprensión. Y se mostraba solícito y culposo por haber revelado el nombre de la abogada a sus atacantes.

En el departamento de Mercedes el equipo de Barrios colocó trabas laterales en las cortinas de madera y sensores en las puertas. La administradora del edificio tuvo que reforzar la puerta de acceso a la terraza, que nadie utilizaba, y cambiar la cerradura, cuya llave quedaría en su poder. Instalaron una cámara en el balcón, oculta entre las plantas, y otra en el palier principal.

Le enseñaron a disparar el pedido de socorro desde la lapicera y cómo esconder el sensor que permitiría ubicarla por satélite en caso de que fuera secuestrada. El lugar más apropiado era el ruedo de la pollera o la bocamanga del pantalón.

—¿Quiere llevar un arma? —le había preguntado el comisario.

—¡No, por Dios! No sabría cómo usarla.

El hombre le regaló un tubo de gas pimienta con el que podía atontar a un atacante, aunque le advirtió que no le alcanzaría para más de uno.

—Además tiene el botón antipánico. Si siente algún peligro, no deje de activarlo. Nosotros tardaremos pocos minutos en llegar a donde usted está.

—Gracias, comisario.

En su primer encuentro con Beltramino, éste le reprochó que hubiera vuelto, pero la argumentación de Mercedes era impecable.

—No tenía alternativa. Si me quedaba en Alemania cerca del refugio de Javier, no me aguantaría sin ir a visitarlo. Incluso pensé en abandonar todo y convertirme en un ama de casa.

—No la veo en ese rol, Mercedes —dijo, con sorna, el abogado.

—Es cierto que estaba más segura en Alemania, pero tampoco podía quedarme allá para siempre. En algún momento iba a tener que volver. ¿Por qué no ahora?

—Usted sabe lo que yo pienso, pero, como la conozco, sé que no puedo hacerla cambiar de posición. Sólo le quiero pedir una cosa: cuídese y cumpla con todas las instrucciones del comisario Barrios. Sé que es muy molesto, pero no queda otro

remedio. Y cuente conmigo para lo que necesite.

—Gracias, doctor.

En medio de su crisis de seguridad, la doctora Lascano debía encarar la ampliación de su área jurídica. La resolución del caso Halcón había traído cantidad de clientes nuevos, lo que ponía al Estudio ante otro desafío.

A esta altura, los socios ya no ponían restricciones para contratar personal; ahora necesitaban más espacio físico, pues no alcanzaba ni con el piso que habían alquilado en el mismo edificio. Eran días de euforia, y los bonos extras para la gente animaban el espíritu de trabajo de todo el personal.

El regreso de la doctora Lascano había representado un gran alivio para los socios porque su área era la más activa. En cuanto a ella, no le alcanzaban las horas del día para cumplir con sus tareas y los fines de semana se los pasaba encerrada en su lujoso despacho, con el custodio en la sala de espera. Como no terminaba de sentirse a gusto, optó por llevar el trabajo a su casa donde tenía al encargado, el botón antipánico y el celular siempre a la mano. Siempre tenía encima el sensor de ubicación satelital.

La vigilancia, definitivamente, la incomodaba. Le impedía ejercitarse en el gimnasio, ir a correr a Palermo o a pasear en bicicleta. Canceló su visita quincenal al instituto de San Isidro hasta nuevo aviso.

Extrañaba su rutina y las cenas con Marina, que se había comprometido a visitarla en su casa. Estaba cansada de llamar a seguridad todos los días para ir del departamento al Estudio y de allí de vuelta, y de tener que ir acompañada hasta a sus reuniones de trabajo.

El famoso *pendrive* había vuelto con ella de Alemania y regresó a su lugar bajo la plantilla de la zapatilla, pero una mañana pensó que era más seguro tenerlo en el Estudio. Allí probó con varios escondites, pero ninguno la conformaba. Finalmente, tomó un libro poco usado de su biblioteca y, con un cortante afilado, recortó un cuadradito en las hojas para encastrarlo. Además del recuerdo, era lo único que le quedaba de Javier.

No poder hacer gimnasia era una de las cosas que más la molestaba, porque temía perder lo que había conquistado en el instituto.

Buscó en Internet una venta de aparatos y, asesorada por uno de los hombres del comisario Barrios, eligió uno que combinaba una serie de estímulos para distintos músculos. Arregló un horario para que se lo instalaran en su casa. Aunque confiaba en que sería una solución temporaria, pensó que el aparato no le venía nada mal para usarlo cuando no tuviera tiempo para otra cosa.

Por lo demás, se impuso una apretada rutina de trabajo sin espacios libres por dónde pudiera colarse la nostalgia. A medida que pasaba el tiempo, Mercedes se iba acostumbrando a la rutina. Llamó dos veces al doctor Haas, pero no había noticias de

Javier.

En un departamento de la misma ciudad, que ahora era una cárcel para Mercedes, el comisario Rimoldi se reunía con Carlos Rafat. Era una reunión a solas, aunque afuera estuvieran apostados varios agentes federales y algunos campanas de Rafat, el hombre tan buscado.

—Hemos dado un golpe importante al crimen organizado gracias a la información que usted me proporcionó. Debo reconocerle que era exacta y muy completa. Pudimos dar con varias ramificaciones, pero todavía queda mucho por delante —dijo el policía.

—Me alegro, comisario. Sin embargo la persecución de mi gente no ha cesado. Yo no niego que ustedes estén actuando, pero pareciera que no logran neutralizarlos. Esto no puede seguir así. No podemos convertir la ciudad en un campo de batalla. Ya he perdido varios hombres.

—Es que cada vez que pescamos algo, se cierran las líneas. Necesitamos más información, Rafat.

—En parte es cierto, pero esa gente está involucrando a personas que no tienen nada que ver.

—Es que tratan de golpearlo a usted para dar un ejemplo de cómo terminan los buchones.

—Creo que tenemos que pensar en algo para cortar con esta hostilidad —propuso Rafat sin molestarse por el calificativo.

—¿Y qué se le ocurre?

Hablaron cerca de dos horas. El policía anotaba en un cuaderno y requería precisiones. Eran dos estrategias armando un plan de acción con un único objetivo: reducir el crimen organizado a su expresión mínima.

—Creo que en un par de días estaremos en condiciones de realizar estos nuevos procedimientos si conseguimos que el juez nos dé las órdenes de allanamiento y de detención —dijo Rimoldi, cuando creyó que había reunido toda la información que necesitaba.

—Ahora soy yo el que necesita un favor —dijo Rafat con voz pausada.

—Dígame —se ofreció el policía, dispuesto a concederle lo que fuera a cambio de la información recibida.

Y hablaron otro largo rato.

El golpe planificado resultó todo un éxito. Se habían dispuesto doce unidades, cada una con un jefe de misión que había sido informado minutos antes de comenzar el operativo. La idea era que no se filtrara la información, porque la sorpresa era fundamental para que no desapareciera la gente ni las pruebas.

El fiscal y el juez se concentraron en sus despachos, listos para disponer lo necesario cuando fueran apareciendo resultados. Una orden de allanamiento derivada de un dato obtenido en el operativo no podía demorarse. Se adelantaba la autorización por teléfono mientras se redactaba el oficio y ahí mismo se confeccionaba la comunicación que legalizaba lo actuado.

Se allanaron galpones llenos de mercadería, oficinas operativas con drogas, contenedores con cocaína oculta en el puerto, escritorios de despachantes de Aduana, agentes de Bolsa y hasta inmobiliarias. Se bloquearon una docena de cuentas bancarias y cajas de seguridad.

Los periodistas recibían información imprecisa, que no podían cotejar con nadie. Como solamente conocían el lugar de los operativos, enviaban cronistas para relatar en vivo los allanamientos del lado de afuera del vallado.

A medida que se fue conformando un cuadro de situación, la policía prometió dar una conferencia de prensa. No podían arriesgarse a que lo anunciado pusiera en riesgo el operativo en su conjunto.

Carlos Rafat recibía las noticias a través de la televisión y, más directamente, de dos personas que tenían contacto directo con él y sabían dónde estaba. Tan inmediata era la fuente, que hasta se permitió hacerle llegar al comisario Rimoldi una idea que rectificó el rumbo de una de las líneas de investigación.

En cambio, en el Estudio Beltramino, Evans, Coter & Asociados a nadie parecía importarle el operativo. Los abogados estaban ocupados con su trabajo. Pero Mercedes, Lema y el doctor Beltramino permanecían atentos a la televisión, y llamaban a Barrios para que les diera la información que no transcendía a los medios.

Había pasado una semana desde la reunión con Rimoldi y cinco días desde que se habían iniciado los operativos. Carlos Rafat seguía cada detalle desde su nuevo escondite, un pequeño departamento en la zona de Tribunales. Cambiar permanentemente de domicilio era la forma más segura de protegerse mientras estuviera en zona de peligro. *Rimoldi era sin duda un tipo inteligente, pensó, armó muy bien la cosa.*

No salía del departamento. Con la barba candado, los anteojos y su nuevo corte de pelo parecía otra persona, aunque nunca podía descartarse que lo reconocieran. Había vuelto a Buenos Aires por su promesa a Mercedes: le había dicho que la protegería y así iba a hacerlo.

La raíz del problema estaba en el enfrentamiento de su gente con los carteles de Colombia y Perú, que habían llegado a la Argentina en su expansión natural. Era el país ideal, porque se trataba de una plaza bastante virgen y se podía acceder a los protagonistas políticos con un poco de dinero.

Pero se toparon con la organización de Carlos Rafat. Era ideal para asimilarla, pero su cabecilla se resistía. No había otra forma de hacerlo que enfrentarlo.

Recurrieron a las mejicaneadas asaltando su mercadería, los talleres o los medios de traslado y, poco a poco, se fue declarando la guerra.

La figura de Rafat era clave, y su misterio lo hacía más codiciado. Su denuncia a Rimoldi fue un golpe duro que los desequilibró: decidieron liquidarlo. Tras dos atentados, su propia gente creyó que lo mejor era que diera un paso al costado para bajar el nivel del conflicto. Y así fue como llegó a Europa y, con la ayuda del doctor Haas, retomó su identidad como Javier Costa, al que le transfería las ganancias espurias de Carlos Rafat y las blanqueaba.

Mercedes Lascano, la hermosa abogada de la que terminó enamorándose era —lo sabía— el camino para llegar a él. Por eso había regresado, para asestar otro golpe a la organización buscando debilitarla y mostrarle que no tenía sentido seguir con el enfrentamiento. Pero la sed de venganza superaba la prudencia, y la persecución se intensificaba y subían las promesas de recompensa para quien diera con él.

Mercedes se encontró con su agente de seguridad en la recepción y juntos bajaron hasta el segundo subsuelo del garaje de su oficina. Antes de salir del ascensor, cumplió con la rutina: cruzó su zapato para evitar que la puerta se cerrara y esperó a que el custodio echara un vistazo. Caminaron separados unos metros. Recién cuando Mercedes encendió el motor, el custodio subió a su lado. Así lo establecía el protocolo.

Hoy le tocaba Hugo. Era un hombre de unos treinta años, morocho y bien parecido. Lucía prolijo y limpio, y despedía una agradable fragancia. Lo que más le gustaba de él era su sonrisa respetuosa.

Cuando llegaron a la calle Levene, cumplieron con el ritual de dar una vuelta adicional a la plaza para descartar espías. Ella miraba los automóviles estacionados a la izquierda y él, los de la derecha. Bajaron la rampa y ocupó su lugar en el estacionamiento, mientras Hugo observaba la puerta levadiza. La bicicleta, colgada de un gancho en la pared, le recordó otros tiempos.

En el ascensor, Mercedes volvió a notar su perfume; le gustaba la proximidad de ese cuerpo varonil.

El hombre abrió la puerta de su departamento y encendió las luces. Después de recorrerlo, le dijo:

—Todo en orden, doctora.

—Gracias, Hugo. Me da una enorme tranquilidad que me acompañes —lo estaba tuteando por primera vez.

—Hasta mañana, que descanse —y salió cerrando la puerta, pesada por el blindaje.

Mercedes se sirvió una copa de vino tinto y encendió el televisor. Paseando por los canales, se detuvo en un noticiero para enterarse más sobre los procedimientos contra la banda de contrabandistas y traficantes de drogas. Habían detenido a

cuarenta y seis personas y darían una conferencia de prensa al día siguiente.

Mercedes sabía que todo eso tenía que ver con la denuncia de Javier, pero lo confirmaría con Barrios al día siguiente. Antes de acostarse, volvió a revisar todas las aberturas de la casa.

Tenía la impresión que el peligro la estaba cercando. Cuando se acostumbraba a la rutina de seguridad, una nueva escalada le devolvía sus temores más angustiantes.

El comisario Barrios había pedido una reunión con Beltramino y ella.

—Me informan que la redada de ayer fue contra la gente que anda detrás de Rafat —dijo, feliz de darles la primicia.

—¿Está seguro? —preguntó Mercedes.

—Todo parece indicarlo.

—Entonces es una gran noticia —afirmó Beltramino, con una sonrisa.

—Creo que sí, doctor. Si los cuarenta y seis detenidos son algunos de los que buscan a Rafat, la doctora Lascano podrá vivir más tranquila. Si hay más, el golpe fue lo suficientemente bravo como para asustarlos.

—¿Y no hay gente de él entre los detenidos? —preguntó la abogada.

—Parece que no. Todos pertenecen a una banda que se hacía llamar «los del Norte». Se cree que Rafat está en el país comandando los operativos desde las sombras.

—Pensar que era nuestro cliente —dijo Beltramino, suspirando aliviado.

—El comisario Rimoldi, quien está a cargo del operativo, me habló de él con cierto respeto. Parece que es un tipo raro.

—Bueno, ¿podemos levantar las medidas de seguridad? —preguntó la abogada para cambiar de tema.

—No, doctora. No todavía. Los datos que tengo son bastante recientes, me parece prudente esperar unos días. Lo que podemos hacer es dejarla tomarse algunas libertades, para ir probando.

—¿Y eso no es arriesgado? —intercedió Beltramino.

—Un poco, pero siempre estará protegida por nuestra gente, aunque sea a la distancia. Usted, doctora, debe mantenernos informados de sus movimientos y llevar siempre el botón antipánico y el sensor de ubicación con usted.

—Mercedes, me parece lógico lo que dice el comisario. Si hicimos treinta podemos hacer treinta y uno.

—Está bien. Me siento un poco más tranquila. Muchas gracias, comisario.

Cuando el policía salió, Beltramino le dijo:

—Sería una gran cosa sacarse este peso de encima.

—Ya lo creo, pero me intriga qué hace Javier. Que haya regresado al país sabiendo que pueden matarlo. Tal vez tenga que ver con lo que me dijo Günther Haas, que él se ocuparía de resolver personalmente el tema —concluyó, como

encajando las piezas.

Beltramino la observaba.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, sin que se moleste?

—Por supuesto, doctor. Usted siempre puede.

—¿Acaso usted no piensa que Costa volvió para protegerla a usted?

—Puede ser... —suspiró ella.

—Me imagino las dificultades que tienen ustedes. Y lamento mucho la situación pero estoy, como siempre, con usted.

—A veces pasan estas cosas. Uno espera toda la vida a alguien y, cuando finalmente aparece, resulta que no conviene o no se puede —dijo, con enorme tristeza—. Lo que me llama la atención es que se animara a venir.

En el camino de vuelta a su despacho Mercedes no podía dejar de pensar en sus nuevas libertades. Poco a poco, iba a volver a salir en bicicleta y a correr por Palermo, ir al cine, comer con Marina... Hasta podría volver a encontrarse con Javier.

—Doctora, el doctor Haas está en línea —le dijo Eleonora cuando entró en su despacho.

—¡Pásemelo! —ordenó apurando el paso.

—Mercedes, qué gusto oírla. ¿Cómo andan sus cosas?

—Bien, mucho mejor, parece que el grupo que nos persigue está siendo desbaratado por la policía aunque sigo con custodia permanente.

—Bueno, quería contarle que me llamó nuestro amigo en común y me dijo que ha avanzado mucho, que tiene casi resuelto el tema.

—¿Y qué más le dijo?

—Eh... Que le dijera que la quiere.

—¿Dónde está? ¿Por qué no me llama?

—No lo sé. No fue tan explícito. Sólo me pidió que la tranquilizara.

—Muchas gracias, doctor. ¿Existe alguna forma de contactarlo?

—Voy a tratar de transmitirle a Javier su ansiedad —terminó, dándole un tono especial a sus palabras.

Cuando terminó de trabajar pensó en salir a algún lado, a comer a un restaurante o llamar a Marina para contarle todo lo que había pasado. Quería hacer algo con su nueva libertad.

Al salir, encontró a Hugo conversando con la recepcionista.

—Buenas tardes, doctora.

—Buenas tardes, Hugo. ¿Podemos irnos?

—Claro.

A pesar de la reunión con Barrios, cumplieron con la rutina de seguridad como todos los días. En el camino hablaron poco. Mercedes pensó en invitarlo a cenar pero temió que la rechazara.

—Todo en orden, doctora —repitió Hugo después de revisar su departamento.

—¿Hugo?

—Sí, doctora —dijo, deteniéndose en vano de la puerta.

—Lo invito a tomar una copa. Esta noche tengo que festejar y no sé hacerlo sola.

—No, no puedo, tengo que volver a la base —respondió él, más serio.

Retrocedió unos metros y se despidió.

—Buenas noches, y disculpe.

Mercedes se quedó parada en el centro del living, con los brazos a los costados del cuerpo. La asfixiaba el olor a encierro, las persianas bajas y las puertas con llave. Recién empezaba a recobrar su libertad, un hombre acababa de rechazarle una copa y Javier estaba en Buenos Aires. ¡Necesitaba que la llamara!

Cediendo el miedo, su vida volvería poco a poco a la normalidad. Esa noche se dio el lujo de abrir las ventanas, aunque dejó las persianas de madera trancadas con los pasadores laterales. Estuvo tentada de salir a la terraza, pero el comisario le había dicho que todavía era arriesgado.

Se acostó para leer un libro pero no se pudo concentrar. La idea de verse libre la excitaba. Se masturbó.

Los días pasaban sin mayores novedades. La mañana del jueves, como todas las otras, Eleonora le alcanzó un café con un par de galletitas sin sal. Era su momento preferido para leer el diario.

Cadáver calcinado en Escobar, rezaba un suelto en la primera página. No le prestó atención pero, al llegar a la página dieciséis, la noticia del muerto de Escobar apareció destacada en letras catástrofe, con fotografías y recuadros. El copete decía: *Sin poder identificar al occiso, la policía sospecha relación con las operaciones de desarticulación de la banda de contrabandistas.*

Mercedes había leído todas las noticias referidas a la razia policial de la banda pero ésta, sin embargo, la puso en guardia. La nota daba detalles sobre el cadáver totalmente calcinado hallado dentro de un automóvil: tan quemado estaba que no era posible obtener sus huellas digitales; la única forma de identificarlo era a través de la dentadura o de un examen de ADN que tuviera con qué compararse. Trascendidos de la investigación —informaba la nota— afirmaban que se trataba de un delator en el caso de la banda desbaratada; que se trataría de un tal Carlos Rafat.

Mercedes apoyó el diario en la mesa volcando la taza de café. ¡No! ¡No era posible! ¡No podía estar pasando esto! ¡Javier muerto y calcinado! Respiró hondo tratando de asimilar el impacto, pero el llanto ganó la pulseada. Cuando logró calmarse un poco, levantó el tubo y pidió:

—Ubíqueme al comisario Barrios, por favor. Es urgente.

Se quedó petrificada esperando. El café había manchado la carpeta de la próxima reunión pero ella ni se inmutaba.

—Doctora, el comisario Barrios en línea.

—¿Cómo está, comisario? Acabo de leer la noticia de esa persona muerta en

Escobar. Dicen que podría estar relacionada con el operativo del que hablamos.

—Sí, doctora. Yo me enteré ayer pero no quise llamarla porque no se sabe demasiado. Sólo se encontró un cartón manuscrito que decía: *Carlos Rafat, batidor*. La edad aproximada del muerto es entre cincuenta y sesenta años; no existe nadie en los registros argentinos con ese nombre.

—¿Pero cómo es posible, comisario? Los adelantos técnicos permiten reconstruir identidades.

—No en este caso, doctora. No hay nadie con ese nombre y edad en los registros de Nación y de las provincias. Van a seguir investigando, pero me temo que no lograrán nada. Lo que ustedes me contaron de su cliente... este hombre parece coincidir, ¿no?

Mercedes sintió que se descomponía.

—Si efectivamente el muerto es Carlos Rafat —continuó el policía—, no habría ninguna razón para que la sigan buscando. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Estuvo a punto de soltar un sollozo, pero logró dominarse. Esperaba que el policía no lo hubiera advertido, era mejor que siguiera sin saber nada.

—Esa gente estaba detrás de su cliente. Si es cierto que está muerto, no hay ninguna razón para que la persigan a usted —repitió—. Está casi confirmado que fue Rafat el que posibilitó la exitosa operación que la policía hizo la semana pasada.

Todo coincidía. Pero ¡muerto! ¡Calcinado en un descampado! ¿Ese hombre con el que ella hubiera pasado toda la vida estaba muerto? Günther le había dicho que Javier estaba en el país para liberarla a ella del acoso. Sabía que aquella locura que había durado tres días los había conmovido a ambos por igual: tal vez era ésa la razón de su muerte.

Cuando colgó, la abogada solitaria lloró hasta que no le quedaron lágrimas. No le importaba nada de nada, excepto saber si Javier era o no el muerto de Escobar.

Le avisaron que la esperaban en la sala de reuniones. Como nunca se lo permitía, llegó cuarenta minutos tarde.

Terminó la reunión como pudo y subió al despacho de Beltramino. En cuanto entró, se abrazó al abogado llorando desconsolada. El director se sintió un poco incómodo: la decidida doctora Lascano sollozaba como una niña en su hombro. Sólo atinó a darle su impoluto pañuelo.

—Lo mataron, doctor. ¡Lo mataron!

—¿A quién? —preguntó el abogado, presumiendo la respuesta.

—A Javier, a Javier Costa —aclaró ella.

—¿Y cómo sabe?

—Apareció un cadáver calcinado en Escobar con un cartel que decía algo así como: *Rafat batidor*.

—¿Y cómo puede estar tan segura de que se trata de Javier Costa?

—Porque nosotros sabemos que Carlos Rafat y Javier Costa son la misma persona. Iban detrás de él y, en su nombre, casi lo matan a Lema y me perseguían a mí.

—Siéntese, Mercedes —él acercó una silla al sillón—. Cállese un poco. Supongo que habrá que esperar a la identificación del cadáver.

—Es él, doctor. No tengo dudas.

—Espere, voy a llamar a Haas.

La dejó sentada en el sillón arruinando su pañuelo y se comunicó por el celular. Estaba bloqueado. Llamó a su oficina y tampoco estaba. Tenía una conferencia en Bruselas y recién estaría disponible en dos o tres horas. Le encareció a la secretaria que lo llamara en cuanto pudiera. Era urgente.

Volvió a Mercedes.

—¿Más tranquila? —ella asintió con la cabeza—. Voy a llamar al comisario Barrios a ver si sabe algo.

—Ya lo hice. Fue él quien me dijo del cartel en el descampado y el auto incendiado con el cuerpo adentro.

—Entonces no podemos hacer nada, salvo esperar.

—Creo que sí.

—Tomemos un té y hablemos un poco, Mercedes —la invitó.

Buscando calmarla, Beltramino la llevaba por las líneas del discurso. Ella le contó sobre su amor, su desesperación por haberlo perdido, de los tres días en Lituania. A medida que hablaba, sentía cómo la idea de Javier muerto se incorporaba dolorosamente a su cabeza.

Sonó el celular. Era Haas.

—¡Günther! Estamos acá con Mercedes queriendo hablar con usted. Lo pongo en altavoz para que hablemos los tres.

—Hola, ¿cómo están? —dijo el alemán en su castellano defectuoso.

—Preocupados, Günther —Beltramino tomó la iniciativa—. ¿Tiene alguna noticia de Javier?

—No, ninguna. Lo último que escuché de él fue aquella llamada en la que me pidió que tranquilizara a Mercedes. Después nada más. Creo que sigue en Buenos Aires.

—Es que tenemos una noticia preocupante: la policía encontró un cadáver calcinado con un cartel que lo señala como Carlos Rafat.

—¿Y ustedes piensan que es...?

—Eso tememos.

—Quizá se trata de otra persona. ¿No lleva nada para reconocerlo: un anillo, un reloj, algo...?

—No, nada. Ninguna cosa que lo identifique. Sólo la ropa, pero ahora también son cenizas —dijo Beltramino. Mercedes estaba devastada.

—Sería terrible. Es un hombre extraordinario ¡Cuánto lo siento! —dijo Haas,

mortificado—. Esperen un momento, voy a hacer una llamada ahora mismo.

Y a los pocos segundos.

—No, su teléfono celular está bloqueado.

—Bueno, Günther. Si tiene alguna noticia por favor no deje de llamarnos.

—¡Por supuesto! Lamento tanto todo esto. Mercedes, quisiera ayudarla de alguna forma... Le mando un fuerte abrazo.

—Gracias, doctor.

La doctora Lascano volvió a su despacho. Tanto para Eleonora como para quienes se cruzaron con ella en los pasillos, resultaba obvio que algo le pasaba. Mercedes se pasó casi toda la tarde sentada frente al ventanal mirando el río. Se le mezclaban las imágenes de Lituania y las del cuerpo envuelto en plástico negro.

No podía creerlo. Cuando dejaba de llorar, volvía a la computadora para ocuparse de algo, pero fracasaba. No lograba concentrarse en nada. Todo se le confundía en la mente. Y, sí... era un final lógico para toda la locura ésta que había empezado en el mismo minuto en que Javier Costa cruzó la puerta de su despacho.

—Doctora, ¿necesita algo más? —dijo su asistente antes de irse.

—No, Eleonora. ¿No llamó el doctor Beltramino, o el doctor Haas? —preguntó en vano.

—No, doctora. ¿Seguro que no necesita nada? Puedo quedarme, si quiere.

—No, muchas gracias. Nos vemos mañana.

—Hoy es viernes, doctora.

—Tiene razón. El lunes.

Esa noche y los tres días que siguieron fueron horribles. Se ovilló en la cama y tomó ansiolíticos en cantidad peligrosa. Cada vez que se despertaba, la realidad la aplastaba. No tenía hambre. Apenas llamó dos veces a Haas para saber si había noticias. No las había. Tampoco atendió el teléfono, sólo cuando llamó el doctor Beltramino para darle ánimos.

El lunes se despertó pasado el mediodía. No tenía ganas de levantarse, pero la necesidad de ir al baño era más urgente. Una vez que se liberó, se lavó los dientes y enjuagó la boca para sacarse el gusto pastoso y metálico de las pastillas para dormir. Se sintió sucia y abrió los grifos de la bañera. Entró, aun sabiendo que el agua estaría fría porque la caliente tardaba en subir desde la caldera del sótano. Recibió el impacto agradecida, como si necesitara sufrir, como si necesitara hacer evidente lo que sentía por dentro.

Se sintió algo débil y tuvo que sentarse en el piso de la bañera. Apoyó la cabeza sobre sus rodillas y se quedó un largo rato en esa posición, esperando que el agua se llevara sus obsesiones.

Cuando salió de la ducha, se miró al espejo. Se alarmó al ver las ojeras que rodeaban los ojos. Estaba demacrada, pálida y con una mirada que ni ella misma

reconocía. Parecía un espectro.

Desnuda, fue hasta el ventanal y, con violencia, levantó la cortina y abrió las puertas para dejar que la luz entrara al living. En ese momento, sonó el celular en la mesa de luz del dormitorio. Corrió a atender pensando que podía ser Haas, pero vio en la pantalla que era una llamada de la central de monitoreo de la agencia. Si no atendía, en minutos tendría a cinco hombres en su puerta.

—¿Doctora Lascano?

—Sí.

—Tenemos una alarma de apertura en su departamento.

—Sí, fui yo, no se preocupe.

—¿Me puede decir su clave?

Mercedes trató de hacer memoria pero no podía acordarse. Cada vez que cambiaban la custodia, cambiaban también la clave.

—No me acuerdo.

—Entonces tenemos que ir a verificar el domicilio. Lo siento.

—¡No, espere! Dígale al comisario Barrios que me llame. Él me conoce —pidió, tratando de evitar esas visitas.

Sonó el celular, de nuevo.

—¿Doctora? Soy el comisario Barrios.

—¿Cómo está, comisario?

—Me avisan de la central que usted pidió hablar conmigo cuando la contactaron por una alarma en los cerramientos.

—Sí, ¿acaso no habíamos quedado que podía tomarme ciertas libertades en el protocolo de seguridad? ¡Sólo abrí las ventanas!

—Es cierto, pero estábamos preocupados porque no sabemos nada de usted desde el viernes a la noche. Hoy es lunes a la tarde y me informan que tampoco fue a la oficina. Si salta la alarma, es razonable que...

—Es que tuve un resfrío fuerte y me quedé en casa estos días. A propósito, comisario, ¿tuvo alguna novedad de Rafat?

—No, lo que le dije nomás. De la autopsia no pudo obtenerse mucho, salvo que le dispararon dos veces antes de ser quemado.

—Y si ya estaba muerto, ¿para qué lo quemaron?

—Porque son unos salvajes. Y porque querían demostrar el destino que espera a los delatores. Doctora, aún no terminó el alerta. No deje de avisarnos sus movimientos para que podamos cuidarla.

—Gracias. Dentro de un rato saldré a caminar.

—Está bien. Si ve a alguien que la sigue con corbata roja, es un hombre nuestro. Recuerde que su contraseña es «dog».

—¿Qué cosa?

—*Dog*. Perro en inglés —dijo Barrios. Y, sin quererlo, hizo que Mercedes soltara una carcajada. La primera en mucho tiempo.

Epílogo

Pese a que esperó y buscó todo lo que pudo, Mercedes Lascano no tuvo más noticias de la muerte de Javier. Ni siquiera logró averiguar qué habían hecho con su cuerpo.

Lo único que lograba distraerla era el trabajo, que retomó a un ritmo frenético. Se pasaba los fines de semana en la oficina y no salía a ningún lado. Se acostaba, rendida, y se dormía apenas apoyaba la cabeza en la almohada. Y así un día tras otro.

Desde aquella fatal mañana de la noticia en el diario, la imagen de Javier Costa había crecido sin pausa dentro de ella. Ya no lo culpaba por haberla metido en ese embrollo, ni por haberla dejado ir, ni por nada. Lo incorporó a su corazón así, sin más, para llevarlo siempre consigo.

El *pendrive* era su única herencia y, a esta altura, Mercedes lo veneraba. Muchas veces lo sacaba del libro donde estaba escondido sólo para tenerlo en sus manos. Y si hasta entonces no se había animado a abrirlo era porque temía que su contenido hiciera mella en la imagen idílica de su dueño.

Con la noticia de la aparición del cuerpo había desaparecido, como por arte de magia, la amenaza sobre Lema y sobre ella. El comisario Barrios mantuvo la custodia un tiempo más y averiguó lo que pudo en el ambiente de la policía, que seguía asestando mazazos a los asesinos de Javier e incluso advirtiendo a los países limítrofes de ramificaciones.

Todo lo que se refería a Javier Costa estaba encapsulado en el alma de Mercedes, en lo que ella misma se había creado. Para confrontarlo con la realidad, sólo estaban el *pendrive* y el doctor Haas.

Hasta que un domingo, tarde, habiendo agotado su trabajo y resistiendo la depresión que sabía la atraparía, se decidió. Sacó el libro, tomó el *pendrive* y lo calzó en el puerto de su computadora.

Sólo necesitaba ubicarse en el icono y abrirlo.

El documento se llamaba «Patrimonio» y aclaraba, en mayúsculas: «CONFIDENCIAL». Apurada por la intriga, bajó renglón por renglón de lo que era un prolijo listado de inmuebles, con todos los datos de ubicación, tamaño, explotación y nomenclatura catastral. Las propiedades estaban ordenadas por país, provincia y, aparentemente, por valor.

La mayoría de los bienes estaban ubicados en Argentina, pero también había algunos en Uruguay y hasta en Brasil. Debajo de cada uno aparecían los datos de un representante o apoderado, que se ocupaba de la administración en cada caso. Tenía agentes de Bolsa en Buenos Aires, Montevideo y Estados Unidos, cuentas en bancos de distintos países y paraísos fiscales. El total sumaba una verdadera fortuna.

Finalmente, había una carta dirigida a ella:

Estimada doctora:

Éste es mi patrimonio. Quisiera que usted y el doctor Haas lo administraran. Él me dijo que no hay nadie más idóneo que usted en Argentina para hacerlo. Es preciso que sepa que toda la gente que me asiste —y que aparece en el listado— fue elegida con sumo cuidado y estimo que no lucrarían con mi muerte. Pero necesito la ayuda de una persona independiente, que garantice el cumplimiento de mi voluntad y que conozca el país.

Esto que ve es sólo una parte: hay otros bienes que no figuran y son más reservados. Pero no tengo prurito en compartir con usted todo si aceptara ser mi abogada en este asunto.

El doctor Haas conoce al detalle los temas familiares y patrimoniales. Mi vida está en riesgo y yo sólo quiero asegurarme de que se cumpla la voluntad que dejo expresa en mi testamento. Tengo dos hijas a quienes proteger y responsabilidades con otra gente que no puedo revelar ahora.

Si está dispuesta, podemos combinar una reunión. En caso de que yo faltara, puede hablar con Günther Haas como lo haría conmigo.

Espero su respuesta.

Mercedes rompió en llanto. ¡Eso era todo lo que Javier quería! ¡Nada más que esto! ¡Asegurar el futuro de sus hijas y apoyar a sus camaradas! Releyó la carta varias veces y repasó también la lista de bienes, parando sólo para secarse las lágrimas.

Javier Costa era un hombre rico. Y le estaba pidiendo que administrara su patrimonio. ¿Y para eso había tenido que contarle toda su vida? ¿Qué necesidad había? ¿Para explicarle, acaso, la procedencia del dinero? ¿O la amenaza que se cernía sobre él?

Se sentía tan frustrada y confundida que sólo pudo atinar a arrancar el *pendrive* y devolverlo a su lugar en el libro.

Al día siguiente, llamó a Haas.

—Günther, ¿cómo está?

—¡Mercedes querida! Todavía no supe nada de Javier. He recurrido a todo pero no lo encuentro. ¿Y usted?

—Yo tampoco, doctor. Supongo que tenemos que admitir que está muerto.

—Si así fuera, murió en el intento de protegerla.

—Es cierto —admitió ella con la voz quebrada—. Lo llamo para contarle que abrí el *pendrive* que usted no quiso recibirme.

—¿Y?

—Que sí, que por supuesto que voy a ser su abogada.

—Perfecto. Esto era lo que él quería.

—Necesitamos hablar mucho, Günther.

—Claro, cuando usted quiera.

—Dejemos pasar un tiempo. Aún no tengo fuerzas para meterme en la piel de Costa.

—No se preocupe, cuando esté lista me llama y se viene por acá.

Pasaron un par de meses. Mercedes se sentía cada vez más motivada a cumplir con la voluntad de Javier. Quería conocer más de su vida, de sus cosas, de su familia. Le parecía una forma de estar con él, de compartir algo. Fantaseaba con la idea de volver a Alemania y conversar largamente con Haas, el gran Celestino, el responsable de que ella descubriera que podía volver a amar.

Una noche, mientras escuchaba música en su departamento, invadida por la nostalgia, sonó su celular. Número desconocido. Estuvo por rechazar la llamada, pero finalmente la tomó.

—Soy Javier, mi amor.



ALFREDO ABARCA. Nació en Córdoba y vive en Buenos Aires. Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires, en cuya Facultad de Derecho es director del programa de posgrado de Derecho Aduanero y profesor de Procedimientos Aduaneros. Es miembro de número de la Academia Internacional de Derecho Aduanero. Padre de cinco hijos, ejerce activamente la abogacía y ha publicado siete novelas: *Fuerza de mujer* (1993), *Expediente reservado* (2001), *El Código de Nuremberg* (2003), *Secuestro virtual* (2004), *Duelo nacional* (2006), *Papeles perdidos* (2006) y *La abogada* (2012).